HIJAS DE ESCOCIA

EL FUEGO DE BRÌGHDE



DIANA ARISWOOD

hijas de escocia

El Fuego de Brìghde

Diana Ariswood

Derechos de Autor

Hijas de Escocia: El Fuego de Brìghde © 2024 Diana Ariswood.
Edición revisada publicada en abril de 2025.
Todos los derechos reservados.
Esta obra es propiedad exclusiva de la autora y está protegida por las leyes de derechos de autor aplicables. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública o cualquier uso no autorizado de esta obra sin el consentimiento previo y por escrito de la autora, salvo en los casos expresamente permitidos por la legislación vigente.

ASIN: B0DPR6W2GV

A Brìghde, que me ha mostrado que nunca es demasiado tarde
para cumplir tus sueños.

Disclaimer

Hijas de Escocia: El Fuego de Brìghde es una obra de ficción histórica ambientada en la Escocia e Inglaterra del siglo XVI. Aunque se han tenido en cuenta elementos históricos y culturales, algunos detalles han sido modificados o interpretados libremente para servir a la narrativa. Los personajes, eventos y lugares descritos son ficticios, y cualquier similitud con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

Esta obra contiene elementos de romance, drama y conflicto, ambientados en un contexto histórico que incluye situaciones y expresiones propias de la época. La autora no pretende idealizar ni justificar las costumbres de ese tiempo, sino ofrecer una recreación literaria que enriquezca la experiencia del lector.

Advertencia de contenido:

Esta novela está dirigida a un público adulto y puede contener temas sensibles. Cualquier mención de remedios, prácticas médicas o creencias de la época es puramente ficcional y no debe interpretarse como consejo médico. Se recomienda la discreción del lector.

Nota de la Autora

En esta novela, encontrarás términos propios del contexto histórico y cultural en el que está ambientada.

Las palabras extranjeras no traducidas, así como algunos términos específicos, se explican en el Glosario al final del libro.

Además, los eventos históricos marcados con un asterisco (*) cuentan con explicaciones más detalladas en el Apéndice.

Esta edición ha sido revisada con cariño, puliendo palabras y silencios, para acercarla aún más a lo que siempre soñé contarte.

Espero que disfrutes esta historia y el viaje a través de Escocia.

Prólogo

Escocia, 1550

La brisa nocturna se filtraba por las ventanas entreabiertas del castillo, trayendo el susurro distante de los árboles y el aroma dulce de las flores nocturnas. Un silencio solemne envolvía la estancia, rota solo por el leve crepitar de la única vela encendida, que arrojaba sombras danzantes sobre las paredes de piedra.

Sentada frente al escritorio de madera gastada, Brìghde observaba el papel en blanco frente a ella, su mano temblando ligeramente sobre la pluma. Por un instante, pareció dudar. Sus pensamientos, atrapados entre el peso de la decisión y las palabras por escribir, revoloteaban como aves inquietas.

Cerró los ojos, dejando que la brisa fría acariciara sus lágrimas. Había tomado una decisión. La única que podía tomar.

Aunque eso significara dejar atrás todo lo que había construido hasta ahora.

Parte I

Capítulo 1

Northumberland, Inglaterra
Meses antes

Si algo había caracterizado a Brìghde a lo largo de su vida, era su férrea inclinación por la justicia. Desde niña, había confiado en que el destino, aunque caprichoso, siempre se inclinaría hacia lo correcto. Creía firmemente que las personas recibían lo que merecían y que su lugar en la vida, aunque aún indefinido, llegaría por sí solo.

Entre esas piezas del destino, Thomas Hawthorne siempre había ocupado un lugar especial. No solo era un amigo de la infancia; era alguien a quien admiraba profundamente. Su seguridad, su aplomo y su carácter protector lo convertían, a sus ojos, en alguien prácticamente inalcanzable. Para ella, Thomas representaba todo lo que un hombre debía ser: valiente, paciente y siempre dispuesto a cuidar de los suyos.

Su amistad había comenzado en la infancia, cuando sus familias solían reunirse en los campos de Northumberland. Junto a Christine, los tres se convirtieron en un trío inseparable. Recordaba con nitidez las tardes corriendo por los jardines de la mansión Hawthorne, con Thomas liderando cada travesura, mientras ellas lo seguían a todas partes. Jugaban a esconderse entre los árboles o lanzaban piedras al río, compitiendo para ver quién lograba que rebotaran más veces sobre la superficie del agua. Brìghde siempre se sintió como una parte natural de los Hawthorne, una presencia que encajaba con fluidez entre ellos.

Con el paso del tiempo, los juegos infantiles dieron paso a algo más profundo. Thomas creció convirtiéndose en un joven atractivo; su cabello rubio y sus ojos azules penetrantes le otorgaban un porte distinguido y una elegancia natural que Brìghde encontraba fascinante. A menudo, cuando las luces del crepúsculo caían sobre los jardines, aprovechaban los momentos en los que se encontraban

a solas y se tomaban de la mano, sus miradas sosteniéndose por más tiempo del que la decencia dictaba. En esas ocasiones, un simple roce de su piel o el leve susurro de su voz bastaban para que Brìghde sintiera que el mundo se detenía. Lo que habían compartido en esos instantes no era solo amistad; había algo más profundo y cargado de promesas no pronunciadas. Con el tiempo, las cosas parecieron seguir su curso natural, y ambas familias fueron testigos de cómo el cariño entre ellos germinaba y crecía con los años.

Sin embargo, a pesar de la buena relación que compartían, las tensiones entre Inglaterra y Escocia empezaron a marcar una línea invisible entre ellas. Northumberland, por su posición fronteriza, había sido un escenario clave en los conflictos bélicos entre ambos países. Las incursiones y enfrentamientos a lo largo de la frontera, así como las invasiones durante el Rough Wooing*, cobraron la vida de miles de hombres en ambos bandos y dejaron profundas cicatrices en los que sobrevivieron.

La libertad de la que Brìghde había gozado durante su infancia fue arrancada de golpe. Atrás quedaron los veranos en las tierras de los MacLeod, donde corría descalza por los prados y escuchaba las leyendas de los ancestros escoceses. Los viajes a Escocia fueron sustituidos por largas temporadas en los dominios del condado. El padre de familia se ausentaba con frecuencia para ayudar a mitigar los estragos de la guerra entre los habitantes que le rendían tributo. Durante estas ausencias, Brìghde permanecía en el hogar, bajo la estricta vigilancia de los guardias. La comunicación con el exterior se limitaba a cartas, que con frecuencia no llegaban a su destino, y los amigos que una vez los visitaban se alejaron, recelosos por sus lazos con Escocia.

A pesar de todo, Christine y su madre se mantuvieron fieles a la amistad que habían compartido durante años. En los momentos en los que parecía haberse instaurado una tregua, Brìghde acudía a la mansión Hawthorne junto a su madre y hermanos. Ahí, las amigas se ponían al día y soñaban con su futuro, donde no faltaba la promesa de que siempre estarían la una para la otra. La tregua también permitía a Thomas regresar a su hogar, donde descansaba hasta que volvía a ser llamado para la batalla.

Brìghde, en un intento por encajar, había comenzado a inclinarse hacia las costumbres inglesas. Su acento se suavizó; los vestidos amplios y cómodos dieron paso a trajes más formales y estructurados, acorde con la moda de la corte inglesa, que exigía faldas voluminosas y corpiños rígidos.

Esas prendas, aunque incómodas, le ofrecían lo que más deseaba: la ilusión de pertenecer.

Los días pasaban, y ella se iba moldeando poco a poco. Ya no se cuestionaba si estaba dejando atrás algo importante. Las visitas a la mansión Hawthorne se convirtieron en su refugio, en un espacio donde podía olvidarse de la tensión y proyectar la imagen de una joven noble inglesa. Allí, junto a Thomas y Christine, encontró una ilusión de normalidad, aunque sentía que, en el fondo, algo dentro de ella empezaba a desvanecerse.

Conforme el tiempo pasaba, la amistad entre Brìghde y Christine se fue fortaleciendo.

Thomas, en cambio, se distanciaba cada vez más. Cada intento de acercamiento por parte de Brìghde era recibido con excusas vagas y miradas ausentes. Aunque trataba de justificarlo como simple agotamiento, algo dentro de ella le hacía sospechar que había otra razón. A veces, Thomas, sin darse cuenta, decía cosas que le herían profundamente. Comentarios sobre los escoceses o sobre la guerra, tan casuales como despectivos, la hacían sentirse como si estuviera en una constante lucha por ser aceptada.

—No todos los escoceses son así —solía decir él, casi a modo de consuelo.

Pero esas palabras solo la hacían sentirse más fuera de lugar. Brìghde fingía que no le afectaban, pero en el fondo, cada comentario dejaba una marca. Mientras lo escuchaba hablar de Escocia y de los conflictos recientes, se sorprendía a sí misma soñando con las colinas de su infancia, cuando aún no sentía la necesidad de esconder quién era.

Christine, por otro lado, reprochaba los comentarios de su hermano y mostraba un interés genuino por la familia materna de Brìghde. Con su naturaleza dulce y empática, fue uno de los pilares

que impidieron a Brìghde llegar a odiarse a sí misma, en un entorno donde el juicio ajeno parecía pesar más que su propio criterio.

En la primavera de 1550, con la firma del tratado* que puso fin a la guerra, Brìghde comenzó a notar que la tensión en su pecho se aligeraba. Había mantenido su lealtad por Thomas durante todo ese tiempo, y ahora, con el conflicto dejando de marcar sus días, soñaba con recuperar la cercanía que habían compartido en el pasado.

La mañana del primero de mayo, una carta urgente de su amiga encendió una chispa de esperanza en su corazón. Sin dudarlo, ordenó que prepararan su carruaje y partió hacia la mansión Hawthorne.

Unas horas más tarde, sentada junto a Christine en el salón principal, Brìghde pensó que había llegado al límite de su paciencia. No podía evitar removerse inquieta en el asiento, mientras su amiga intentaba distraerla con comentarios banales.

De pronto, escucharon unos pasos alejándose por el pasillo hacia el despacho de Lord Hawthorne. Las dos intercambiaron una mirada cargada de emociones y se levantaron de sus asientos. Recorrieron los corredores con cautela hasta llegar al despacho. Se detuvieron junto a la puerta entreabierta, con la respiración contenida y el corazón latiendo con fuerza. Dentro de la estancia, las voces masculinas resonaban con claridad.

—¿La hija de los Cavendish? —preguntó Lord Hawthorne, con cierta incredulidad en la voz.

—Sí, padre.

Brìghde, aún en shock, miró a Christine con gesto interrogante. Esta se encogió de hombros, negando levemente la cabeza.

—No sabía que habías puesto tus ojos en ella.

—Ahora que me he labrado una buena reputación gracias a las batallas de las que hemos salido victoriosos, aprovecharé para pedir su mano —dijo Thomas con tono pragmático—. Con su linaje, aseguraría la situación económica de nuestra familia. Además, sería un paso para ganar mayor influencia en la corte.

Brìghde sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies. Miró desesperada a Christine, pero su amiga parecía tan impactada como ella.

—Los Sinclair también son buenos aliados. Viven en la frontera con Escocia, y si os unierais, nuestras tierras estarían mejor protegidas.

—O más comprometidas, padre. Casarme con una escocesa podría poner en duda mi lealtad hacia Inglaterra, especialmente ahora que todo se examina con tanto detalle. Ya no puedo permitirme tal riesgo.

Las palabras de Thomas se clavaron como cuchillos invisibles. Brìghde notó como el nudo en su estómago se apretaba cada vez más, mientras su mente luchaba por asimilar lo que estaba escuchando.

—¿Y qué harás con Brìghde? Sabes que te ha esperado todos estos años.

Thomas suspiró, y por un momento el silencio se hizo insoportable. Al cabo de un rato, habló, pero su voz había perdido toda calidez.

—He pasado tanto tiempo luchando contra ellos, que ya no puedo ver a un escocés sin sentir desprecio. Lo que alguna vez sentí por ella se ha desvanecido; ya no me atrae, ni como mujer ni como aliada.

El impacto de sus palabras fue demoledor. Brìghde palideció y salió corriendo, incapaz de articular palabra. Apenas logró llegar a un pasillo cercano antes de que las lágrimas comenzaran a rodar por su rostro. Se dejó caer contra la pared, su cuerpo sacudido por la rabia y la angustia.

Christine la siguió rápidamente, tratando de consolarla. Los sollozos rompían el silencio, mientras Christine murmuraba palabras de consuelo que apenas alcanzaban a su amiga.

Thomas y su padre llegaron alertados por el ruido.

Por un breve momento, sus ojos se encontraron, pero él no se movió.

Ni un gesto de ayuda.

Ni una palabra.

Solo la sombra de algo que se desvanecía tras su fría fachada. Con la cabeza en alto, se dio la vuelta y se marchó.

Rota por el dolor, Brìghde cerró los ojos con fuerza, dejando que las lágrimas fluyeran sin control mientras el sabor amargo de la traición se asentaba en su boca.

Capítulo 2

Horas después, despertó en su habitación en la mansión Sinclair. El dolor de cabeza era insoportable y todo su cuerpo le pesaba. A su lado, su madre, Isobel, dormía en una butaca. Al oír a su hija incorporarse, abrió los ojos y se apresuró a sentarse al borde de la cama.

—Oh, cariño, ¿cómo te sientes? —preguntó con voz suave, mientras le acariciaba el pelo.

—No muy bien, la verdad —respondió, aún confusa—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo he llegado aquí?

—Christine y su madre te trajeron a casa. Me han contado lo que ocurrió… No tienes que preocuparte por nada ahora, hija. Estás a salvo.

Mientras su madre hablaba, las imágenes de las últimas horas empezaron a invadir su mente. El dolor en su pecho se intensificó, y la respiración se volvió errática. No pudo contenerse y rompió a llorar. Isobel la abrazó con fuerza, como si quisiera protegerla de todo el mal que la rodeaba. Las lágrimas empapaban su regazo, y cada sollozo era un puñal que desgarraba el silencio de la habitación.

—Madre… —quiso decir, pero su voz se quebró entre lágrimas.

—Tranquila, hija —susurró, meciéndola suavemente—. Lo sé… No te preocupes, todo irá bien.

Siguió llorando hasta que el cansancio la venció y cayó en un profundo sueño.

Esa noche, Isobel durmió a su lado.

Al día siguiente, la joven seguía negándose a comer o levantarse de la cama. El agotamiento no solo era físico; sentía una profunda extenuación emocional, como si cualquier fuerza que hubiera tenido antes la hubiera abandonado por completo. Isobel volvió a dormir con ella, esta vez acompañada por su hermana pequeña, Fiona.

En los días sucesivos, un profundo silencio se apoderó de la mansión Sinclair. Los criados, conscientes de lo ocurrido, dejaron de

lado las tensiones habituales entre las familias inglesas y escocesas que los dividían. El dolor de la muchacha, a quien la mayoría conocía desde pequeña, se convirtió en un lazo común, y muchos sentían su sufrimiento como propio.

Lady Sinclair pasaba todo el tiempo posible con su hija, hablándole y meciéndola en sus brazos cuando el llanto volvía a invadirla. Durante esos días, su mente regresaba una y otra vez a lo sucedido tras el rechazo de Thomas. Recordaba, especialmente, la conversación que había mantenido con Anne Hawthorne el día en que llevaron a Brìghde de vuelta a casa.

"No sabes cuánto lamento lo que está sucediendo, querida Isobel," había dicho su amiga, con la voz entrecortada. *"Sabes que Brìghde es como una hija para mí, pero no puedo controlar los sentimientos de mi hijo. La guerra ha dejado una huella profunda, y ahora Thomas tiene el peso de nuestra familia sobre sus hombros, con mi esposo tan delicado. No sé cómo solucionarlo, más allá de ofrecerte mis disculpas y mis mejores deseos."*

Isobel había cerrado los ojos en ese momento, luchando contra las lágrimas.

"Lo sé. Ojalá las cosas fueran diferentes, pero no puedo ignorar la ofensa hacia mi familia. Sus palabras fueron crueles, y ya no reconozco al joven que conocí años atrás. Confío en ti y en tu hija, pero me preocupa el bienestar de los míos, y no puedo evitar temer por nuestra seguridad."

Anne la había observado sorprendida, mientras un jadeo escapaba de sus labios.

"Jamás os haríamos nada. Os queremos como si fuerais parte de la familia."

"¿Y Thomas?" "¿Qué nos haría él si llegado el momento, nos convertimos en una amenaza para sus objetivos?"

Tras un tenso silencio, la expresión de Anne mostró una sombra de indignación antes de recomponerse.

"Entiendo. Solo me queda desearos lo mejor. Espero que, cuando todo esto termine, podamos volver a confiar los unos en los otros."

La conversación se repetía en su mente, dejándola con una sensación de impotencia, pero también de una necesidad creciente

de proteger a los suyos.

Esa noche, Lord Arthur Sinclair regresó tras su largo viaje por el condado. Después de ver a su primogénita en ese estado, Isobel lo llevó a su estudio para hablar en privado.

—Thomas Hawthorne la ha rechazado —le explicó con tristeza—. Brìghde escuchó cómo hablaba con su padre. Dijo cosas horribles sobre nuestra familia, sobre sus raíces escocesas... La ha herido profundamente, Arthur.

Él sintió que la ira le subía como fuego en la garganta. Apretó los puños y se levantó de su asiento, caminando nervioso por la habitación.

—¿Cómo osa ese muchacho? Después de todo lo que hemos hecho por su familia… No puedo permitir que esto quede así, que nuestra hija sea humillada de esta manera.

Isobel lo observó con expresión preocupada.

—Arthur, no —lo interrumpió, su voz firme pero tranquila—. Ahora no es el momento. Si actúas en caliente, solo empeorarás las cosas. Sabes que, en tiempos como estos, un error puede costarnos mucho más de lo que estamos dispuestos a perder.

Él la miró a los ojos, buscando en ellos una razón para calmarse, pero el enojo seguía vibrando en su interior.

—¿Y qué propones que hagamos, entonces? ¿Dejar que se salgan con la suya?

Isobel respiró hondo antes de hablar.

—He estado pensando… Ahora que está todo más tranquilo, quizá sea el momento de llevar a los niños a Culzean. Hace años que no vamos, y desde que Ciarán murió… No he podido estar allí para apoyarlos.

—No creo que sea buena idea. ¿Escocia? Todo está siendo muy complicado. Y después de lo que ha pasado con Thomas, ¿realmente quieres llevar a nuestra hija allí, siendo también medio inglesa?

Su esposa apretó los labios con un aire de determinación.

—Lo sé, querido. Sé que no será fácil, pero en Escocia tengo familia. Aquí, en Inglaterra, solo estamos nosotros. Tus padres ya no están, y no tienes hermano alguno. Allí, al menos, estarán con los míos, quienes nos apoyarán y cuidarán. Fiona y Duncan apenas han

tenido contacto con el exterior durante estos años, y Brìghde necesita alejarse de aquí. Marcharnos a Escocia puede ser su oportunidad de sanar y recuperar parte de sí misma.

Arthur suspiró con resignación.

—No me fío de lo que pueda pasar allí, incluso con esta supuesta paz. Y no quiero ver sufrir más a nuestra hija.

Isobel le tomó la mano y la acarició con ternura.

—Nos cuidaremos, te lo prometo. Pasaremos una temporada ahí y regresaremos cuando todo esté más claro.

Arthur por fin asintió, aunque en su rostro seguía reflejada la preocupación.

Poco después, a la tenue luz de las velas, Isobel redactó una carta a su padre.

Con manos temblorosas, plasmó cada palabra, rogando en silencio que el laird comprendiera la urgencia de la situación. Cuando terminó, sintió una mezcla de alivio y ansiedad. Sabía que esa carta no solo era un puente hacia la seguridad, sino también un recordatorio del hogar que había dejado atrás.

Al amanecer, la misiva partiría hacia las Highlands, llevando consigo las ansias de una nueva paz para la familia Sinclair.

Nadie en la mansión sabía qué les deparaba el futuro, pero todos anhelaban que los próximos días trajeran consigo la serenidad y la dicha que tanto habían echado en falta.

Capítulo 3

El viaje a las Highlands fue largo, pero tranquilo. El carruaje atravesaba colinas verdes y valles adornados con flores silvestres, mientras el viento fresco se colaba por las rendijas de las ventanas. Isobel se dedicaba a contar a sus hijos sobre su infancia en Escocia, sus tierras, su gente, y la familia que los estaba esperando con los brazos abiertos.

Fiona y Duncan, entusiasmados con la aventura, no podían ocultar su curiosidad. Fiona, fascinada por los eventos sociales y la moda, preguntaba constantemente:

—¿Madre, habrá banquetes como los de Inglaterra? ¿Qué tipo de vestidos usan las mujeres escocesas? Espero que las celebraciones sean tan elegantes como las de la corte.

Duncan, en cambio, pensaba en cosas más prácticas:

—¿Los hombres en Escocia aún visten esas ropas tradicionales? ¿Podré unirme a alguna caza con el abuelo Fergus?

Isobel sonreía ante las preguntas de sus hijos, respondiendo con paciencia:

—Escocia tiene su propia belleza, sus tradiciones. Hay castillos imponentes y celebraciones que no tienen nada que envidiar a las inglesas, Fiona. Y sí, Duncan, estoy segura de que habrá oportunidad para las cacerías. El abuelo estará encantado de mostrarte cómo se hacen las cosas allí.

Brìghde, en cambio, estuvo la mayor parte del viaje en silencio. Las palabras de Thomas se reproducían en bucle en su cabeza. Cuando lograba un respiro mental, sus pensamientos volvían a Christine.

"¿Qué estaría haciendo?"

"¿Por qué no le había contestado a las cartas que le había mandado esos días?"

Una parte de ella empezó a pensar que la falta de respuestas era en verdad una confirmación silenciosa de sus peores temores: que Christine nunca la había aceptado de verdad.

Cuando caía la noche, la comitiva descansaba en alguna posada en el camino. Brìghde intentaba no dormir, pues cuando lo hacía, soñaba con los ojos fríos de Thomas, con amigos y conocidos de Inglaterra señalándola y riéndose de ella. Despertaba entre sudores fríos, con el corazón desbocado.

Ya no lloraba. No le quedaban fuerzas.

La tercera noche, tras despertar sobresaltada, se protegió del frío con una manta y salió con sigilo de la habitación. Una vez en el exterior, cerró los ojos mientras se abrazaba a sí misma, buscando reconfortarse. Permaneció en silencio, concentrándose en el ritmo pausado de su respiración y en los primeros murmullos de la naturaleza que empezaba a despertar a su alrededor.

Cuando los volvió a abrir, los primeros rayos del sol se filtraban a través de las montañas, tiñendo el cielo de suaves tonos anaranjados que se deslizaban sobre los valles. Por primera vez desde hacía tiempo, la calma comenzó a infiltrarse en su mente agotada.

—Precioso, ¿verdad? —susurró Isobel, mientras se colocaba a su derecha, envuelta en otra manta.

La inesperada aparición le provocó un respingo, sacándola de su ensimismamiento.

—Perdona, cariño —se disculpó, posando una mano en el hombro de su hija—. No era mi intención. Me preocupé al no verte en la cama.

Volteó el rostro hacia las montañas y continuó, con un deje de tristeza:

—Sabes, cuando era pequeña me despertaba temprano para ver el amanecer junto a tu abuelo. Siempre decía que ese momento era especial, porque nos recordaba que, por muy larga que fuera la noche, siempre hay un nuevo comienzo.

Brìghde no dijo nada. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas rodaran por su rostro.

—Cuando perdí a Ciarán, pensé que nunca volvería a sonreír. Pero con el tiempo aprendí que el dolor también nos enseña a vivir de otra manera: más fuerte, más agradecida por lo que aún tenemos —

con ternura, limpió las lágrimas de su hija antes de añadir—. Estarás bien, ya lo verás.

Se quedaron en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor.

Tras el desayuno, el grupo reanudó el viaje. A poca distancia de su destino, hicieron una última parada junto a las tranquilas aguas de Loch Lomond.

—Es un buen lugar para tomar algo de aire antes de llegar —comentó Lady Sinclair, contemplando el horizonte con una sonrisa teñida de nostalgia.

Brìghde observó el agua sin decir nada. Aunque no se sentía del todo en paz, estar rodeada por el paisaje familiar de Escocia le brindaba un pequeño consuelo, como si el peso que cargaba en su corazón se aligerara, aunque solo fuera por un momento.

—¿Ya estamos cerca? —preguntó Fiona, emocionada.

—A unas pocas horas —respondió su madre—. Aquí es donde realmente notas la diferencia entre las tierras bajas y las altas. Las Lowlands son apacibles, pero las Highlands... Ah, las Highlands tienen una energía única, algo salvaje e indomable. Lo sentirás cuando lleguemos.

—¡Es enorme! —exclamó Duncan, con los ojos muy abiertos—. No creí que hubiera lagos tan grandes.

Isobel sonrió ante las palabras de su hijo y rozó con la mano el brazo de Brìghde, llamando su atención.

—Este paisaje siempre me recuerda que, aunque las fronteras nos separen, la naturaleza trasciende todo. Aquí, el norte y el sur se encuentran y se entrelazan. Quizás nosotros también podamos aprender algo de ello.

Brìghde asintió en silencio, mientras el aire frío del norte llegaba hasta ella, acariciando su piel y sus pensamientos.

Capítulo 4

Cuando las últimas luces del crepúsculo se desvanecían en el horizonte, el carruaje se detuvo frente al castillo de Culzean. Varios criados se apresuraron a abrir la puerta, permitiendo que Duncan, lleno de emoción, saltara fuera. Sin poder contenerse, corrió hacia su abuelo, quien esperaba con los brazos abiertos, soltando una carcajada al verlo.

—¡Duncan, muchacho! ¡Mírate, te has hecho todo un hombre! —exclamó, abrazándolo con fuerza.

Mientras tanto, ayudaron a las damas a bajar del carruaje.

Fiona, con una amplia sonrisa, fue la primera en tomar la mano del mayordomo, bajando con gracia y lanzando una mirada curiosa alrededor. Estaba ansiosa por ver todo lo que Escocia tenía para ofrecerle. Isobel la siguió, envuelta en una mezcla de nostalgia y emoción.

Al cabo de un momento, Brìghde descendió con paso más contenido. Sus ojos recorrieron las imponentes murallas del castillo, intentando asimilar el hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba de regreso en las tierras de su madre.

Fergus se separó del joven para acercarse a su hija, a quien abrazó con una calidez que entrecerraba años de separación.

—Hija mía, bienvenidos a casa —dijo con la voz ronca y cargada de emoción.

Isobel sonrió y asintió, agradecida de volver.

Una mujer de mediana edad se acercó con una sonrisa. El largo cabello castaño oscuro, con hilos de plata, caía elegantemente sobre sus hombros.

—Ailsa y Malcolm estaban muy emocionados por vuestra llegada, pero el sueño les ha vencido —dijo con una risa suave, tras abrazar a los recién llegados—. Hoy ha sido un día largo para ellos, pero estoy segura de que mañana estarán deseando veros. Malcolm es la viva imagen de mi querido Ciarán.

Isobel dio un paso adelante, le tomó la mano con suavidad y bajó la voz:

—Lamento no haber estado aquí para vosotros.

Rowena negó con la cabeza, sus ojos brillando por las lágrimas no derramadas.

—No te culpes. Nadie se ha librado del sufrimiento de esta guerra. Hemos hecho lo que hemos podido con el tiempo y el dolor.

Se abrazaron con fuerza. Al separarse, Rowena le apretó el brazo con delicadeza y le susurró con un tono que intentaba ser tranquilizador, aunque dejaba entrever su preocupación:

—Maeve está dentro, junto al fuego. Su salud ha estado algo delicada últimamente.

Ambas compartieron un momento de comprensión silenciosa, cargado de pena y consuelo mutuo.

A su alrededor, los demás observaban la escena con emoción, especialmente al evocar el recuerdo de Ciarán, cuya presencia parecía palpitar aún en cada rincón del castillo.

Tras unos instantes, Fergus rompió el silencio con una nota más liviana.

—Brìghde, muchacha, ¡mírate! —exclamó, extendiendo los brazos —. Has crecido tanto… parece que fue ayer cuando jugabas por estas tierras, persiguiendo mariposas y escondiéndote en los jardines.

El ambiente se distendió y la familia se fue reagrupando.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, abuelo —respondió, dejándose envolver por el abrazo—. Las cosas han cambiado bastante.

Él la soltó suavemente y apoyó una mano en su hombro, su mirada llena de afecto.

—No importa cuántos años pasen o dónde hayas estado, siempre serás parte de este lugar.

Ella asintió, tratando de disimular el torbellino de emociones que la envolvía. Durante el viaje, un inesperado entusiasmo había comenzado a florecer en su interior. Las colinas y los valles verdes parecían devolverle algo perdido, una conexión olvidada con sus raíces. Aunque aún sentía un nudo en el pecho, descubrió que la

presencia de los suyos le brindaba una paz que había añorado profundamente.

Antes de que pudiera responder, una voz alegre rompió el momento.

—¡Ah, no me digas que ya te están robando toda la atención! Al menos dejadme un poco de tiempo para saludar a mi prima.

Ella se giró, sin poder reprimir la risa al ver a Alistair acercándose con una sonrisa en los labios y el aire desenfadado con el que lo recordaba.

—¡Vaya cambio! —continuó, lanzándole una mirada divertida mientras la observaba de arriba abajo—. Te has convertido en toda una mujer.

—Tú también has cambiado —respondió, devolviéndole el abrazo —. Apenas te reconocería, aunque no es tan difícil con ese aire presumido.

Él se llevó una mano al pecho con fingida solemnidad.

—Siempre supe que algún día te quedarías sin palabras al verme —dijo, guiñándole un ojo—. Es difícil de soportar, lo sé.

—No te des demasiado mérito; todavía recuerdo cuando comías barro a los cinco años —replicó, empujándolo suavemente en el hombro, cada vez más divertida.

—¡Eso no cuenta! ¿Quién podría resistirse a un desafío tan bien planteado?

Ambos estallaron en una carcajada.

—De todas formas —añadió él—, si hay algo que no ha cambiado, es tu habilidad para ponerme en mi lugar.

Ella sonrió de nuevo, agradecida por comprobar que la complicidad con su primo seguía intacta.

—Bienvenidos todos —dijo Fergus, observando la escena con una sonrisa satisfecha—. Pero no os quedéis fuera con este frío. Vamos, entrad.

El interior del castillo imponía tanto como su fachada, aunque escondía una calidez inesperada. Brìghde recorrió con la mirada los tapices que narraban las hazañas de su familia, sintiendo cómo la nostalgia se mezclaba con una punzada de tristeza.

Cada paso que daba sobre el suelo de madera, cuyo crujido le resultaba extrañamente reconfortante, parecía acercarla un poco más a una versión olvidada de sí misma. Las estancias, cálidamente iluminadas por candelabros y el resplandor de las chimeneas, desprendían un aroma reconfortante a leña quemada.

—Ha pasado demasiado tiempo desde que estuviste aquí —comentó Fergus, observando a su nieta con calidez—. Las Highlands te han echado de menos.

Ella no respondió, pero sus ojos siguieron recorriendo el lugar. Había crecido visitando este castillo, y los recuerdos de su infancia se deslizaban en su mente a cada paso.

—¿Qué os parece si cenamos? Las cocineras han preparado un festín para celebrar vuestro regreso. —continuó el laird, deteniéndose frente a la escalera—. Me complace anunciaros que hemos informado a viejos amigos de vuestra presencia en Escocia y están deseando reencontrarse con vosotros.

—Es decir, que aprovecharemos vuestro regreso para celebrar por todo lo alto —añadió Alistair, con una sonrisa socarrona—. Hace tiempo que no hay un ambiente festivo por aquí.

Fergus le dirigió una mirada fugaz, cargada de significado, y respondió con tono firme:

—La vuelta de mi querida hija y mis nietos es motivo suficiente de celebración.

—Gracias, padre —intervino Isobel rápidamente—. Estaremos encantados de reencontrarnos con nuestros amigos.

—¿Y qué tal el camino desde Inglaterra? —preguntó Alistair, volviéndose hacia su prima—. ¿Te ha dado tiempo a extrañar este lugar?

—Me ha dado tiempo para pensar en muchas cosas —respondió de manera enigmática.

—Estoy seguro de que te esperan muchas sorpresas durante tu estancia —añadió Alistair, alzando las cejas con diversión —. No dejaré que te aburras, eso te lo prometo.

—No me cabe duda —replicó, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

Capítulo 5

Los siguientes días pasaron volando.

Por las mañanas, Brìghde e Isobel acompañaban a Maeve en el jardín para que tomara el aire. A pesar de su esfuerzo por mantenerse distante, aquel lugar, tan vibrante y sereno, comenzaba a deshacer lentamente el peso que cargaba en su pecho.

Mientras observaba a su abuela, antes fuerte y resuelta, ahora visiblemente más frágil, una oleada de emociones se agitaba dentro de ella. Poco a poco, se fue dando cuenta de que, en su propio dolor, había ignorado el sufrimiento de los demás. Lentamente, el muro de silencio que había levantado comenzó a desmoronarse. Se permitió participar en las conversaciones, dejando que las risas y las historias compartidas la envolvieran, como un bálsamo para sus heridas.

Al atardecer, paseaba con Fiona por los alrededores del castillo. Aunque ella decía que recogía flores para hacer coronas o adornar sus habitaciones, en realidad aprovechaba el momento para observar a su hermana mayor y animarla a su manera.

Al final del día, se reunían con Duncan y sus primos para escuchar las historias que Fergus contaba sobre la familia MacLeod. Brìghde ya conocía muchas de ellas, pues las había escuchado de niña en compañía de su primo y otros niños. No obstante, ahora no podía evitar que algún comentario sarcástico se le escapara, poniendo en duda la veracidad de las narraciones. Su abuelo, al igual que el resto de los presentes, evitaba responder, conscientes de que el sufrimiento que Brìghde cargaba influía en su actitud.

Las semanas transcurrieron y, conforme se acercaba la fecha de la reunión de clanes, la posibilidad de reencontrarse con viejos conocidos llenaba a todos de energía, envolviendo el castillo en un ambiente cada vez más festivo.

Las cocineras tarareaban antiguas canciones en gaélico mientras preparaban los banquetes, y los criados se movían de un lado a otro, sonrientes y ocupados con los preparativos. Esos pequeños detalles

de la vida cotidiana en el castillo, tan distintos a la soledad y el aislamiento que había experimentado en Inglaterra, empezaban a calar dentro de Brìghde. Las turbulentas aguas de su interior seguían presentes, pero ahora fluían con menos fuerza, apaciguadas por el calor del entorno y la constante presencia de amor y apoyo que la rodeaba.

Si aquellos días habían empezado a debilitar la coraza que envolvía su corazón, la noche previa a la llegada de los clanes fue el primer golpe que logró resquebrajarla.

Las dos hermanas estaban en la alcoba de Brìghde, realizando la última prueba del conjunto confeccionado para el banquete: un vestido de un vibrante azul, acompañado de un plaid que entrelazaba los verdes y burdeos propios de su clan. A pesar de la innegable elegancia del conjunto, la expresión de Brìghde, más incómoda que entusiasta, se reflejaba en el vaivén nervioso de sus dedos sobre la tela.

Tal vez era el broche de plata con el escudo de su familia o el tejido áspero del tartán, pero no lograba sentirse completamente en sintonía con la prenda.

Fiona, que la observaba con una mezcla de paciencia y resignación, rompió por fin el silencio:

—Hermana, ¿no te parece un despropósito que una prenda tan fina quede deslucida por un aire tan… abatido?

Brìghde se giró lentamente hacia ella, consciente del reproche.

—No estoy de humor para estas formalidades, Fiona. Preferiría quedarme en mi alcoba antes que vestirme con pompa y fingir entusiasmo frente a personas que apenas conozco o que no he visto en años.

—Ah, claro. Seguro que prefieres esos vestidos en los que te has empeñado desde que llegamos, aunque solo fuéramos a pasear al lago. Tenías tan poca movilidad que pensaba que acabarías rodando colina abajo cada vez que intentabas agacharte. ¡Me detuve más veces por tus vestidos que por las piedras del camino!

Su expresión pronto cambió, volviéndose más seria.

—Sabes, me parece que no te estás haciendo ningún favor, y mucho menos a los demás.

Brìghde soltó un suspiro, frustrada por la insistencia de su hermana.

—No lo entenderías, Fiona. Este dolor es demasiado para ti.

—Tal vez no lo entienda todo, pero sé que no eres invulnerable. Llevo semanas viendo cómo te consumes, y no lo digo con ira, sino con preocupación. Thomas no merece el pedestal en el que lo has colocado, hermana.

Brìghde apretó los labios, dolida por sus palabras, aunque sabía, en el fondo, que había algo de verdad en ellas. Reconocer que Fiona tenía razón era algo que no estaba preparada para admitir.

—Hablas como si lo conocieras, pero no es así. Thomas ha sido herido por la guerra, y yo… yo lo comprendo mejor que nadie.

Fiona dejó escapar un suspiro breve, pero su voz se mantuvo firme.

—La guerra ha herido a muchos, Brìghde. Nuestro propio padre ha estado ausente durante mucho tiempo, pero jamás ha renegado de su familia. Lo que tú permites que te haga este sufrimiento es lo que me duele más. Has perdido tu alegría, tu esencia… Con todo respeto, hermana, esta actitud altanera no ayuda a cambiar las cosas.

Esta enrojeció, presa de la indignación.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡No tienes idea de todo lo que he renunciado!

Fiona la observó con calma, sus ojos brillando con una mezcla de tristeza y determinación.

—Quizás no lo sepa todo, pero ya es hora de que dejes de sacrificarte por una ilusión. Estás aquí, rodeada de tu familia, de aquellos que te aman tal como eres y, aun así, los mantienes a distancia. ¿Crees que no nos hemos dado cuenta de cómo te diriges a ellos, casi sin mirarlos a los ojos? ¿O los gestos de repulsa cuando están organizando los platos para el banquete? Sabes perfectamente que el haggis de la abuela es una receta familiar muy codiciada.

Las palabras de su hermana la golpearon más profundamente de lo que habría querido admitir. Por un instante, la imagen de su abuela, debilitada por el tiempo, apareció en su mente, y sintió cómo algo dentro de ella comenzaba a tambalearse.

—Pero ¿qué tiene que ver el haggis con todo esto, Fiona? —alzó la voz, con incredulidad—. Que no me guste un plato hecho de despojos animales no me convierte en una mala persona, por mucho que sea una receta de nuestra abuela.

—El haggis es solo un ejemplo. Te empeñas en rechazar todo lo que forma parte de esta tierra. Evitas usar las prendas que nos han regalado, mantienes una actitud fría con los demás y hasta tu acento parece más inglés que nunca. ¿Por qué insistes en sonar así? ¿Es esto lo que realmente deseas? Porque, sinceramente, nunca imaginé que llegarías a ser tan… altiva y distante. No es propio de ti. Y, en el fondo, lo sabes.

—No es algo que haya hecho a propósito —estalló, con la desesperación aflorando en su voz—. ¿No ves que ser escocesas es lo que nos ha hecho daño? Casi nadie nos habla ahora, padre está ausente la mayor parte del tiempo y madre se ha encerrado en sí misma, aunque intente demostrar lo contrario. Incluso Christine ha dejado de dirigirme la palabra y Thomas…

Las lágrimas brotaron antes de que pudiera controlarlas. El nombre de Thomas, al mencionarlo, sonó hueco y distante, como si perteneciera a otra vida.

Pero aún no podía soltarlo.

No después de haber entregado tanto de sí misma por él.

Fiona la miró con tristeza, pero ya era tarde. Ambas habían empezado a decirse las cosas a la cara y ahora no pensaba echarse atrás.

—Me parece increíble que culpes a un país entero para justificar el trato tan penoso que nuestros conocidos nos han dispensado. No es culpa de los escoceses, Brìghde. Si nos hubiéramos quedado aquí cuando estalló la guerra, sin contacto con Inglaterra, ¿habrías seguido justificando el odio de Thomas? —las palabras salían atropelladas, sin filtro—. ¿Sabes qué? Creo que lo habrías hecho. Porque lo que sientes por ese hombre no es amor. Te has creado una imagen de él que no refleja como realmente es.

—¿Qué sabrás tú del amor, Fiona? Sigues viendo todo a través de los ojos de una niña. Quizás deberías madurar antes de atreverte a

juzgarme —exclamó Brìghde, con la rabia mezclándose con sus lágrimas.

—Solo tengo dos años menos que tú. Deja de tratarme como a una niña. Puede que aún no haya conocido el amor, pero he visto a nuestros padres y te he visto a ti, y créeme, no tiene nada que ver.

Fiona terminó su discurso y dio un paso hacia la puerta, claramente molesta, pero antes de que pudiera marcharse, escuchó a Brìghde contestar en un tono frío:

—Me parece increíble que creas que puedes entenderme. Piensas que todo se soluciona cambiando de vestido o sonriendo a los demás, pero hay cosas más profundas que no puedes comprender.

El silencio se apoderó de la alcoba, extendiéndose durante unos instantes que parecieron interminables.

Al final, Fiona se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se dio la vuelta. Su voz tembló, quebrada por las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Si quieres seguir amargándote la vida, hazlo. Pero no cuentes conmigo para eso.

Acto seguido, se marchó, dejando la puerta entreabierta. El sonido de sus pasos se extinguió en el pasillo, sumiendo a Brìghde en una soledad abrumadora.

Se miró en el espejo una vez más, envuelta en los colores del clan. El tartán parecía desafiarla a reencontrarse con su propia esencia. Las palabras de su hermana resonaban en su mente, incómodas y persistentes, como un murmullo imposible de ignorar.

Algo dentro de ella se tambaleó, aunque no estaba lista para admitir qué era.

Capítulo 6

Al día siguiente, el ajetreo del castillo la despertó antes de lo que le habría gustado. El cansancio que la invadía no era solo físico, sino también emocional. Había pasado horas en la cama, atrapada en sus pensamientos. Aunque el sueño la alcanzó avanzada la madrugada, las escasas horas de descanso no lograron aliviarla.

Con el rostro hundido en la almohada, soltó un leve gruñido y se giró, fijando la mirada en el dosel del techo mientras aceptaba que no volvería a dormir. Las palabras de su hermana, crudas y certeras, resonaban con fuerza en su mente. Cerró los ojos un instante, intentando contener las emociones que luchaban por salir a la superficie.

No podía afrontar otra discusión, al menos no aquel día.

Llamó a su doncella para que la asistiera con el atuendo. Desde el primer día, Màiri le había inspirado confianza; sus grandes ojos verdes transmitían una calidez que invitaba a la confidencia, libres de juicio alguno. Fue precisamente esa sensación la que animó a Brìghde a iniciar la conversación que llevaba tiempo rondando su mente.

—Màiri, necesito tu honestidad… ¿Serías capaz de decirme la verdad, aunque sea incómoda?

La joven frenó en seco, dejando de cepillarle el cabello, y la miró con una mezcla de sorpresa y precaución.

—Haré lo que esté en mi mano, milady —respondió con suavidad.

Brìghde asintió, aunque la duda seguía reflejada en su rostro. Guardó silencio durante unos instantes antes de soltar un suspiro contenido y preguntar:

—¿Te parezco una estirada?

Màiri parpadeó, visiblemente desconcertada.

—No lo creo en absoluto. Habéis sido siempre amable con nosotros.

La respuesta no pareció convencerla del todo. Bajó la vista y negó con la cabeza.

—Me han comentado que no estoy comportándome como debería, que mi actitud aquí no es… adecuada.

La doncella guardó silencio unos instantes, pensando en la mejor forma de contestar sin ofenderla. Al cabo de un momento, retomó su tarea mientras hablaba, su tono prudente.

—Milady, es normal que, después de tantos años en otro lugar, hayáis adoptado algunas de sus costumbres. Con el tiempo, volveréis a sentiros cómoda entre nosotros.

Ante la actitud pensativa de su interlocutora, se aventuró a añadir:

—A veces no es cuestión de estar en el lugar adecuado o no, sino de cómo decidimos encajar en él. Con el tiempo todo se ajusta.

Brìghde dejó que las palabras flotaran en su mente junto a las de Fiona.

—¿Os encontráis bien? —preguntó la doncella, preocupada.

Brìghde salió de su ensimismamiento, apresurándose a tranquilizarla.

—No te preocupes. Tus palabras me han hecho reflexionar, pero no de manera negativa. Creo que tanto tú como Fiona tenéis razón.

—¿Lady Fiona?

Brìghde se giró hacia el espejo y observó su reflejo.

"No es cuestión de estar en el lugar adecuado o no, sino de cómo decidimos encajar en él".

De repente, el corsé le apretaba más de lo habitual.

—Ayúdame a cambiarme de ropa, por favor —pidió con determinación—. Quiero ponerme algo más cómodo, algo que me permita respirar… y ser yo misma.

Màiri asintió rápidamente, aliviada, y se apresuró a buscar algo acorde a los deseos de su señora. Al final, eligieron un vestido de lana en tonos claros, decorado con delicados bordados de hilo verde que adornaban los laterales y el dobladillo, a conjunto con el plaid, que sujetó con un broche plateado.

Al observarse en el espejo, notó que los tejidos ya no le resultaban tan extraños.

Cada prenda parecía desprenderla de la angustia acumulada durante meses.

Con un impulso renovado, salió del castillo y descendió a paso rápido por la colina.

Con cada exhalación, su pecho se liberaba un poco más.

Cuando llegó a las orillas del lago, se permitió una pausa para contemplar el paisaje. Las nubes grises se arremolinaban en el cielo, presagiando lluvias, mientras el lago permanecía tranquilo e imperturbable. La escena le pareció un reflejo de sus propias emociones: un contraste entre el caos interno y la calma que empezaba a aflorar.

El recuerdo de la confrontación seguía latente, provocándole una culpa más profunda que la simple incomodidad de la noche anterior.

Fiona siempre había medido sus palabras con cuidado, limitándose a apoyarla en sus peores momentos, sin emitir juicios. Pensar en lo afectada que había estado durante la discusión hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero esta vez no por el desamor, sino por el dolor que le había causado a su hermana.

Cerró los ojos, dejando que las imágenes desfilaran por su mente: las palabras de Thomas, la mirada fría con la que la había desarmado y la presencia muda de Christine. Reflexionando sobre su comportamiento, se dio cuenta de cómo había ido quedando atrapada en un remolino de conveniencias, buscando desesperadamente encajar en una sociedad que la rechazaba, a pesar de su ascendencia inglesa.

Esta vez, sin embargo, no fue tristeza lo que surgió en su interior, sino una emoción más abrasadora.

Bajó la mirada hacia la falda del vestido y acarició los bordados. Una rabia sorda comenzó a crecer dentro de ella; no solo hacia Thomas por el daño que le había hecho, sino también hacia sí misma, por haberle otorgado tanto control sobre su vida y emociones.

En cuanto a Christine, que siempre había sido su roca, su silencio reciente la preocupaba profundamente. Se sorprendió al darse cuenta de que él ya no era la razón de su dolor; su verdadera preocupación era su amiga, que parecía estar cargando con sus propios problemas sin decirle nada.

Decidió que le escribiría una última carta, pues necesitaba entender lo que estaba ocurriendo.

Su mente voló hacia su madre, que había soportado años de separación, y hacia los primeros días que había pasado en Escocia, recordando el recibimiento de su familia. Pensó en sus abuelos, que habían perdido a un hijo a manos de los ingleses, y en Alistair, que había luchado codo con codo con su padre en múltiples batallas. A pesar de ser medio inglesa, la familia la había recibido con los brazos abiertos. ¿Qué motivo tenía para alejarse, cuando habían sido ellos los que siempre habían estado allí?

Sus hermanos no habían tenido su misma suerte; ella había contado con la presencia de Christine y Thomas, pero Fiona y Duncan no habían tenido la oportunidad de experimentar estos sentimientos. No era de extrañar que su hermano se pasara el día corriendo con sus primos, mientras Fiona permanecía a su lado, tratando de aliviar sus penas. Se dio cuenta de que no solo había sido injusta con ellos, sino que había ignorado sus propios deberes como hija y hermana.

Recordó los comentarios críticos que se le escapaban cuando su abuelo contaba orgulloso las batallas libradas por sus antepasados, así como los gestos despectivos al rechazar ciertos platos. Una sonrisa se dibujó en su rostro al evocar el comentario de su hermana. Incluso su madre la había reprendido por su desaprobación hacia algunas mujeres que, a su juicio, actuaban de manera menos decorosa de lo que estaba acostumbrada.

Después de analizar los hechos desde otra óptica, fue consciente de que había estado proyectando sus propios miedos en los demás.

¿Podrían aquellas miradas que le habían parecido de desconfianza o rechazo haber sido solo fruto de su inseguridad?

Tal vez, en lugar de evaluarla, los criados simplemente la miraban con curiosidad o respeto, como hacía Màiri, quien esa misma mañana se había atrevido a hablarle con sinceridad.

Ese pensamiento le provocó una punzada de vergüenza; *¿había sido su propio miedo lo que la mantenía distante de aquellos que intentaban acercarse?*

Se tapó el rostro con las manos mientras reflexionaba sobre lo inconsciente que había sido de su comportamiento. Antes de que la culpa la invadiera por completo, una voz la sacó de su ensimismamiento.

—¿Brìghde?

Fiona se acercó con discreción. Al ver a su hermana secarse las lágrimas, susurró con tristeza:

—Lo siento mucho. No estoy orgullosa de lo que dije anoche. Sé que lo estás pasando mal y...

—No —interrumpió esta, girándose para mirarla—. Tenías razón, Fiona. Debería haberme dado cuenta antes de que no estaba actuando bien. Siento haber sido tan mal ejemplo para ti. Sé que no eres una niña, pero tus palabras me incomodaron tanto que no pude evitar reaccionar así.

Fiona le apretó la mano, y su hermana correspondió al gesto.

—Brìghde, ya lo sabes: no es tu culpa. Las cosas no han sido fáciles para ninguno de nosotros, pero eso no justifica que anoche le quitara importancia a tu sufrimiento.

Ella negó con la cabeza.

—No lo hiciste. Fuiste sincera conmigo, y es algo que me hacía falta. Jamás imaginé que sería mi hermanita quien me pondría en mi lugar.

Fiona sonrió con dulzura y le dedicó un vistazo de arriba abajo, su expresión tornándose más divertida.

—Al menos ha servido para que no ruedes hasta el lago. Estos colores te sientan bien.

Su hermana le devolvió la sonrisa, más relajada.

—Gracias por estar a mi lado. Puedes decirme lo que sientas sin miedo. Prometo que siempre tendré en cuenta tus palabras.

—Y yo que estaré ahí cuando me necesites —contestó Fiona, abrazándola. Después, se apartó ligeramente para añadir con picardía—. Aunque tal vez algún highlander apuesto podría hacer peligrar esa promesa.

Brìghde la miró con incredulidad. Su primer impulso fue juzgar el comentario como impropio, pero rápidamente se dio cuenta de que

estaba, una vez más, siendo demasiado crítica. Debía comprender que su hermana también tenía sus deseos y anhelos.

—Esperemos que eso no ocurra pronto. De lo contrario, me veré obligada a trasladarme con vosotros para no perderte de vista.

—¿Quién ha dicho que el highlander sea para mí?

—Fiona, ¡por favor! Es lo último que se me pasa por la mente ahora mismo.

Ella se encogió de hombros, con gesto inocente.

—Ya veremos. Si esta noche la afortunada soy yo, te permitiré venir de visita todas las veces que quieras.

En ese momento, las tripas de ambas protestaron al unísono.

Al parecer, ninguna de las dos había probado bocado desde la noche anterior, por lo que volvieron entre risas al castillo. Fueron directamente a las cocinas, pues no querían dar más trabajo del que ya tenían a las criadas, que estaban ocupadas con los preparativos del día.

Al llegar, encontraron a su abuela supervisando el trabajo de las cocineras.

A Brìghde no le sorprendió verla ahí. Desde pequeña, su abuela le había inculcado su amor por la naturaleza y sus secretos. Recordaba con cariño los largos paseos por el campo, donde le enseñaba a identificar plantas y hierbas, y las tardes en las cocinas, donde aprendía cómo aprovecharlas en remedios y brebajes que no solo sanaban el cuerpo, sino también el alma. Aunque con el tiempo esos conocimientos se habían desdibujado en su memoria, el amor por las plantas y la conexión con la tierra siempre permanecían vivos en ella.

"Quizás debería animar a Fiona a aprender también", pensó.

Le dieron un beso a su abuela en cada mejilla antes de servirse unas lonchas de tocino con pan y acomodarse en una esquina de la cocina. El calor del hogar y el aroma envolvente de la comida recién hecha las reconfortaron de inmediato. A su alrededor, el ambiente se volvía cada vez más animado, pues los clanes comenzaban a llegar para la gran reunión. Brìghde, por primera vez en días, se permitió relajarse por completo, disfrutando no solo del sabor de la comida, sino también de la calidez que le ofrecía aquella compañía. Maeve,

desde el otro lado del fuego, notó el cambio en su nieta, pero prefirió guardar silencio, satisfecha con lo que sus ojos alcanzaban a ver.

***

Unas horas más tarde, despertó en su cama, sintiéndose renovada. El desayuno y la resolución del conflicto con Fiona habían calmado su mente de tal manera que, tras regresar a la alcoba, el sueño la había vencido rápidamente, sin que el creciente bullicio en el exterior lograra perturbarla.

Se acercó a la ventana, desde donde observó los estandartes que se desplegaban en los campos. Reconoció algunos de su infancia, cuando los lairds visitaban a su abuelo. Identificó los colores azul, rojo y blanco de los Anderson y recordó a Grace, la hija menor del laird, con quien había jugado en varias ocasiones. Al lado, el verde y morado de los Douglas le trajo a la mente a su tía Rowena. Cada vez más gente, vestida con los colores de sus clan, llegaba al castillo.

Alzó la vista al cielo y se alegró de ver el sol asomando tras las nubes. El aire se sentía limpio y fresco, un signo claro de que había llovido mientras dormía.

Se cambió el vestido por otro más holgado, con un corpiño atado con cordones, que le permitía mayor libertad de movimiento. Una decisión simbólica, casi inconsciente, reflejo del alivio emocional que empezaba a sentir tras la conversación con Fiona.

Con cada paso hacia las caballerizas, se sentía más ligera. Montar a caballo había sido siempre una de sus pasiones, y su abuelo se había asegurado de que tuviera un corcel listo para ella desde el primer día. Hasta entonces, no había encontrado el ánimo para salir a cabalgar. Sin embargo, algo dentro de ella despertaba ahora, reclamando volver a esa parte de su vida.

Le pidió al mozo de cuadra que le trajera su caballo, y mientras esperaba, inhaló profundamente, disfrutando del familiar aroma de la paja y el cuero. En pocos minutos, Hamish regresó con una majestuosa yegua de color azabache.

—Esta es Nuala —dijo con orgullo, frotando el lomo del animal en un gesto tranquilizador—. Es vuestra ahora, milady.

Brìghde se acercó cautelosa y extendió la mano hacia la cabeza de la yegua. Dejó que la olfateara antes de acariciarla y sintió un cosquilleo de emoción en el pecho. Los grandes y oscuros ojos de Nuala brillaban con una tranquilidad que contrastaba con su imponente apariencia.

—Parece que ya os habéis hecho amigas —comentó el mozo, satisfecho.

Ella asintió con una sonrisa tímida mientras continuaba acariciando la crin del animal.

—Saldré a cabalgar.

Con esas palabras, Hamish se apresuró a ensillar la yegua.

La luz suave de la tarde bañaba el paisaje en tonos dorados, envolviendo la escena en una serenidad que Brìghde agradeció con el alma.

Salieron al prado y, por un instante, todo lo demás dejó de importar. Solo existía el trote constante del animal y la libertad infinita del campo abierto ante ellas.

Capítulo 7

Había cabalgado un buen rato, dejando que el paseo despejara sus pensamientos. Ya no era solo el viento o el ritmo de Nuala lo que le traía calma, sino la certeza de estar soltando, al fin, lo que la ataba. Con cada galope, sentía cómo el peso del pasado se disipaba poco a poco.

A medida que la distancia entre ella y el castillo aumentaba, parecía alejarse también de las sombras de Thomas y de la vida en Inglaterra.

Por primera vez en mucho tiempo, no estaba huyendo, estaba avanzando.

En la distancia, divisó la silueta de Alistair, montado en su caballo, absorto en sus pensamientos. Sonrió y espoleó a la yegua para alcanzarlo.

—¿Huyendo de la multitud? —preguntó al llegar a su lado.

Alistair suspiró, cansado, y miró hacia el horizonte.

—Algo así.

—¿Ha pasado algo?

Al ver que rehuía la mirada, insistió:

—Alistair, puedes compartir conmigo lo que sea que te está haciendo sufrir. Quizás pueda ayudarte.

—No lo creo. Tú… —hizo una pausa, pronunciando las siguientes palabras con prudencia—. No quiero causarte más sufrimiento del que ya tienes.

La culpa volvió a invadirla, impidiéndole responder de inmediato. Pero después de lo sucedido en las últimas horas, decidió que era hora de dejar sus lamentos a un lado.

—Estoy bien, de verdad. De hecho, no recuerdo la última vez que me he sentido así. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, te ruego que me lo hagas saber.

Él la estudió por unos instantes. El porte recto de su prima, su actitud serena y la sonrisa decidida acabaron por convencerle.

—Las cosas han estado tensas últimamente con algunos de nuestros vecinos, sobre todo con los Cochrane.

Brìghde lo escuchaba en silencio, procurando transmitir el interés que le suscitaba la historia.

—Dos años atrás, después de la batalla de Kilbride, volvimos muchos menos hombres de los que partimos. El laird… —hizo una pausa, sin poder contener la tristeza al recordar aquellos eventos.

Brìghde se alegró de que los años no hubiesen afectado al cariño que se profesaban y que ello le permitiera mostrarse vulnerable, como hacían de pequeños.

—Lo siento mucho, Alistair.

Dirigió a Nuala hasta quedar junto a su caballo. Rozó suavemente su brazo y lo animó a continuar con la mirada.

Alistair agradeció el gesto y siguió hablando:

—Murray Cochrane estaba por aquel entonces en disputa con los Forbes y acudió a nosotros pidiendo hombres para su causa. Sabes que el abuelo siempre procuró mantener una buena relación con ellos, pero en ese momento estaba devastado… todos lo estábamos. Habíamos perdido a muchos. Enviar a más guerreros habría dejado nuestras tierras vulnerables, por lo que el abuelo no tuvo más remedio que negarse. Murray no quiso comprenderlo y se marchó enfadado.

—Recuerdo que mantenían buena relación, incluso nosotros llegamos a visitarlos alguna vez. Creo que tiene dos hijos…

—Los tenía —la corrigió, con voz sombría—. Los Forbes atacaron una noche, y Roland fue asesinado.

—¿El mayor? —preguntó incrédula.

—El mismo. Ahora el heredero es Scot Cochrane —Alistair le dirigió una mirada cargada de significado, que la hizo estremecer.

Recordaba vagamente a los hermanos Cochrane.

Roland siempre había sido más visible, y no por buenas razones. Era conocido por su carácter brusco y, a menudo, violento. Aprovechaba su posición privilegiada para hostigar a quienes le rodeaban. De niña, había soportado algunos acercamientos incómodos por su parte, hasta que Alistair adquirió la fuerza suficiente para protegerla. Desde entonces, había dejado de

hostigarla, pero el recuerdo de aquellas experiencias permanecía vívido en su memoria.

Scot Cochrane, en cambio, siempre había sido callado, casi invisible. En las pocas ocasiones en que lo había visto, permanecía solo o apartado, observando en silencio con una expresión difícil de descifrar. Aunque no había mostrado el comportamiento explosivo de su hermano, su actitud reservada le provocaba una sensación extraña, como si escondiera algo bajo su aparente calma.

—Entonces… dada tu inquietud, entiendo que vienen a las celebraciones —añadió Brìghde, con un deje de preocupación.

—Sí. Después de aquel suceso, el abuelo intentó ponerse en contacto con el laird. En vez de contestarle a la misiva, vino con varios hombres al castillo, acusándolo de la muerte de su hijo. La pelea no llegó a más, porque ambos bandos estábamos escasos de hombres, pero desde entonces la relación se ha enfriado bastante. Excluirlos de un evento como este podría interpretarse como un desaire, por lo que no nos quedó más remedio que invitarles.

Brìghde reflexionó su revelación durante un rato. Desde el primer día había percibido cierta tensión al mencionarse el banquete, pero nunca imaginó que la situación fuera tan delicada. Su abuelo había tenido disputas con otros clanes, pero los Cochrane eran diferentes. Mantener una buena relación con ellos había sido crucial, pues quienes se enfrentaban a su clan rara vez salían indemnes, incluso en la victoria.

Tras unos segundos, se volvió hacia su primo y habló, esforzándose por mantener un tono sereno:

—Tienes razón. Es una situación complicada y será difícil recobrar la normalidad después de algo así… pero no es imposible. Los MacLeod somos famosos por nuestras celebraciones, ¿no? —dejó que una sonrisa asomara a su rostro mientras la daba un suave empujón en el brazo—. Pues que esta sea una ocasión para enterrar el hacha. Seguro que se nos ocurre algo.

—¿Cómo qué? —preguntó él, con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Quizás dejarlos ganar en una de las peleas de mañana o atiborrarlos de vino y dulces. Sea lo

que sea, todavía no están aquí.

Hizo una pausa, buscando cómo aliviar la tensión, y recurrió al único recurso que sabía infalible.

—¿Por qué no aprovechamos este rato de libertad que nos queda y echamos una carrera, como en los viejos tiempos?

Alistair la miró incrédulo, pero al ver la expresión decidida de su prima, soltó una carcajada.

—Cómo en los viejos tiempos, ¿eh? Pues habrá que apostar algo.

—Cierto, no recordaba ese detalle. ¿Se te ocurre algo?

—Mmm, no lo tengo claro. Podemos decidirlo después de la carrera.

—De acuerdo, pero nada de nadar en barro, que nos conocemos —advirtió, guiñándole un ojo.

Él alzó las manos, fingiendo inocencia.

—Nada de barro, lo prometo. ¿La meta de siempre?

Ella sonrió de lado, sin pensarlo.

—El viejo roble.

Tras una breve cuenta atrás, espolearon a sus monturas y salieron al galope.

Durante la primera mitad de la carrera estuvieron casi a la par, pero a medida que la meta se acercaba, la emoción del desafío iba incrementándose. Entrecerró los ojos para protegerse del viento y, al mirar a la izquierda, divisó a su contrincante a varios metros de distancia.

Sonrió para sus adentros al reconocer el pequeño bosque que emergía a su derecha. Conocía bien esa zona, así que espoleó a Nuala para cambiar de dirección hacia los árboles. Comenzó a sortear riachuelos y pequeños obstáculos con una agilidad que reflejaba la conexión entre jinete y montura. Ignoró la punzada de dolor en la espalda y se enfocó en el castigo que le impondría a Alistair cuando ganara.

Con los árboles abriéndose ante ella, aceleró el paso de la yegua, confiada en que ese atajo la llevaría a la victoria.

Justo cuando estaba a punto de alcanzar el roble, se encontró de frente con un jinete que apareció de la nada.

El choque fue inevitable, desorientándola por un instante. Los caballos relincharon y se alzaron ligeramente sobre sus patas delanteras, pero rápidamente tomó el control y consiguió calmar a Nuala antes de que sucediera algo peor.

Aun recuperándose de la sorpresa, giró la cabeza justo a tiempo para ver cómo Alistair, con una sonrisa triunfal, cruzaba la meta.

Capítulo 8

Si algo había caracterizado a Kieran a lo largo de su vida, era su serenidad. Poseía una capacidad innata para mantener la calma en situaciones de estrés, una cualidad que le había sido muy útil en los campos de batalla y en su rol como futuro líder de su clan.

No obstante, esa serenidad se tambaleó el día que se encontró de bruces con la joven que, a lomos de su caballo y en una carrera frenética, irrumpió en su camino como una tormenta desatada.

El choque fue tan repentino que los caballos relincharon, y Kieran, instintivamente, controló su montura.

La sorpresa inicial en el rostro de Brìghde dio paso rápidamente a la frustración.

—¡Por tu culpa he perdido la carrera!

La emoción aún le aceleraba el pulso, y su tono vibraba con la intensidad de su mirada.

Kieran, aún desconcertado por el encuentro, sintió su habitual compostura tambalearse ante la inusitada acusación. Aun así, antepuso instintivamente el bienestar de la mujer que tenía delante a sus propias preocupaciones.

—Disculpad, milady, ¿os encontráis bien?

—¿Qué si me encuentro bien? —contestó ella, alzando la voz con frustración, mientras su mirada se concentraba en el jinete que acercaba lentamente—¡Claro que no! Ahora me obligará a Dios sabe qué…

Su voz borró de un plumazo su aturdimiento, como una mano que lo arrastraba hasta la orilla tras estar a punto de ahogarse.

Era inconfundible.

Reconoció el cabello cobrizo que caía salvaje sobre su espalda, el rostro fino y anguloso, los labios de color carmesí, encendidos por el fulgor del esfuerzo, las pecas que salpicaban sus mejillas y, sobre todo, esos ojos azules, grabados en lo más profundo de su ser.

Se perdió en su mirada, incapaz de articular palabra.

Los recuerdos irrumpieron con fuerza a su mente: Brìghde, siempre detrás de ellos, buscando unirse a sus juegos infantiles, y él poniendo trabas para quedarse a solas con su mejor amigo.

Recordaba cómo cada verano rogaba que ella no viniera, anhelando disfrutar de la amistad sin interrupciones.

Su presencia le parecía una molestia, hasta el verano en que la joven cumplió quince años. Su ímpetu infantil había dado paso a una tímida elegancia que lo atrapó sin previo aviso. Ya no los seguía con la misma insistencia; en su lugar, pasaba las tardes en la hierba junto a su hermana. En contadas ocasiones se unía a las cabalgatas, y cuando lo hacía, sonreía de una forma que lo desarmaba por completo.

Aunque se había vuelto más reservada, su espíritu competitivo seguía intacto. Kieran aprovechaba cada oportunidad para provocarla con comentarios sarcásticos, que ella respondía con mordacidad, o desafiantes competencias que siempre encontraban una excusa para prolongarse, solo por el placer de tenerla cerca.

Cuando regresó a Inglaterra, Kieran pensó que la distancia curaría aquel encaprichamiento. A pesar de ello, al verano siguiente volvió, y sus sentimientos se intensificaron. Sus movimientos gráciles, su delicadeza y, sobre todo, su risa rara y melancólica terminaron por hechizarlo.

Si Alistair percibía lo que ocurría, nunca lo dio a entender.

Los años de combate ayudaron a mitigar aquel dolor y, aunque encontró consuelo en otras mujeres, ninguna logró capturar su corazón.

Entonces, su madre, exultante, anunció que la familia Sinclair regresaría a Escocia. Convencido de que el tiempo habría disipado sus sentimientos, decidió adelantarse a la comitiva para verla antes que nadie. La prueba definitiva de que aquella obsesión no era más que un capricho de juventud.

Pero ahora, bajo su intensa mirada, supo que estaba irremediablemente perdido.

Brìghde, por su parte, se interrumpió al reconocer el broche dorado de los MacGregor, un ciervo coronado por las llamas. Observó su altura imponente, los hombros anchos y el cabello

oscuro que caía, ligeramente desordenado, sobre su frente. Tenía un aire salvaje, pero elegante, y esos ojos verdes, profundos como el bosque, parecían capaces de ver más allá de las palabras.

Su corazón dio un vuelco, como si estuviera cayendo al vacío.

Kieran, que la había estado observado con los labios entreabiertos y la respiración contenida, fue el primero en notar cómo el color abandonaba su rostro. Se inclinó rápidamente hacia ella, sujetándola por la cintura antes de que cayera al suelo. Ella se aferró a sus brazos, sorprendida por el contacto.

Por un momento, todo se detuvo.

El calor de sus manos se filtró a través de su piel, y aquel aroma tenue —a madera cálida y el frescor de la tierra tras la lluvia— lograron desconcertarla por completo.

—Vaya, parece que he llegado justo a tiempo para presenciar algo interesante —interrumpió Alistair, cruzando los brazos con expresión divertida—. Kieran, ¿planeas seguir sosteniéndola todo el día?

El rostro de Brìghde se encendió.

—Solo me aseguro de que esté bien —respondió él con una media sonrisa, antes de soltarla con suavidad.

—Claro —replicó él, arrastrando la palabra. Miró a su prima, quien ya se había incorporado sobre la yegua e intentaba mantener un porte serio—. ¿Y está bien la dama?

—Perfectamente, gracias —contestó ella con brusquedad.

—Te felicito, Brìghde. Ha sido el atajo más fallido de la historia.

—No es justo. Has visto cómo me ha frenado. ¡Habría ganado!

Alistair ignoró su respuesta y se volvió hacia su amigo, dejando a Brìghde con la palabra en la boca, farfullando para sí misma.

—¿Qué haces aquí solo? ¿Y el resto del clan?

—Vienen más atrás. Quise adelantarme para inspeccionar la zona.

—¿Y has encontrado lo que buscabas? —replicó en un tono insinuante.

—Sin duda, aquí estás —sonrió, esquivando la provocación, pero Alistair no pasó por alto el leve temblor en su voz.

Ambos desmontaron y se saludaron con un abrazo, momento que Brìghde aprovechó para bajar también y tomar aire.

"¿Qué acaba de pasar?", se preguntó, intentando calmar las emociones que la carrera y el sobresalto habían desatado. *"Kieran…"*, pensó, aún asimilando el impacto del encuentro.

Como si la hubiese escuchado, él giró el rostro en su dirección. Inconscientemente, su atención se desvió hacia los labios sonrosados de Brìghde y luego a su figura. Tragó saliva y comenzó a acercarse, como si un hilo invisible los conectara, dejando a Alistair a mitad de su discurso. Cuando llegó a su lado, hizo una sutil reverencia y habló en un tono más tranquilo, intentando ocultar el tumulto de emociones que lo recorrían:

—Después de lo que acabo de presenciar, veo que sigues siendo tan temeraria y competitiva como recordaba.

Brìghde entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante. Con la mirada clavada en la suya, replicó con ironía:

—Y tú sigues siendo tan pretencioso como lo recordaba.

Alistair, a unos pasos de distancia, no pudo contener una carcajada. Kieran lo fulminó con la mirada. En un intento de apagar el fuego que había encendido, se giró nuevamente hacia la dama y le dedicó una reverencia más sincera.

—Supongo que me lo merezco.

En ese momento, dos jinetes se aproximaron desde el castillo.

—¡Aquí estás! —anunció Fiona, apareciendo junto a un criado—. Llevamos buscándote un buen rato. Madre requiere de nuestra presencia.

Lanzó una mirada fugaz a Alistair, que respondió con una sonrisa cargada de intención, antes de posar los ojos en Brìghde. Luego, sin el menor disimulo, examinó a Kieran de arriba abajo.

Él sostuvo su mirada un instante, incómodo, preguntándose si todas las mujeres de esa familia poseían esa inquietante capacidad de ver más de lo que deberían. Había algo casi divertido en su descaro, si no fuera por la extraña sensación de estar bajo juicio.

Brìghde intercambió unas palabras con su hermana y se encaminó hacia su montura. Estaba a punto de despedirse cuando la voz de Alistair la alcanzó, tan persuasiva como molesta.

—Prima querida, ¿es que ya has olvidado nuestro acuerdo?

Ella se detuvo y se giró con lentitud, la barbilla alzada, la expresión medida.

—Alistair, ¿de verdad crees que este es el mejor momento? Madre nos espera.

—Oh, vamos. No sabía que también eras una mala perdedora. ¿O acaso has decidido retirarte antes de tiempo?

—¿Retirarme? —repitió con teatral indignación—. ¿Qué clase de idea es esa, primo querido? —Su voz rezumaba sarcasmo mientras alzaba una ceja con estudiada elegancia.

Fiona, que seguía sin entender del todo qué estaba ocurriendo, dirigió una mirada inquisitiva a Kieran. Él se limitó a encogerse de hombros y esbozar una media sonrisa.

—Muy bien, Brìghde. Dado que has pasado tanto tiempo fuera, he pensado ser generoso y evitar algo que pueda comprometerte —añadió Alistair con una fingida inocencia.

Ella no se dejó engañar; intuía que cualquier cosa que saliera de su boca sería un castigo peor de lo esperado.

—Esta noche, en el banquete, solo podrás comer haggis. Ya que hace tanto que no los disfrutas, me aseguraré de que la cocinera reserve dos platos generosos solo para ti —remató, encantado con su idea.

El rostro de Brìghde pasó del disgusto al horror.

—Esto es cruel, incluso viniendo de ti, Alistair MacLeod.

Fiona, aún sin comprender del todo la situación, no pudo evitar reír al ver la expresión de su hermana.

—¿Qué problema hay con los haggis? —preguntó el joven MacGregor con naturalidad —. A riesgo de que madre me oiga, la receta de Lady Maeve es la mejor que haya probado jamás.

Brìghde le dedicó una mirada cargada de reproche, pero pronto una idea cruzó por su mente y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Ya que has sido tan amable de interferir en mi carrera, creo que es justo que también pagues por ello —dijo, ladeando la cabeza con fingida dulzura.

Kieran alzó una ceja, intrigado.

—¿Qué es lo que sugieres?

—Que, como parte de la apuesta, te unas al pequeño castigo de esta noche.

—¿Yo? ¿Por qué motivo? —fingió indignarse, aunque una parte de él anhelaba cualquier excusa para estar cerca de ella.

—Porque si no fuera por ti, no habría perdido la carrera. Y ya que dices disfrutar tanto de nuestros haggis, estoy segura de que no tendrás ningún problema en unirte a mí en esta "delicia" —replicó, victoriosa.

Alistair soltó una carcajada, disfrutando del espectáculo.

—Lo siento, amigo, pero parece que has sido arrastrado a esto sin remedio.

—De acuerdo, milady. Me parece un trato justo —aceptó.

—Estupendo, esta noche disfrutaremos todos de un gran festín. ¿Me ceden a la señorita Sinclair o hay algo más que requieran los señores? —intervino Fiona, con teatral impaciencia y tono burlón.

—Todo arreglado, querida Fiona —aseguró Alistair con dramatismo, haciendo una exagerada reverencia ante Brìghde—. Estoy deseando disfrutar de la velada de esta noche.

Brìghde se despidió de ambos hombres y se marchó junto a su hermana y el criado, que había permanecido en un segundo plano, con la discreción que su oficio requería.

"Esta noche será digna de recordar", pensó Kieran, mientras las observaba alejarse hacia el castillo.

Capítulo 9

La luna llena resplandecía en el cielo nocturno, iluminando la celebración que llevaba horas en marcha. Aunque el banquete no había comenzado formalmente, los invitados que habían llegado a lo largo del día ya festejaban en los campamentos alrededor del castillo. Al atardecer, el laird MacLeod había ordenado que comenzara la música y que se sirvieran bebidas y aperitivos, impregnando el aire de júbilo y reencuentros emotivos. Los niños bailaban y jugaban en los campamentos, y las mujeres se reencontraban con viejas amigas y familiares, compartiendo recuerdos y poniéndose al día.

El bullicio del castillo parecía no tener fin, pero en la alcoba de Isobel, el tiempo se detenía. El calor de las velas y la serenidad del lugar creaban una burbuja ajena a la fiesta, en la que el sonido lejano del festejo apenas llegaba.

Las dos hermanas conversaban animadamente sobre sus vestidos y la velada, riendo mientras admiraban sus reflejos en el espejo. Su madre las contemplaba en silencio desde el borde de la cama, sus dedos acariciando las dos pequeñas cajas que reposaban en su regazo. Aunque deseaba alargar la escena el mayor tiempo posible, el creciente jolgorio del exterior la obligó a interrumpirlas.

—Niñas, acercaros un momento. Quisiera hablar con vosotras.

Estas obedecieron y esperaron pacientes a que Isobel continuara hablando.

—Antes de que bajemos, quería deciros lo orgullosa que estoy de vosotras —hizo una pausa, conteniendo la emoción que se le asomaba a los ojos—. Todas sabemos lo difícil que ha sido llegar hasta aquí, y me alegra ver cómo vais superando las dificultades que la vida os presenta.

Su mirada se posó instintivamente en Brìghde, que respondió con un leve asentimiento. Luego giró el rostro hacia su hija menor, que la escuchaba en silencio, con atención.

—Fiona, aunque no has podido disfrutar de la infancia que tu padre y yo habríamos querido para ti, has crecido convirtiéndote en una joven valiente, inteligente y hermosa —tomó una de las cajitas y la abrió, mostrando una pulsera de plata con pequeños topacios azules y amarillos intercalados. Con un gesto tierno, le indicó que se acercara—. Mi madre me regaló esta pulsera cuando cumplí dieciséis años. Me habría gustado dártela antes, pero quería esperar al momento adecuado. Quiero que sepas lo orgullosa que estoy de ti y que, decidas lo que decidas a partir de ahora, estaré a tu lado para apoyarte.

—Oh, mamá, es preciosa… —susurró Fiona, con la voz entrecortada, mientras su madre le cerraba la pulsera alrededor de la muñeca—. La atesoraré toda la vida.

Ambas se fundieron en un largo abrazo, los ojos anegados en lágrimas. Brìghde las observaba con ternura y nostalgia. El brillo en los ojos de su hermana al recibir el regalo, la calidez del gesto entre madre e hija, todo evocaba en ella recuerdos de su propia adolescencia, cuando aún no conocía el peso de las pérdidas ni las responsabilidades. Ver a su madre tan presente, tan amorosa, despertaba en ella un profundo sentimiento de admiración… y una creciente sensación de culpa por haber estado tan distante.

Ahora, mientras su madre se acercaba a ella, sintió una conexión renovada, como si un lazo invisible comenzara a reconstruirse entre ambas.

Isobel posó sus manos en los hombros de su hija mayor, que la miró a través del reflejo del espejo.

—Brìghde, cariño… siempre he sabido que dentro de ti hay una capacidad infinita para amar, aunque eso te haya traído más sufrimiento que dicha —dijo con ternura mientras tomaba la segunda caja y extraía un collar. Mientras se lo colocaba con delicadeza, añadió—: Sé que piensas que has sido egoísta por haberte encerrado tanto tiempo en ti misma, pero no es así. El corazón necesita tiempo para sanar… pero, sobre todo, necesita comprensión y perdón. Llévalo siempre cerca del pecho. Que sea tu luz en los momentos más oscuros y te ayude a recordar lo esencial:

el amor, y la bondad hacia una misma. Todo lo demás llegará con el tiempo. Confía en mí.

Brìghde permaneció en silencio, absorbiendo cada palabra. Bajó la mirada hacia el regalo: una delicada cadena de plata de la que pendía un rubí cuadrado, del tamaño de una fresa silvestre. Bajo la luz titilante de las velas, el rojo intenso de la piedra, flanqueada por cuatro zafiros azules, parecía latir con vida propia.

Pero no fue el colgante lo que le robó el aliento, sino el amor, la compasión y el perdón que su madre le acababa de entregar, y que, poco a poco, se abrían paso en su interior, disolviendo la coraza helada que los años habían forjado.

Cerró los ojos, dejando que las lágrimas rodaran por su rostro, y apoyó la frente en la mano de su madre, murmurando un suave y tembloroso:

—Gracias.

La estancia quedó inmersa en una serena quietud, dejando que las emociones flotaran en el aire. Fiona, que había permanecido al margen, jugando distraídamente con su pulsera, se acercó y las abrazó a ambas, buscando que sus propios sentimientos se entrelazaran con ese ancla emocional que acababan de forjar en la intimidad de la alcoba. Un ancla que, lo supieran o no, las sostendría el resto de sus días.

Tras unos instantes, las tres mujeres se separaron, secándose las lágrimas compartidas.

Isobel, ahora con una sonrisa tranquila y luminosa, comentó:

—Será mejor que nos apresuremos. Nos están esperando.

Capítulo 10

El gran salón del castillo estaba decorado con todo el esplendor que un banquete de esa magnitud merecía. Junto a los tapices habituales, se exhibían los escudos de los diferentes clanes, simbolizando los lazos que se reforzaban aquella noche. Al fondo de la estancia, sobre una tarima, se había dispuesto una mesa alargada para los MacLeod-Sinclair, quienes, desde su posición privilegiada, presidían el resto de la sala. Las llamas de los candelabros danzaban sobre las mesas, envolviendo el salón en una atmósfera cálida, etérea y casi irreal.

Conforme la celebración avanzaba, muchos de los invitados se sentaron a las mesas, charlando animadamente. Otros prefirieron seguir bailando al son de las gaitas y las cítaras hasta que el banquete comenzara. Los criados iban de un lado para otro, procurando que no faltara nada en las mesas. Los niños correteaban alegremente, contagiando su entusiasmo allá por donde pasaban.

El laird, sentado junto a Maeve y Rowena, observaba a sus invitados con una expresión de satisfacción. Cuando vio a su hija y nietas aparecer en lo alto de la escalera, hizo una seña a los músicos, quienes suavizaron el ritmo de la canción. Se puso en pie, con la copa de vino en alto, y alzó la voz:

—Queridos amigos, es un honor daros la bienvenida a este gran banquete. Los próximos días estarán llenos de juegos, desafíos y celebraciones, pero esta noche nos reunimos para recordar lo que realmente importa: la unión entre nuestros clanes, más fuerte que cualquier batalla que hayamos librado o que tengamos que enfrentar —hizo una pausa, dejando que el eco de sus palabras recorriera la sala—. Esta noche también queremos honrar a aquellos que ya no están con nosotros, pero cuyo sacrificio nos ha permitido seguir adelante. Sin ellos, no tendríamos la paz que hoy disfrutamos.

Los vítores iniciales dieron paso a un silencio solemne. Todos habían perdido a alguien en los últimos años y sentían su ausencia

más que nunca. Un hombre se levantó, alzó su copa de vino y exclamó con voz firme:

—¡Por nuestros héroes!

—¡Por nuestros héroes! —repitieron otros, alzando sus copas en un brindis colectivo.

Incluso los criados frenaron sus pasos para unirse al tributo, mientras el tintineo de las copas recorría el salón, mezclando la alegría con una profunda nostalgia compartida.

Cuando las voces se fueron apagando, Fergus volvió a tomar la palabra:

—Debo ser sincero, amigos. Aunque me llena de alegría veros aquí esta noche y agradezco vuestra compañía, mi mayor dicha es el regreso de mi querida hija y mis nietos, a quienes no veía desde hace tanto.

Duncan, que estaba sentado más allá, sonrió y saludó a todos con una leve reverencia, mientras Fergus se volteaba hacia las escaleras, gesto que imitaron los demás invitados.

—Isobel, *mo nighean ghràdhach*, y mis bellas nietas, Fiona y Brìghde.

Las tres mujeres comenzaron su descenso, con Isobel a la cabeza, mientras las miradas se posaban sobre ellas. Isobel, radiante, se acercó a la mesa y abrazó a su padre, susurrando en voz baja: *M' athair gràdhach.*

Fiona, desbordante de alegría, disfrutaba de toda la atención que estaba recibiendo. Brìghde, en cambio, experimentó otra punzada de culpa al ver el cálido recibimiento. Intentó apartarla, sonriendo a la multitud.

Sin darse cuenta, su mirada se detuvo en el escudo de los MacGregor. Allí encontró a Kieran, quien la observaba desde su mesa. Su escrutinio penetraba hasta lo más profundo de su ser, desatando en ella emociones que hacía tiempo no experimentaba. Había jurado no dejar que otro hombre la afectara como lo hizo Thomas, pero allí estaba, sintiendo esa mezcla inquietante de atracción y desconfianza que la hacía vulnerable.

Rápidamente, apartó la vista y tomó asiento junto a su familia, intentando ignorar el leve temblor que ahora recorría su cuerpo.

Cuando Fergus dio por iniciado el banquete, los criados comenzaron a sacar plato tras plato, vitoreados por los invitados.

Kieran apenas prestaba atención a la comida.

Desde que Brìghde apareció en lo alto de las escaleras, su presencia lo había envuelto como un hechizo. La observó detenidamente mientras descendía. Llevaba el cabello semirrecogido, con dos finas trenzas que se entrelazaban delicadamente en la parte de atrás, formando un pequeño nudo que dejaba el resto de su melena suelta. Las ondas caían suavemente sobre su espalda, y los destellos rojizos se iluminaban bajo la luz de las velas. Sus mejillas sonrosadas enmarcaban una sonrisa discreta que añadía serenidad a su rostro. Bajó la mirada hasta su cuello, donde una joya resplandecía, acentuando sus rasgos. El vestido de seda azul oscuro caía con gracia, y su capa verde, con líneas rojas y amarillas entrelazadas, completaba su porte majestuoso.

Cuando sus miradas se encontraron, Kieran sintió como si el mundo se desmoronara bajo sus pies, dejándolo suspendido en el vacío. Brìghde apartó rápidamente la mirada, y Kieran, con el corazón acelerado, se recolocó en su silla, esforzándose por recobrar el control.

Su madre, sentada a su izquierda, notó la tensión entre ambos. Sonrió con complicidad, pero optó por guardar silencio, centrándose en el plato frente a ella. Ya hablaría más tarde con su amiga Isobel sobre lo que acababa de presenciar.

Una vez que tomó asiento, Brìghde se esforzó por controlar sus emociones, pero las sonrisas sinceras de los invitados no hacían más que aumentar su culpa.

Al cabo de un rato, agachó la cabeza en dirección a su hermana para susurrarle:

—Fiona… no debería estar aquí.

Esta se volvió hacia ella y notó la tensión en su rostro. Con una mirada comprensiva, respondió en voz baja:

—¿Otra vez con lo mismo? Si esto es por nuestra discusión de antes, te ruego que lo olvides.

Brìghde asintió, pero tras un breve instante, volvió a susurrar con voz trémula:

—Fiona, han organizado este banquete por nosotras y yo… yo me he portado fatal con todos desde que llegué.

—Hermana, déjalo ya. Nadie te está juzgando, te lo prometo —replicó con suavidad. Luego añadió con un tono socarrón—: además, no seas tan engreída; la fiesta no es solo para ti. Todo el mundo estaba deseando una buena celebración.

—Vosotras dos —chistó Isobel—, dejad de cuchichear, que los primeros invitados están llegando.

Las muchachas volvieron su atención al frente, no sin antes intercambiar una mirada que prometía futuras confidencias. Poco a poco, los representantes de los distintos clanes se fueron acercando a su mesa para ofrecer sus respetos a los anfitriones de la velada.

Muchos de ellos, acompañados de hijos jóvenes aún sin compromisos, lanzaban cumplidos hacia las jóvenes damas, intercambiando palabras amables y proponiendo futuros bailes.

Fiona, encantada con los halagos y las miradas de admiración, se movía inquieta en su silla, ansiosa por que el baile comenzara.

Brìghde, en cambio, se debatía entre rechazar amablemente el plato que tenía delante y perder la apuesta o hacer gala de sus dotes teatrales y fingir un desmayo para huir de la situación. Se había sentado esperando que su primo pospusiera el castigo, pero, al ver a la criada acercarse con el plato de su penitencia, comprendió que no tendría escapatoria. Alistair la miraba de reojo con una mueca burlona, apenas conteniendo la risa.

—No recordaba que te gustara tanto este manjar, prima. ¡Buen provecho! —señaló con fingida sorpresa, disfrutando del momento.

Brìghde, todavía debatiéndose entre sus opciones, giró la cabeza lentamente en su dirección, tratando de transmitirle todo el odio que sentía en ese momento. Él seguía sonriendo, ajeno a la tormenta que estaba por desatarse en su interior. "*O no sabe lo que le espera después de esto o lo sabe y no le importa*", pensó, apretando los puños debajo de la mesa. "*De cualquier manera, se va a enterar*".

Su hermana le acarició suavemente el brazo, en señal de apoyo, pero cuando Brìghde fue a mirarla, notó que sus labios temblaban, tratando de contener la risa.

Puso los ojos en blanco, añadiéndola mentalmente a su lista de enemigos, justo debajo de su primo.

Tomó un largo sorbo de vino, esperando que el líquido suavizara lo que estaba por probar. Cerró los ojos un segundo, tomó aire y se llevó el primer bocado a la boca. No pudo evitar hacer una mueca de desagrado, aunque la disimuló rápidamente. El sabor seguía siendo tan desagradable como lo recordaba, pero su orgullo no le permitía retirarse ahora.

—Pensaba que no te gustaban los haggis —dijo su madre, observándola con el ceño fruncido.

—Parece que esta noche les daré otra oportunidad —su voz apenas disimulaba su resignación.

Sabía que no podía confesarle el verdadero motivo de esa "segunda oportunidad"; lo último que quería era que se enterara de la carrera a caballo de esa tarde.

Isobel la miró unos segundos más antes de asentir. Su atención se desvió hacia su otra hija, quien seguía conteniendo la risa, y luego hacia Alistair, que apenas podía disimular la diversión en su rostro. Ambos parecían estar disfrutando demasiado de la situación.

Brìghde, sintiéndose atrapada, tomó otro bocado, tratando de convencerse de que todo esto era parte del juego. Mientras lo hacía, su madre exhaló suavemente, rezando para que, fuese lo que fuese lo que estuviesen tramando, no acabara en una escena que afectara al resto de los presentes.

Capítulo 11

La cena transcurría entre conversaciones animadas y brindis, mientras los platos se sucedían marcando el paso de la noche con su cadencia.

Brìghde se encontraba rodeada de sonrisas y miradas de aceptación, pero una incomodidad insistente le hacía recordar lo fuera de lugar que se sentía. Intentaba calmar sus pensamientos con bocados de haggis y sorbos de vino, hasta que, al alzar la copa para tomar otro trago, Isobel posó su mano suavemente sobre la suya, impidiéndole el movimiento.

—¿No crees que ya has bebido suficiente? —preguntó en voz baja, sin apartar la vista del rostro de su hija.

Ella se giró con una sonrisa forzada y respondió:

—Madre, con lo mucho que he comido, dudo que el vino llegue a mermar mis capacidades.

—Por mucho que me complazca tu repentina afición por los platos tradicionales, ¿podrías aclararme por qué solo comes este en particular?

Brìghde desvió los ojos mientras se liberaba del agarre materno, buscando una excusa, cuando una voz masculina interrumpió sus pensamientos.

—Lady Sinclair, es un placer reencontrarme con vos. Estáis tan hermosa y radiante como recordaba.

Reconoció al Laird Cochrane, un hombre alto y corpulento, de cabello canoso y una postura ligeramente encorvada. Observó cómo hacía una reverencia, gesto que el joven a su lado replicó en silencio.

—No sé si recordaréis a mi hijo; hace muchos años que no gozamos de vuestra presencia.

Brìghde se tensó, algo que no pasó desapercibido para Scot, quien volvió la cabeza al frente rápidamente.

—Laird Cochrane, es un placer reencontrarnos —respondió Isobel con una reverencia cortés, antes de dirigirle una cálida sonrisa al

joven—. Por supuesto que os recuerdo. Espero que estéis disfrutando la velada.

—Hacía tiempo que no asistíamos a una celebración tan espléndida, milady —respondió Scot, su voz profunda y suave. Luego volvió el rostro hacia las hermanas—. Lady Brìghde, Lady Fiona, ha pasado mucho tiempo desde nuestra última reunión. Estáis radiantes.

Scot hizo una breve reverencia que ambas respondieron con cortesía.

—Sí, hace ya muchos años —contestó Brìghde, esforzándose por mantener la voz firme, aunque un leve temblor amenazaba con delatar su incomodidad.

—Debo seros sincera, milord. La última vez que nos vimos debía ser muy pequeña, pues no guardo recuerdo de vos —expresó la pequeña Sinclair, con gesto inocente.

Brìghde e Isobel compartieron una mirada tensa.

"¿Cómo puede decirle eso al heredero de los Cochrane? Y delante de su padre", pensó Brìghde.

Scot elevó ligeramente la comisura de sus labios, sin llegar a sonreír del todo.

—Si os soy sincero, también tengo un recuerdo vago de vos. Si me permitís el atrevimiento, Lady Fiona, me gustaría pediros un baile más tarde. Así podríamos ponernos al día —sugirió, con un tono firme, pero correcto.

Brìghde notó cómo su hermana se tensaba y a punto estuvo de intervenir, pero esta se adelantó:

—Por… por supuesto. Si a madre le parece adecuado... —respondió, lanzando una mirada rápida a su madre en busca de aprobación.

—Será un honor que bailéis con mi hija, lord Cochrane —accedió Isobel, con una sonrisa educada que ocultaba cualquier rastro de incomodidad.

Mientras Fiona y Scot intercambiaban algunas palabras, Brìghde sintió el peso de la atención de Murray Cochrane y se removió inquieta en su asiento. Al notar su incomodidad, Scot miró a su padre y frunció el ceño con leve desaprobación.

—Agradezco vuestra aprobación, lady Sinclair —dijo con un tono cortés, intentando rebajar la tensión en el ambiente—. Vamos, padre. Permitamos que las damas disfruten de la cena.

Murray le devolvió una mirada fría a su hijo antes de asentir y retirarse hacia su mesa.

—¿Estás bien? —preguntó Brìghde en un susurro preocupado, solo para que su hermana la escuchara.

Fiona la miró, nerviosa, sus manos jugueteando compulsivamente en su regazo.

—Estoy nerviosa —confesó, casi sin aliento.

—Fiona, no tienes que acceder a hacer nada que no quieras, por muy cercanos que sean a nuestra familia.

—¿Qué dices? —respondió esta, perpleja.

—Que no tienes que bailar con él si no te apetece.

—¡Claro que quiero!

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —exclamó, completamente anonadada—. ¿Has visto lo guapo que es? Me tiemblan las piernas desde que me ha dirigido la palabra.

Brìghde no podía creer lo que escuchaba. Volvió la vista hacia Scot, que reía junto a sus camaradas en la mesa.

Ahora que se fijaba mejor en él, tenía que reconocer que, a pesar de todo, era bastante atractivo. Rondaría su edad, según podía recordar. Era alto, con un cuerpo atlético que evidenciaba su entrenamiento. Su cabello rubio oscuro, los ojos marrones profundos y una mandíbula fuerte rematada con una incipiente barba le conferían un aire rudo.

Su observación se vio interrumpida por un leve golpe de Fiona en el muslo. Apartó rápidamente la mirada, aunque no sin percatarse de que Kieran, sentado cerca de la mesa de los Cochrane, había sido testigo de su contemplación. Avergonzada, se apresuró a concentrarse en la conversación con su hermana.

—Brìghde, por favor, deja de ser tan obvia, me haces pasar vergüenza —le reprochó.

—¿Qué "yo" te avergüenzo? ¡Si eres tú la que se estremece porque un chico guapo te invita a bailar!

—¡Ajá, así que reconoces que lo es! —exclamó Fiona con una sonrisa victoriosa—. Y sí, me avergüenzas. Llevas toda la noche con esa expresión de pocos amigos, respondiendo bruscamente a quienes intentan conversar contigo. Podrías ser un poco más… femenina —añadió, encogiéndose de hombros y batiendo las pestañas con exageración.

—¡Soy femenina! —protestó, exasperada.

Las cabezas en la mesa y algunas de las cercanas se volvieron hacia ella. Se hundió en la silla, sintiendo el calor subirle al rostro.

—¿Queréis dejar de montar este espectáculo? —las reprendió su madre, claramente irritada—. Me estáis avergonzando las dos. Terminad con esta discusión ridícula y comportaos como corresponde. Si oigo una palabra más, ninguna de vosotras bailará esta noche —sentenció.

La advertencia surtió efecto de inmediato. Ambas respondieron con un escueto "sí, madre" y se enderezaron en sus asientos. Aprovechando que Isobel estaba distraída, Brìghde sacó la lengua en dirección a Fiona. Esta, sin dejarse intimidar, le devolvió el gesto, y ambas hermanas rompieron a reír, esta vez de manera más comedida, como su madre esperaba.

Conforme avanzaban los minutos, Brìghde logró atenuar el remordimiento. Fiona y Alistair, conscientes de sus preocupaciones, se esforzaban por incluirla en sus conversaciones animadas, lo que poco a poco la hacía sentir menos intrusa.

Cuando terminó el último bocado de su penitencia, miró a Alistair con orgullo. Él asintió en señal de respeto, aunque en sus ojos chispeaba la diversión. Brìghde estaba a punto de decir algo, pero se detuvo al percibir que Kieran se acercaba a su mesa. Hasta ese momento, no había acudido a presentar sus respetos formalmente, algo que ella había agradecido; lo último que necesitaba era sentirse aún más nerviosa mientras intentada disimular el sabor del haggis.

Aprovechó que se dirigió primero a Fergus para controlar su respiración, pero no fue suficiente para evitar que su corazón se acelerara cuando llegó hasta ellas.

—Buenas noches, lady Sinclair —saludó con una reverencia cortés hacia Isobel, quien le respondió con una inclinación de cabeza—.

Nos honra vuestra presencia en el banquete, y esperamos que este recibimiento sea digno de vuestro regreso.

—Te agradecemos la bienvenida, Kieran —respondió Isobel, sonriéndole tanto a él como a su madre, que lo acompañaba del brazo.

Brìghde apenas se fijó en lady MacGregor hasta ese momento. Sus esfuerzos iban encaminados a evitar la mirada de Kieran.

—Me alegra ver en qué tipo de hombre te has convertido —continuó diciendo Isobel.

—Han sido unos años complicados, pero mi Kieran ha demostrado con creces de lo que es capaz —afirmó orgullosa Eilidh MacGregor—. Y me alegra ver a tus hijos tan bien. La última vez que nos vimos, Duncan era apenas un niño, y ahora tus hijas son todas unas damas.

—Muchas gracias, lady MacGregor —respondieron ellas al unísono.

—Espero que disfrutéis vuestra estancia en Escocia —continuó Eilidh, añadiendo con un tono divertido—: quién sabe, quizás encontréis un motivo para quedaros.

Lanzó una rápida mirada a Isobel, que comprendió la insinuación. A pesar de los años, ambas seguían entendiendo las señales cómplices de su infancia. Isobel miró fugazmente a su hija, quien se había ruborizado ante el comentario, y luego devolvió la mirada a su amiga, que sonreía sutilmente.

—Permitidme el atrevimiento —intervino Kieran, en tono grave—, pero estáis especialmente bellas esta noche, miladies.

—Agradecemos el cumplido —respondió Fiona apresuradamente, con una modestia algo exagerada—, pero la verdadera belleza esta noche es mi hermana. ¿No opináis lo mismo, lord MacGregor?

Brìghde sintió el escrutinio de Kieran, mientras el calor le subía por el cuello hasta enrojecerle el rostro.

—Sin duda, ambas sois espectaculares —respondió él, conservando el porte—. Si me concedéis el honor, me gustaría solicitaros un baile más adelante.

Fiona apretó suavemente el muslo de su hermana, lo suficiente para captar su atención. Esta respondió, algo brusca a causa de los nervios:

—Sí, por supuesto.

El joven MacGregor sonrió y se despidió con una última inclinación, acompañado de su madre.

Isobel, testigo de la escena, contuvo el impulso de hacer algún comentario; en el fondo, se alegraba de que comenzara a superar el desamor de Thomas.

Fiona, en cambio, soltó una risita y le dio un codazo a su hermana, quien reaccionó de golpe, como si despertara de un sueño.

—Hermana, por favor —dijo con retintín—, no puedes ponerte así solo porque un hombre te invite a bailar.

Brìghde la fulminó con la mirada, pero Fiona fingió no verla y se encogió de hombros con aire de inocencia.

—No sé qué me pasa… —suspiró.

—Te parece atractivo, ¿cuál es el problema? —preguntó Fiona, tomando un sorbo de vino.

—Es muy pronto para esto.

Isobel, que había estado escuchando en silencio, no pudo evitar intervenir. Le tocó el brazo con ternura y le susurró cerca del oído, para que solo ella la escuchara:

—Brìghde, no hay nada de malo en que un hombre te llame la atención. Los altibajos del corazón no se rigen por el tiempo.

Brìghde miró a su madre, quien le sonreía con suavidad, y exhaló un suspiro de resignación.

—Confío en ti, hija mía. Sé que no harás nada que no debas. Así que deja de consumirte por la culpa y disfruta el tiempo que estemos aquí.

Con un gesto suave, rozó la joya que pendía de su cuello, un recordatorio sutil de lo que habían hablado en la alcoba. Asintió y sonrió en respuesta, sintiendo que el peso en su corazón se aligeraba un poco más.

***

Pasada la medianoche, los músicos comenzaron a tocar una melodía más animada, una que Brìghde reconoció al instante. Se levantó de su asiento con renovado entusiasmo, sus preocupaciones a un lado, tomando la mano de Fiona para animarla a seguirla.

—¡Vamos, no podemos quedarnos sentadas toda la noche!

Isobel, que las observaba desde la mesa, se alegró al ver que su hija aún conservaba el gusto por las canciones de su infancia. Aun así, una sombra de preocupación cruzó su rostro al notar el rubor que había comenzado a teñir sus mejillas hacía ya un buen rato.

Las dos hermanas se unieron al baile grupal entre risas, girando en un sentido y en otro con los brazos entrelazados. Tras varios giros, cambiaron de pareja, perdiéndose entre la multitud. Brìghde bailó con varios hombres y mujeres, aprovechando para intercambiar breves palabras entre una pareja y otra. Mientras giraba, distinguió a Scot y Fiona, que reían animadamente. La incomodidad que empezaba a sentir dio paso a una punzada inesperada de celos al ver a Kieran bailando con una joven de su clan. La música cambió de acordes y los bailarines se reorganizaron en corros. Sintió un nudo en el estómago y empezó a lamentar tantas vueltas, pero se esforzó por continuar bailando para observar de cerca a Scot, quien no le inspiraba demasiada confianza. Alistair se colocó a su derecha, mientras el corro giraba.

—Me has sorprendido esta noche, prima. No te creía capaz de terminar todo el plato.

—Soy capaz de más cosas de las que piensas, Alistair —replicó ella con orgullo, buscando a Fiona entre la multitud.

Se relajó al verla lejos de Scot.

—No lo dudo. Me alegra verte disfrutando —continuó este con una sonrisa sincera.

—Hace mucho que no me sentía así de bien. Pareces más relajado tú también.

—Siempre estoy relajado, milady —bromeó, guiñándole un ojo.

El corro se disolvió y las parejas volvieron a formarse. Brìghde se sorprendió cuando Scot Cochrane la tomó del brazo, guiándola en un giro rítmico.

—¿Cómo estáis, milady? —preguntó con educación, mientras la hacía girar con una elegancia que la sorprendió.

Vaciló unos segundos antes de contestar, intentando ignorar la incomodidad que le provocaba su contacto.

—Me encuentro bien, gracias. ¿Y vos? —respondió, intentando sonar lo más tranquila posible.

—Muy bien. Está siendo una velada muy entretenida —continuó él, sin perder el aplomo. Sus ojos la escudriñaban, buscando algo en su expresión—. Perdonad mi atrevimiento, pero no he podido evitar notar que tenéis cierto reparo en dirigiros a mí. ¿He hecho algo que no haya sido de vuestro agrado?

Brìghde, sorprendida por la pregunta directa, tensó levemente la mandíbula, pero antes de poder responder, las parejas cambiaron. Ahora se encontraba aferrada al brazo de Kieran, cuya mirada intensa parecía buscar la suya con insistencia.

Un dolor agudo la golpeó en el estómago, acompañado de un repentino mareo. Las náuseas la invadieron, pero su cuerpo reaccionó antes que su mente, forzándola a disimular su malestar.

—Estás radiante esta noche —le dijo, su voz grave vibrando con sinceridad.

—Muchas gracias —respondió escuetamente, intentando controlar su creciente malestar.

En otras circunstancias, las palabras de Kieran le habrían provocado una sonrisa, pero esta vez, solo añadió más confusión a sus emociones.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al ver que su rostro perdía color.

El mundo comenzó a girar más rápido. Brìghde se sintió incapaz de responder. La música, las luces, las miradas… todo se mezclaba.

Cambiaron de pareja y volvió a encontrarse con Scot, cuyas manos la atraparon de nuevo con una firmeza educada, pero imponente.

—Disculpad si mi pregunta os ha ofendido. No era mi intención.

Brìghde respiró hondo, luchando por encontrar su voz.

—No… no me ha ofendido, señor. Es que… No tengo nada en vuestra contra, de verdad —mintió, deseando acabar con la conversación de una vez por todas.

—En ese caso, espero que los próximos días podamos retomar la relación que teníamos en el pasado.

La presión en su estómago aumentaba y sintió que la garganta se le cerraba. Todo giraba a su alrededor. Con un esfuerzo titánico, respondió:

—Sí, claro… Yo…

Su voz se cortó al cambiar nuevamente de pareja, una muchacha que le sonrió con amabilidad.

Brìghde intentó devolverle el gesto, pero las náuseas aumentaron estrepitosamente, y los sudores fríos recorrieron su cuerpo. Incapaz de soportarlo, se soltó del brazo de su compañera, quien la observaba con desconcierto, y salió apresuradamente del salón.

En cuanto la brisa fresca del jardín le acarició el rostro, comenzó a notar algo de alivio. Caminó hasta un rincón apartado junto al castillo, asegurándose de que no hubiese nadie alrededor, y se dejó caer, poniéndose de cuclillas junto al muro. Cerró los ojos, rezando para que el malestar desapareciera.

—¿Te encuentras bien?

La voz de Kieran la sobresaltó. Abrió los ojos y lo encontró agachado a su lado, con gesto preocupado.

—Sí, sí —contestó con voz poco convincente—. ¿Qué haces aquí?

—He visto que tu rostro adquiría el mismo color que esta tarde, así que cuando te marchaste sola, pensé que podrías necesitar ayuda.

—Me encuentro bien, gracias —respondió rápidamente, rogando que la situación no fuese más que un mal sueño.

Se fue levantando lentamente, con la espalda pegada al muro, mientras miraba hacia el cielo nocturno, repleto de estrellas.

Una vez de pie, volteó el rostro hacia Kieran, quien la observaba preocupado. Sus miradas se encontraron, haciendo que su corazón se saltara un latido; su pulso se aceleró y su respiración se agitó. Levantó una mano hacia él, temblorosa.

Kieran, dudando un momento, tomó su mano en la suya. El contacto entre ellos pareció encender algo dentro de Brìghde, pero antes de poder procesar lo que sentía, el malestar la golpeó con fuerza. Apretó su mano, casi con desesperación, mientras la sensación creciente en su estómago se hacía insoportable.

Y entonces, sin poder evitarlo, todo el haggis y el vino que había ingerido esa noche salieron de golpe, cayendo directamente sobre los zapatos de Kieran.

Este se quedó completamente paralizado.

Brìghde, de nuevo de cuclillas, no había procesado del todo lo que acababa de suceder cuando su voz volvió a resonar, esta vez con un tono un poco más bajo.

—Bueno, supongo que debería reconsiderar lo del baile —bromeó, mirando con un aire casi resignado los restos en sus zapatos.

Completamente invadida por la vergüenza, se cubrió la cara con las manos.

—No puedo creer que… lo siento muchísimo. De verdad que… —comenzó a balbucear.

Kieran soltó una leve carcajada.

—Tranquila, he pasado por cosas peores en los campos de batalla. Aunque esto… Bueno, digamos que no lo esperaba en un banquete.

Brìghde, a pesar de su malestar, no pudo evitar soltar una risa nerviosa.

—Debes odiarme ahora…

—¿Odiarte? —él sacudió la cabeza, divertido—. No, pero la próxima vez, quizá podamos evitar las botas. Eso sí lo preferiría.

Ambos se quedaron en silencio por un momento, dejando que el aire fresco disipara la tensión. Le extendió la mano, invitándola a levantarse del suelo con un gesto amable.

—Anda, será mejor que te lleve de vuelta al castillo.

Tras unos cuantos pasos, Brìghde se detuvo en seco.

—¿Ocurre algo?

—Es que acabo de darme cuenta de que no puedo entrar así al banquete.

—¿Así cómo? Yo te veo bastante bien —replicó él, echándole un vistazo de pies a cabeza.

—No, no… Estoy horrible. Huelo mal, tengo el vestido manchado y… —hizo una pausa, señalando a los pies de Kieran— tus zapatos no presentan mejor aspecto.

—Eso es innegable —bromeó, intentando quitarle hierro al asunto.

—Debo ir al lago —dijo ella, resuelta, mientras comenzaba a caminar colina abajo.

—¡Espera!

Kieran la alcanzó rápidamente y la tomó del brazo.

—No puedes ir sola.

—Tampoco puedo volver en este estado.

—Podrías ir a las cocinas. Es menos arriesgado que meterte al lago en plena noche —intentó razonar.

—¿Y arriesgarme a que me vean? Sería peor que entrar al banquete anunciando a gritos: *"¡Mirad, aquí está Brìghde, que acaba de arruinar los zapatos de Lord Kieran MacGregor!"* —exclamó, levantando las manos con dramatismo exagerado.

Kieran tuvo que morderse el labio para contener la risa.

—Está bien. Pero si insistes, voy contigo. No es seguro que vayas sola hasta ahí. Además, parece que también tengo que limpiarme los zapatos.

Brìghde vaciló un instante antes de asentir. Caminaron en silencio hacia el lago, permitiendo que la oscuridad y el eco de sus pasos los envolvieran. Al llegar, respiró hondo, dejándose llevar por la brisa nocturna y el suave murmullo del agua.

Mientras Kieran limpiaba sus zapatos, ella se inclinó junto a la orilla, lavó con cuidado los restos de su vestido y se refrescó el rostro con agua fría.

A medida que eliminaba las últimas manchas, la embriaguez terminó de disiparse, y empezó a tomar plena consciencia de la situación. Sin poder evitarlo, las lágrimas rodaron por sus mejillas, y un sollozo quebrado se escapó de sus labios.

—No te preocupes —intentó tranquilizarla—. Cuando volvamos, todos estarán ocupados con la fiesta y ni se fijarán en nosotros.

—No es eso… —sollozó.

—No le diré a Alistair que has vomitado los haggis, si es eso lo que te preocupa.

Brìghde respiró hondo, intentando serenarse, aunque sin éxito. Que un hombre al que no veía desde hacía años la estuviera ayudando, incluso después de su vergonzoso accidente, reavivó el sentimiento de culpa, y rompió en un llanto desconsolado.

Kieran no entendía qué ocurría, pero verla así le encogió el corazón. Se acercó con pasos cautelosos hasta quedar frente a ella. Brìghde sostuvo su mirada unos segundos antes de ocultar el rostro entre las manos, incapaz de contener el llanto.

—Discúlpame si he actuado de tal modo que te haya incomodado.

—No… —contestó entre hipidos—. No es tu culpa. Soy yo… Soy una mala persona.

—Es solo vómito —repuso él con calidez—. Pero si tanto te preocupa, puedes conseguirme unos zapatos nuevos.

Ella captó el tono socarrón en su voz, pero se sentía demasiado turbada como para responder a su provocación.

—No es por eso… Eres tú.

Kieran alzó una ceja, intrigado.

—No tú en sí, sino… Cómo me tratas.

—¿Cómo te trato? —preguntó, cada vez más confuso.

—Me tratas demasiado bien y yo… no he hecho nada para merecerlo —respondió, dejando que las palabras escaparan sin control—. Desde que llegué aquí, todos me habéis tratado con tanta bondad, y yo no he hecho más que refunfuñar. Solo pensaba en volver a Inglaterra, pero… ¿Qué me espera allí? Christine no me habla, y Thomas… Thomas me repudió por lo que soy. Y aquí estoy, descargando mi frustración contra los únicos que, al parecer, alguna vez me han apreciado.

Tuvo que hacer una pausa para tomar aire.

Kieran la escuchó sin interrumpirla, entre sorprendido y cautivado por la sinceridad de su confesión.

—Tú, por ejemplo —retomó—. ¡Te he vomitado encima, por el amor de Dios! Y en vez de escandalizarte, como haría cualquier otro, te preocupaste por mí e incluso dejaste la fiesta para acompañarme al lago. Soy horrible…

Kieran no pudo soportar verla tan abatida. La sujetó suavemente por los hombros, obligándola a detenerse y a mirarlo a los ojos.

—No eres una persona horrible —pronunció cada palabra con firmeza—. No sé qué te habrá ocurrido estos años, pero la Brìghde que yo recuerdo no se parece en nada a lo que dices.

—Pero tú… —balbuceó ella, aún entre lágrimas—, no me conoces.

—Sí que lo hago —respondió sin vacilar—. Te conozco desde que eras una mocosa que nos perseguía para jugar con nosotros.

Brìghde abrió la boca para replicar, pero él continuó:

—Me acuerdo de lo competitiva que eras, y de cómo nos obligabas a llevar coronas de flores cuando perdíamos. Recuerdo que te

encantaba cabalgar, aunque tu abuela insistiera en que no era propio de una dama; y también cómo dejaste de pasar tiempo con nosotros para cuidar de tu hermana cuando no podía seguirnos el ritmo…

Ella lo escuchaba con los ojos muy abiertos, sus palabras resonando en su interior. La calidez de sus manos sobre sus hombros le transmitía un consuelo que hacía mucho tiempo no experimentaba y, lejos de apartarse, dejó que aquella cercanía la envolviera.

—Cómo… ¿Cómo recuerdas todo eso?

—Porque no eres una mala persona —susurró con voz grave y pausada.

Ambos permanecieron en silencio, sus miradas conectadas mientras sus corazones latían acelerados.

—Gracias —comentó en voz baja—. Ahora sí me siento mucho mejor.

—¿Mejor de verdad o como antes? —bromeó él.

—Mejor de verdad. Gracias por preocuparte —dijo, bajando la cabeza para ocultar un leve rubor—. Lamento mucho lo que ha pasado. No quería que te perdieras la fiesta, y mucho menos que tuvieras que escuchar mis problemas.

Kieran alzó su barbilla suavemente, obligándola a mirarlo de nuevo.

—Deja de disculparte. Esto es mejor que cualquier fiesta.

Brìghde se estremeció, consciente de la proximidad entre ambos. Cerró los ojos, dejando que su aroma la envolviera, hasta que lo oyó susurrar, muy cerca de su oído:

—Deberíamos volver… o pensarán que alguien te ha secuestrado.

Abrió los ojos y se encontró con los de él, tan cerca que podía ver cada matiz en su mirada. Sus ojos descendieron instintivamente hacia sus labios, y, por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Kieran vaciló, manteniendo esa tensión durante unos segundos hasta que, con un leve suspiro, desvió la vista hacia el castillo.

—Vamos, aún me debes un baile —dijo con una media sonrisa.

Ella asintió y lo siguió en silencio, como en un trance, con el calor de su cuerpo todavía impregnado en su piel. Caminaron de vuelta al castillo, manteniendo una pequeña distancia entre ellos.

—Deberíamos entrar por separado —sugirió él—. Entra tú primero; yo daré un paseo.

—Me parece bien —respondió titubeando—. Gracias por acompañarme.

Le dedicó una última sonrisa antes de volver al salón principal. Al llegar a la puerta, giró hacia la oscuridad, pero él ya no estaba.

Entró sigilosamente, intentando no atraer la atención de los presentes. Al fondo, Fiona charlaba con un grupo de jóvenes. Se dirigió hacia ella, pero una mano suave la tomó del brazo.

—Brìghde Sinclair, ¿dónde has estado? —preguntó su madre, con un tono que mezclaba preocupación y molestia—. Llevo rato buscándote.

—Madre, no me encontraba bien. Salí a tomar un poco de aire —respondió Brìghde, ensayando las palabras que había preparado durante el trayecto.

Isobel la inspeccionó de pies a cabeza.

—¿Por qué tienes el vestido mojado?

Se acercó y la olfateó con disimulo.

—¿Has vomitado?

Brìghde, incómoda, se llevó un mechón de cabello a la nariz y percibió el desagradable aroma ácido que opacaba el perfume de lavanda. Arrugó la nariz al instante.

—Si tan mal estabas, debiste avisar a alguien —continuó su madre —. No puedes irte sola; estamos rodeados de desconocidos. Pudo haberte pasado cualquier cosa.

Pero Brìghde ya no escuchaba, pues la imagen de Kieran seguía invadiendo su mente. Aún no podía creer lo que había pasado… ni lo mal que olía en ese instante.

—Necesito un momento.

Se zafó del agarre de su madre, quien intentó seguirla, pero una pareja se interpuso para hablarle.

Resignada, le hizo una seña a Fiona, quien captó la indirecta y se dispuso a alcanzar a su hermana.

Capítulo 12

La habitación giraba a su alrededor, y esta vez no era culpa del vino.

Se apoyó contra la puerta de madera y se dejó caer al suelo. Cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos, pero los golpes suaves que resonaron detrás de ella la devolvieron a la realidad.

Se levantó con pesadez, rogando por un poco de paz, y entreabrió la puerta.

—Madre, por favor… necesito estar sola.

—Brìghde, soy yo —la voz de su hermana la sobresaltó.

Abrió un poco más la puerta, permitiéndole entrar.

—¿Qué ha pasado?

—No quiero hablar ahora —contestó con voz apagada—. Te lo ruego, regresa al baile. No quiero que te lo pierdas por mi culpa.

—No pienso irme hasta asegurarme de que estás bien —insistió ella, cruzándose de brazos—. Así que mejor empieza a contarme, que tengo varios bailes pendientes.

La mención del baile le recordó que le había prometido uno a Kieran. Suspiró sonoramente y se dejó caer en la cama, murmurando con el rostro hundido entre las mantas:

—Esto no puede estar ocurriendo.

Cada vez más angustiada, Fiona se sentó junto a ella y comenzó a acariciarle la espalda en un intento de consolarla.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han hecho daño? —su voz temblaba ligeramente. Al no obtener respuesta, insistió— Por favor, háblame. Sea lo que sea, puedes confiar en mí.

Brìghde giró la cabeza hacia ella y, tras pensárselo unos instantes, se incorporó para sentarse a su lado.

—He hecho el ridículo, Fiona.

—Cuéntame qué ha pasado, por favor —vaciló un segundo antes de añadir, con cierta reserva—: ¿Tiene algo que ver con el hijo de los MacGregor?

Supo que había acertado al ver la expresión de sorpresa y el rubor que teñía las mejillas de su hermana.

—¡Oh, vamos! He visto cómo os miráis. Durante la cena levantabas la vista del plato solo cuando él estaba cerca o si alguien venía a saludarnos. No eres precisamente discreta, Brìghde.

Viendo que su hermana seguía callada, se atrevió a preguntar:

—¿Te ha hecho daño?

—¡No! —aclaró ella rápidamente— Kieran es muy respetuoso.

Fiona se relajó, permitiéndose curvar la comisura de los labrios en una sonrisa divertida.

—¿Kieran? ¿Es que ya os tuteáis?

Brìghde bajó la vista a su regazo, donde sus dedos se entrelazaban nerviosamente. No se había dado cuenta, pero desde que se habían encontrado no habían usado formalismos. Cubrió su rostro y soltó un gemido lastimero.

—Fiona, yo… —confesó— le vomité encima.

Al no obtener respuesta, alzó la cabeza y se encontró con la expresión tensa de Fiona, que luchaba por contener la risa.

—¿Has vomitado encima de Kieran MacGregor? —preguntó incrédula.

—Sí, y eso no es lo peor.

—¿Hay algo peor que vomitarle encima? —replicó Fiona, conteniendo la risa.

—Me acompañó al lago para limpiarnos y, por si no fuera suficiente, terminé contándole mis penas… mientras olía a vómito.

Fiona no aguantó más y estalló en carcajadas. Brìghde le lanzó una mirada furiosa y la reprendió con un suave golpe en el brazo.

—Perdóname, pero es que no me lo esperaba —dijo, esforzándose por calmarse. Cuando por fin recuperó el aliento, añadió con curiosidad—: Bueno, ¿qué más pasó?

Brìghde suspiró, todavía procesando lo ocurrido.

—Después de… bueno, lo del vómito, Kieran fue muy amable. Me consoló cuando le conté… ya ni recuerdo qué, y luego me dijo que le debía un baile.

Fiona ladeó ligeramente la cabeza, entre sorprendida y divertida.

—¿De verdad? ¿Y tú crees que lo dijo solo por cortesía?

—¿Y si lo hizo por lástima?

Fiona exhaló lentamente y, tras unos segundos de reflexión, sacudió la cabeza con una pequeña sonrisa.

—Brìghde, escúchame. Un hombre que solo quiere ser cortés no menciona un baile después de algo así. Si Kieran te lo dijo es porque realmente quería verte otra vez. Además, si se asustara por algo así, sería un idiota que no merece ni un pensamiento tuyo, mucho menos tu atención.

Brìghde gimió frustrada y se dejó caer en la cama otra vez.

—No lo sé. Quizás lo dijo para salir de la situación lo antes posible. ¡Probablemente, estaba deseando desaparecer de ahí!

Fiona dejó escapar una suave carcajada y se tumbó junto a su hermana.

—Estoy segura de que no. Si de verdad hubiera querido huir, lo habría hecho mucho antes y no habría mencionado nada de ese baile.

Brìghde permaneció en silencio, con la vista fija en el techo, llena de incertidumbre.

—Vamos, cámbiate —la animó su hermana, incorporándose con aire decidido—. Ponte algo más cómodo y baja conmigo. Aún puedes disfrutar la noche, y quién sabe, tal vez te lleves una sorpresa.

Brìghde negó con la cabeza, cerrando los ojos.

—No, no puedo. Después de todo esto, no tengo ánimos para bajar.

Fiona se acercó a ella, inclinándose para mirarla con dulzura.

—Está bien, lo entiendo. Hablaré con madre y le diré que te encuentras indispuesta. Prometo no mencionar nada… sobre Kieran —hizo una pausa y le sonrió—. Descansa, hermana. Estoy segura de que mañana lo verás de otra manera. Y quién sabe, puede que ese baile que te debe aún esté esperando.

Cuando Fiona salió de la habitación, se dejó caer nuevamente sobre la cama, permitiendo que el cansancio y las emociones del día la envolvieran por completo.

Capítulo 13

Despertó pasado el mediodía. Tras removerse perezosamente entre las sábanas, llamó a Màiri para que la ayudara a arreglarse, dándole las gracias antes de bajar al salón.

Los criados, ocupados desde temprano, iban y venían con bandejas repletas de pan recién horneado, frutas frescas y lonchas de tocino para servir a los invitados que despertaban a distintas horas tras la celebración.

Se sentó al lado de una joven que mantenía una animada conversación con otra frente a ella.

—Buenos días, señoritas —saludó con cortesía—. ¿Habéis tenido un buen descanso?

Las mujeres asintieron con una sonrisa.

—Hemos dormido bien, aunque personalmente habría preferido descansar un poco más —respondió la joven de enfrente, tomando un trozo de pan del centro de la mesa.

—¡Oh, vamos, Rona! —exclamó divertida la muchacha sentada al lado de Brìghde, a quien recordaba como Sorcha— Si tanto sueño tienes, podrías haber seguido en la cama.

—¿Y perderme la diversión de esta tarde? Sabes que no puedo negarme a un buen desafío.

Brìghde se sirvió una loncha de tocino mientras las mujeres conversaban. Recordó la actividad grupal que su madre y Rowena habían organizado y sonrió para sus adentros al pensar en que sería una oportunidad perfecta para vengarse de Alistair.

—¿Nos acompañaréis esta tarde, lady Brìghde? —preguntó Rona.

Esta asintió en respuesta. Rona se inclinó un poco hacia ella, preguntándole en voz baja:

—Y… ¿por casualidad no sabréis en qué consistirá?

—¡Rona, eso es trampa! —se alarmó Sorcha, que no comprendía cómo su amiga podía ser tan descarada delante de una de las anfitrionas.

Ante la evidente preocupación de Sorcha, Brìghde se inclinó un poco hacia delante y habló a ambas mujeres, en tono cómplice:

—Miladies, si lo que os aflige es mi discreción, podéis estar tranquilas. Entiendo vuestra inquietud y siento deciros que no tengo la menor idea de lo que haremos. Lo que tengo claro es que no pienso perder —concluyó, con el mentón en alto, mientras tomaba otro bocado.

Sorcha suspiró aliviada. Después de lanzarle un rápido vistazo a su amiga, se dirigió a Brìghde con un tono más cercano:

—Lady Brìghde, si la actividad exigiera formar equipos, ¿os gustaría uniros al nuestro?

Brìghde intentó disimular la emoción que la embargó. Desde que había llegado a Escocia, no había tenido muchas oportunidades de conectar con mujeres de su edad fuera de la familia, y no podía negar que empezaba a echar en falta esa compañía. Inevitablemente, sus pensamientos volaron hacia la carta que planeaba escribir a Christine.

—Me encantaría formar parte de vuestro grupo. Veo que compartís mi espíritu ganador —contestó, alzando una ceja con expresión divertida—. Mas con una condición: que, de aquí en adelante, os dirijáis a mí por mi nombre y me tratéis de tú.

Sorcha y Rona sonrieron complacidas.

—Claro que sí, Brìghde —respondió Sorcha—. Nosotras también preferimos que nos llames por nuestros nombres. Yo soy…

—Sorcha MacDonell, ¿cierto? —la interrumpió, antes de girarse hacia Rona—. Y tú eres Rona Dummond. Recuerdo la presentación de anoche.

Ambas mujeres rieron, claramente encantadas de que las recordara.

—¿Te apetecería dar un paseo con nosotras por los jardines? —propuso Rona.

—Me encantaría, aunque primero debo ocuparme de un asunto apremiante. Si no os importa, os alcanzaré en un momento.

—¡Perfecto! Te esperaremos en la fuente —dijo Sorcha con una sonrisa animada.

Las dos jóvenes se levantaron de sus asientos y, tras una despedida cordial, abandonaron la sala.

Brìghde apuró lo que le quedaba de desayuno y regresó a la alcoba, ansiosa por plasmar en el papel las palabras que llevaban tiempo rondando su mente. Sentada frente a la mesa de roble, comenzó a relatarle a Christine cómo estaba siendo su estancia en Escocia, con la esperanza de que ella también la pusiera al corriente de su vida desde su separación. Al terminar la carta, la entregó a su doncella para que se la hiciera llegar al mensajero en el poblado, y salió hacia los jardines, envuelta en una manta de lana.

No tardó en encontrar a las dos amigas, que la esperaban sentadas en un banco de piedra junto a la fuente. Tras agradecerles la espera, se dirigieron al lago. Durante el paseo compartieron historias sobre sus infancias, familias y anhelos. Brìghde sentía que comenzaba a forjar un vínculo especial con ambas, algo que había añorado profundamente desde la separación de Christine.

En el transcurso de sus charlas, descubrió que las dos jóvenes compartían una larga amistad, lo que le provocó una chispa de envidia que rápidamente intentó desechar. Rona se lamentaba de la presión de su madre para casarse pronto, mientras Sorcha, con más serenidad, mencionaba que pronto se desposaría con el hombre al que había sido prometida en su niñez. Aunque aseguraba que era una buena persona, evitó profundizar en los detalles. Cuando llegó el turno de Brìghde, esta se quedó en silencio, sopesando qué decir. Su vida había cambiado tanto en los últimos meses que encontrar una respuesta honesta le resultaba casi imposible.

—Hubo un chico… —vaciló, insegura de si debía continuar—. Lo conozco desde la infancia, en Inglaterra. Creí que había algo entre nosotros, o al menos eso me hizo pensar su actitud hacia mí, pero al final cambió de parecer.

Brìghde notó la tensión que habían provocado sus palabras y la rápida mirada que Rona y Sorcha intercambiaron.

—Si me permites el atrevimiento, debo confesar que ese caballero no me inspira simpatía —declaró Rona, frunciendo ligeramente el ceño.

—Supongo que preferirías que fuera escocés, pero el corazón no elige a quien amar. Además… recordad que mi padre es inglés —intentó defenderse, esforzándose por mantener un tono sereno.

Rona la observó unos instantes antes de sonreír con comprensión.

—No es por sus orígenes. Si alguna vez hubo afecto entre vosotros, es un necio por haberte dejado ir. Eres una mujer hermosa y, aunque solo te conozco desde hace unas horas, me pareces encantadora.

—Cierto —agregó Sorcha rápidamente—. Nos importa poco de dónde provengas. Te diré algo… mi abuela materna también era medio inglesa, y la familia la adoraba.

Brìghde detuvo la marcha, gesto que sus acompañantes imitaron. Cogió la mano de cada una, formando un círculo y les dijo con una sonrisa agradecida:

—Chicas, no sabéis cuánto aprecio haberos conocido. Me haría muy feliz que pudiésemos forjar una amistad duradera.

Sorcha y Rona apretaron su mano en respuesta.

—Nosotras sentimos lo mismo. Para nosotros ya eres una amiga —aseguró Sorcha.

—Además, creo que te ganaste el derecho cuando aceptaste participar en la competición sin un ápice de duda —bromeó Rona.

—Veo que te encuentras mejor —interrumpió una voz familiar desde detrás.

Las tres mujeres se separaron de su pequeño círculo y se giraron en su dirección. La sonrisa que había florecido en el rostro de Brìghde comenzó a desvanecerse al reconocer el semblante preocupado de su madre.

—Buenos días, madre —saludó con educación.

Sus ojos se detuvieron en la mujer que la acompañaba, una dama de complexión esbelta, con el cabello negro recogido en una trenza de espiga y unos profundos ojos verdes; los mismos ojos que hacían palpitar frenético su corazón.

Con una reverencia, saludó en tono cortés:

—Buenos días, lady MacGregor.

—Buenos días, querida —respondió esta de vuelta, con una sonrisa cálida—, me alegra verte recuperada.

Brìghde se sonrojó con el comentario. Eilidh lanzó una fugaz mirada a Isobel, que le respondió con una sutil sonrisa cómplice, y continuó con una nostalgia exagerada:

—¡Cuánto has crecido! Aún recuerdo a la niña inquieta que correteaba de un lado para otro y no dudaba en meterse en problemas. Jugabas bastante con mi hijo, ahora que lo pienso.

—Em… Sí, es posible —titubeó.

—Seguro que anoche se pusieron al día —continuó Isobel, con tono inocente.

Ante la mención, Brìghde se ruborizó aún más y su mente empezó a trabajar a toda velocidad.

¿En qué momento los había visto?

—Bailasteis en más de una ocasión.

Brìghde dejó escapar un suspiro de alivio que no pasó desapercibido para las demás. Incómoda, bajó la vista al suelo, buscando las palabras adecuadas para disimular su reacción.

Por suerte, las dos mujeres decidieron darle un respiro y desviaron su atención hacia sus compañeras.

—Señorita MacDonell, señorita Dummond, ¿participarán ustedes en la actividad de esta tarde? —preguntó Eilidh.

Sorcha y Rona, que habían observado la escena desde el margen, respondieron con una breve reverencia.

—Estamos deseando demostrar de lo que somos capaces, milady —contestó Sorcha, sonriendo en representación de ambas.

Tras intercambiar unas palabras cordiales, Isobel y Eilidh se despidieron con cortesía y reanudaron su paseo.

Cuando se hubieron alejado unos metros, Rona arqueó las cejas hacia Brìghde, preguntando con tono travieso:

—¿Qué ha sido eso?

—Así que un inglés, ¿eh? —añadió Sorcha, cruzando los brazos con fingida seriedad—. Me da la impresión de que nuestra nueva amiga nos está guardando algún secreto interesante.

Brìghde reanudó la marcha, desviando la conversación hacia temas más triviales.

Las demás captaron su incomodidad y decidieron no insistir, convencidas de que tarde o temprano obtendrían las respuestas que

buscaban.

Capítulo 14

Unas horas más tarde, dos docenas de participantes se reunieron bajo un cielo despejado, con el sol brillando en lo alto. La fiesta de la noche anterior parecía haber dejado a varios indispuestos, pero para alivio de Brìghde, Alistair estaba en plena forma. Con todo, su atención no tardó en desviarse hacia la derecha, donde Kieran reía y bromeaba con sus compañeros. Llevaba una camisa de lino blanco y el kilt con los colores de su clan, un intenso burdeos mezclado con notas de azul marino y líneas verdes. El resto de los hombres se habían ataviado de una manera similar, portando sus propios colores identificativos.

Las mujeres, menos numerosas, llevaban trajes ligeros de verano combinados con zapatos de cuero. Brìghde, en honor a su clan, había recogido su cabello en dos trenzas laterales adornadas con cintas de colores. Cada vez que Kieran se cruzaba en su campo de visión, sentía cómo el nudo en su estómago se apretaba un poco más mientras esperaba el inicio de la actividad.

Cuando Isobel y Rowena llegaron hasta ellos, el grupo las recibió con inclinaciones respetuosas.

—Me complace ver a tantos participantes esta tarde —comenzó Rowena, observándolos con una sonrisa. Su voz, cálida, pero firme, parecía llenar el aire—, y me complace aún más que las damas hayan decidido unirse a la actividad.

Un estallido de vítores y algunos silbidos resonaron entre los hombres, provocando que varias de las mujeres soltaran risitas nerviosas.

Rowena alzó una mano, exigiendo silencio con elegancia.

—Y ahora, lo que todos habéis estado esperando —hizo una breve pausa, buscando aumentar la expectación—. Vamos a hacer una caza del tesoro.

El entusiasmo estalló entre los participantes. Brìghde lanzó una mirada desafiante a Alistair, quien respondió con un guiño.

—Os pediremos que forméis grupos de cuatro o cinco personas —continuó Rowena con voz alegre, contagiada por el entusiasmo de los jóvenes.

Brìghde intentó concentrarse en las explicaciones de su tía, pero la presencia de Kieran la estaba afectando más de lo que le habría gustado. No pudo evitar lanzarle un rápido vistazo, sintiendo que el corazón le daba un vuelco al verse correspondida. Sorcha, testigo de lo que acababa de ocurrir, le llamó la atención con un suave toque en el brazo, que Brìghde agradeció con una sonrisa algo esquiva.

Cuando los participantes se hubieron organizado en equipos, Isobel levantó la voz para dar las instrucciones:

—¡Atención, por favor! —comenzó, captando de inmediato la atención de todos—. La caza del tesoro tendrá unas reglas muy simples: cada equipo recibirá una pista al inicio de la búsqueda, y será su tarea interpretar esa pista para encontrar el lugar donde se oculta la siguiente, hasta llegar al tesoro final.

Hizo una breve pausa, observando las caras entusiasmadas a su alrededor.

—En cuanto a lo que está permitido y lo que no —añadió con una sonrisa pícara—, tenéis permitido usar la astucia, la cooperación y la velocidad, pero no está permitido robar pistas de otros equipos ni interferir con su búsqueda. Cada equipo deberá encontrar todas sus pistas de manera justa, sin atajos ni trucos sucios.

Los participantes rieron ante la mención de los "trucos sucios".

—Ahora, en cuanto al tesoro… —se detuvo un instante, como si midiera cada palabra con cuidado—. No os lo diré directamente, pero os dejo con esta adivinanza:

"Forjada en la tierra con brillo sereno,
no es oro, pero en plata vive su reflejo.
Puede ser dura o frágil al toque,
y en su centro guarda un suave destello."

Un murmullo intrigado recorrió el grupo. Isobel sonrió satisfecha y añadió:

—El primer equipo que lo encuentre y lo traiga de vuelta será el ganador. ¿Estáis preparados para la primera pista?

Un silencio expectante se apoderó de los participantes por un breve instante antes de que todos aclamaran un "¡sí!" rotundo. La tensión y la emoción flotaban en el aire; algunos incluso se inclinaban hacia adelante, ansiosos por comenzar.

—La primera pista os llevará a un lugar donde la naturaleza guarda su belleza oculta. Buscad aquello que, con su pureza blanca, crece donde el agua toca la tierra, y recordad que cada detalle cuenta.

De inmediato, los equipos se pusieron en marcha.

Algunos tardaron en descifrar la pista, pero Brìghde, junto a Rona, Sorcha y Fiona, avanzaron decididas hacia el lago. Durante el paseo de la mañana, habían observado las flores blancas que crecían entre los juncos. Al llegar a ellas, sonrieron orgullosas y comenzaron a recogerlas.

Sin embargo, algo en la pista seguía resonando en la mente de Brìghde: *"Cada detalle cuenta",* pensó, mirando alrededor.

Mientras los demás equipos seguían buscando las flores, vio que algunos criados se movían discretamente cerca de los árboles. Entre ellos, reconoció a Màiri, quien le dedicó un guiño cómplice.

De repente, comprendió el verdadero sentido de la pista.

—Es para ellos...

Con el ramo en la mano, se acercó a su doncella y se lo entregó. La abrazó con gratitud y esta sonrió, para después recitar en voz alta:

—Vuestra siguiente pista os llevará a un lugar donde el fuego siempre arde y el calor nunca falta.

Algunos de los que aún estaban recogiendo las flores se detuvieron al ver que el equipo de Brìghde tomaba ventaja y corría de vuelta hacia el castillo.

Llegaron al salón principal, seguidas de cerca por el equipo de Alistair y Kieran. Brìghde y sus amigas corrieron hacia la chimenea y comenzaron a inspeccionarla.

Enseguida llegó Alistair, que, cuidando de dejarles su espacio a las damas, aprovechó para provocar a su prima:

—Te veo muy animada. ¿Es que ayer no comiste suficientes haggis?

A su lado, Kieran se aguantó una carcajada. Brìghde lo observó de reojo, intentando disimular la vergüenza que aún la invadía al recordar la escena de la noche anterior. Su prioridad en ese momento era ganar la competición.

—Los haggis estaban muy buenos, la verdad. Pero hoy me apetece más que te comas tus palabras. No me vas a ganar.

—Ya veremos —respondió Alistair, con diversión—. Aunque gozas de unas más que magníficas compañeras, nuestro equipo es más fuerte. Intentaremos no dejaros demasiado atrás.

Los otros hombres rieron y exhibieron sus músculos, dejando claro que estaban listos para el desafío. Brìghde fue a contestar, pero Rona se le adelantó:

—Quizás los caballeros sean fuertes, pero nosotras somos más inteligentes. ¿Verdad, chicas?

Sorcha y Fiona soltaron gritos de júbilo, mientras Brìghde esbozaba una sonrisa ladeada, sus ojos brillando con la promesa de una competición feroz.

—Ya veremos —replicó con deliberada lentitud, devolviendo a su primo sus propias palabras.

Fiona dejó escapar un grito de alegría, pero rápidamente se llevó una mano a la boca para disimular; entre las cenizas había encontrado un papel cuidadosamente doblado. Alistair, al percatarse de su reacción, se agachó de inmediato y comenzó a rebuscar con desesperación en el mismo lugar, sin hallar nada. Maldijo en voz baja y ordenó a su equipo que continuara buscando.

Las mujeres leyeron la siguiente pista cuidando que los demás no pudiesen averiguarla.

Cuando terminaron, Brìghde giró hacia los hombres y, antes de salir corriendo, les dijo con retintín:

—Quien ríe el último, ríe mejor.

Pasados unos minutos, llegaron a su destino.

Frente a ellas se alzaban las caballerizas, una estructura imponente que reflejaba la devoción de Fergus por sus caballos. Los edificios se extendían en dos alas de piedra, con techos altos

sostenidos por robustas vigas de madera. Los boxes eran amplios y acogedores, con abrevaderos de piedra y paja siempre fresca. El aire estaba impregnado del olor a heno recién cortado y el rítmico sonido de los caballos mascando en sus pesebres.

Por el papel de la chimenea, intuían que lo que buscaban estaría en uno de los boxes, por lo que decidieron separarse para ir más rápido.

"Entre los nobles corceles, hallarás lo que buscas,
donde el nombre del viento susurra a las hojas.
Aquel que pisa fuerte, pero guarda silencio,
ahí es donde yace tu siguiente paso."

Brìghde recitaba la pista en su mente, intentando desentrañar el significado mientras buscaba. A lo lejos escuchó a los demás grupos acercándose, y se apresuró en avanzar más rápido. En la puerta de uno de los boxes, algo llamó su atención: habían tallado un símbolo, un triángulo atravesado por una línea cerca del vértice superior. Su rostro se iluminó.

—¡Claro! —dijo para sí misma—. El viento.

Cerró la puerta con cuidado, evitando hacer ruido para no atraer a los competidores cercanos. Estudió el espacio a su alrededor, recitando la continuación de la pista en su mente: *"Aquel que pisa fuerte, pero guarda silencio… el box está vacío, tiene que estar aquí"*.

Poco después, distinguió otro dibujo en el abrevadero: un triángulo invertido.

"El símbolo del agua", reflexionó.

Al cabo de un rato, encontró el tercer símbolo, un pequeño triángulo pintado en una herradura vieja que colgaba de la pared.

"La tierra debe ser la paja", pensó y siguió buscando.

Un ruido la sobresaltó. Se volteó rápidamente y vio a Kieran cerrar la puerta tras de sí, con una mezcla de sorpresa y diversión en su rostro.

—Brìghde...

Ella lo interrumpió llevándose un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio. La proximidad de Kieran en aquel espacio reducido hacía que sus pensamientos se enredaran, pero se recordó a sí misma que no podía permitirse perder, no cuando por fin llevaba ventaja sobre Alistair.

—No quiero más competencia —le susurró con firmeza.

Kieran arqueó una ceja, pero se limitó a asentir con complicidad.

El silencio se instaló entre ellos, cargado de tensión, mientras analizaban el espacio a su alrededor. Cada poco, volvían a mirarse, en un desafío mudo que ninguno parecía dispuesto a ceder. Fue Kieran quien captó el símbolo en el abrevadero, y sus ojos se iluminaron con astucia. Brìghde percibió el cambio, pero antes de poder reaccionar, él comenzó a moverse lentamente hacia el montón de paja.

—Ni lo pienses... —le advirtió, intentando adelantarse.

Pero Kieran, con una sonrisa inocente, la engañó con un rápido movimiento de cabeza, haciendo que ella mirara hacia otro lado. En ese breve instante, él aprovechó para escabullirse y rebuscar entre la paja. Brìghde soltó un bufido exasperado y se lanzó tras él.

Ambos comenzaron a buscar frenéticos entre las hebras, hasta que la proximidad entre sus cuerpos detuvo todo. El calor del heno y la cercanía de Kieran, con el aroma familiar a madera ahumada y pino, la envolvieron. Alzó la vista y se encontró con sus ojos, que brillaban con intensidad.

De repente, la búsqueda quedó en segundo plano.

Dejando de lado cualquier clase de pudor, Kieran la tomó por la cintura, atrayéndola hacia él. Brìghde no pudo resistirse y se dejó llevar, apoyando una mano en su pecho mientras su respiración se aceleraba conforme la distancia entre ellos se acortaba. Completamente hechizada, comenzó a cerrar los ojos, pero un destello detrás de Kieran captó su atención.

—¡La última pieza! —exclamó de pronto, lanzándose sobre él y tumbándolo en la paja en el proceso.

Se estiró para alcanzar la piedra, dejando escapar un pequeño grito de triunfo.

Kieran, aún bajo ella, la observó en silencio. La situación no se le escapaba, y decidió aprovechar el momento.

—Parece que has ganado de nuevo —dijo con voz ronca.

Brìghde asintió, todavía sin aliento. Pero cuando Kieran tomó su mano y la giró, colocándose encima de ella, sus labios entreabiertos y la mirada de deseo no pasaron desapercibidos para él. Se inclinó más, sus rostros a escasos centímetros, y susurró en su oído:

—Lo siento, preciosa. Esta vez gano yo.

Con un rápido movimiento, le arrebató la piedra antes de levantarse ágilmente.

Brìghde observó atónita cómo le guiñaba un ojo y salía por la puerta sin mirar atrás.

—¡Maldito seas, Kieran MacGregor! —gritó, dejándose caer en la paja con una mezcla de frustración y resignación.

Pese a ello, una sonrisa, casi imperceptible, asomó a sus labios.

Capítulo 15

Una hora después del inicio del juego, los grupos iban más o menos a la par, y ya quedaban pocas pistas.

El grupo de las damas se encontraba en el bosque cercano al castillo. Según habían entendido, debían encontrar un árbol con algo tallado, pero había tantos que les estaba costando dar con el adecuado.

No muy lejos, otros participantes estaban en la misma situación.

—No me puedo creer que le dieras la piedra —seguía farfullando Rona, aún indignada—. Podríamos estar ya con el premio en la mano, disfrutando nuestra victoria mientras ellos lloran en un rincón.

Las demás le lanzaron un gesto exasperado.

—Ya vale, Rona —la paró Sorcha. Después añadió, en tono dramático— ¿Qué culpa tiene ella de caer rendida a sus encantos?

—Yo no caí rendida ante nada, me la robó vilmente. Deberían descalificarlo —masculló Brìghde entre dientes.

—Hermana, te encontramos llena de paja y con el vestido arrugado. A juzgar por el estado de Kieran, diría que los dos caísteis, al menos en el heno —replicó Fiona, divertida.

Brìghde puso los ojos en blanco y volvió a centrarse en su tarea, intentando ignorar las risas a su alrededor.

Al salir del box, había visto que sus amigas estaban cerca, junto al grupo de Alistair. Estas se fijaron primero en Kieran, que volvía triunfal con la piedra, pero al distinguir a Brìghde con el rostro demudado, el vestido arrugado y las trenzas despeinadas, pensaron lo peor. Brìghde se apresuró a aclararles que no le había pasado nada, salvo perder la piedra, y las chicas no tardaron en atar cabos.

Desde entonces, no habían parado de hacer bromas a su costa.

Continuó buscando alguna pista entre los árboles, pero un escalofrío le recorrió la espalda, deteniéndola en seco. No era la primera vez que tenía la sensación de que alguien la observaba. Miró a su alrededor y el miedo se incrementó al darse cuenta de que se había alejado más de la cuenta del resto de los participantes.

Respiró hondo varias veces, intentando calmarse y convencerse de que eran imaginaciones suyas, fruto de la historia que le había contado Alistair. Cuando se giró para volver con sus amigas, un movimiento fugaz entre las sombras captó su atención. Afinó la vista y distinguió a lo lejos a unos hombres que se alejaban en la penumbra.

Sus colores le resultaban vagamente familiares, pero con el nerviosismo del momento no consiguió reconocer a qué clan pertenecían.

Antes de que pudiera seguir investigando, el grito de Fiona irrumpió en sus pensamientos:

—¡Brìghde, vuelve aquí!

Reaccionó de inmediato y se apresuró a reunirse con las chicas. Cuando había avanzado unos metros, se giró para mirar de nuevo, pero los hombres habían desaparecido.

—¿Qué ocurre? —inquirió Fiona al ver su rostro pálido.

—Nada, imaginaciones mías —respondió, restándole importancia. No quería que se preocuparan por algo que podía no ser real. Intentó recuperar el ritmo normal de su respiración y cambió de tema—. ¿Habéis encontrado algo?

Fiona la observó unos instantes con el ceño fruncido, sin convencerse del todo, pero dejó las preguntas para un momento más adecuado. En lugar de insistir, alargó la mano hacia Brìghde, mostrándole la siguiente pista: una pequeña caja de terciopelo violeta con las iniciales *"M. M."*.

—La he encontrado en la base de un roble, oculta entre las hojas caídas —susurró.

Las mujeres esperaron expectantes mientras Fiona abría la caja con cuidado, pero al hacerlo, suspiraron frustradas.

—¿Un joyero vacío? —preguntó Rona, mientras lo examinaba con incredulidad.

Brìghde comenzó a recitar la primera adivinanza en voz baja:

"Forjada en la tierra con brillo sereno,
no es oro, pero en plata vive su reflejo.
Puede ser dura o frágil al toque,

y en su centro guarda un suave destello.”

Las chicas abrieron los ojos, sonriendo al darse cuenta.

—¡Es una joya! —exclamaron a la vez.

Al ver que otros participantes levantaban la cabeza, se agruparon rápidamente, bajando la voz.

—Tenemos que encontrar una joya —susurró Sorcha.

—Sí, pero ¿dónde? —añadió Rona.

—M.M. —susurró Brìghde—. Son las iniciales de nuestra abuela. Seguro que ella es quien la guarda.

—¿Dónde la encontraremos a esta hora? —dijo Sorcha.

Las hermanas intercambiaron una sonrisa cómplice y dijeron al unísono:

—En las cocinas.

Emprendieron el camino colina arriba, levantando el bajo de sus faldas para agilizar el paso. Los otros participantes, al verlas correr decididas, las siguieron. Habían dado por perdida la victoria, pero la curiosidad por descubrir el premio final los mantenía en vilo.

Cuando llegaron a las cocinas, encontraron a Maeve en su puesto habitual, dirigiendo los preparativos para el banquete de la noche.

—¡Abuela! —exclamó Fiona sonriente.

—Vaya, chicas, habéis sido rápidas. Me alegra ver que hacéis honor a nuestro clan —dijo esta, orgullosa.

Brìghde se inclinó hacia ella, enseñándole el joyero con las iniciales, y le preguntó impaciente:

—Abuela, ¿nos puedes dar la joya, por favor?

—¡Mi joyero! —exclamó Maeve, encantada y, al mismo tiempo, algo molesta—. Está sucio… tendré que pedir que lo limpien bien.

—Por favor, abuela… —imploró Fiona.

Maeve las miró con gesto serio antes de decir:

—Habéis sido rápidas, queridas. Pero me temo que no las primeras.

Las chicas se miraron entre sí, confundidas.

—Vuestro primo tiene la joya.

—¿Cómo es eso posible? —exclamó Brìghde, indignada.

Maeve le lanzó una mirada a modo de reprimenda, y Brìghde hizo acopio de todo su autocontrol para mitigar la oleada de rabia y frustración que la estaba invadiendo.

Se puso en pie y, con voz entrecortada, agradeció a su abuela la ayuda prestada. La abrazó rápidamente y salió de la estancia con pasos apresurados. Las demás la siguieron, inquietas por su reacción.

Maeve las observó mientras se alejaban, negando suavemente con la cabeza, mientras suspiraba, evocando la nostalgia de aquellos días que sabía que jamás regresarían.

A las afueras del castillo, el grupo de Alistair celebraba la victoria, rodeados del resto de los participantes, que gritaban y aplaudían en su honor.

Brìghde avanzó con paso firme hacia ellos.

—¿Se puede saber qué significa esto? —exigió saber, cruzando los brazos con expresión incrédula.

El resto de su equipo llegó poco después, alineándose junto a ella.

—¿Cómo sabíais que Maeve tenía la joya? —quiso saber Fiona, aún sorprendida—. Nosotras encontramos el joyero.

—Como indiscutible ganador de esta batalla, permitidme daros un consejo —respondió Alistair con una sonrisa burlona—. Deberíais mantener vuestras conversaciones en privado. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Las mujeres abrieron la boca, indignadas.

—¡¿Nos habéis espiado?! —exclamó Sorcha, claramente molesta.

—Eso es trampa, Alistair. Y lo sabes —acusó Brìghde, cada vez más irritada.

—¿Es trampa que un hombre casualmente oiga una conversación interesante? —replicó Kieran con fingida inocencia.

Brìghde lo fulminó con los ojos, mientras lo señalaba con un dedo.

—¡Sí, lo es! Igual que lo es engañarme para quitarme la piedra.

Con gesto inocente, alzó las manos en señal de paz.

—Yo no he engañado a nadie. Vi la piedra a mi alcance y la cogí. A uno no le roban lo que no le pertenece.

—¡Eres un tramposo! —gritó ella, dando un paso decidido hacia él para clavar un dedo en su pecho con gesto acusador—. Esa piedra

era mía… y lo sabes.

Kieran bajó la mirada hacia donde ella le estaba tocando. Acercó su rostro al suyo y respondió en un susurro:

—Aprovechar que un hombre tiene la guardia baja tampoco me parece juego limpio, milady.

Sintió cómo el calor subía por su cuello, pero se esforzó por mantener su posición, sosteniendo su mirada con desafío.

Alistair decidió intervenir antes de que la situación escalara.

—Bueno, chicas, no importa. Aún no han terminado los juegos, mañana hay más pruebas. Podemos doblar la apuesta.

Brìghde, que seguía atrapada en el duelo de miradas, no respondió.

—¿Qué apuesta? —preguntó Rona, intrigada.

—Vaya, vaya, prima. ¿Las has metido en esto sin informarlas primero?

Brìghde apartó la vista de Kieran para mirar a su primo y responder con brusquedad:

—Yo no he metido a nadie en ninguna apuesta. Eso es algo entre tú y yo.

—De eso nada, milady —respondió Kieran, apartando su dedo acusador.

El roce de sus manos encendió una corriente invisible, y Kieran carraspeó, intentando dominar sus emociones, antes de continuar.

—Si yo tuve que participar en vuestro juego anoche, es justo que las damas participen en este.

Las tres mujeres se miraron desconcertadas, pero tras unos segundos de vacilación, Sorcha se adelantó un paso y habló con firmeza:

—Sea lo que sea que hayáis planeado, estamos dentro. Brìghde es nuestra amiga.

Esta se volvió hacia ellas con una expresión de agradecimiento. Las demás le respondieron atrapándola en un abrazo grupal.

Alistair carraspeó.

—Por mucho que me duela romper la magia del momento, aún no hemos decidido el castigo. A menos que queráis doblar la apuesta, claro está —sugirió en tono provocador.

El grupo de chicas formó un pequeño círculo y comenzaron a cuchichear entre ellas. Mientras los demás seguían la escena en silencio, claramente entretenidos con el espectáculo, Kieran y Alistair contenían la risa al verlas susurrar como si estuvieran tomando una decisión de vida o muerte.

Pasado un rato, el círculo se abrió y Brìghde, con una mirada decidida, anunció:

—Doblamos la apuesta.

Capítulo 16

La segunda noche, Brìghde eligió un vestido que evocaba los atuendos que usaba en Inglaterra, prendas que empezaba a echar de menos, aunque no fueran tan cómodas.

Sobre el camisón de lino, Màiri le colocó un ajustado corsé brocado, seguido de una saya dorada y un sobrevestido burdeos. Completó el conjunto con un cinturón de perlas que colgaba en la parte delantera, a juego con el collar y los pendientes de plata con rubíes que Isobel le había prestado para la ocasión. Decidió prescindir del tocado inglés habitual para no destacar demasiado, recogiendo su cabello en un moño alto y dejando algunos mechones sueltos para darle un aire más relajado.

Cuando Isobel entró en su cuarto para traerle los pendientes, sonrió complacida.

—Me alegra ver que te estás reconciliando con quién eres.

Brìghde sonrió, aunque no pudo evitar preguntar:

—Madre, ¿crees que es demasiado? No quisiera que se interpretara como una falta de respeto.

Esta negó con la cabeza.

—Los atuendos de aquí no son tan diferentes, cariño. Además, nadie se atrevería a acusarte de ser alguien que no eres.

Ahora, mientras descendía por las escaleras, como había hecho la noche anterior, su nerviosismo no hacía más que aumentar.

El banquete aún no había comenzado, pero los invitados charlaban distendidamente mientras los músicos entonaban melodías suaves. Distinguió a Rona conversando con sus padres y fue a su encuentro.

—Brìghde, ¡qué guapa estás! —exclamó su amiga al verla.

—Tú también estás preciosa —respondió con cariño. Luego saludó con una reverencia a sus acompañantes—. Laird y Lady Dummond, es un placer reencontrarnos.

Los señores Dummond respondieron del mismo modo y, tras una breve conversación, las jóvenes se excusaron para ir en busca del

resto de sus amigas. Alcanzaron primero a Sorcha, que parecía exultante aquella noche. Brìghde notó el rubor en sus mejillas y le sugirió que dejara el vino por un rato, preocupada porque sufriera el mismo desenlace que ella la noche anterior.

Poco después, divisaron a Fiona, que conversaba con varios hombres, y se tensó de nuevo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rona, preocupada.

—Ese hombre… —empezó a decir Brìghde con un hilo de voz.

Unos metros más allá, el heredero Cochrane sintió la mirada de alguien sobre él. Al girar la cabeza, su expresión cambió sutilmente; algo en la rigidez de sus movimientos y en la breve sombra que cruzó su rostro hizo que Brìghde sintiera un escalofrío.

Con todo, recompuso el gesto con rapidez. Ladeó ligeramente la cabeza, como si evaluara la situación, antes de lanzar una mirada casi imperceptible a uno de sus hombres. La tensión en su mandíbula desapareció tan rápido como había surgido.

—¿Ocurre algo, lord Cochrane? —preguntó Fiona, al notar el cambio repentino en su semblante.

—No es nada, lady Sinclair —respondió con una calma gélida en su voz—. Tal vez sea el vino o las pocas horas de sueño. No os preocupéis.

Ella, tranquilizada por su respuesta, relajó el gesto y retomó la conversación. Pero Scot apenas prestaba atención, perdido en sus pensamientos.

Un poco más allá, Brìghde tomó a sus amigas del brazo y les susurró con urgencia:

—Por favor, necesito que salgamos de aquí.

Las mujeres accedieron y la acompañaron al exterior, buscando un sitio apartado cerca del muro.

—Brìghde, ¿qué te ocurre? —insistió Sorcha, cada vez más preocupada por su reacción.

—Esta tarde, en el bosque —empezó a relatar con voz trémula—, varios hombres del clan Cochrane me estaban vigilando.

—¿Cómo? —Rona alzó la voz, incrédula—. ¿Estás segura de que eran ellos?

—Sí, estoy segura. No los había reconocido al principio, pero al ver a Scot esta noche, me acordé.

Brìghde vio el breve intercambio de miradas entre Sorcha y Rona.

—¿Qué pasa? —inquirió saber. Al ver que no obtenía respuesta, insistió con voz temblorosa—. Si no me decís ahora mismo qué está ocurriendo, voy a enloquecer.

—Seguro que no es nada —empezó Sorcha, prudente—, pero esta tarde, cuando estábamos buscando en uno de los boxes, escuchamos a Scot hablar con varios de sus hombres.

—¿Y? —preguntó, cada vez más asustada.

—Pues... —continuó su amiga—, los oímos decir algo como "que no podían permitirse que las cosas salieran mal".

—¿Qué quiere decir eso? —exclamó Brìghde, al borde de un ataque de nervios.

—No lo sabemos; justo entonces oímos a Alistair y salimos de nuestro escondite, temiendo que nos pillaran curioseando donde no debíamos —aclaró Rona.

—¿Cuántos hombres eran? ¿Llegasteis a contarlos?

—Creo que eran tres… No, cuatro, eran cuatro hombres, además de Scot.

Brìghde sintió que la sangre le abandonaba el rostro, y un mareo repentino la invadió.

—Debo hablar con Alistair.

—Voy a buscarlo —se apresuró a decir Rona antes de volver al salón.

Brìghde se dejó caer, apoyando la espalda contra el muro, mientras intentaba controlar su respiración. Sorcha la abanicaba suavemente para calmarla. A su alrededor, el silencio nocturno se mezclaba con los murmullos lejanos del banquete, como un recordatorio de la aparente normalidad que todos intentaban proteger.

Al cabo de un rato que se les hizo eterno, Rona regresó acompañada de varias personas. Entre ellas estaba Isobel, quien se adelantó con una jarra de agua en la mano.

—Cariño, ¿tienes náuseas? —preguntó preocupada. Brìghde negó con la cabeza, y su madre le acercó la jarra a los labios—. Toma,

bebe un poco. Te hará bien.

Ella obedeció y comenzó a tomar pequeños sorbos de agua. Alistair se agachó a su lado y le tomó la mano.

—Prima, tranquila. No permitiremos que nadie te haga daño —habló con voz seria, cargada de determinación—. Si están tramando algo, lo sabremos antes de que lo lleven a cabo.

Brìghde asintió, más calmada.

—Lo mejor será que permanezcas a salvo estos días, hija —intervino Isobel, con tono serio—. Aunque me duele en el alma, no deberías salir de tu habitación.

—¿Cómo? —exclamaron las jóvenes Sinclair al unísono.

—¡Pero, madre, Brìghde no puede quedarse encerrada! Es absurdo —protestó su hermana, con los ojos brillantes de preocupación.

—Si hay el menor riesgo de que te hagan daño, debemos protegerte —respondió Isobel, tajante.

El grupo se quedó en silencio por unos momentos, hasta que Fiona sugirió, esperanzada:

—¿No podemos pedirles a algunos de nuestros hombres que la vigilen de cerca?

Alistair negó con la cabeza.

—Si Scot está tramando algo, lo último que podemos hacer es dejar que note que sospechamos de él.

—¿Y esconder a Brìghde en su alcoba durante dos días no es ya bastante sospechoso? —insistió.

—Es verdad —musitó Alistair, pensativo.

—¿Y si la vigila solo una persona? —sugirió Rona. Todos se volvieron hacia ella—. Alguien de confianza que esté con ella sin que parezca que la está protegiendo. Sé que parece complicado, pero tiene sentido. Si dejamos que Scot sospeche algo, podría actuar antes de que tengamos pruebas.

—¿Tengamos? —preguntó Alistair, arqueando una ceja.

Rona se encogió de hombros, y él suspiró antes de ceder.

—Si os soy sincero, no me parece un mal plan.

Las palabras de Sorcha flotaron en el aire como una advertencia silenciosa. Si Scot realmente estaba tramando algo, no podían

permitirse perder tiempo.

Aunque el respaldo de su familia le ofrecía la calma que tanto necesitaba, no le agradaba sentirse como una mera espectadora en sus propias decisiones, y mucho menos la idea de permanecer encerrada en su alcoba.

Se incorporó con determinación, intentando proyectar seguridad:

—Estoy de acuerdo con Rona. Esta tarde hemos doblado la apuesta delante de mucha gente, y encerrarme en mi alcoba, de repente, podría levantar sospechas.

—¿Habéis hecho qué? —inquirió su madre, desconcertada, pero enseguida rodó los ojos y exhaló exasperada—. Seguís comportándoos como niños.

Los aludidos cruzaron una mirada traviesa, aligerando la tensión del momento.

—Entonces debemos buscar a alguien que proteja a Brìghde estos días —retomó Fiona antes de voltearse hacia su primo—. ¿Tienes a alguien de confianza y que no levante sospechas?

Alistair se cruzó de brazos con gesto reflexivo. De pronto, su rostro se iluminó y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de intención.

—Tengo a la persona perfecta.

Isobel suspiró resignada. Después de la charla con Eilidh, no le quedaban dudas de a quién se refería su sobrino. En el fondo, se alegraba; hacía mucho que no veía a su hija tan feliz, y si esto servía para mantenerla a salvo, podría tolerar que Brìghde pasara más tiempo del estrictamente indicado por el decoro al lado de un hombre; aunque no pensaba perderlos de vista.

Capítulo 17

Kieran no podía creer lo que acababa de escuchar.

Alistair lo había buscado tras la cena con la excusa de dar una vuelta. Aunque había intentado sonar despreocupado, lo conocía demasiado bien como para creer que era algo sin importancia.

De ahí que hubiese aceptado sin hacer preguntas.

Ahora, de pie junto al lago, se cuestionaba si debería haber ignorado su instinto y haberse quedado en la cena.

—A ver si lo he entendido bien. Quieres que proteja a Brìghde durante los próximos días de un posible ataque.

Alistair asintió con gesto decidido.

—¿Y cómo pretendes que lo haga, si se puede saber?

—Deberás pasar más tiempo con ella. Sabes cómo proteger a alguien, lo has hecho antes —respondió Alistair con un tono casi tranquilizador.

—He protegido a otros en el pasado, pero sabes que esto es distinto.

—Ojalá no tuviera que pedírtelo, amigo. Pero la situación es desesperada.

—¿Y no puede hacerlo alguno de tus hombres? —replicó él, intentando razonar.

—No dudo de sus habilidades —dijo Alistair con orgullo—, pero piensa en esto: si Brìghde comienza a pasar tiempo con uno de ellos, será mucho más llamativo que si estuviera contigo.

—¿Disculpa?

—¡Oh, vamos! —respondió Alistair, restándole importancia con un gesto de la mano—. Nos hemos dado cuenta de que estás deseando cortejarla. Pasar tiempo juntos es lo más natural.

—¿Nos? —Kieran lo miró incrédulo, mientras sentía como el calor le subía al rostro—. ¿Cuántos más están al tanto de este plan?

—Bueno… está Brìghde, por supuesto. Además de Fiona, Sorcha y Rona… ah, y mi tía Isobel también lo sabe.

—¿La madre de Brìghde está de acuerdo con esto?

—Claro, ¿cómo si no crees que te permitiría pasar tanto tiempo cerca de su hija? —replicó Alistair, como si fuera lo más evidente del mundo.

Kieran exhaló con resignación. Su amigo nunca le había fallado. Además, la idea de que Brìghde pudiera estar en peligro lo inquietaba profundamente. Si para protegerla debía participar en el plan de ese grupo de locos, lo haría sin dudarlo.

Pese a todo, su mayor desafío no era mantenerla a salvo de los demás, sino de sí mismo. Desde aquel momento en los establos, la necesidad de tenerla cerca se había vuelto más apremiante, y su presencia lo descolocaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Alistair interpretó su silencio como una aceptación, y su rostro se iluminó.

—Sabía que no me fallarías —dijo visiblemente aliviado—. Volvamos al castillo, la fiesta está a punto de comenzar.

Kieran captó el doble sentido en sus palabras, pero decidió no hacer comentarios.

***

Brìghde cenó en la mesa presidencial junto a su familia, que intentaba disimular la tensión lo mejor posible.

Isobel, en su papel de madre excesivamente protectora, no la perdía de vista, mientras Fiona la acompañaba a donde quiera que fuese. Toda esa atención comenzaba a agobiarla, aunque hacía un esfuerzo por mantener la calma y permitir que Alistair avanzara con sus investigaciones.

Cuando vio que este se marchaba con Kieran, comenzó a jugar nerviosamente con las uvas del plato. Fiona le lanzó una sonrisa divertida.

—Ojalá tuviera yo un highlander guapo vigilándome día y noche —susurró, lo bastante bajo para que solo Brìghde la escuchara.

—Fiona, esto no es gracioso —replicó, intentando sonar irritada, pero el rubor invadió sus mejillas—. ¿Qué se supone que voy a hacer estos días? Todos van a pensar que ando detrás de él.

Fiona contuvo la risa.

—Hermana, es más que evidente que siente algo por ti, y no parece que te moleste demasiado. Podrías aprovechar esta

oportunidad para conoceros mejor —sugirió.

—¿Cómo se supone que me proteja si está más pendiente de conocerme que de lo que ocurra a nuestro alrededor?

Fiona chasqueó la lengua y desvió la mirada hacia la mesa de los Cochrane.

—Te complicas demasiado, Brìghde. Deja que las cosas sigan su curso. De todos modos —añadió cautelosa— me resulta extraño que Scot quiera hacerte daño. Durante el tiempo que hemos estado juntos, no me ha parecido un mal hombre, y sabes que soy muy buena interpretando señales.

Brìghde la miró sin saber qué responder. Había estado tan centrada en sus propios problemas que no había reparado en lo que sucedía a su alrededor, como tantas otras veces. Intentó apartar la culpa y enfocarse en su hermana, quien parecía más afectada de lo que quería aparentar.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó con discreción.

—Me gustaba —replicó Fiona, con un mohín de disgusto—. Pero ahora que existe la posibilidad de que quiera hacerte daño, estoy confundida. No te mentiré, me había empezado a ilusionar, pero lo que más me preocupa es cómo fingir que todo va bien cuando esté cerca de mí.

Brìghde le acarició la mano suavemente por debajo de la mesa, y ambas compartieron una sonrisa comprensiva.

—No sabemos qué sucede realmente —le dijo en tono conciliador —. ¿Quién sabe? Quizás él no sea el malo en todo esto y simplemente haya sido un malentendido. En cualquier caso, es mejor ser precavidas, ¿no crees?

Fiona le apretó la mano y, con la mirada fija en Scot, le respondió decidida:

—Haremos lo que haga falta, hermana. Para eso está la familia.

Cuando los músicos comenzaron a tocar melodías más animadas, los invitados se fueron levantando para unirse al baile.

Brìghde decidió permanecer sentada un poco más. Se dedicó a observar a los presentes mientras fingía beber de su copa, que seguía intacta, pues quería mantener todos sus sentidos alerta.

Fue escudriñando las escenas a su alrededor, pero no detectó nada fuera de lo común. Los invitados bailaban y conversaban animadamente, y algunas parejas se alejaban del salón entre risas, en busca de un rincón privado. Sus ojos se posaron en Alistair, quien aparentaba estar enfrascado en una conversación con varias damas interesadas en su atención. De forma discreta, su primo giró la cabeza hacia ella y, con un leve asentimiento, le indicó que todo parecía estar bajo control.

Ella correspondió con un gesto similar, y se dispuso a reunirse con sus amigas.

No había llegado a levantarse del asiento cuando Kieran se acercó a su mesa, con un aire de nerviosismo evidente.

—¿Me concederíais el honor del próximo baile, milady? —dijo con una voz grave que envió un escalofrío por la columna de Brìghde. Luego se inclinó un poco más hacia ella y susurró con una sonrisa traviesa—: a ser posible, sin que me vomitéis encima esta vez.

Brìghde rodó los ojos y soltó un suspiro. Aunque quiso replicarle, el gesto intenso de Kieran y la mano que le ofrecía en señal de invitación le recordaron que ambos estaban cumpliendo un papel.

Tragándose su orgullo, adoptó un tono melodioso y respondió:

—Por supuesto, milord.

Kieran permaneció inmóvil por un instante, sorprendido por el inesperado cambio en su tono. Brìghde aprovechó para levantarse y tomar su mano con una delicadeza que terminó de desarmarlo. Tragó saliva y la guio hacia la pista de baile, recordándose a sí mismo que aquello era parte de una misión.

La sujetó por la cintura, percibiendo lo menuda que era bajo su mano, lo que reavivó los recuerdos de unas horas atrás en una posición mucho más comprometida. Intentó desviar su atención hacia algo que calmara el deseo que comenzaba a prender en su interior, pero su cuerpo parecía tener otros planes. Con un movimiento elegante, la hizo girar sobre la pista, atrayéndola aún más hacia él.

Cada vez que sus miradas se encontraban, el mundo parecía desvanecerse a su alrededor, dejándolo con un vacío en el pecho que no lograba llenar.

Brìghde, por su parte, no terminaba de entender lo que estaba sucediendo. Después de la conversación con Fiona, había llegado a la conclusión de que quizá no sería tan mala idea pasar más tiempo con Kieran. No podía seguir engañándose a sí misma: se sentía atraída por él. Aunque algunas noches aún despertaba llorando tras soñar con Thomas, desde que había vuelto a cruzarse con Kieran, la esperanza había asomado en su interior.

Pero ahora, mientras bailaban, no podía evitar pensar que la tensión que él proyectaba era su culpa. Quizá lo incomodaba la tarea que le habían impuesto. Recordó los momentos que habían compartido a solas, cuando Kieran buscaba cualquier excusa para un roce fugaz o una mirada sostenida, y no entendía por qué ahora parecía tan distante.

Pero esta vez, tenía claro que no cometería el mismo error que con Thomas: no esperaría a que él decidiera por los dos cuando ya fuese demasiado tarde. Si estaba malinterpretando la situación, prefería enfrentarlo ahora, antes de implicarse más emocionalmente.

—Quería agradeceros el esfuerzo que estáis haciendo —comenzó en un tono suave, mientras se deslizaban por la pista al compás de la música—. Soy consciente de que esto no es lo que teníais en mente para las fiestas.

Kieran frunció el ceño, visiblemente confundido.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —preguntó, girándola suavemente, admirando la gracia con la que seguía cada uno de sus movimientos—. Y, ya que estamos, ¿por qué ese cambio en tu tono? Me estás tratando con una cortesía... inusual.

Ella también arrugó el ceño, pero mantuvo el ritmo del baile.

—Porque es como vos os habéis dirigido antes.

Se alejó apenas un paso, aún aferrada a su mano.

El joven MacGregor, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que la distancia creciera. Tiró suavemente de ella, reduciendo el espacio hasta que sus cuerpos quedaron casi pegados. El ritmo de la música pareció ralentizarse en ese instante, y con un susurro bajo y grave que resonó cerca de su oído, confesó:

—Porque nos estaban mirando. Tenía que actuar como si te pretendiera.

Brìghde sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

"¿Solo está actuando?", pensó, mientras la revelación se clavaba en su interior.

Una oleada de incomodidad, mezclada con un atisbo de dolor, la envolvió, como si esas palabras hubieran dado forma a un temor que no se atrevía a admitir. Incapaz de controlar su reacción, detuvo el baile abruptamente.

—Perdonadme, milord —consiguió decir, su voz tensa.

Hizo una breve reverencia y, sin esperar su reacción, se giró y abandonó la pista, dejando a Kieran en medio del salón.

Capítulo 18

—¿Todo bien? —preguntó una voz tras Kieran, interrumpiendo sus pensamientos.

Este se giró con calma, encontrándose con la mirada inquisitiva de Alistair. Respondió con una leve sonrisa, tan controlada que apenas parecía auténtica.

—No parece que esté ocurriendo nada sospechoso.

Alistair le dedicó un gesto escéptico.

—No me refiero a eso, sino a vosotros dos.

Al ver que su amigo fruncía el ceño, añadió con un deje de ironía:

—He visto a mi prima alejarse de ti con la misma cara que ponía cuando la pillaban planeando alguna trastada.

Kieran desvió la mirada por un instante, como si necesitara tiempo para procesar la insinuación. Luego se encogió de hombros, esforzándose por parecer relajado, aunque el leve apretón en su mandíbula traicionaba su incomodidad.

—A mí me ha parecido todo bastante normal.

—Si tú lo dices...

Alistair dejó la frase en el aire, como si no terminara de creérselo. Optó por no insistir, consciente de que estaba tocando un tema delicado.

Pero antes de marcharse, le lanzó una última mirada, que decía más de lo que cualquier palabra podría expresar.

***

Cuando se hubo alejado lo suficiente, Brìghde bufó exasperada.

—No me lo puedo creer…

—¿Estás bien? —preguntó Sorcha, que llegaba acompañada por Rona.

—Sí —respondió cortante.

—¿Entonces por qué traes esa cara después de bailar con lord MacGregor? —insistió Sorcha.

Brìghde resopló, visiblemente molesta. Echó un vistazo rápido a su alrededor y, asegurándose de que nadie las escuchaba, tomó a

Sorcha del brazo y la apartó hacia un rincón más discreto, con Rona siguiéndolas de cerca.

—Porque "lord MacGregor" —dijo, cruzándose de brazos— ha dejado claras sus intenciones.

—¿Se ha declarado? —exclamó Rona con los ojos brillantes, incapaz de contener su entusiasmo.

Brìghde alzó una mano con rapidez, silenciando a su amiga antes de que pudiera continuar. Tras mirar a su alrededor de nuevo, respondió en un susurro:

—No. Me ha dicho que debe actuar "como si me cortejara".

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Sorcha, aún más desconcertada.

—¿Cómo que cuál es el problema? —alzó la voz sin querer, haciendo que algunas cabezas curiosas se giraran en su dirección. Sintió un calor incómodo subir por su cuello y se apresuró a bajar el tono, pero su frustración era evidente—. Solo está fingiendo que está interesado en mí.

Sus amigas intercambiaron una mirada rápida antes de estallar en risas.

—Eso es ridículo —dijo Rona entre carcajadas—. Os hemos visto bailar y ese hombre está deseando estar a tu lado.

Una chispa de esperanza se encendió en su pecho, solo para ser aplastada por el peso de sus propios temores. No quería ilusionarse; no podía permitirse bajar la guardia, como una muchacha enamoradiza. Las palabras resonaron en su mente y, sin poder evitarlo, buscó a su hermana en la pista de baile. La encontró bailando con Scot, con la misma cercanía que había mostrado desde el principio.

—Estará bien, no te preocupes —susurró Sorcha, que había seguido su gesto—. Alistair lo tiene bien vigilado.

Brìghde asintió de manera automática, aunque sus ojos permanecieron fijos en la pareja por unos segundos más.

—Venga, chicas —dijo con un tono más animado de lo que realmente sentía—. Vamos a bailar, necesito despejarme un poco.

Regresaron a la pista de baile, mezclándose con el resto de las parejas en la danza grupal. Una canción daba paso a la siguiente y,

lentamente, se dejó envolver por los acordes y la energía alegre de sus amigas, sintiendo cómo el nudo en su pecho comenzaba a deshacerse.

Cuando su hermana se unió al grupo, Brìghde le lanzó una mirada interrogante, sin detener sus pasos al ritmo de la música. Fiona respondió con una sonrisa tranquilizadora, pero sus ojos traicionaban un trasfondo inquietante.

—¿Qué pasa, Fiona?

—Nada malo, hermana —se apresuró a contestar, desviando la mirada.

Ambas fueron arrastradas por la danza, girando en círculos junto a otras parejas, hasta que sus caminos se cruzaron de nuevo. Brìghde se aferró al brazo de su hermana con más fuerza, obligándola a detenerse un momento.

—Sea lo que sea, puedes contármelo —insistió, con un tono más firme.

—Es que… —comenzó ella, titubeante, justo antes de que otro bailarín la apartara de su lado.

Brìghde la observó con una impaciencia creciente, mientras los segundos se alargaban, como si el tiempo se hubiera detenido. De repente, Fiona abrió los ojos de par en par y, en un murmullo apenas audible, dijo:

—Ay, no…

El pecho de Brìghde se encogió con fuerza al seguir la dirección de su mirada y encontrarse con Scot, quien avanzaba hacia ella con paso decidido.

Para cuando llegó a su lado, los acordes alegres habían cedido, dando lugar a una melodía más pausada y envolvente.

—Milady, ¿seríais tan amable de concederme el próximo baile? —preguntó con una sonrisa educada.

Brìghde asintió débilmente, incapaz de articular palabra, y dejó que la guiara al compás de la música. Cuando al fin logró recomponerse un poco, buscó a Kieran entre la multitud. Al notar que la observaba con atención, un fugaz alivio recorrió su cuerpo. Scot, percatándose de la dirección de sus ojos, amplió su sonrisa,

pensando que se trataba de la aprobación de un amante. Con tono formal, rompió el silencio:

—Lady Brìghde, me gustaría haceros una pregunta, si sois tan amable.

—¿En qué podría ayudaros yo, lord Cochrane? —respondió con reserva, aunque su voz sonó más baja de lo que esperaba.

—Sin faltar a vuestra belleza, pues poseéis unos rasgos que harían palidecer al sol, debo confesaros que vuestra hermana Fiona me despierta un gran interés, y deseo cortejarla.

Brìghde lo miró perpleja, incapaz de reaccionar, mientras él continuaba:

—Quisiera saber si puedo contar con vuestra ayuda para tal propósito.

Su estómago se retorció, como si de repente el aire se hubiera vuelto denso. Su mente vagaba entre el desconcierto y el temor de lo que el hombre que tenía delante podría estar implicando. Rogó para que interpretara el gesto como preocupación por la virtud de su hermana, y no como el miedo que sentía al oír su nombre en boca de él.

—Lord Cochrane —dijo tras un momento, esforzándose por sonar firme—. Si vuestra intención es cortejar a mi hermana, os habéis equivocado de dama. A quien debéis pedir permiso es a nuestra madre.

Este negó con la cabeza, y una sombra de frustración cruzó brevemente su rostro antes de recuperar su semblante habitual. Cuando habló, su voz dejó entrever cierta inseguridad:

—Cuento con ello, pero no es esa mi petición. Me gustaría que vos le hablarais de mí en buenos términos, por la relación que nos unía en el pasado.

Ese leve titubeo le dio el valor necesario para indagar más.

—Señor, he observado cómo miráis a mi única hermana, y no puedo negar lo evidente. De cualquier forma, he de seros sincera: la relación que mencionáis ocurrió hace tantos años que apenas guardo recuerdo de ella. Decidme, ¿cómo puedo fiarme de que vuestras intenciones son nobles y que no pondréis en peligro a mi hermana o a nuestra familia?

Scot se tensó por un instante, algo que no le pasó desapercibido.

—Decidme, lady Sinclair —preguntó arrastrando las palabras—, ¿de qué manera creéis que podría dañar a vuestra familia?

Brìghde se quedó en silencio por unos instantes, evaluando las posibles consecuencias de hablar con sinceridad.

Al final, optó por arriesgarse; si había un peligro real, esta podía ser su única oportunidad de descubrirlo.

—Me han puesto al corriente sobre lo ocurrido entre vuestro clan y el mío hace unos años, lord Cochrane. Y francamente, no deseo que mi hermana se vea enredada en una disputa que la convierta en vil moneda de cambio.

El rostro del joven pasó de la suspicacia a la ofensa en un momento, pero se esforzó por mantener la calma. Brìghde, aunque consciente del terreno peligroso que pisaba, supo que era tarde para frenarse.

—Espero que comprendáis mis reservas, dadas las historias que circulan sobre vuestro clan.

Scot tuvo suficiente. Detuvo el movimiento del baile, provocando que ella perdiera ligeramente el equilibrio y tuviera que apoyarse en él. Cuando se aseguró de que estaba bien, se apartó unos pasos, creando algo de distancia entre ambos.

Ella alzó la vista, esperando encontrar ira en sus ojos, pero en su lugar vio algo más profundo: una tristeza que le atravesó el corazón, haciéndola sentir una punzada de culpa.

Abrió la boca para hablar, pero Scot la interrumpió con la voz entrecortada:

—Si creéis que sería capaz de herir a vuestra hermana o a cualquier miembro de vuestra familia, permitidme deciros que estáis en un error. Mis intenciones con lady Sinclair son honorables. En cuanto a mi clan… —hizo una pausa, recobrando el aliento—, sé bien que los rumores abundan, pero al final no son sino eso: rumores.

—¿Queréis decir que la escena que protagonizó vuestro padre hace dos años jamás tuvo lugar? —preguntó ella, calibrando su tono.

—No pretendo negar nada —respondió él, alzando las manos en señal de tregua—, pero tampoco puedo cargar con culpas ajenas. El episodio que mencionáis fue decisión de mi padre y únicamente suya.

—¿Y acaso vos no estuvisteis presente, dispuesto a alzar la espada contra mi familia si se daba la ocasión?

Scot negó lentamente, la frustración creciente dibujándose en su rostro.

—Mi padre es el laird. No puedo desafiar abiertamente sus decisiones, pero puedo intentar minimizar el daño —dijo, con un tono lo suficientemente bajo para que solo ella lo oyera.

Brìghde se sentía cada vez más desconcertada. Scot vaciló por un instante, como si dudara si continuar o no. Finalmente, añadió con un matiz más personal, casi suplicante.

—Permitidme daros un consejo, milady. Si confiamos únicamente en las apariencias, nunca estaremos completamente seguros… aunque esas apariencias oculten verdades difíciles de aceptar.

Con una última reverencia, se retiró hacia su grupo, dejándola en medio de la pista, sumida en la confusión.

Tardó unos instantes en reaccionar, pero su mente seguía procesando la mezcla de emociones que la conversación le había provocado. Para cuando Fiona llegó a su lado, la tensión inicial se había convertido en un torbellino de dudas.

—¿Qué te ha dicho, hermana?

—Quería… que le ayudara a cortejarte —susurró, inquieta.

Sorcha y Rona, que habían llegado detrás, la miraron con incredulidad.

—¿Algo más? —insistió su hermana.

Consciente de los sentimientos que albergaba hacia Scot, optó por ser sincera.

—Me ha dicho que sus intenciones son nobles y que no desea hacer daño a nuestra familia.

Fiona suspiró aliviada, aunque la duda seguía reflejada en su semblante.

—En el último baile me pidió un momento a solas, pero me negué, tal como madre nos enseñó que debíamos hacer.

Brìghde tomó su brazo y lo acarició con ternura.

—Has hecho bien —le dijo con una sonrisa triste—. Ojalá todo esto sea un malentendido.

—Eso espero… —murmuró Fiona, desviando la mirada. Luego, alzándola hacia las demás, añadió con tono culpable—: disculpadme, chicas, pero necesito retirarme a mi alcoba. No tengo ánimos para seguir en la fiesta.

—No te preocupes —respondió rápidamente Sorcha.

—¿Quieres que te acompañemos? —sugirió Rona, con tristeza reflejada en sus ojos.

—Yo iré con ella —intervino Brìghde.

Esta última intentó protestar, pero su hermana negó con la cabeza, indicándole que no insistiera. Tras despedirse de las demás, la guio hacia las escaleras.

Mientras subían, cruzó una breve mirada con Alistair; con un gesto sutil, le indicó que todo estaba bajo control. Acompañó a Fiona hasta la habitación, dejando atrás el bullicio de la fiesta. El silencio del pasillo les proporcionó un respiro tras la agitada velada.

Una vez dentro, la ayudó a cambiarse por un atuendo más cómodo, atendiendo con paciencia sus protestas.

—De verdad, estoy bien. Solo necesito descansar un poco.

Su primer impulso fue insistir y permanecer a su lado, pero, tras pensárselo de nuevo, cedió a su petición.

Cerró la puerta con cuidado, intentando no hacer ruido, y al girar sobre sí misma para retomar su camino, chocó de lleno contra un pecho firme. Un jadeo escapó de sus labios, y antes de que pudiera reaccionar, una mano cálida cubrió su boca.

—Somos nosotros —susurró Kieran con voz baja y calmada.

El alivio se mezcló con una oleada de irritación y otra emoción más difícil de ignorar. Respiró hondo, obligándose a calmarse.

Kieran, notando su cambio, retiró lentamente la mano y retrocedió un paso, dándole espacio para recuperarse.

—¡Me has asustado! —le recriminó en un susurro entrecortado.

—¿Qué ha pasado? —la grave voz de Alistair resonó detrás de Kieran, mientras emergía de la penumbra.

Brìghde los alternó la mirada entre ambos y cruzó los brazos con evidente molestia.

—¿Es que no sabéis aparecer como personas normales?

Kieran esbozó una leve sonrisa que se desvaneció rápidamente al ver el fulminante gesto de Brìghde.

—Deberíamos hablar en un sitio más discreto —propuso ella, intentando pasar por alto la tensión entre ambos—. Alistair, creo que alguien debería vigilarla.

—Buena idea —respondió él con un asentimiento—. Bajo a hablar con James. Tú llévate a Kieran al fuerte. Nos vemos en un rato.

Acto seguido, desapareció por el pasillo. Brìghde emprendió la marcha decidida, pero Kieran la sujetó suavemente por el brazo, deteniendo su paso.

—¿Vuestro fuerte? —susurró desconcertado.

Ella asintió con un gesto rápido, instándole a seguirla.

El pasillo estaba apenas iluminado por el tenue resplandor de las antorchas en la pared, pero Brìghde avanzaba con la confianza de quien conoce cada rincón. El silencio los envolvía como una manta, roto solo por el eco de sus pasos y sus respiraciones contenidas.

Intentó convencerse de que su corazón acelerado era fruto de la preocupación, pero no podía ignorar el efecto que tenía la presencia de Kieran tan cerca, con su aroma envolviéndola como una brisa embriagadora que la distraía de sus pensamientos.

Al llegar a su destino, abrió la puerta con cuidado y le hizo un gesto para que entrara. Después se encaminó hacia el sofá, donde se dejó caer y cerró los ojos, exhalando un largo suspiro. Necesitaba calmarse, encontrar un momento de claridad. Su corazón seguía agitado, no solo por la conversación con Fiona, sino por todo lo que parecía estar desmoronándose a su alrededor.

Mientras tanto, Kieran examinaba la estancia.

La luz de la luna, que entraba a través de una ventana alta, proyectaba sombras suaves sobre la habitación. En el centro, destacaba una mesa con marcas de uso, probablemente testigos de incontables horas de juego. A un lado, una estantería repleta de libros descoloridos hablaba de historias olvidadas, y frente a la

chimenea apagada, un sofá alargado y una mecedora parecían custodiar un tiempo que ya no existía.

—¿Qué es este lugar? —preguntó, dejando entrever una leve fascinación.

—Era nuestro refugio cuando éramos pequeños —respondió ella, con un toque de nostalgia en la voz—. Alistair y yo veníamos aquí a jugar, y el tío Ciarán se sentaba en la mecedora para contarnos historias. Hablaba de batallas y criaturas fantásticas… cosas que entonces nos parecían reales —hizo una pausa para suspirar—. Imagino que ya nadie lo usa.

Kieran dejó que el silencio se asentara entre ellos mientras asimilaba la información. Recordaba bien a Ciarán, el hombre que había luchado a su lado en más de una batalla. También evocaba con claridad el día en que tuvo que sujetar con fuerza a Alistair, cegado por el dolor de la pérdida, cuando corrió hacia una muerte segura. El recuerdo le provocó una punzada de incomodidad, como si invadiera un espacio demasiado íntimo para pertenecerle.

Se sentó cuidadosamente en el extremo opuesto del sofá, procurando darle su espacio a la dama, pero su atención no se apartaba de ella. El reflejo de la luna bañaba su rostro, destacando la delicadeza de sus rasgos. Con los ojos cerrados y el ceño apenas fruncido, le pareció más hermosa que nunca. Tragó saliva, intentando ignorar el impulso de acercarse. No entendía del todo lo que le hacía sentir, pero sabía que no podía permitirse perder el control. Se removió en el asiento, rompiendo el estado de alerta que Brìghde mantenía incluso con los ojos cerrados.

Ella lo miró de reojo, notando la tensión en su mandíbula y el brillo en sus ojos. Algo en su expresión la desarmó y dejó escapar una exhalación que, aunque suave, resonó en la quietud de la habitación.

—Todo irá bien —comentó él, interpretando su inquietud como preocupación por los sucesos recientes. Él mismo sentía una incomodidad que intentaba justificar como la necesidad de protegerla, aunque en el fondo sabía que había sido el baile lo que había despertado algo que no quería nombrar.

—No lo sé… —respondió ella al cabo de unos segundos, su voz cargada de una tristeza que no pasó desapercibida. Lo miró más detenidamente, como si buscara algo en su rostro, y habló de nuevo, casi para sí misma—. Ya no puedo confiar ni en mi propio instinto.

—¿Por qué dices eso? Te diste cuenta enseguida de que algo no iba bien.

Brìghde desvió la mirada hacia la ventana. Saber que él cumplía su deber debería haber sido suficiente para calmarla, pero no era así. Los recuerdos de Thomas regresaron como una herida abierta. Había callado cuando debería haber hablado, había esperado cuando debería haber actuado, y aquello le había costado más de lo que quería aceptar. Reuniendo todo su valor, habló con una voz que traicionaba su fragilidad:

—Quiero que sepáis que, cuando todo esto haya acabado, no tenéis obligación alguna de permanecer a mi lado.

Kieran ladeó la cabeza, confuso por sus palabras y el formalismo que había impuesto entre ellos.

—¿Por qué me dices eso?

Ella bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de sus ojos.

—Está claro que esta tarea no es de vuestro agrado. Así que intentaré resolver esto pronto para que podáis seguir con vuestra vida sin preocuparos por mí.

Un incómodo silencio se extendió entre ellos. Kieran la observó, intentando descifrar la tristeza y la decepción que marcaban sus rasgos. Algo dentro de él se agitó con fuerza, empujándolo a moverse.

Lentamente, se deslizó hacia ella, acortando la distancia que había mantenido intencionadamente.

—¿De verdad crees que no disfruto estando contigo? —preguntó con una voz grave, tan baja que parecía un secreto compartido.

Sorprendida, levantó la mirada, encontrándose con los ojos de Kieran fijos en los suyos, llenos de una intensidad que empezaba a disipar las dudas que tanto la habían atormentado. La distancia entre ambos parecía desvanecerse con cada segundo, envolviéndolos en un silencio cómplice. Kieran alzó una mano y la

posó suavemente en su mejilla, acercándola aún más. Ella cerró los ojos, dejándose llevar por la calidez de ese gesto y lo que parecía augurar.

Un golpe en la puerta rompió el hechizo.

Brìghde apartó la mirada, sintiendo su corazón desbocado, mientras la realidad volvía a imponerse con una frialdad abrumadora.

—Parece que tu primo tiene un sentido del momento exquisito —masculló él, mientras se acomodaba de nuevo en el extremo opuesto del sofá.

Brìghde soltó un suspiro tembloroso, incapaz de mirar en su dirección.

Capítulo 19

Alistair irrumpió en la habitación como un vendaval, alarmando a la pareja que aún luchaba por serenarse. La tensión en el ambiente no le pasó desapercibida. Sus ojos pasaron de su prima, que se removía inquieta, a su mejor amigo, que mostraba un gesto impenetrable gracias a la penumbra que dominaba la estancia.

—¿Ha pasado algo en mi ausencia? —preguntó en un susurro cargado de advertencia.

—Nada que deba preocuparte, amigo —respondió él con la calma de quien parecía haber estado en una tarea intrascendente.

Brìghde sintió cómo un rubor intenso le quemaba las mejillas. Agradeció en silencio que la oscuridad ocultara lo que, para ella, resultaba innegable.

Así y todo, la tranquilidad con la que Kieran respondió le produjo una punzada de inseguridad.

¿Había imaginado todo?

¿Y si aquello no había significado nada para él, acostumbrado como parecía a ocultar cualquier emoción en este tipo de situaciones?

—Cuando milady esté lista —intervino Alistair, recuperando un tono más formal—, ¿podría relatarnos qué ha sucedido abajo?

La voz de su primo logró arrancarla de aquel torbellino mental. Brìghde lo vio sentarse junto a Kieran, ocupando el espacio que ambos habían compartido momentos antes.

Una sombra de incomodad anidó en su pecho mientras buscaba las palabras para explicar lo sucedido.

—Scot me pidió que lo ayudara a cortejar a Fiona —dijo de golpe.

El silencio que siguió fue casi opresivo.

Alistair cerró los ojos y se llevó las manos al rostro, exhalando un largo suspiro. Brìghde lanzó un fugaz vistazo a Kieran, pero no logró descifrar su gesto desde aquella distancia.

—Me ha asegurado que sus intenciones son nobles y que no quiere hacernos daño —añadió con prudencia.

—No me fío de él —declaró Alistair, apartando las manos de su rostro con una expresión severa.

Brìghde bajó la vista para responder:

—Quizás nos estemos precipitando…

Las cabezas de ambos hombres se giraron hacia ella al unísono, sus gestos cargados de incredulidad. Brìghde se aferró aún más a los reposabrazos, sintiendo la presión de sus miradas.

—Explícate —ordenó su primo, visiblemente desconcertado.

—Es evidente que sucede algo extraño. Pero, que yo recuerde, el que siempre tuvo mala fama fue Roland, ¿cierto? Nunca hemos tenido problemas con Scot. En todo caso, deberíamos vigilar más de cerca a su padre o a algún hombre de su clan que todavía guarde rencor por lo que consideraron una traición.

Alistair asintió lentamente, sopesando su razonamiento.

—Tiene sentido. Ya he informado al abuelo, y ha ordenado aumentar la vigilancia sin levantar sospechas. Si Murray descubre que estamos tramando algo, no dudaría en usarlo como pretexto para atacarnos.

—¿Crees que sería capaz? —preguntó alarmada.

—No me cabe duda —afirmó él, tajante—. Lo que no entiendo es por qué ahora defiendes a su hijo. Hace unas horas tenías una opinión muy distinta.

Brìghde guardó silencio unos instantes, intentando decidir qué responder. Aunque todavía desconfiaba de Scot, no podía ignorar los sentimientos de Fiona. Tal vez eso estaba nublando su juicio.

—¿Tienes algún interés especial en él?

El tono frío y medido de Kieran le produjo un escalofrío. Lo observó atónita, sintiendo como la indignación se abría paso en su interior.

"¿Cómo se atreve a cuestionar mis motivos?"

—¿Disculpad?

—Simplemente, me resulta curioso que ahora lo defiendas.

—Mis razones no son de vuestra incumbencia, lord MacGregor.

—Lo son si vuestra vida o la de vuestra familia corre peligro, milady —respondió él con una cortesía casi irónica.

—¿Acaso dudáis de mis intenciones? —disparó ella, claramente molesta.

Alistair decidió intervenir antes de que la discusión escalara.

—Una cosa está clara. Se nos escapa algo. Ahora más que nunca, debemos estar bien alerta.

—No podría estar más de acuerdo —respondió su amigo.

—Será mejor que regresemos antes de que alguien note nuestra ausencia —ordenó Alistair, poniéndose en pie y dando por terminada la conversación.

Ya en el pasillo, Alistair pidió a Kieran que esperara y se volvió hacia su prima.

—Vuelve tú primero —susurró—. Que parezca que acabas de dejar a Fiona. Nosotros iremos después.

Brìghde asintió y comenzó a alejarse. Antes de desaparecer en la oscuridad del pasillo, lanzó una mirada fugaz hacia Kieran, quien la observaba con una expresión similar.

—¿Qué ha sido eso? —recriminó tan pronto quedaron a solas.

—¿El qué? —respondió Kieran intentando sonar inocente, aunque su voz traicionaba una nota de incomodidad.

—"¿Tienes algún interés especial en él?" —repitió Alistair con retintín—. ¿Qué demonios te pasa?

—No me pasa nada —replicó con brusquedad, tratando de zanjar el tema.

Alistair lo observó durante unos segundos, buscando una grieta en su fachada, hasta que exhaló un largo suspiro y suavizó su postura.

—No tengo interés en entrometerme en vuestros asuntos, pero necesito que estés completamente centrado para protegerla como es debido. Sea lo que sea que esté pasando entre vosotros, arréglalo ya. No puedo permitirme que pierdas la cabeza en un momento crítico.

Kieran permaneció inmóvil en el pasillo, viendo cómo Alistair se alejaba con paso firme. Su reprimenda resonaba en su mente, pero no era el tono lo que lo inquietaba, sino la verdad implícita en sus palabras.

Alistair tenía razón: algo estaba ocurriendo, y esa tensión creciente entre él y Brìghde no hacía más que enturbiar la situación.

La imagen de ella, sentada junto a él en aquel cuarto, con los ojos cerrados y la luna bañando su rostro, le vino a la mente. Había algo

que lo atraía irremediablemente, algo que lo desarmaba con solo una mirada o un gesto. Y aunque había intentado ignorarlo, ahora se daba cuenta de que no podía seguir pretendiendo que no existía.

"Esto tiene que resolverse", pensó mientras enderezaba los hombros.

Sus pasos comenzaron a resonar suavemente en el pasillo, dirigiéndose hacia el salón de baile.

Esta vez, no permitiría que los malentendidos los alejaran más.

Capítulo 20

—Está celoso —canturreó Sorcha, tambaleándose ligeramente.

Brìghde la observó con una mezcla de desconcierto y resignación. Su amiga llevaba toda la noche aferrada a la copa de vino, y el efecto comenzaba a hacerse evidente. Rodó los ojos antes de inclinarse hacia ella y susurrarle:

—Por favor, Sorcha, no levantes tanto la voz. No queremos que todo el salón se entere.

—¡Pues que se enteren! —replicó ella, elevando los brazos con torpeza.

El movimiento provocó que unas gotas de vino cayeran sobre su vestido. Bajó la mirada hacia las manchas y entrecerró los ojos, como si necesitara concentrarse para entender lo que veía.

—Oh, no…

Brìghde suspiró y se volvió hacia Rona.

—¿Qué le pasa? —preguntó en voz baja.

Esta se inclinó para hablarle al oído, mientras vigilaba con el rabillo del ojo que Sorcha no volviera a derramar la copa.

—Han fijado la fecha de su enlace —susurró con tristeza.

Brìghde no supo qué decir.

Sabía que el compromiso de Sorcha no era algo reciente y, aunque solía mencionar el tema con aparente ligereza, la cercanía de la fecha parecía haber reavivado emociones que su amiga trataba desesperadamente de enterrar.

Con suavidad, colocó una mano sobre su hombro y alzó su mentón para que sus miradas se encontraran.

—Sorcha —dijo con firmeza—. No estás sola. Estaremos contigo, ¿me oyes?

La mirada de Sorcha se nubló por las lágrimas contenidas. Antes de que rompiera a llorar, Rona la rodeó con un brazo.

—Vamos a descansar un rato, querida —susurró antes de volverse hacia Brìghde con un gesto de disculpa—. Lo siento. Cuando está así, no hay manera de razonar.

—No te preocupes.

Rona ajustó el agarre alrededor de su amiga y añadió, en un intento de tranquilizarla:

—Voy a asegurarme de que esté bien y volveré.

Pero antes de que pudiera terminar, un bostezo la interrumpió. Brìghde sonrió con comprensión.

—Ve a dormir tú también. Estaré bien.

—No quiero dejarte sola… —murmuró Rona, dubitativa.

—En serio, no pasa nada. Daré una vuelta por el salón y luego iré a la alcoba.

Rona la observó unos segundos más, debatiéndose consigo misma, pero otro bostezo traicionero decidió por ella. Brìghde las acompañó hasta el pie de la escalera, asegurándose de que ambas estuvieran bien encaminadas antes de quedarse sola.

Paseó por el salón, dejando que sus ojos vagaran por la multitud que danzaba y conversaba entre risas, completamente ajena a las tensiones que latían bajo la superficie. Se detuvo un instante al reconocer al guarda más próximo, un joven cuyo nombre no conseguía recordar y que vigilaba atento el área que le habían asignado. Al percibir su mirada, le dirigió un gesto interrogante. Brìghde respondió con un leve movimiento de cabeza, indicándole que no había motivo de preocupación. El hombre relajó la postura y volvió a su tarea. Ella, por su parte, esbozó una sonrisa tenue, reconfortada por la silenciosa vigilancia de su clan.

Ahora que la situación parecía estar bajo control, se permitió relajarse un poco. Tomó asiento en una mesa apartada, desde donde podía disfrutar de un momento de soledad y se sirvió una jarra de vino. Comenzó a dar pequeños sorbos, permitiendo que su mente vagara libremente.

Una sonrisa nerviosa se dibujó en sus labios al reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo: los últimos años habían transcurrido como un sueño distante, borroso, pero el día que Thomas la rechazó fue como un brusco despertar, un regreso implacable a la realidad. Desde entonces, su vida se había vuelto un torbellino de nuevas experiencias.

"Eso es", pensó mientras giraba la copa entre sus dedos, observando cómo el líquido se movía en círculos. Tal vez la amenaza constante, el peligro latente, eran responsables de que cada emoción se sintiera más viva, más intensa. Apoyó la cabeza en una mano y tomó otro sorbo, dejando que el calor del vino y el ruido lejano del salón la arroparan por un instante.

Inevitablemente, un rostro masculino apareció con claridad en su mente, provocándole una ráfaga de calor por todo el cuerpo, difícil de atribuir únicamente al vino.

Comenzó a recorrer la sala con cuidado de no parecer descarada. Lo encontró en un rincón, charlando distendidamente con un grupo de invitados. Una dama especialmente atrevida hizo un comentario que le provocó una sonora carcajada. La mujer se llevó el abanico al rostro, ocultando el rubor que su gesto le había provocado.

Sintió una punzada de celos.

"¿Qué estoy haciendo?", se preguntó, pero la imagen de Kieran sonriendo a otra mujer avivó algo en su interior, algo que no podía ignorar.

Una idea cruzó su mente de forma inesperada.

"Si quiere celos", pensó, con un resquemor que no lograba contener, *"celos obtendrá"*.

No sabía si era el vino o la aversión por perder, aunque fuese contra un enemigo imaginario, pero algo la impulsó a actuar.

Tomó aire con determinación, mientras un pensamiento se desataba en su interior:

"A fin de cuentas, en unos días todo habrá llegado a su fin y regresaré a Inglaterra".

Ignoró deliberadamente el nudo en su estómago y vació la copa de un trago. Con la elegancia de una dama segura de sí misma, se levantó del asiento y fue hacia la pista de baile, lista para poner en marcha su plan.

No tardó en encontrar lo que buscaba. Se sumó al corro de bailarines con una aparente despreocupación, siendo recibida por sonrisas cálidas y miradas ligeramente ruborizadas que delataban el efecto del alcohol entre los presentes. Cuando la música dio paso a una melodía que invitaba al baile en parejas, un joven le ofreció la

mano con una inclinación cortés, y ella aceptó con una sonrisa encantadora.

—Una velada maravillosa, milady —comentó el hombre, alargando las palabras con un toque de exceso que dejaba entrever su entusiasmo.

—Me alegra que la estéis disfrutando, lord…

—Artur Ross —respondió con orgullo, inclinando levemente la cabeza antes de hacerla girar con un movimiento ágil.

El nombre hizo que ocultara rápidamente una mueca de disgusto. Bailar con un hombre que compartía el nombre de su padre no estaba en sus planes esa noche. Aprovechó el giro para buscar a Kieran, y sus ojos se encontraron al otro lado del salón, provocándole un estremecimiento. La contemplaba de aquel modo tan familiar, siempre dispuesto a desarmarla. Su atención la hizo trastabillar y, con un paso en falso, pisó a su compañero.

—¡Mil disculpas, milord! —se apresuró a decir, adornando sus palabras con un gesto exagerado que apenas ocultaba su turbación —. Deben ser los nervios.

—No debéis preocuparos, milady —respondió Artur, intentando camuflar el dolor bajo una expresión serena—. Yo también estoy nervioso; no todos los días uno puede bailar con una dama como vos.

No tardó en comprender a lo que se refería.

—Yo… —comenzó a decir, intentando aclarar la situación, pero el joven la interrumpió.

—Debo confesaros que me ha sorprendido que hayáis aceptado bailar conmigo.

—¿Y eso por qué?

—Bueno… —vaciló, escogiendo con cuidado las palabras—, parecía que guardabais un interés especial en lord MacGregor.

Brìghde guardó silencio, esforzándose por contener la rabia que comenzaba a hervir bajo su piel. Detestaba que los demás hicieran suposiciones sobre sus sentimientos, especialmente cuando ni siquiera ella misma entendía del todo lo que estaba ocurriendo en su interior.

—Disculpadme si mi comentario os ha causado malestar —se apresuró a decir él al notar su expresión.

—No hay nada que disculpar, milord.

Aprovechó el siguiente giro en la danza para inhalar profundamente, y cuando volvió a enfrentarse a él, su voz sonó más firme.

—Pero temo deciros que estáis errado; no guardo ningún interés hacia lord MacGregor.

Artur le dirigió otra sonrisa, pero su respuesta se vio interrumpida al mirar por encima del hombro de Brìghde.

—Pues deberíais saber que él sí lo tiene hacia vos.

Fue a responder, pero un cosquilleo familiar la detuvo. Maldijo para sus adentros las sensaciones que escapaban a su control.

Artur, notando su reacción, volvió la cabeza hacia ella, justo cuando una voz grave y aterciopelada irrumpió en la conversación:

—¿Me concederíais el próximo baile, milady?

El corazón le dio un vuelco, y la presencia de Kieran pareció absorber todo el aire del salón.

—Bu… buenas noches, lord MacGregor —saludó Artur Ross, incómodo.

Pero la atención de Kieran estaba completamente centrada en Brìghde, cuyos ojos ahora lo desafiaban.

—¿No os han enseñado que es de mala educación interrumpir a una pareja en mitad de un baile? —preguntó con cierto nerviosismo, intentando recuperar el control de la situación.

—¿Qué baile? —respondió él con fingida inocencia.

Brìghde frunció el ceño, confundida. Kieran, con una sonrisa apenas visible, añadió en voz baja:

—La canción ha terminado, milady.

No se había dado cuenta, pero había permanecido inmóvil, ajena al cambio en la música. Fue entonces cuando la mano de Kieran se extendió hacia ella con un gesto tan elegante como implacable. Artur, consciente de la tensión en el ambiente, soltó de inmediato a su acompañante y se despidió con una reverencia apresurada.

—Gracias por concederme su tiempo, milady.

Brìghde no se movió. Era incapaz de apartar los ojos de Kieran.

Su mente, habitualmente ágil, parecía incapaz de seguir el ritmo de sus emociones. Maldijo de nuevo, reprochándose el haber cedido tanto terreno. Finalmente, aceptó la mano que le ofrecía y, con un esfuerzo visible, le dedicó una sonrisa que buscaba transmitir confianza. Por dentro, su mente maquinaba a toda prisa cómo recuperar el control.

—¿Qué hacías bailando con Artur? —preguntó Kieran con una brusquedad que distaba de su intento de parecer indiferente.

—No creo que sea de vuestra incumbencia con quién baile, milord —respondió en un tono dulce como la miel, pero afilado como un cuchillo.

Kieran aprovechó un giro del baile para acercarla más, hasta que sus cuerpos quedaron peligrosamente juntos.

Su voz descendió a un susurro grave cuando replicó en su oído:

—Lo es cuando debo protegerte.

Brìghde contuvo un bufido.

"Otra vez el dichoso trabajo", pensó con irritación, aunque rápidamente recordó que había sido ella quien había iniciado aquel juego. Inspiró profundamente y, al separarse de su pareja, su rostro ocultaba cualquier indicio de descontento.

—No sabéis cuánto valoro vuestra dedicación, lord MacGregor —comenzó con una voz suave, encantadora. Luego, dejando caer la mirada sobre la joven que minutos antes reía con él, añadió con deliberada ligereza—: Debe de ser difícil mantener la concentración con tantas distracciones en el salón.

Kieran no respondió de inmediato. En cambio, un leve brillo en sus ojos verdes pareció intensificarse, y cuando al fin habló, su voz sonó más grave de lo habitual:

—No os quepa duda.

El cambio en su tono hizo que volviera a mirarlo a los ojos, encontrándose no con la esperada indiferencia o irritación, sino algo mucho más profundo. Durante un instante, se sintió atrapada en aquella mirada, su mente vacía de cualquier estrategia.

—No has respondido a mi pregunta —pronunció Kieran, rompiendo el hechizo.

—¿Cómo?

—¿Por qué bailabas con él? —repitió con cierta impaciencia.

—Porque me apetecía.

Kieran la hizo girar con elegancia, pero Brìghde pudo notar la tensión en sus movimientos. Se felicitó a sí misma, satisfecha de haber logrado sacarlo de su zona de control.

—¿También te apeteció bailar con Scot?

Alzó la barbilla, decidida a no ceder terreno.

—Que yo sepa, nadie me ha prohibido bailar con quien desee, milord. Sé que sois un guerrero experimentado, perfectamente capaz de protegerme, y eso me permite disfrutar de la velada como lo haría cualquier otra dama.

Kieran dejó escapar un suspiro, luchando por mantener la calma.

—No te entiendo...

—Si hay algo que os pueda aclarar…

—Pensaba que… —comenzó a decir, pero luego negó sutilmente y desvió la mirada hacia un punto indeterminado detrás de ella—. Olvídalo.

La resignación en su voz la golpeó como un jarro de agua fría. No le gustaba el giro que estaba tomando la conversación, así que, antes de que él pudiera alejarse más, lanzó otra provocación:

—No necesitáis bailar conmigo para protegerme, lord MacGregor.

Él volvió a mirarla, esta vez con un brillo cargado de emociones que Brìghde no logró comprender.

Cuando la música llegó a su fin, apenas sintió el beso cortés que él depositó en el dorso de su mano, ni escuchó su agradecimiento formal.

Todo lo que quedó fue el vacío que dejó su partida, observándolo alejarse en dirección contraria mientras su propio corazón latía desbocado, en un caos que no sabía cómo controlar.

Capítulo 21

"¿Cómo puedo haber malinterpretado todo de esta manera?", pensó mientras se alejaba de ella.

Tomó una jarra de vino de una mesa cercana y se dirigió a un rincón apartado, buscando un momento de soledad. Apoyó la espalda contra la pared y bebió un largo trago, intentando sofocar el caos en su mente.

Repasó cada instante compartido, buscando una señal, una pista que explicara lo sucedido, pero no lograba identificar cuál era el problema. Momentos antes, en el cuarto del piso superior, había sentido una conexión palpable, un destello de esperanza que le susurraba que sus sentimientos no eran unilaterales. Pero al verla en los brazos de Ross, esa esperanza se veía reemplazada por una creciente desazón.

Los celos lo envolvían como un fuego lento, alimentado por su imagen aceptando la mano de otro hombre con una sonrisa que no era para él. Había contado los segundos hasta que la música marcó el final de la melodía. Para entonces, ya no pudo contenerse. Con una calma forzada, había cruzado la sala, decidido a reclamar lo que su corazón anhelaba.

Una parte de él se alegró cuando Artur, claramente incómodo, abandonó la escena con rapidez, dejándolos solos en la pista. Quiso aprovechar el baile para hablar con ella y aclarar la incómoda relación que estaban forjando.

A pesar de ello, el anhelo por tenerla cerca había nublado su juicio. Había actuado como un joven inseguro, permitiendo que los celos dominaran sus palabras y sus gestos. Estar cerca de ella sacaba a la superficie una parte de sí mismo que le incomodaba, algo volátil, que contrastaba con la imagen de firmeza y templanza que había moldeado a lo largo de los años, tal y como se esperaba de un futuro laird.

Irremediablemente, la imagen de Brìghde a su lado, llevando con orgullo los colores de su clan, se le antojó la visión más natural del

mundo. Nunca había tenido algo tan claro como el deseo de tenerla a su lado. Pero no podía forzarla. Si ella decidía estar con otro, tendría que aceptarlo… aunque eso significase cargar con un corazón roto para siempre.

Observó el salón repleto de gente y exhaló resignado, intentando calmar la maraña de pensamientos que lo asaltaban.

De pronto, su cuerpo se tensó de golpe, y sintió cómo el color abandonaba su rostro.

—¿Dónde está? —susurró.

Sus ojos recorrieron de nuevo la sala, buscándola sin éxito. El pulso se le aceleró y el aire se volvió insoportablemente denso. Sin pensarlo dos veces, abandonó el salón, rogando que sus peores temores no se materializaran.

La brisa fría de la noche lo envolvió con fuerza, pero Kieran apenas la percibió. Avanzó hacia el jardín con pasos rápidos, explorando cada rincón. A lo lejos, distinguió una figura femenina descendiendo por la colina. Entrecerró los ojos, esforzándose por reconocerla, pero la oscuridad le jugó en contra. Cuando la silueta desapareció de su vista, no lo dudó: comenzó a seguirla, conteniendo el impulso de correr para no despertar sospechas entre los presentes, que lo observaban con curiosidad velada.

***

Brìghde descendía farfullando improperios, ignorando si alguien la escuchaba, mientras se recolocaba el corsé en un vano intento por recuperar algo de aire.

Se detuvo a mitad del camino para inhalar, pero el sonido de unos pasos la puso alerta. Miró a su alrededor, pero la oscuridad hacía imposible distinguir nada con claridad. Su enfado la había llevado a salir apresurada del castillo en busca de un lugar alejado del bullicio. Pero no había sido consciente de lo mucho que se había alejado hasta ese instante.

Tragó saliva, un nudo formándose en su garganta mientras evaluaba sus opciones.

Volver atrás era impensable: la cuesta la dejaría sin aliento y, si alguien la seguía, sería presa fácil. No le quedaba alternativa. Continuaría colina abajo hasta el lago y decidiría qué hacer una vez

allí. Levantó las faldas con determinación e inhaló profundamente antes de lanzarse a correr, ignorando el ardor que se expandía en su pecho con cada paso.

***

Kieran sintió una oleada de alivio al reconocer su silueta, pero esa sensación no duró. Al observarla correr colina abajo, el pánico lo atravesó como un rayo. Algo debía haberla alarmado, y si era cierto, no tenía tiempo que perder. Su cuerpo se movió antes de que pudiera pensar, avanzando tras ella con pasos rápidos y el corazón desbocado por el miedo.

***

Cuando alcanzó el lago, se escondió como pudo detrás de unos árboles. Su cuerpo no aguantó más y tuvo que detenerse, inclinándose con las manos apoyadas en las rodillas mientras jadeaba con fuerza. Sentía el latido en la garganta y su pecho luchaba por expandirse.

—Si salgo de esta, no vuelvo a ponerme este maldito trasto nunca más, aunque me expulsen de la corte —masculló entre dientes, intentando recuperar el aliento.

Miró hacia el camino por el que había venido; la figura que la seguía ya no estaba. Suspiró aliviada y cerró los ojos, tratando de calmar su agitada respiración.

De repente, unas manos la sujetaron por los brazos. Abrió los ojos de golpe, aterrada. Fue a gritar, pero una palma callosa le cubrió la boca.

El pánico se apoderó de ella. Movió los brazos con desesperación, intentando zafarse, pero al ver que no surtía efecto, hundió los dientes en la mano que la retenía.

—¡Auch! —exclamó una voz masculina—. ¡Me has mordido!

La familiaridad de la voz la detuvo en seco. Agudizó la vista y, bajo la pálida luz de la luna que emergía entre las nubes, distinguió el rostro de Kieran. Estaba contraído por el dolor, con la mano alzada como si todavía no creyera lo que había ocurrido. El alivio fue tan repentino como desconcertante.

—¿Pero a ti qué te pasa? —le increpó, olvidándose por completo de las formalidades que siempre intentaba mantener.

—¿A mí? ¡Eres tú quien me ha mordido!

—¡Porque no sabía que eras tú!

Kieran abrió la boca para contestar, pero al darse cuenta de lo que insinuaba, apretó los labios, suavizando su gesto de enfado inicial. En su intento de protegerla, había acabado pareciendo exactamente lo contrario de lo que era.

—Discúlpame —susurró, bajando la mirada—, no quería asustarte.

Brìghde, aunque todavía algo agitada, notó el cambio en su tono, pero mantuvo una distancia prudente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al fin, más calmada.

—Te perdí de vista y… —comenzó a decir, pero se detuvo. Algo en su interior comenzó a florecer de nuevo, y sonrió de lado antes de preguntar—: ¿Qué ha sido del "milord"?

Ella lo miró confusa, pero al comprender a qué se refería, notó sus mejillas teñirse de rubor.

—Necesitaba estar sola —respondió bajando la vista al suelo, consciente de que su decisión había sido más impulsiva que prudente.

Él percibió el leve temblor en su voz, pero no quiso presionarla. Aun así, su preocupación era evidente.

—Deberías haberme avisado. Sabes que te habría acompañado.

—Ya lo sé —contestó con un deje de irritación—. Es tu deber y todo eso.

—Te habría acompañado porque es mi deber, por supuesto, pero también porque…

—Responsabilidad, deber… Si vuelves a decir algo así, te juro que vuelvo a morderte —interrumpió, irritada.

Kieran, incapaz de evitarlo, dejó escapar una leve sonrisa ante el doble sentido de sus palabras.

Brìghde colocó las manos en las caderas y lo fulminó con la mirada.

—¿Te hago gracia?

Kieran carraspeó, intentando recuperar el control. Su mirada descendió de los ojos de Brìghde hasta sus labios, arrugados en un mohín que le pareció encantador.

—¿Por qué te molesta tanto que quiera protegerte?

Brìghde dejó escapar un suspiro leve y deshizo el gesto enfadado, aunque mantuvo la mirada fija en él. Permaneció en silencio unos instantes, sus pensamientos enredados entre lo que quería decir y lo que temía revelar.

"Parece que será aquí, entonces", pensó.

Una sensación familiar la invadió, una mezcla de vulnerabilidad y anticipación, parecida a la que había sentido momentos antes de recibir el rechazo de Thomas.

Tragó saliva, apartando los fantasmas del pasado con un esfuerzo deliberado, y decidió tomarse aquello como una oportunidad para hacer lo que no pudo la última vez: expresarse.

—Porque cada vez que estamos juntos, tengo la impresión de que lo estás pasando mal—confesó en un susurro tembloroso.

—No comprendo…

—Evitas permanecer cerca de mí demasiado tiempo, y cuando bailamos, parece que te arrepientas de habérmelo pedido.

Sus palabras lo golpearon como un mazazo.

Hasta ese momento no había sido consciente de lo evidente de sus reacciones. Había dejado sus emociones al descubierto de una manera tan torpe…

Repasó rápidamente cada interacción de las últimas horas y se dio cuenta de que ella había malinterpretado todo.

La observó en silencio unos instantes: Brìghde había agachado la cabeza, y movía un pie de manera nerviosa contra el suelo. Quiso acercarse, acortar la distancia que los separaba, pero antes de que pudiera dar un paso, ella alzó la cabeza. Sus ojos buscaron los suyos con una mezcla de convicción y fragilidad.

—Soy consciente de que puedo ser una carga, pero te ruego que dejes de recordarme que solo estás conmigo para cumplir con tu trabajo.

Sus palabras fueron el último empujón que necesitaba. Con la determinación grabada en cada movimiento, Kieran eliminó la distancia entre ellos y tomó su rostro entre las manos antes de besarla, dejando en aquel gesto todo lo que no se atrevía a expresar con palabras.

El roce de sus labios encendió una chispa ardiente, propagándose por todo su cuerpo como un torrente imparable. Sus rodillas flaquearon, y tuvo que aferrarse a los brazos de Kieran, buscando apoyo mientras su mundo se tambaleaba, los sentidos nublados y la voluntad hecha pedazos.

Lentamente, él se separó de su boca, pero siguió acunando su rostro entre las manos. Esperó a que ella abriese los ojos, y algo se removió inquieto en su interior al distinguir un destello de deseo en su mirada.

—Evito permanecer cerca de ti porque tu sola presencia me desarma. Cada vez que te miro, siento que estoy al borde de una batalla en la que no puedo ganar. Necesito reunir todas mis fuerzas para no ceder a mis impulsos.

Brìghde apoyó las manos sobre su pecho, sintiendo el latido frenético que marcaba el mismo compás que el suyo.

Con una valentía que la sorprendió, susurró:

—Entonces… cede.

Kieran no necesitó más. Volvió a besarla, esta vez con un fervor desatado, atrayéndola hacia él con una mano en su cintura mientras la otra acariciaba su nuca. Ella respondió con la misma pasión, rodeándolo por el cuello, perdiéndose en la calidez de su cuerpo y en la sensación de ser completamente suya.

Cada beso profundizaba más su conexión, como si en aquel gesto se disiparan todas las inseguridades que los habían mantenido alejados hasta entonces. Sus cuerpos se entrelazaban, buscando más cercanía, más contacto, hasta que sintió que el aire le faltaba.

—Kieran… —logró murmurar entre jadeos—. No puedo… respirar.

Él se separó de inmediato. Sus ojos buscaron los de ella mientras la ayudaba a mantenerse en pie.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, alarmado.

Ella negó con la cabeza, mientras recuperaba el aliento.

—Es este maldito corsé —explicó entre risas sofocadas—. No recordaba cuánto apretaba.

Kieran rio aliviado.

—Quizás deberías considerar no usarlo más —sugirió con una chispa de picardía en los ojos—. Por tu salud, claro.

Brìghde lo golpeó suavemente en el brazo, pero no pudo evitar sonreír.

El momento de ligereza no duró mucho.

Con una nueva mirada cargada de deseo, volvió a besarla, descendiendo por su cuello, mientras la cubría de besos que encendían su piel con cada roce. Ella cerró los ojos, aferrándose a él, completamente perdida en la sensación, hasta que sus suaves gemidos lo hicieron detenerse.

—Brìghde… —rogó contra su cuello—. Si sigo, no sé si podré parar.

Ella abrió ligeramente los ojos, su respiración aún entrecortada, y susurró débilmente:

—Quizás sea mejor detenernos.

Kieran asintió con esfuerzo y retrocedió un paso, pero no la soltó por completo.

—Deberíamos volver antes de que alguien note nuestra ausencia —dijo ella, con la voz temblorosa por el deseo contenido.

—Tienes razón —respondió él, con un tono igual de derrotado. Sus ojos aún ardían por el fuego que habían desatado—. ¿Cómo lo hacemos, milady?

—Subamos por aquel lado —le indicó con un gesto—. Podemos entrar por una de las puertas de las cocinas. Yo iré directamente a mi alcoba, y tú podrás regresar a la fiesta.

Kieran asintió en silencio.

Comenzaron a caminar colina arriba, robándose besos furtivos cada pocos metros. Al llegar al punto que Brìghde había señalado, se detuvieron. Kieran la atrajo hacia él y le dio un último beso, esta vez más suave y lento, como una promesa silente de lo que estaba por venir.

Ambos emprendieron su camino en direcciones opuestas, temblando por las emociones que aún luchaban por salir a la superficie.

***

Una vez en la tranquilidad de su alcoba, Brìghde cerró la puerta con llave y exhaló profundamente. Las emociones de la noche y los

cambios recientes en su vida pesaban sobre sus hombros como un manto invisible.

Prendió unas velas que envolvieron la estancia en una luz cálida y reconfortante y empezó a despojarse de sus prendas frente al espejo. Al soltar el corsé, sintió como se llenaba de aire fresco.

Su cuerpo agradeció el gesto, al tiempo que una sensación de ligereza se extendía por ella, como si se deshiciera de una carga más emocional que física.

Después se sentó frente al tocador y soltó el moño, dejando caer su cabello en suaves ondas sobre los hombros. Lo cepilló con movimientos pausados y rítmicos, envuelta en el frescor del aire nocturno, cargado del olor a tierra húmeda. Cerró los ojos e inhaló profundamente. La quietud reinaba en la habitación, y ningún eco de la fiesta llegaba hasta su alcoba.

Al cabo de unos instantes, fue hasta la cama, donde se dejó caer con un suspiro largo. Cerró los ojos, pero los pensamientos la asaltaban uno tras otro, como si la noche se negara a concederle el descanso que tanto anhelaba. Se removió bajo las sábanas con inquietud, mientras una sonrisa nerviosa aparecía en sus labios.

Le sorprendía sentirse tan ligera, como si algo hubiese cambiado dentro de ella esa noche.

Por primera vez, lo que había sentido con Kieran parecía haber desterrado la sombra de Thomas, incluso los recuerdos más oscuros que tanto la habían atormentado. Dio vueltas en la cama hasta que el agotamiento venció a su mente y el sueño la envolvió en un abrazo reparador.

***

Aún atrapada entre las sábanas, escuchó un golpe suave, casi imperceptible, pero decidió ignorarlo. Un segundo golpe, más firme, terminó por disolver cualquier rastro de somnolencia y abrió los ojos, sobresaltada. Permaneció inmóvil en la cama, con el corazón golpeándole en el pecho mientras trataba de escuchar algún sonido que explicara la interrupción. Pronto, la inquietud la obligó a levantarse y, con pasos ligeros, se acercó a la puerta. Pegó la oreja contra la madera, esperando captar algún ruido que delatara al visitante.

Nada.

Arrugó el ceño, maldiciendo su curiosidad, pero giró la llave con cuidado. Abrió la puerta solo un poco, lo justo para asomarse al pasillo. La oscuridad la envolvió, devolviéndole un silencio que resultaba más inquietante que tranquilizador.

Se atrevió a abrirla un poco más, conteniendo el aliento.

A unos metros, una figura se giró al escuchar el crujido de la puerta. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras veía a la sombra avanzar hacia ella. El pánico amenazó con desbordarla, pero cuando por fin distinguió la silueta, suspiró aliviada.

—¿Qué haces aquí? —exclamó en un susurro— ¿Ha ocurrido algo?

—Disculpa que te moleste a estas horas —respondió Kieran, su incomodidad evidente.

Antes de que pudiera continuar, ella negó con la cabeza, indicándole que no era una molestia, pero su actitud le resultaba algo extraña.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó él desviando la mirada al suelo, con un tono más seco del que habría querido.

La joven Sinclair alzó una ceja, incrédula, y esperó en silencio. La tensión entre ellos era palpable, una especie de corriente que ninguno parecía dispuesto a romper.

Finalmente, Kieran levantó la vista, sus palabras impregnadas de un nerviosismo inusual:

—Brìghde… necesitamos hablar de lo que pasó entre nosotros.

El comentario, tan directo, la dejó perpleja. Su corazón comenzó a latir desbocado mientras echaba un rápido vistazo al pasillo.

Con un movimiento decidido, lo tomó de la camisa y lo atrajo al interior de la habitación, cerrando la puerta tras ellos con rapidez.

—¡¿Qué dices?! ¡Estás loco! —susurró exasperada—. No puedes hablar de eso aquí, alguien podría escucharnos.

Kieran levantó las manos en señal de tregua, intentando calmarla.

—Lo siento, no quería preocuparte más.

Ella se acercó a la ventana y se sorprendió al ver que el cielo comenzaba a clarear. Se giró hacia Kieran, que seguía de pie junto a la puerta, y le preguntó preocupada:

—¿Has dormido algo?

Él negó con la cabeza y avanzó unos pasos hasta colocarse al otro lado de la ventana.

—Me fui poco después de que tú te marcharas, pero no lograba dormir. Pensé que quizás tú estarías igual que yo, así que me arriesgué a venir. Perdóname, ahora me doy cuenta de que he actuado impulsivamente y he acabado despertándote.

—No te preocupes —lo tranquilizó. Su gesto pronto se tornó más serio y continuó con cierto nerviosismo en la voz—. ¿De qué quieres hablar exactamente?

Kieran exhaló un suspiro profundo. Tras una breve vacilación, tomó las manos de Brìghde entre las suyas y cuando habló, intentó transmitirle la seriedad que requería la conversación:

—Necesitaba que supieras que lo que te dije es verdad.

Ella lo observó con una mezcla de confusión y curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—A que lo que siento por ti es más que mera atracción —confesó con una intensidad que la hizo estremecerse—. Me vuelves loco. No puedo apartar la vista de ti cuando estás cerca, y cada vez que te veo con otro hombre, siento que pierdo el control. Sé que esto puede parecer impulsivo, pero jamás en mi vida había sentido algo tan… abrumador.

La declaración de Kieran resonó en cada fibra de su ser, dejándola sin palabras. Avanzó lentamente hacia él, hasta quedar a escasos centímetros. Posó una mano en su mejilla, acariciando sus labios suavemente con el pulgar.

—Te creo —susurró, con la voz cargada de emoción—. Pensaba que sabía lo que era sentir algo así por una persona, hasta que te vi. Nunca imaginé que esto pudiera suceder tan rápido; creía que eran historias de trovadores.

Kieran soltó un suspiro aliviado y su sonrisa se tornó cálida, complacida.

—Quiero que sepas que mis intenciones son nobles, y no pretendo tomar nuestra relación como un juego.

El corazón de Brìghde dio un vuelco.

Una breve, pero intensa sensación de pánico recorrió su cuerpo. Apartó la mirada por un instante, rogando porque no hubiera notado la duda en su rostro. Inspiró profundamente, buscando serenarse, y cuando se sintió preparada, lo miró a los ojos de nuevo.

Kieran observaba con expectación, aunque también percibió una sombra de miedo en él.

—Lo sé —respondió ella, antes de alzarse de puntillas para unir sus labios.

El beso fue lento y profundo, cargado de emociones contenidas durante demasiado tiempo. Kieran la rodeó con ambos brazos, atrayéndola contra su cuerpo, como si temiera perderla. Sus respiraciones se entrelazaron, y el mundo pareció desvanecerse, dejando solo el calor entre ellos. Pero cuando el deseo comenzaba a ganar terreno, Kieran se apartó con suavidad.

—Deberíamos parar…

Brìghde parpadeó, recuperando poco a poco la claridad. Solo entonces fue consciente de que vestía únicamente con el camisón, y el rubor comenzó a extenderse por su rostro. Se apartó ligeramente, llevándose una mano pecho para cubrirse, mientras balbuceaba:

—¡Oh, por Dios!

Kieran rio con suavidad y levantó una mano para silenciarla, rozando sus labios con los dedos.

—Tranquila —susurró con una sonrisa traviesa—. Nadie lo sabrá. Pero será mejor que me marche.

Se enderezó con esfuerzo, como si apartarse de ella fuese lo más difícil que había hecho en su vida.

Antes de ir hacia la puerta, se giró una última vez y tomó su mano entre la suya con delicadeza, dejando que sus labios rozaran su piel unos segundos más de lo necesario.

—Volveré, milady —prometió, su voz suave, pero firme, antes de desaparecer en la oscuridad del pasillo.

Brìghde se quedó inmóvil, con los ojos fijos en la puerta cerrada.

La habitación parecía extrañamente vacía sin él. Aún sentía el calor de sus labios en su mano y la intensidad de su mirada grabada en la mente. Una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios mientras murmuraba:

—No tengo ninguna duda.

Capítulo 22

—Brìghde… —susurró una voz con suavidad.

Se removió entre las sábanas, atrapada en un sueño profundo.

—Despierta, vamos —insistió la voz, ahora más firme.

—Déjame un poco más —masculló débilmente, cubriéndose el rostro con la manta.

—¡Buenos días, Kieran!

El nombre la sacudió como un trueno.

Se incorporó de golpe, con los ojos entrecerrados y la respiración agitada. Distinguió unas risitas sofocadas mientras se frotaba los ojos, intentando despejarse.

—Te dije que funcionaría —dijo una voz familiar entre risas.

Parpadeó varias veces hasta enfocar a las tres figuras femeninas que tenía frente a ella, observándola con gesto triunfal.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con voz pastosa, todavía adormecida.

—Pensamos que no querrías perderte la competición —respondió Fiona, con una sonrisa inocente.

Miró hacia la ventana, donde el sol brillante del mediodía ya se hacía notar.

—¡La competición! —exclamó, saltando de la cama.

Un bostezo la invadió y tuvo que frenar para desperezarse.

Antes de poder reaccionar del todo, sus amigas la llevaron casi a rastras hasta una mesa cercana y la obligaron a sentarse.

—¿Qué es esto? —preguntó desconcertada, al ver un plato frente a ella.

—Tu desayuno —explicó Rona con un gesto de impaciencia—. Date prisa, casi es la hora. Y ni se te ocurra quejarte de que está frío, que las demás comimos hace horas.

Asintió obediente, demasiado hambrienta como para protestar. Devoró el plato con rapidez, mientras las risas de sus amigas llenaban la habitación. Al terminar, se levantó, completamente despejada, y les preguntó con genuino agradecimiento:

—¿Qué haría yo sin vosotras?

—Perderte la parte más divertida de la fiesta —bromeó su hermana, guiñándole un ojo.

Rona y Sorcha comenzaron a colocarle las capas de su vestido, mientras ella las observaba en silencio, ayudándolas de vez en cuando. Cuando terminaron, Brìghde se sentó frente al tocador y empezó a cepillar su cabello. Las damas se acomodaron en la cama, esperándola pacientemente.

Mientras pasaba el cepillo por sus mechones, observó a Fiona y Sorcha a través del espejo. Tras un momento de duda, rompió el silencio.

—¿Cómo estáis? —preguntó con suavidad, alternando la mirada entre ambas.

—Se me pasará —respondió Fiona, agitando la mano con desgana.

Brìghde, que conocía bien a su hermana, decidió no insistir.

Con gesto interrogante, se volvió hacia Sorcha, quien apartó la vista antes de responder en voz baja:

—Bien —hizo una pausa y, con un murmullo lleno de arrepentimiento, añadió—. Siento mucho cómo me porté anoche. No es propio de mí.

Brìghde le devolvió un gesto comprensivo y, mientras terminaba de cepillarse el cabello, lanzó un comentario con toda la tranquilidad que pudo demostrar:

—No te preocupes. Hace dos noches le vomité encima a Kieran.

Las dos amigas se quedaron boquiabiertas, sin saber si reír o compadecerla. Fiona, en cambio, rompió a reír con tanta fuerza que tuvo que sostenerse el vientre.

—¡Definitivamente, está enamorado! —comentó Rona entre risas —. Si después de eso sigue mirándote como lo hace, no hay duda.

El rubor subió rápidamente al rostro de Brìghde. Intentó disimular mirando al suelo, pero sus amigas no iban a dejar pasar la oportunidad.

—¿Ha pasado algo en nuestra ausencia? —preguntó Sorcha, mientras se acercaba con aire inquisitivo.

Vio cómo las demás también la seguían, cerrándole cualquier posible escapatoria.

—Bueno… —musitó, incapaz de contener la confesión.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Sorcha, divertida.

—No fue nada —replicó Brìghde, intentando sonar casual—. Solo nos besamos.

—Eso no me lo creo, querida —intervino Rona con una sonrisa astuta—. Con un hombre como ese, dudo que fuera "solo un beso". ¡Se puede sentir la tensión cada vez que estáis juntos!

Brìghde se cubrió el rostro con las manos, claramente abrumada.

Fiona se inclinó hacia ella y preguntó con genuina curiosidad:

—¿Qué sentiste al besarle? ¿Te gustó?

Notó la inocencia en la voz de su hermana menor y, por un instante, pensó en compartir más detalles, pero en verdad, ni ella misma había procesado por completo sus sentimientos.

—Señoras, esta conversación no es apropiada —dijo firmeza mientras se levantaba y alisaba su vestido—. Deberíamos bajar ya.

—Oh, venga, Brìghde, no seas así —rogó Sorcha, teatralmente—. Si yo no puedo tener mi final feliz, al menos déjame disfrutar del de los demás.

El comentario tensó el ambiente. Fiona miró al suelo, incómoda, y Brìghde lanzó una mirada preocupada hacia Rona, quien negó con un gesto discreto.

—Está bien —accedió al fin.

—¡Perfecto! —exclamó Fiona con renovado entusiasmo.

Brìghde relató con cierta timidez los eventos de la noche anterior: el baile, la persecución hasta el lago y el beso.

Las risas grupales llenaron de nuevo la habitación, disipando el momento tenso.

—¿Cómo te sientes? —preguntó su hermana, con un deje de preocupación.

Brìghde se tomó un momento para pensar antes de responder.

—Estoy… confundida —admitió, mirando al suelo—. Dijo que teníamos una relación, pero no sé si estoy preparada para eso. ¿Qué sentido tiene si pronto volveremos a Inglaterra?

Fiona bufó exasperada, haciendo que su hermana la mirara sorprendida.

—¿De verdad te apetece volver? —preguntó con un tono directo y desafiante.

La pregunta pilló a Brìghde desprevenida. No se lo había planteado, pero la idea de marcharse se le antojaba extraña, incluso antinatural.

—Yo… no lo sé. Padre no permitiría que me quedara demasiado tiempo.

—Seguro que sí —insistió Fiona, con una sonrisa traviesa—. Sobre todo, si te desposas con un highlander.

—¡Fiona! —exclamó su hermana mayor—. ¡No digas esas cosas! Apenas nos estamos conociendo.

—Os conocéis desde pequeños, si no recuerdo mal —intervino Sorcha, alzando un dedo en señal de autoridad—. No sería descabellado un enlace entre vosotros. Yo aprovecharía ahora que te agrada; no querrás acabar como yo.

El comentario de Sorcha hizo que Brìghde suspirara, apesadumbrada, y ella se apresuró a restarle importancia con un gesto.

—No lo digo para dar pena, querida, sino para que veas la suerte que tienes.

Brìghde guardó silencio unos instantes, reflexionando sobre las palabras de sus amigas.

Sorcha, atrapada en un matrimonio que no deseaba.

Fiona, soñando con un amor imposible…

Ambas enfrentaban realidades mucho más duras que la suya. La culpa la asaltó al darse cuenta de que sus propias dudas parecían insignificantes en comparación.

—No sé, chicas. Prefiero esperar y ver cómo se desarrollan las cosas. Además, no soy yo quien debe dar el primer paso, ¿recordáis?

Las mujeres asintieron con complicidad. Tras unos momentos más, decidieron dar por zanjado el tema. Ninguna quería ahondar más en sus propios problemas.

—Bueno, será mejor que nos demos prisa o llegaremos tarde.

Las risas de sus amigas resonaron mientras salían juntas de la habitación, disipando momentáneamente las nubes de preocupación.

Brìghde las siguió, sintiendo una renovada calidez en su interior.

El día prometía traer nuevos desafíos, pero, por ahora, estaba decidida a enfrentarlo paso a paso.

Capítulo 23

Brìghde no solía impresionarse fácilmente, y mucho menos cuando se trataba del cuerpo humano.

La primera vez que vio un dibujo anatómico fue a los catorce años, cuando entró en el despacho de su padre. Arthur, algo incómodo, apartó rápidamente los papeles, pero la curiosidad ya había despertado. Durante los largos periodos de encierro en la mansión Sinclair, observó los movimientos de su padre y descubrió que guardaba ciertos documentos en un cajón secreto, cuya llave ocultaba entre las páginas de un libro.

En su ausencia, aprovechaba para explorar aquellos papeles que tanto le intrigaban. Más tarde, sus encuentros con Thomas le permitieron comparar algunos de esos dibujos con la realidad.

Sin embargo, nada la había preparado para lo que contemplaba en ese instante: hombres corpulentos, vestidos apenas con kilts, representando con orgullo a sus clanes. Cada gruñido que acompañaba sus ataques, cada gota de sudor que brillaba en sus torsos desnudos, provocaban en ella una sensación completamente nueva.

Mientras los observaba, su mente volaba hacia las mujeres de la corte inglesa, imaginándolas desmayarse al ver semejante despliegue físico, atrapadas como estaban en sus rígidos corsés y normas de etiqueta.

Ella, por el contrario, no podía sentirse más conectada con su herencia escocesa. Le habría gustado compartir esta tradición con Christine. Había una belleza cruda en los movimientos de los combatientes, en su fuerza y en la autenticidad que proyectaban. Mientras observaba las competiciones, unas cosquillas, incómodamente placenteras, afloraron en su bajo vientre.

Cada tanto, desviaba su atención a las otras mujeres del público. Algunas se abanicaban con rapidez, otras permanecían boquiabiertas, y algunas simplemente no lograban apartar la mirada de los torsos musculosos que se movían frente a ellas.

Brìghde, por su parte, no había esperado disfrutar tanto del espectáculo.

La primera vez que vio a Kieran entrar al círculo de competición, su corazón se saltó un latido.

Caminaba con paso firme y los brazos en alto, animando al público, que respondía con entusiasmo. Al llegar a su altura, la miró de tal modo que todo lo demás desapareció. El guiño que le lanzó la hizo sonrojar, mientras sentía una oleada de emoción revolviéndose en su interior. El eco de las risitas nerviosas de las mujeres cercanas aún resonaba en su memoria, pero en ese momento, solo tenía ojos para él.

Desde que se reencontraron, Kieran le había mostrado un lado juguetón y descarado que contradecía su imagen inicial. Poco a poco, también dejó entrever una ternura inesperada que le ablandó el corazón. Pero fue en las últimas horas, durante los momentos más intensos, cuando descubrió su lado más pasional, el mismo que hacía que cada gesto suyo la envolviera en una vorágine de deseo.

Cuando la primera pelea comenzó, descubrió una nueva faceta.

Sabía de las batallas en las que había participado, pero no había comprendido hasta ese momento la intensidad de su agresividad. Verlo empujar a sus adversarios, derribarlos sin piedad con aquella expresión fría y calculadora, la estremeció. Aunque lo veía dominar la situación, no podía evitar ponerse en su lugar, sintiendo en su propio cuerpo el impacto de cada golpe que recibía o daba.

Cada vez que uno de sus oponentes caía, Brìghde contenía el aliento, como si fuera ella quien sufría el daño.

Pero con cada victoria, saltaba de emoción, sintiendo una mezcla de alivio y euforia. A medida que el final se acercaba, su nerviosismo solo aumentaba.

Los competidores fueron reduciéndose, proclamando al vencedor de cada combate, hasta que solo quedaron cuatro finalistas. Cuando derribó a su último contrincante, la tensión en el ambiente se volvió palpable.

Ahora, en el centro del círculo, se encontraban Alistair y Scot, listos para enfrentarse.

Ambos compartían una altura similar, pero el cuerpo de Alistair, más atlético, contrastaba con el de su contrincante, que mostraba unos músculos más anchos y poderosos, testimonio de las largas horas de entrenamiento que había soportado. Brìghde echó un breve vistazo al lugar que ocupaban los miembros del clan Cochrane, que animaban escandalosamente a su representante, a excepción de uno.

Lord Cochrane permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión inescrutable. No vitoreaba ni mostraba interés por el combate. Al darse cuenta de su escrutinio, sus miradas se cruzaron; algo en la forma en que sus ojos la evaluaron le produjo un escalofrío, y apartó la vista con inquietud.

Un suave gemido a su lado la sacó de sus pensamientos. Fiona, de pie junto a ella, observaba preocupada a los dos luchadores. Brìghde le apretó la mano, intentando transmitirle fuerza, y no la soltó. Ella le devolvió una mirada agradecida, y Brìghde le sonrió con cariño, aunque su propio corazón estaba acelerado.

El sonido de la señal que daba comienzo al combate resonó en el aire, y la multitud contuvo el aliento.

Ambos luchadores se evaluaron en silencio, moviéndose en círculos mientras buscaban la mejor oportunidad para atacar. El público observaba con expectación, conteniendo el aliento mientras los combatientes se preparaban para el enfrentamiento.

Alistair fue el primero en atacar, pero Scot esquivó con agilidad y contraatacó con un puñetazo que el otro logró bloquear a tiempo. La intensidad de la lucha creció rápidamente, con Scot intentando dominar con su fuerza bruta y Alistair respondiendo con movimientos estratégicos y ágiles.

Cada golpe resonaba en el aire, arrancando jadeos y vítores del público.

El joven Cochrane lanzó otro ataque, un barrido bajo con la pierna que Alistair esquivó saltando hacia un lado. Sin perder tiempo, aprovechó su momento de desequilibrio para agarrarlo por el hombro y lanzarlo al suelo con un movimiento rápido y decisivo.

La multitud estalló en vítores, pero Scot no se quedó atrás. En un movimiento feroz, usó su fuerza para girar sobre sí mismo y lanzarse

de nuevo hacia Alistair, sujetándolo por la cintura en un intento de derribarlo.

El suelo tembló bajo sus pies cuando ambos cayeron pesadamente. Scot, sobre Alistair, intentó inmovilizarlo con una llave en el cuello, pero este, con la rapidez de un guerrero entrenado, usó el impulso para liberarse con un giro hábil, empujándolo hacia un lado.

Ambos hombres respiraban pesadamente, pero ninguno estaba dispuesto a rendirse. Fue entonces cuando Alistair decidió cambiar su estrategia. En lugar de seguir enfrentando la fuerza bruta de Scot, lo desorientó con movimientos rápidos y calculados.

Con un último impulso, lanzó un golpe a su costado, lo suficientemente fuerte como para que este se tambaleara.

Aprovechando el momento, Alistair lo sujetó firmemente por los hombros y lo empujó hacia el suelo. Scot intentó liberarse, pero su contrincante, utilizando todo su peso y fuerza, lo mantuvo inmovilizado hasta que la señal del final del combate resonó en el aire.

Un rugido de aplausos estalló a su alrededor, mientras el vencedor se levantaba, sudoroso y victorioso, y le ofrecía una mano a Scot para ayudarlo a ponerse en pie.

La rivalidad entre ellos aún estaba presente, pero había respeto en sus miradas.

Brìghde soltó una exhalación que no fue consciente de haber estado reteniendo, mientras su hermana le apretaba la mano con alivio.

Por curiosidad, volvió a fijarse en el laird Cochrane.

Este observaba a su hijo con una mueca de desdén que no se molestaba en ocultar, hasta que resopló y se dio la vuelta, alejándose de la multitud.

No pudo evitar sentir lástima por Scot. Aunque había perdido la batalla, había demostrado sus habilidades con honor y valentía. Su clan compartía esa opinión, pues sus hombres lo recibieron entre vítores y abrazos orgullosos.

Antes del combate final, Alistair y Kieran aprovecharon un breve descanso para recuperar fuerzas.

Kieran no perdió la oportunidad de acercarse a su amigo para provocarle:

—¿Preparado para morder el polvo?

Alistair levantó la cabeza, que hasta ese momento había mantenido entre las rodillas, y fingió una mueca de dolor.

—Luchar contra un hombre herido no es una pelea justa, MacGregor.

—Si a eso le llamas estar herido, no sabes lo que te espera —continuó el otro, mientras se sentaba a su lado en el banco de piedra.

Guardó silencio unos segundos antes de hablar de nuevo, esta vez en un tono más serio.

—Habéis dado todo un espectáculo. Si la situación no fuera la que es, hasta felicitaría a Scot.

—La verdad es que sí. Ha sido un combate bastante entretenido. Aunque he de admitir que me costó no partirle el cuello al pensar que podría hacerle daño a mi familia.

Kieran asintió levemente. La sola idea de que Brìghde pudiera estar en peligro hacía que la rabia lo invadiera, acompañada de un sentimiento que apenas estaba empezando a reconocer: miedo.

Miedo a no volver a verla, tocarla o tenerla cerca.

Unas voces femeninas se acercaban, y Kieran sonrió, sintiendo cómo su pecho se llenaba de orgullo. Volteó la cabeza y vio a Brìghde caminar hacia ellos con paso firme, flanqueada por sus inseparables compañeras. Cuando llegaron hasta ellos, esta le preguntó preocupada:

—¿Cómo te encuentras?

Antes de que pudiera responder, Alistair se adelantó con exagerada indignación:

—Eh, el que acaba de pelear soy yo, prima. ¿Es que ya no significo nada para ti?

Ella le dedicó una sonrisa divertida, y replicó con retintín.

—No te recordaba tan sentimental, primo.

Él bufó y se levantó del asiento. Con una cómica expresión de tristeza, añadió:

—Ya veo que aquí nadie aprecia mis sentimientos. Me voy a llorar a otra parte.

El comentario provocó las risas del grupo.

Kieran tomó la mano de Brìghde entre las suyas. Ella se limitó a afianzar su agarre, sin decir nada, sintiendo una corriente propagarse desde donde su piel entraba en contacto.

Las demás mujeres intercambiaron unas sonrisas cómplices y se retiraron discretamente, conscientes de que su presencia no encajaba en la intimidad que se estaba desarrollando entre ellos.

—Ahora mucho mejor —retomó él, sin ocultar el deseo en sus ojos.

Ella sonrió, mientras una oleada de calor la recorría desde su frenético corazón hasta cada rincón de su cuerpo.

Consciente del interés que había despertado su interacción en los hombres que descansaban o se limpiaban a su alrededor, Brìghde fue deshaciendo lentamente el agarre.

Echó un rápido vistazo a su primo, que estaba estirando a varios metros de ellos. Antes de volver con sus compañeras, le dirigió una discreta sonrisa ladeada y dijo en voz baja:

—No me defraudes, MacGregor.

—Eso nunca, *mo ghràdh* —contestó él con dulzura, besando su mano con una delicadeza casi reverencial antes de ir a reunirse con su contrincante.

Brìghde tardó unos segundos en reaccionar, aún sorprendida.

"¿Mi amor?"

El apelativo le provocó un vuelco en el estómago.

Volvió con sus amigas, que la esperaban alrededor del círculo de combate.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Fiona en susurros, con gesto preocupado.

—No... Creo que no.

—¿Cómo que "crees"? —inquirió Sorcha, rodeando el brazo de Brìghde con el suyo— ¿Ha pasado algo sospechoso?

Brìghde, que empezaba a salir de su estupor inicial, se apresuró a aclarar que estaba bien. Las demás se miraron preocupadas, pero al

oír que llamaban a los luchadores, decidieron aplazar el interrogatorio para más tarde.

El combate dio comienzo.

La multitud, ahora más relajada, coreaba con entusiasmo los nombres de Alistair y Kieran. Muchos de los presentes habían luchado codo con codo con ambos en enfrentamientos contra los ingleses. Otros, por contra, habían cruzado espadas con ellos en disputas territoriales entre clanes. Pero de lo que nadie dudaba era de la profunda amistad que unía a estos dos combatientes, a pesar de los conflictos.

Kieran fue el primero en avanzar, haciendo un amago de ataque que frenó en el último momento.

Alistair, quien hasta entonces lo había estado incitando con gestos, desafiándolo a que se acercara, dio un paso atrás por instinto, pero rápidamente volvió a su posición original, dándose cuenta del engaño de su amigo.

El público empezó a reír, divertido por el baile de provocaciones. Pero entonces, las risas se transformaron en una brusca inhalación colectiva cuando Alistair se agachó rápidamente y lanzó una patada baja, imitando el movimiento que Scot le había hecho anteriormente. Kieran se tambaleó por un momento, pero recuperó el equilibrio. Aprovechando que el joven MacLeod se incorporaba tras el movimiento, Kieran se lanzó sobre él con todas sus fuerzas, y el sonido de sus cuerpos chocando contra la tierra resonó entre la multitud.

Brìghde sintió que le faltaba el aire al ver que Alistair no reaccionaba de inmediato. Kieran lo mantenía en el suelo, presionando su antebrazo contra el pecho de su amigo. Pero al notar que Alistair permanecía inmóvil, aflojó su agarre por un instante, momento que este aprovechó para impulsarse hacia arriba y rodar, logrando colocar a su adversario debajo de él.

El público rugía con entusiasmo, disfrutando del espectáculo que los dos hombres ofrecían. Kieran intentó empujar a su amigo para liberarse, pero este lo mantenía firmemente en su lugar, sus labios curvados en una sonrisa triunfal.

Se inclinó hacia él, acercando el rostro a escasos centímetros del suyo.

—Parece que el que está mordiendo el polvo eres tú…

No pudo terminar la frase.

Kieran aprovechó su cercanía para darle un cabezazo, desorientando a Alistair durante unos segundos y obligándolo a soltar su agarre. Se incorporó rápidamente y le propinó un puñetazo en el estómago, haciendo que Alistair se doblara hacia delante. Justo cuando se preparaba para el segundo ataque, Alistair dio un paso lateral, aprovechando la apertura en la espalda de Kieran para responder con un fuerte codazo, haciendo que este se tambaleara por unos instantes.

Mientras seguían forcejeando, el combate alcanzó su punto más intenso. Alistair, aprovechando un momento de distracción, logró un agarre sólido en el brazo de Kieran, pero este, con un rápido giro, se zafó del control de su amigo. Ambos luchaban por el equilibrio, empujando con todas sus fuerzas. De repente, Alistair tropezó ligeramente y Kieran, al intentar aprovechar el momento, perdió el balance.

Los siguientes acontecimientos se desplegaron con una sensación de lentitud abrumadora.

En un momento, Kieran forcejeaba con Alistair.

Al siguiente, perdía el equilibrio.

El sonido seco del impacto de su cabeza contra el suelo hizo que la multitud enmudeciera.

Brìghde sintió un escalofrío recorrerle la columna mientras sus ojos se fijaban en el charco de sangre que comenzaba a formarse. Las enseñanzas sobre decoro que tanto había aprendido se desvanecieron en un instante. Con un grito ahogado, salió del círculo y corrió hacia él, su pulso latiendo con fuerza en las sienes.

Se arrodilló junto a Kieran y, con manos temblorosas, levantó su cabeza y la colocó sobre sus rodillas.

Alistair, aún de pie a su lado, parpadeó varias veces, saliendo del shock inicial. Se agachó hasta ponerse a su altura y empezó a llamar a su amigo por su nombre mientras le palmeaba el pecho. Al no obtener respuesta, ordenó rápidamente a varios hombres que

trajeran una tabla de madera para transportarlo al interior del castillo.

Poco después, la madre de Kieran se arrodilló junto a Brìghde, la preocupación dibujada en cada línea de su rostro. Isobel llegó detrás, pero permaneció de pie, con una mano apoyada en el hombro de su amiga, transmitiéndole fuerza.

Con una mirada triste y llena de preocupación, Brìghde cedió su sitio a Eilidh, intentando no mover demasiado la cabeza del herido durante el intercambio. Estuvo de pie a su lado, rogando en silencio que despertara, hasta que Alistair, junto a varios hombres más, lo alzaron con cuidado y lo colocaron sobre una camilla improvisada.

Mientras se alejaban en dirección al castillo, acompañados por la madre de Kieran y varios miembros más de su clan, Isobel rodeó los hombros de su hija con un brazo y le habló con voz pausada, intentando sonar convincente:

—Seguro que se pondrá bien.

Pero ella no respondió.

Solo podía mirar hacia el grupo que se alejaba, preguntándose en su interior cómo alguien que, hasta hace tres días apenas recordaba, había llegado a cambiar tanto el rumbo de sus sentimientos.

"Es Kieran", pensó, mientras emprendía el camino junto a su madre y sus amigas hacia el castillo.

"No podría haber sido de otra manera".

Capítulo 24

El ambiente en el salón privado era opresivo, cargado de un pesado silencio. Brìghde sentía el peso de lo ocurrido como una losa sobre sus hombros, aunque encontraba consuelo en el apoyo silencioso de sus amigas. El brazo de Fiona, cálido y reconfortante, descansaba sobre el suyo, mientras Rona le daba pequeños apretones de vez en cuando, intentando aliviar la inquietud.

Sorcha, por su parte, parecía más distante, con una expresión que no lograba descifrar, como si estuviera sumida en sus propios pensamientos.

—Tranquila, hermana, seguro que despierta pronto.

—Sí, querida — continuó Rona, sentada al otro lado—. Este hombre ha ido a la batalla en innumerables ocasiones. Estoy segura de que ha pasado por cosas mucho peores.

Brìghde se estremeció al pensar en las veces que Kieran habría sido herido en combate. Tomó la taza, que tembló en sus manos, y bebió un sorbo, cerrando los ojos en un intento de calmar su agitado corazón.

—Sinceramente, no entiendo qué haces aquí.

El comentario de Sorcha, cortante y directo, dejó a Brìghde de piedra.

—¿Disculpa?

—Pues lo que acabo de decir. El hombre que estimas está herido de gravedad, ¿y tú estás aquí, lamentándote en lugar de estar con él?

Brìghde abrió la boca, consternada, pero no supo qué responder.

—¡Sorcha! —exclamó Rona, visiblemente molesta—. ¿Cómo puedes hablarle así? ¿No ves que está sufriendo?

—Eso es lo que no entiendo —volvió a decir la otra, su voz cargada de frustración—. Si yo fuese tú, estaría con él desde el primer momento.

—¡Tú no eres yo! —alzó la voz Brìghde, ofendida.

—¡Exactamente! —exclamó Sorcha, levantándose de la butaca con los brazos abiertos en un gesto de desesperación—. Yo no tengo una relación con un ser amado. Por eso no entiendo cómo puedes estar aquí, tomándote una infusión como si nada, esperando a que alguien venga a decirte si se ha despertado.

—¡No es amor! —negó Brìghde, poniéndose de pie.

Su propio comentario le provocó una extraña sensación de rabia y desesperación que rápidamente intentó ignorar.

—¡Nos acabamos de conocer!

—¡Será posible!

Sorcha levantó los brazos, como si no pudiera creer lo que oía.

—¿Desde cuándo el tiempo es un obstáculo para amar? Hace años que conozco a mi futuro esposo y no siento la más mínima atracción por él.

Brìghde la observó unos instantes. Sabía lo mucho que le dolía a Sorcha su compromiso, pero no podía permitir que descargara su frustración en ella.

—No es lo mismo.

—¿Cómo que no es lo mismo? —insistió Sorcha, todavía furiosa—. Conocías a Thomas desde hace años y mira cómo acabasteis.

El salón quedó envuelto en un silencio incómodo, mientras Sorcha se llevaba las manos a la boca, consciente de lo que acababa de decir.

Sus palabras fueron como puñales clavándose en su pecho. Cuando les había contado su historia en Inglaterra, nunca pensó que la usarían en su contra. Se dejó caer en el sofá, sin poder contener las lágrimas.

—Brìghde —habló su amiga de nuevo, con un nudo en la garganta —. Lo siento, no quería provocarte más dolor.

Ella intentó decir algo, pero no llegaron a comprenderla a causa del llanto.

—No me gusta veros discutir —intervino Fiona—, y no quiero empeorar tu ánimo, pero dudo que Sorcha lo haya dicho con mala intención. Yo… yo también estoy de acuerdo con ella.

Levantó la cabeza, hasta ese momento escondida entre sus manos, para mirar a su hermana con incredulidad.

—Si le hubiera pasado algo a Scot, yo estaría a su lado.

—Pero… —comenzó a decir entre hipidos— ¿qué voy a hacer yo allí?

—Amiga —intervino Rona, quien había permanecido en silencio, observando las acusaciones que se lanzaban la una a la otra—. No puedo hablar por él, así que no diré que es amor, pero sí puedo hablar de lo que hemos visto todas durante estos días. La forma en que te mira, el cuidado con el que te trata… Él te aprecia. No sé hasta qué punto, pero está claro que no es solo atracción.

Brìghde fue calmando poco a poco su llanto, lo que le permitió reflexionar más detenidamente.

Había sentido lo que Rona le decía, pero algo la frenaba.

—Tengo miedo —susurró, derrotada—. Lo que sentí por Tomás nunca fue tan abrumador como esto y me aterra. Pensaba que las cosas debían hacerse despacio, conocerse poco a poco para saber si realmente quieres estar con esa persona.

—Es normal sentirse así —la tranquilizó su hermana, apretando su mano con firmeza—. Pero Kieran merece que le des la misma oportunidad que le diste a Thomas en su momento. En el fondo sabes que no son nada parecidos. Si dejas que ese miedo te venza y no arriesgas, volverás a sentirte una espectadora de tu propia vida, como tú misma has dicho en otras ocasiones.

—Tenéis razón —respondió, tras pensarlo unos segundos—. Debo seros sincera. Entrar a su alcoba, donde estará rodeado de su familia, sin haber hecho pública ninguna relación, me intimida.

—Querida, después de las miradas que os habéis lanzado hoy, creo que todos saben lo vuestro— afirmó Rona, divertida.

El comentario hizo que las demás sonrieran, aliviando un poco la tensión en el ambiente.

Sorcha aprovechó para acercarse a Brìghde. Se agachó frente a ella y apoyó las manos en sus rodillas.

—Por favor, perdóname —dijo entre lágrimas—. Solo quería que reaccionaras. Nunca quise hacerte daño.

Brìghde acogió las manos de su amiga entre las suyas y respondió con una sonrisa trémula:

—Perdóname tú. No me gusta que me regañen y he acabado actuando como una niña pequeña. Me alegra tener a personas sinceras a mi lado.

Sorcha se levantó y le dio un abrazo, al que pronto se unieron el resto. Brìghde, aún arropada por el abrazo colectivo, le preguntó a su hermana con orgullo:

—¿En qué momento te volviste tan sabia?

Fiona le devolvió la mirada y respondió con orgullo:

—Quizás lo aprendí de ti, hermana.

Capítulo 25

De pie frente a la alcoba donde Kieran descansaba, la joven Sinclair vaciló un instante. Sus manos temblaban ligeramente, y el corazón le martilleaba en el pecho. Respiró profundamente, armándose de valor, y tocó tres veces.

Una voz femenina al otro lado de la puerta la invitó a entrar.

Encontró a Eilidh sentada en una butaca al lado de la cama, observando a su hijo con expresión seria y los ojos enrojecidos. Kieran yacía postrado en la cama, tapado hasta los hombros con una sábana fina. La herida en su cabeza había sido limpiada, y un vendaje cubría la parte afectada.

—Disculpe, Lady MacGregor —empezó a decir Brìghde, con cierto nerviosismo en la voz—. Sé que no tengo derecho a estar aquí, pero…

—Claro que lo tienes, querida —la interrumpió con voz afectuosa.

Brìghde se ruborizó, consciente de que sus sentimientos eran más obvios de lo que habría querido. Un instante de culpa la invadió antes de que el enfado consigo misma tomara su lugar. Se esforzó por dejar de lado esa discusión interna y fijó la mirada en el hombre que yacía en el lecho, sin poder evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos.

—Ven, acércate —le pidió Eilidh, sin apartar la vista de su hijo. Esperó a que Brìghde se sentara en una butaca junto a ella y continuó—. El médico ha dicho que el golpe fue más aparatoso de lo que en realidad es, y que debería despertar en cualquier momento. Lady MacLeod le ha preparado unos ungüentos para evitar que la herida se infecte y le cause fiebre.

Brìghde asentía, sin saber muy bien qué responder. Quería coger la mano de Kieran, tocarle el rostro, asegurarse de que no estaba frío. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Eilidh, no estaría bien hasta que él abriera los ojos.

Como si respondiera a sus pensamientos, el rostro de Kieran se contrajo en una mueca leve, seguida de un suave gruñido.

Al instante, ambas mujeres se levantaron de sus asientos. Eilidh se sentó en el borde de la cama, acunando el rostro de su hijo entre sus manos, mientras Brìghde permanecía de pie, cerca del cabecero, aún sintiéndose una intrusa.

Kieran se llevó una mano a la cabeza, allí donde el impacto había sido más fuerte, gimiendo de dolor.

—¿Qué ha pasado? —logró decir débilmente.

—Hijo, tranquilo. Estás en casa de los MacLeod. Te diste un golpe y perdiste el conocimiento.

Con un gesto sutil, le indicó a Brìghde que le acercara el vaso que estaba en la mesita.

—Bebe esto, te hará sentir mejor—siguió diciendo, mientras ayudaba a su hijo a incorporarse.

—Recuerdo que estábamos peleando. ¿Cómo pude caerme? Alistair lo usará para burlarse de mí lo que me queda de vida.

—Eso no importa ahora, Kieran. Debes descansar para recuperar las fuerzas —le reprendió suavemente su madre.

Conforme bebía, fue recuperando el color en el rostro y se removió inquieto.

—Tengo que salir de aquí —dijo, intentando levantarse de la cama.

Un pinchazo de dolor en la cabeza lo hizo desistir.

Brìghde seguía en silencio, sin saber si debía intervenir en la escena tan íntima entre madre e hijo.

—Kieran MacGregor —alzó la voz Eilidh, con autoridad—. ¿Es que quieres volver a perder el conocimiento? Quédate en la cama y descansa.

—Pero… —intentó levantarse nuevamente, esta vez con un gesto preocupado que no pasó desapercibido para ninguna de las dos mujeres—. Tengo que salir de aquí, podría estar en peligro.

—¿Quién?

—Brìghde —dijo con seguridad—. Tengo que protegerla.

Un nuevo sentimiento de culpa la invadió al oír su nombre. Tragó saliva, buscando deshacer el nudo en su garganta.

Mientras ella lidiaba con sus propios temores, Kieran había despertado preocupado por su bienestar.

Con un gesto sutil que él no percibió, Eilidh invitó a la joven a ocupar su lugar junto a la cama.

—De eso no tienes que preocuparte, hijo mío —dijo con dulzura mientras se levantaba.

Al llegar a la puerta, se giró para mirar a la pareja y, curvando los labios en una discreta sonrisa, añadió:

—Voy a avisar que has despertado.

Kieran no escuchó la última parte.

Su atención estaba fija en Brìghde, quien ahora ocupaba el asiento que su madre acababa de dejar. La sorpresa se reflejaba en su rostro, con un destello de alegría en sus ojos.

—Estoy bien, Kieran. El que ha sufrido un golpe eres tú.

Se concentró en inspeccionar su rostro, haciendo un mohín que él encontró adorable.

—¿Seguro que te encuentras bien? —volvió a hablar ella.

Kieran esbozó una sonrisa traviesa y, aprovechando que estaba inclinada hacia él, la acercó con una mano en su nuca y la besó.

Fue un beso lento, que buscaba transmitirle todas las emociones que le recorrían. Brìghde se estremeció ante el contacto. Acarició su mejilla, dejando que sus dedos descendieran lentamente por su mandíbula y cuello.

Cuando el aire empezó a faltarle, rompió el contacto con lentitud, quedándose a escasos centímetros de su rostro. Kieran abrió los ojos y esbozó una sonrisa ladina.

—Ahora sí que estoy mejor —susurró con una voz profunda y algo ronca.

—Siento no haber venido antes. Llegué poco antes de que despertaras. Quería estar a tu lado, pero no sabía si era lo correcto.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó, visiblemente confundido.

—Porque… —ella tartamudeó, nerviosa—. Bueno, en realidad no soy nadie para estar aquí en un momento tan íntimo.

Él comprendió enseguida lo que insinuaba. Quiso responderle, pero en ese instante la puerta se abrió de golpe y un grupo de hombres irrumpió en la habitación.

El primer impulso de Brìghde fue apartarse rápidamente, pero él la rodeó con más fuerza por la cintura, manteniéndola en su sitio.

El rostro de Brìghde se tensó.

Por un momento, pensó en soltarla, temiendo que ella se sintiera expuesta ante todos, pero las palabras que acababa de decir seguían resonando en su mente.

—¡Pero bueno! Llego corriendo al enterarme de que has despertado y me encuentro con esta escena —exclamó Alistair, llevándose una mano al pecho con exageración teatral—. ¡¿Mi mejor amigo y mi prima conspirando a mis espaldas?!

Los cuatro hombres que lo acompañaban estallaron en risas, aliviados al ver que su amigo herido se encontraba mejor.

—Alistair, hay sitio de sobra en mi corazón para los dos —respondió Kieran, en el mismo tono teatral—. No hay necesidad de ponerse celoso.

—Más te vale —dijo Alistair, avanzando hacia ellos—. O tendré que volver a pegarte.

Kieran le hizo una mueca, que el otro devolvió con diversión.

—¿Te encuentras mejor?

—Me encuentro perfectamente —respondió con voz enérgica—. Podemos retomar la pelea justo donde la dejamos.

Alistair se rio, aunque la preocupación en su rostro no se había despejado del todo.

—Lo siento, amigo, pero esa batalla terminó hace un buen rato. Tú sí que sabes cómo hacer una salida dramática para evitar que te gane.

Kieran respondió a la provocación fulminándolo con la mirada, y Alistair alzó las manos en señal de paz.

Aprovechando la distracción, Brìghde se liberó del agarre.

—Será mejor que os deje solos. Veo que tenéis unos cuantos asuntos pendientes por resolver —intentó sonar relajada, pero Kieran detectó una leve preocupación en su tono. Brìghde le sonrió antes de dirigirse a la puerta—. Hablaremos más tarde. Descansa.

Con una reverencia cortés al grupo de hombres, se retiró de la habitación. Cada paso que daba parecía intensificar el nudo en su pecho, un peso que no podía ignorar.

Kieran la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta, reflexionando sobre la conversación que tenían pendiente.

Capítulo 26

El resto de la tarde transcurrió con gran ajetreo. Los criados estaban ocupados con los preparativos de la última noche de la celebración, en la que iba a tener lugar el concurso de talentos entre las mujeres de los clanes. Aprovechando que hacía buen tiempo, Fergus y Maeve habían decidido celebrar el último banquete al aire libre, como se venía haciendo desde hacía generaciones.

Desde que lo dejó en la alcoba, Brìghde había visto a Kieran un par de veces más, pero siempre estaba rodeado de amigos o familiares preocupados. En su tercera visita, las doncellas que limpiaban el cuarto le informaron de que se había marchado hacía rato, pero no sabían a dónde.

Brìghde fue a buscarlo, pero su hermana la interceptó cuando bajaba a la planta principal. Le había prometido ensayar antes del concurso de esa noche y, aunque solo podía pensar en ver a Kieran, no pudo pasar por alto el nerviosismo de Fiona.

Decidió que lo harían un par de veces y después continuaría su búsqueda.

Para su pesar, el ensayo se prolongó más de lo que le habría gustado.

—¡Otra vez! —exclamó Fiona con firmeza.

—¿Cuántas veces más tenemos que ensayar esta parte? Lo estás haciendo genial —protestó Brìghde, apoyando la cabeza en el arpa en señal de derrota.

—¿Acaso uno de los síntomas del enamoramiento es la pérdida de audición? ¿No ves que no estamos acompasadas?

Brìghde le lanzó una mirada mordaz, pero no quiso alargar más la discusión.

Le indicó a Fiona que comenzara de nuevo. La voz melodiosa de su hermana llenó la estancia y, con la segunda estrofa, Brìghde acarició suavemente las cuerdas del arpa, entonando una melodía delicada y melancólica.

Pero antes de llegar a la mitad de la canción, Fiona dejó de cantar abruptamente.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó exasperada—. Fiona, vas a hacer que me corte un dedo y ninguna de nosotras representará al clan.

Al ver que su hermana no respondía, alzó el rostro, encontrándola al borde de las lágrimas. Alarmada, se levantó de inmediato y la abrazó con cariño.

—Esto no es por la canción, ¿verdad? —susurró, limpiando con el pulgar las lágrimas que comenzaban a caer.

—No… — respondió temblorosa—. Es que… es que Scot va a estar ahí esta noche, y yo…

Brìghde sintió una incomodidad al oír ese nombre, pero se esforzó en ocultarlo y animó a Fiona a seguir hablando.

—No puedo evitar pensar que me estoy esforzando tanto para impresionar a un hombre que podría ser una amenaza para ti… —continuó, entre hipidos. Brìghde la abrazó más fuerte, intentando transmitirle consuelo y calma. Su hermana correspondió al abrazo, apoyando la cabeza en su hombro—. Soy una persona horrible. Peor aún, soy una mala hermana.

Brìghde se separó suavemente y levantó el mentón de Fiona para que la mirara a los ojos:

—No eres nada de lo que dices. Escúchame bien: no elegimos a quien amar, pero sí lo que hacemos con ese amor.

Fiona frunció el ceño, sin comprender del todo.

—Si Scot resultara ser una amenaza real, no podrías dejar de quererlo de un día para otro. Pero sí podrías decidir si estar a su lado o intentar olvidarlo.

—Por supuesto que lo haría —respondió con los ojos muy abiertos —. Nunca pondría a un hombre por encima de nosotras.

Brìghde miró a su hermana con lágrimas en los ojos. Sentía su dolor en lo más profundo de su ser. Aunque le costaba apartar a un lado las sospechas que habían ido apareciendo en su mente, hasta el momento no habían obtenido ninguna prueba sólida de que Scot pudiera suponer una amenaza real.

Sabía que aferrarse a esos temores sin fundamentos solo podría dañar a Fiona y alejarla de un amor que ella merecía vivir plenamente, sin las sombras de los miedos que aún albergaba en su interior.

—Lo sé —dijo buscando sonar lo más tranquila posible, a pesar de la incertidumbre que seguía pesando sobre su corazón—. Por eso te pido que intentes disfrutar este amor; que lo único que te preocupe esta noche sea cómo te quedará el vestido. Yo me sé cuidar, y parece que mi "guardia personal" está de vuelta para protegerme.

Fiona sonrió ante el comentario y volvió a abrazar a su hermana, mientras el llanto cesaba lentamente.

Cuando se separaron, respondió en un tono más alegre:

—Hermana, no tengo que preocuparme por el vestido. Sé que estaré espectacular.

Tras ensayar unas cuantas veces más, Fiona se dio por satisfecha y salió agradecida de la habitación. Brìghde aprovechó el momento de soledad para practicar un poco más el solo de la canción. Las notas la envolvieron, sumiéndola en una burbuja de serenidad que la hacía olvidar poco a poco sus preocupaciones.

Oyó que tocaban a la puerta y, sin dejar de deslizar los dedos por las cuerdas, dio permiso para que Màiri entrara con su vestido. En los últimos días, había desarrollado una buena relación con su doncella y se había acostumbrado a que siempre entrara charlando animadamente.

Al no oírla, dejó el arpa y volteó el rostro hacia la puerta.

La mirada penetrante de Kieran la paralizó en el sitio, atisbando una nota de incomodidad en su expresión.

—Kieran... —susurró, sintiendo cómo su corazón se aceleraba—. ¿Qué ocurre?

Él caminó lentamente hacia ella, sin apartar la mirada, como un depredador acechando a su presa. Cuando llegó hasta Brìghde, le sonrió suavemente, acunando su rostro entre las manos. Sus ojos se desviaron por un instante hacia sus labios, que ella separó inconscientemente, pero pronto volvió a cruzar sus ojos con los suyos.

—Te dije que volvería —respondió con voz ronca.

La ayudó a incorporarse y, cuando la tuvo frente a él, unió sus bocas en un beso suave, que pronto se volvió más urgente, cargado de pasión.

Kieran la sostenía con delicadeza, pero invadía su boca con avidez, deseoso de explorar cada rincón. Brìghde reaccionó al contacto, temblando por las emociones contenidas. Rodeó su cuello con los brazos, mientras sentía sus manos deslizarse lentamente por su espalda, provocándole un nudo de placer en el vientre. Cuando sus manos alcanzaron sus caderas, dejó escapar un suave gemido y se pegó más a él. Kieran respondió presionándola más cerca, cubriendo su cuello con besos cálidos, mientras ella se aferraba con más fuerza, temiendo desmayarse de placer.

—Kieran... — gimió, con los ojos cerrados.

Él no respondió. Siguió besándola con intensidad, alzándola entre sus brazos para llevarla hasta la cama. Brìghde sintió que su mente se nublaba, mientras cada pensamiento se transformaba en una electricidad que la recorría por completo. Lo dejó explorar, sus labios viajando desde su rostro hasta su cuello, mientras una mano acariciaba sus pechos a través del vestido. Se arqueó ligeramente, deseando más, y apretó a Kieran entre sus piernas, sintiendo su dureza a través de la falda.

—Kieran... —susurró de nuevo, esta vez más débil.

Él seguía recorriéndola con las manos. Mientras acariciaba el interior de su muslo, Brìghde se aferró a su nuca, rozando inadvertidamente la herida. El gemido de placer se mezcló con un gruñido de dolor.

Apartó inmediatamente la mano, asustada:

—Lo siento... no quise hacerte daño.

Kieran se echó a un lado, presionando la herida.

—Creo que no me encuentro bien —dijo con voz temblorosa.

—Ay, no…

Se incorporó con rapidez, preocupada.

—Dime qué necesitas. ¿Voy a buscar a mi abuela?

—No, espera —la frenó, sujetándola con cuidado del brazo.

Brìghde lo miró, expectante.

—Necesito…

—¿Qué necesitas? —preguntó de nuevo, inclinándose hacia él.

Kieran aprovechó el cambio en su postura para rodearla con el brazo y atraerla hasta apoyarla en su pecho.

—Te necesito a ti —susurró con la voz ronca por el deseo.

Brìghde se recuperó rápidamente de la sorpresa inicial, su expresión cambiando de la preocupación a la indignación. Le dio un leve golpe en el pecho, aunque apenas podía contener el gesto divertido.

—No me pegues estos sustos.

Apoyo la cabeza en su pecho y lo rodeó con los brazos, cerrando los ojos. Kieran la besó en la coronilla y acarició su cabello, haciendo pequeños tirabuzones con los dedos.

Permanecieron así un rato, hasta que él rompió el silencio susurrándole al oído.

—Tenemos una conversación pendiente.

—Mm —murmuró ella, cada vez más relajada— ¿Qué conversación?

—La que no llegamos a terminar hace unas horas.

Brìghde entendió a lo que se refería, y su corazón comenzó a latir frenéticamente. Una oleada de pensamientos caóticos se apoderó de su mente, todos con finales que la llenaban de ansiedad. Sabía que no podría fingir estar somnolienta por mucho más tiempo, así que inhaló profundamente y se separó de él, intentando ocultar todo lo posible su nerviosismo.

Kieran notó el cambio inmediato en ella y lo invadió un miedo que creía haber enterrado. En su expresión distinguió algo que se acercaba a la incomodidad, y las palabras que había preparado se desvanecieron de su mente.

El silencio entre ellos se volvió denso, y ninguno se atrevía a romperlo.

Al cabo de un rato que se hizo eterno, Kieran habló con voz atropellada:

—Tengo algo que darte.

—¿El qué? —preguntó ella, con una mezcla de confusión y curiosidad.

Kieran se incorporó lentamente hasta quedar apoyado en el cabecero de la cama y metió la mano en uno de sus bolsillos, sacando la joya que había ganado el día anterior. Estaba engarzada y pendía de una cadena plateada.

—Creo que esto te pertenece —dijo mientras dejaba el objeto en la palma de su mano.

—Pero si lo ganaste tú —replicó ella, cada vez más confusa.

—Hice trampas —confesó sin un ápice de culpa—. Es justo que te lo quedes. Además, a ti te quedará mucho mejor que a mí.

Brìghde volvió a mirar el colgante y luego a Kieran, sin entender nada.

¿No iban a hablar de su relación?

¿No era esa la conversación pendiente que él había mencionado?

Kieran se puso en pie de un movimiento rápido, mientras ella seguía sentada en la cama, alternando la mirada entre la joya y él.

—Debería marcharme ya —continuó hablando, con cierta incomodidad en la voz—. Seguro que estarán preguntándose si me he desmayado o algo peor.

Brìghde asintió lentamente, todavía sin saber qué decir. Lo vio salir de la habitación, despidiéndose con un leve asentimiento de cabeza antes de cerrar la puerta detrás de él.

Sostuvo la joya entre sus dedos, contemplando cómo la luz del atardecer hacía brillar sus bordes con destellos plateados. No podía negar que era hermosa, pero lo que realmente la desconcertaba era lo que representaba. ¿Había querido decirle algo más al dársela, o simplemente había buscado una excusa para no hablar de lo que realmente importaba?

Sus pensamientos se mezclaban con emociones contradictorias, mientras su mirada volvía a la puerta cerrada.

De todos los desenlaces que había imaginado, este no era uno de ellos.

Al otro lado de la puerta, Kieran se llevó una mano al rostro, maldiciendo su torpeza. Había pasado de querer confesar sus sentimientos a entregarle un colgante y salir huyendo. Ni siquiera se lo había puesto al cuello, como imaginó que haría. Decidió que lo

mejor sería dar un paseo para despejar su mente y pensar en sus próximos pasos.

Capítulo 27

La luna, majestuosa en lo alto del cielo, se unía al resplandor de las hogueras dispersas para iluminar el espacio destinado a la actividad de aquella noche.

El público, reunido en un amplio círculo, aguardaba en un silencio expectante. No había gritos ni vítores, solo una calma tensa mientras esperaban ansiosos el espectáculo que las damas, en representación de sus clanes, habían preparado para deleitarles.

Una a una, las mujeres fueron mostrando sus talentos. Algunas entonaron cánticos afinados que conmovieron incluso a los más estoicos; otras narraron historias con tal pasión y dramatismo que capturaban a todos en cada palabra. Las más intrépidas optaron por demostrar habilidades físicas que arrancaron murmullos de asombro. Sorcha, por ejemplo, deslumbró con su puntería en el tiro con arco. Su actuación culminó en un momento que mantuvo a todos conteniendo la respiración: colocó una manzana sobre la cabeza de su futuro prometido, quien, visiblemente nervioso, accedió a la hazaña en un intento por ganarse su afecto. El alivio colectivo llegó cuando la flecha partió la fruta con precisión impecable, arrancando vítores y carcajadas que se mezclaron con las risas aliviadas del desafortunado hombre.

Como anfitrionas de la fiesta, las hermanas MacLeod fueron las últimas en participar. Al anunciar sus nombres, una ovación se alzó en el aire, mezclada con algunos silbidos pícaros que sonrojaron a las damas.

Fiona avanzó primero, seguida de su hermana mayor. Sus pasos eran lentos, casi ceremoniales, reflejando la elegancia que irradiaban sus atuendos. La más pequeña de los Sinclair había optado por un conjunto de seda burdeos que realzaba su figura esbelta; su cabello, recogido en una trenza de espiga adornada con piedras semipreciosas, caía grácilmente sobre uno de sus hombros.

Brìghde, por su parte, llevaba el cabello suelto, formando ondas que caían hasta su cintura. Una corona de flores blancas y rojas

adornaba su cabeza. Su vestido de seda blanca, fluido y elegante, tenía mangas que se ensanchaban desde los codos hasta las muñecas, donde un patrón geométrico dorado estaba delicadamente bordado. Un cinturón fino de perlas descansaba sobre sus caderas, y el colgante que horas antes le habían entregado brillaba suavemente.

Al llegar al centro del círculo, apartó con elegancia los volantes de su vestido y se sentó en el taburete, dejando que sus manos descansaran sobre las cuerdas del arpa. Su hermana permaneció de pie a su lado, con una postura firme, pero serena, lista para comenzar.

Una vez que el público guardó silencio, Brìghde le indicó, con una señal ensayada, que comenzara.

Las primeras notas se elevaron en la noche, flotando en el aire y envolviendo a los invitados con su hechizo. Fiona entonó una historia sobre amores imposibles y corazones rotos, su voz desgarradora en las notas más altas. Al finalizar la primera estrofa, Brìghde pulsó suavemente las cuerdas del arpa, creando una melodía delicada, casi distante, que fue creciendo en intensidad. Las notas se tornaron más potentes, entrelazándose con los cambios en la voz de Fiona, hasta que la música llenó el espacio con una energía arrolladora.

Cantó la estrofa que daba paso al solo del arpa, alcanzando las notas más altas con una fuerza que sorprendió al público, antes de detenerse. El silencio que siguió fue breve, pero profundo.

Entonces, comenzó a tocar.

Sus dedos danzaron sobre las cuerdas del arpa con una destreza casi mágica, y se dejó arrastrar por la melodía. Cada acorde parecía expresar los sentimientos que había estado reprimiendo: el amor, la duda, el miedo y la pasión se entrelazaban en una sinfonía de emociones.

Sin querer, sus ojos vagaron entre los presentes, buscando una mirada en particular. Al encontrarla, una descarga eléctrica recorrió su cuerpo. Él la observaba con la intensidad habitual, pero esta vez había algo más en su mirada, algo que la hizo estremecerse hasta lo más profundo.

Fiona se unió nuevamente a la melodía del arpa, modulando su voz a un tono más bajo hasta convertirla en un susurro, mientras su hermana acariciaba las últimas notas con delicadeza. Cuando el sonido final se desvaneció en el aire, el silencio que siguió fue abrumador, como si todos contuvieran el aliento en un instante suspendido.

Finalmente, el público estalló en aplausos, vítores y ovaciones que resonaron con fuerza en todo el círculo.

Exhaustas, pero satisfechas, intercambiaron una sonrisa antes de inclinarse en una reverencia hacia el público.

Fergus MacLeod no tardó en avanzar hacia ellas, su rostro invadido por el orgullo.

—Mis preciosas nietas —exclamó emocionado.

Ambas hermanas se unieron en una carcajada ligera, mientras sus ojos brillaban con lágrimas de felicidad.

Momentos después, se anunció a la ganadora: una joven de un clan vecino cuya voz había cautivado a todos con su dulzura celestial.

Brìghde y Fiona no dudaron en acercarse para felicitarla, con sonrisas sinceras y palabras llenas de entusiasmo.

Tras la competición, el ambiente seguía vibrante. La gente disfrutaba al aire libre, bailando al ritmo de la música, mientras los más valientes saltaban descalzos sobre las hogueras, en busca de buena fortuna. Los invitados se acercaban a las muchachas para felicitarlas por su espectáculo. Fiona recibía los elogios con una sonrisa radiante, encantada por la atención, mientras Brìghde conversaba con varios hombres que intentaban cortejarla.

Para su sorpresa, Kieran no había hecho ningún intento por acercarse a hablar con ella.

Sorcha observaba a la multitud desde una distancia prudente.

—¿Cómo es posible que esa canción haya sido mejor valorada que mis habilidades con el arco? —protestó, visiblemente irritada.

—Sorcha, querida, convertir a tu prometido en un blanco humano para una competición de talentos no suele ser la fórmula ganadora —respondió Rona, con una sonrisa divertida.

—¡No iba a matarlo! Solo quería demostrar que "mi amado" está a salvo conmigo. Con suerte, así reconsidera nuestro compromiso.

—No lo creo, amiga —dijo Brìghde, con un matiz de tristeza en su voz—. Ese hombre te idolatra. Me sorprende que aún no haya notado cuánto lo detestas.

—Tal vez no tenga suficiente inteligencia para darse cuenta —añadió su amiga con desdén.

Las otras tres la miraron boquiabiertas, y Rona reaccionó enseguida, dándole un golpe suave, pero firme, en el brazo.

—Bueno, al menos "tu amado" deja claras sus intenciones —comentó Brìghde, resignada.

—Oh, vamos, hermana. Tal vez estaba nervioso y no supo cómo expresarse.

—Le entregó un colgante y salió corriendo, Fiona —intervino Sorcha—. Quizá tenga la misma perspicacia que mi prometido.

—No seáis tan crueles —las reprendió Brìghde, aunque la sonrisa que intentaba ocultar delataba su diversión—. Tal vez sea algo inherente al género masculino. Thomas tampoco fue especialmente claro con sus intenciones.

Las chicas suspiraron al unísono, resignadas, antes de unirse a los grupos que bailaban alrededor de las hogueras.

Capítulo 28

Las horas fueron pasando en una sucesión de canciones y actividades que deleitaban a los presentes. Brìghde estuvo gran parte de la noche junto a sus amigas, disfrutando de los últimos momentos antes de que partiesen a sus respectivos hogares.

De tanto en tanto, cruzaba miradas fugaces con Kieran, quien había estado casi toda la velada junto a sus compañeros, bebiendo y celebrando. Frustrada por el constante duelo de miradas, y más tranquila ahora que la fiesta llegaba a su fin, buscó consuelo en las bebidas que los criados traían sin descanso, animada por sus amigas, que no dudaron en seguirla. A ratos tenía la sensación de que la observaban, pero al alzar la vista, no lograba identificar de dónde provenía esa inquietud. Pensó que sería el vino, mezclado con las emociones vividas.

Cuando sintió que las piernas le flaqueaban, se alejó junto a Sorcha hasta un tronco cercano, donde se sentó con un suspiro. Sorcha se dejó caer sobre el suelo, apoyándose contra la madera.

—No entiendo qué le pasa —murmuró, arrastrando las palabras mientras intentaba enfocar la vista en dirección a Kieran—. ¿Será porque mañana se va?

Abrió los ojos de golpe y miró a Sorcha, tambaleándose en el proceso.

—¿Y si ha estado jugando conmigo? —preguntó, con lágrimas en los ojos, mientras recuperaba el equilibrio apoyando la mano sobre el tronco.

—No lo creo. Pero si fuera el caso, encontraremos a otro guerrero para ti.

Brìghde bufó y apoyó el mentón sobre la palma de su mano.

—Pensaba que con él sería diferente. Parecía más… Maduro y leal.

Sorcha levantó la cabeza y la apoyó sobre el muslo de su amiga en un gesto de consuelo.

—Te cambio el lugar si quieres.

Brìghde esbozó una sonrisa triste.

—No quiero a otro hombre, Sorcha. Quiero estar con él.

Esta exhaló profundamente y cerró los ojos.

Permanecieron unos segundos en silencio, acompañadas por el eco de la fiesta cercana. De repente, abrió los ojos y la miró con esperanza renovada.

—Ve a hablar con él. No dejes que esta noche termine con dudas. Si te rechaza… Entonces no merece tus lágrimas.

En otras circunstancias, Brìghde se habría negado ante tal proposición, aferrándose a su orgullo y a su promesa de no volver a exponerse al rechazo. Pero esa noche, algo dentro de ella cedió. Pensar que en pocas horas Kieran se marcharía le provocaba una punzada de dolor. Su corazón parecía dispuesto a pelear contra lo que su mente aún intentaba procesar.

Cerró los ojos y suspiró resignada. No quería volver a sentir ese vacío en su interior, pero no podía obligarlo a quererla. Lo único que podía hacer era obtener las respuestas que tanto necesitaba.

Envalentonada por las palabras de su amiga y el aturdimiento del vino, se puso de pie con la mayor dignidad que pudo y, tras inhalar profundamente, sentenció:

—Voy a hablar con él.

Al ver que Sorcha no contestaba, se volteó hacia ella y la encontró durmiendo con la cabeza apoyada en su brazo. Suspiró de nuevo y comenzó a caminar en dirección al grupo de hombres.

Había avanzado unos pocos pasos, cuando sintió la urgente necesidad de vaciar su vejiga. Con la mente dispersa en lo que le diría a Kieran cuando lo viera, se alejó en dirección al bosque, caminando con paso inseguro.

Encontró un arbusto lo bastante denso como para darle la privacidad que buscaba y, al terminar, suspiró aliviada mientras se recomponía las faldas del vestido. En ese momento, la sensación de soledad la envolvió con más fuerza. El ruido distante de la fiesta se apagaba detrás de ella, y la luz de las hogueras apenas llegaba hasta donde estaba.

Un leve escalofrío recorrió su espalda.

Comenzó a caminar de vuelta hacia el bullicio, pero algo la detuvo en seco. La sensación de que alguien la observaba regresó, más

intensa que antes. Una brisa fría rozó su piel, llevándose consigo el calor del vino y dejando solo la inquietud.

Justo cuando comenzaba a convencerse de que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, un crujido seco irrumpió desde las sombras. Se giró rápidamente, escudriñando el borde del bosque, pero todo lo que encontró fue la oscuridad, impenetrable bajo la débil luz de la luna.

—¿Hola? —llamó, su voz apenas un susurro.

El silencio fue la única respuesta.

Avanzó unos pasos más, abrazándose el pecho para calmar el escalofrío que la recorría, cuando sintió de nuevo una presencia detrás de ella.

El golpe llegó antes de que pudiera darse la vuelta. Algo frío y duro impactó contra su nuca, y el suelo pareció desvanecerse bajo sus pies. La última imagen que vio antes de que la oscuridad la consumiera fue el brillo de unos ojos que no reconocía.

Capítulo 29

Kieran había estado observándola toda la noche.

Desde el momento que la vio caminando hacia el centro del círculo, se sintió presa de un hechizo. Cuando vio el colgante en su cuello, volvió a fustigarse mentalmente por lo necio que había sido.

Quiso hablar con ella después de la actuación, confesarle lo que realmente sentía. Por la manera en la que había actuado, creía que le correspondería, pero al verla sonreír a los hombres que se le habían adelantado, el miedo lo paralizó. Decidió, pues, seguir vigilándola como había prometido, hasta encontrar de nuevo el valor de acercarse a ella.

Conforme pasaba la noche, fue testigo de cómo el estado mental de Brìghde iba mermando, cada vez más afectada por el alcohol. Quiso decirle algo, temiendo otro episodio como el que protagonizó días atrás, pero desistió en el último momento, consciente de que no le correspondía a él esa decisión.

Tampoco había perdido de vista a Scot. Aunque la celebración estaba a punto de finalizar, algo no encajaba. Los días anteriores lo había visto buscando el contacto de Fiona con insistencia, pero aquella noche estaba más reservado de lo habitual. Había algo en su postura rígida que no terminaba de encajar con su habitual serenidad.

Decidió que no bebería, pues quiso estar con todos los sentidos despiertos. Fue gracias a eso que vio como Scot, a escasos metros de distancia, fruncía levemente el ceño y hacía una señal, casi imperceptible, a uno de sus acompañantes. Observó que este se alejaba con paso ligero, tambaleándose, como si estuviera embriagado.

Inmediatamente, su atención se desvió buscando a Brìghde. Divisó rápidamente a Rona y Fiona, que bailaban y reían con la gente, pero no a ella. Con el cuerpo en tensión, volvió a mirar al joven Cochrane, quien en ese momento se alejaba en dirección al bosque.

Alertó a Alistair y, junto a varios hombres de confianza que estaban al tanto de la misión, siguieron a Scot, intentando no perderlo de vista en la oscuridad de la noche.

—¡Alto! —ordenó Alistair con voz grave.

Scot alzó las manos, un tic nervioso en la comisura de sus labios delatando su impaciencia.

—No es lo que pensáis…

—¿Y qué es exactamente lo que pensamos? —inquirió Kieran, tratando de mantener la calma.

Sus dedos se tensaron sobre el puñal que llevaba oculto en el cinto.

Varios guerreros Cochrane salieron de entre las sombras, espadas en mano. Kieran maldijo para sí por no haber traído la suya; no quiso ir armado más que con un cuchillo para evitar llamar la atención.

Alistair y sus hombres, en cambio, desenvainaron sus espadas de inmediato, colocándose en posición de ataque.

—Esto es deshonesto hasta para un Cochrane —escupió Alistair con rabia.

Scot frunció el ceño, visiblemente ofendido por el comentario, pero ordenó a sus hombres que bajaran las armas. Estos tardaron unos segundos de más en obedecer, sin aflojar el agarre en la empuñadura, sus ojos fijos en los adversarios.

—No queremos haceros daño —insistió Scot, esta vez con mayor urgencia en la voz.

Sus ojos se desviaban hacia el bosque constantemente, lo que no pasó desapercibido para Kieran y Alistair, que se miraron preocupados.

—¿Podemos dejar la rivalidad para otro momento, MacLeod? —propuso el joven Cochrane, cada vez más impaciente.

—La dejaremos cuando demuestres no ser una amenaza —increpó este, molesto.

—¿Pensáis que yo soy la amenaza? —jadeó indignado.

Alistair y Kieran intercambiaron otra mirada, cada vez más confundidos. Los hombres de Alistair no habían bajado las espadas,

y Kieran avanzó unos pasos hacia Scot, empuñando el cuchillo con firmeza.

—¿Dónde está Brìghde? —exigió saber, su desesperación en aumento con cada segundo que pasaba.

—¡Eso mismo quisiera saber yo! —exclamó Scot, con voz trémula —. Cuando la perdimos de vista, mandé a varios hombres a buscarla.

Un escalofrío recorrió a Kieran, mientras el desconcierto se hacía cada vez mayor.

—Explícate.

Scot volvió a mirar hacia el bosque y les respondió alterado, agitando la mano hacia los árboles:

—¡No hay tiempo para eso! Brìghde está en peligro, y si vosotros, que no sois capaces de distinguir a un aliado de una amenaza, no vais a ir a buscarla, ¡lo haré yo!

Se giró, dispuesto a marcharse con sus hombres, pero Alistair le cortó el paso con su espada.

—¡Explícate! —rugió, la amenaza clara en su voz—. Y más vale que sea rápido. Si mi prima corre algún peligro y estamos perdiendo el tiempo aquí, será culpa tuya.

Scot lo fulminó con la mirada, pero sabiendo que no tenía tiempo que perder, habló lo más deprisa que pudo para aclarar la situación:

—Hace tiempo que sospecho de mi padre. Desde la muerte de Roland, le he oído en innumerables ocasiones hablando con desprecio sobre tu gente. Me sorprendió que aceptara la invitación, así que empecé a vigilarlo de cerca. Sabía que tramaba algo, pero no el qué hasta que le vi mirar a tu prima la primera noche.

La desconfianza inicial fue reemplazada por un miedo tangible, asfixiante.

—Reuní a algunos de mis hombres y les ordené que vigilaran cada uno de sus movimientos —terminó diciendo.

—Me cuesta creer que hayas puesto vigilancia a tu propio padre —replicó Alistair.

—No me importa lo que creas. Le he visto hacer cosas peores, y sé que está decidido a cobrar venganza de una forma u otra.

El silencio que siguió fue sofocante. La tensión entre los hombres de ambos bandos parecía a punto de estallar. Kieran, ahora plenamente consciente de lo que Scot estaba sugiriendo, rompió el silencio con voz fría y asesina:

—¿Dónde está Brìghde?

La respuesta de Scot fue interrumpida por unos gritos provenientes de la zona de celebraciones.

Los hombres cortaron en seco su enfrentamiento y se dirigieron a toda prisa hacia el origen del ruido, con el corazón acelerado por el pánico.

Al llegar, se encontraron con una multitud que rodeaba a un hombre herido. Caminaba cojeando, con la cabeza gacha, y en su talón se distinguía una herida profunda. El tendón de Aquiles colgaba inerte, empapado en sangre que no paraba de manar.

—¡Elliot! —exclamó Scot, corriendo hacia él con el rostro lleno de preocupación—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el resto?

Este levantó la cabeza al oír la voz de su líder, mostrando un rostro pálido y salpicado de sangre. Sus prendas estaban manchadas y goteaban el líquido rojizo.

—Muertos —dijo con un hilo de voz.

La multitud jadeó, horrorizada. Varios guerreros se movieron con decisión y dirigieron a los presentes al interior del castillo.

—¿Muertos? ¡¿Qué ha pasado?! —insistió Scot, cada vez más alarmado.

Kieran se fijó que Elliot tenía la mano cerrada, con algo sobresaliendo de sus dedos.

—¿Qué tienes ahí?

Elliot no fue capaz de responder. Su rostro palideció aún más, mientras la sangre en su ropa seguía aumentando. Kieran se agachó y tomó el papel de su mano, mientras Scot y varios hombres más improvisaban una camilla.

Desenrolló la nota y la leyó rápidamente, sintiendo que el mundo se abría bajo sus pies.

Alistair, que había observado la escena con la espada en alto, aún alerta, le quitó el papel de las manos. Su rostro reflejó el mismo impacto, pero a diferencia de Kieran, se sobrepuso de inmediato.

Con un gesto firme, mandó reunir a todos sus hombres para una reunión de emergencia en el castillo.

La frase resonaba en sus mentes como un eco siniestro:

“La sangre siempre se paga con sangre.”

Habían fallado.

Habían fallado en protegerla.

Parte II

Capítulo 30

Un golpeteo rítmico, profundo, la arrancó del inconsciente.

Lo primero que escuchó fue un traqueteo incesante, como si algo se moviera con fuerza sobre un terreno pedregoso. La cabeza le martilleaba con un dolor sordo, como si su cráneo estuviera a punto de partirse en dos. Parpadeó lentamente, intentando abrir los ojos, mientras el golpeteo en su estómago continuaba. La luz, demasiado brillante, le provocó un punzante dolor en las sienes. A medida que tomaba consciencia de su cuerpo, sintió el roce de algo áspero en sus muñecas, un dolor agudo que se extendía hasta los hombros. Los tobillos estaban envueltos en la misma aspereza, y varias cuerdas más le rodeaban el tronco y los muslos, asegurando su agarre.

Poco a poco, fue distinguiendo unas voces masculinas, algunas de ellas vagamente familiares. El dolor en las costillas comenzaba a ser insoportable. Hizo una mueca e intentó cambiar de posición, buscando alivio.

De repente, la realidad le golpeó como un rayo: ya era de día; estaba boca abajo, atada al lomo de un caballo que galopaba con fuerza. Intentó mover los brazos y las piernas, pero las cuerdas le cortaron la circulación, clavándose como cuchillas en su carne.

—Vaya, vaya... mira quién ha despertado.

La voz rasposa y burlona le provocó un escalofrío. Alzó la vista como pudo, hasta encontrar el rostro de su captor: Murray Cochrane cabalgaba con la mirada fija en el horizonte, los ojos entrecerrados en una expresión que destilaba amenaza.

Distintos escenarios comenzaron a desfilar por su mente, pero todos compartían el mismo desenlace. Las lágrimas lucharon por escapar, en un miedo paralizante. Su respiración se volvió errática, y con cada inhalación, las costillas le punzaban dolorosamente.

—¿Qué está pasando? —logró preguntar, aunque su voz era apenas un hilo.

Murray la miró de reojo y esbozó una sonrisa torcida.

—Pronto lo sabrás.

El incesante vaivén del caballo, junto con el terror que la invadía, le provocó un malestar creciente. Las arcadas la sacudieron, pero no llegó a vomitar, lo que solo podía significar una cosa: estaban lejos de su hogar, y llevaban horas cabalgando sin detenerse.

Capítulo 31

Castillo MacLeod
Unas horas antes

Sentado en su asiento, Fergus MacLeod escuchaba distraído los murmullos de los presentes. Los laird que habían acudido al festejo formaron rápidamente un consejo especial, sentados a su lado, mientras una treintena de hombres se agrupaba en sus respectivos clanes frente a ellos.

Momentos antes, Fergus estaba en su alcoba redactando unas misivas urgentes. Un criado había irrumpido jadeante, pero antes de que terminara de hablar, Fergus ya estaba de pie, vistiéndose apresuradamente. Se encontró con Alistair en el salón principal, y en cuanto lo vio, este lo puso al corriente de lo sucedido.

—Deberíamos aprisionar al hijo de Murray y exigir un intercambio —gritó uno de los presentes.

—¡Esto es un ataque contra nuestro laird y nuestro clan! —siguió otro.

El laird continuó sumido en sus pensamientos, mientras los demás discutían acaloradamente.

Conforme pasaban los minutos, Alistair comenzaba a impacientarse.

—Abuelo, tenemos que actuar rápido —sugirió en voz baja, pero firme.

Este asintió con seriedad. Habló en voz baja a uno de sus hombres, que regresó momentos después acompañado de Scot. El joven estaba encadenado de pies y manos, y sus ojos y pómulos lucían marcados por moretones oscuros.

—Joven muchacho, dame una razón para no despellejaros a ti y al resto de tu clan ahora mismo y hacer de vuestra carne comida para los perros —gruño Fergus, con una voz grave y autoritaria.

Scot alzó la cabeza y lo miró directamente a los ojos, sin dejarse intimidar. Escupió la sangre que se había acumulado en su boca

antes de responder con firmeza:

—Mis hombres y yo no tenemos nada que ver con esto. Debéis creerme: estamos perdiendo el tiempo.

—¿Acaso decidir qué hacer con traidores no es lo suficientemente importante para ti? —exclamó el laird MacDonell, ofendido.

—No tanto como salvar a Brìghde —replicó Scot.

Fergus lo observó con atención.

—¿Qué interés tienes tú en ella, que te atreves a mencionar su nombre?

Scot exhaló con cansancio, harto de justificar su inocencia. Con un leve temblor en la voz, explicó:

—Mi interés en ella es meramente amistoso —hizo una pausa breve antes de añadir, en un tono más oscuro—. Comparado con lo que he vivido a manos de mi padre, sus amenazas no me asustan, laird MacLeod.

El silencio se extendió por la sala.

La fama de Murray Cochrane era bien conocida: sus métodos de justicia eran crueles, y Fergus había sido testigo en más de una ocasión de las atrocidades que cometía. Seguramente por ello, no dudaba en dejar clara su inclinación hacia su primogénito, cuyo carácter era bien parecido al de su padre. A Scot, en cambio, lo recordaba como un niño reservado, que solía ocultarse detrás de las faldas de su madre cuando veía a algún extraño.

—Abuelo, mis hombres están preparados —insistió su nieto.

Fergus levantó una mano para indicarle que esperara y se volvió hacia Scot.

—¿Tienes idea de dónde la ha llevado?

—A la fortaleza —afirmó tajante.

—¿A la fortaleza? ¡Tremendo embustero! —gritó otro laird, poniéndose de pie—. Fergus, este muchacho nos está haciendo perder el tiempo.

—¡No es verdad! —gritó Scot, al borde del colapso—. Mi padre no se escondería después de enviar esa nota. Están de camino a la fortaleza, os lo aseguro.

Kieran ya no pudo contenerse y rompió su silencio.

—Laird MacLeod, si este joven dice la verdad, debemos enviar a nuestros hombres de inmediato. No sabemos si buscan un rescate o…

La voz de Kieran se quebró. La idea de perder a Brìghde lo llenaba de desesperación.

—No la matará —dijo Scot en un susurro audible—, aún.

Un grito femenino rompió el silencio.

Fiona, que había estado oculta tras una columna, salió con el rostro pálido de rabia y desesperación.

—¿¡Qué quieres decir con eso!?

Alistair la sujetó del brazo antes de que se abalanzara sobre Scot. Aunque se resistió al principio, acabó cediendo, pero se quedó junto a él, con los ojos fijos en el joven.

Él le dirigió un gesto compungido antes de volverse hacia Fergus. Intentó hablar, pero este lo mandó callar con un gesto.

—Alistair, preparaos para partir —ordenó, con un tono duro que apenas escondía su preocupación—. Y llévate a Scot contigo.

—¡¿Cómo?!

—No puedes adentrarte en sus dominios sin correr el riesgo de ser atacado. Necesitas a alguien que conozca el terreno. Con él, podréis avanzar más rápido y esconderos mejor.

Alistair lanzó una mirada cargada de desconfianza a Scot, pero acabó asintiendo.

—Tus hombres permanecerán aquí hasta que traigas a mi nieta. La quiero sana y salva, ¿entiendes?

Scot asintió solemnemente.

—Haré todo lo posible.

—Lo harás todo —respondió el laird, con una amenaza implícita.

—Voy con vosotros —intervino Kieran.

Fergus negó con la cabeza.

—No pienso arriesgar la vida del único hijo de James.

—Déjeme partir con ellos, laird MacLeod; la seguridad de Brìghde también es asunto mío.

Dio un paso hacia Fergus, sus ojos brillantes por la determinación, y habló un tono más bajo:

—Cuando regrese con ella, me gustaría solicitarle una audiencia privada.

Fergus alzó una ceja, consciente de la implicación de sus palabras.

—Tráela de vuelta, y tendrás lo que deseas.

En medio del llanto, Fiona le rogó:

—Sálvala, Kieran. Por favor.

Poco después, el grupo estaba reunido en el exterior, listo para iniciar la misión.

Antes de partir, Fergus hizo una seña a su nieto para que se acercara. Alistair escuchó atentamente lo que este le decía, su ceño fruncido hasta que cedió a su petición.

Los hombres espolearon sus caballos y salieron hacia las tierras Cochrane, dispuestos a arriesgar sus vidas para traer de vuelta a la mujer cuyo destino estaba entrelazado con el de todos ellos.

Capítulo 32

El sol comenzaba su descenso desde lo alto cuando hicieron un alto en el camino. Fue desatada del caballo, cayendo pesadamente al suelo y golpeándose las rodillas. Un grito agudo se le escapó, pero no tenía fuerzas para levantarse. Había pasado tanto tiempo con las piernas flexionadas y atadas que las extremidades se sentían entumecidas, como si ya no le pertenecieran.

La arrastraron hasta un árbol cercano, rasgando su vestido durante el trayecto. Rogó en silencio que el camisón que llevaba debajo no estuviera tan dañado. La ataron al tronco, asegurando su cabeza erguida con una cuerda. Desde su posición inmóvil, observó cómo el grupo comía e intercambiaba bromas.

Su boca estaba seca por la deshidratación, pero no les daría el placer de suplicar. El estómago le rugía de hambre, pero lo peor era la creciente necesidad de aliviarse. A pesar de sus esfuerzos por contenerse, su cuerpo terminó cediendo. Las lágrimas resbalaron silenciosas por su rostro mientras sentía el líquido caliente descender por sus muslos. Ninguno de los hombres pareció percatarse de su humillación.

Cuando terminaron de comer, la arrastraron de vuelta al caballo sin una palabra.

Las siguientes paradas transcurrieron de manera similar: buscaban un sitio con muchos árboles, alejado de los caminos principales, y la ataban al tronco de uno. Poco a poco, se resignó a presenciar cómo los hombres comían e interactuaban entre ellos, ignorándola como si no existiera. En algunas ocasiones, soportó que algunos aliviaran sus necesidades cerca de ella, e incluso directamente sobre su falda. Cerraba los ojos e intentaba no respirar, pero el hedor era ineludible y terminaba invadiendo sus sentidos.

En una ocasión, las arcadas la vencieron y acabó vomitando lo poco que quedaba en su estómago. Parte del contenido cayó sobre los zapatos de uno de los hombres, quien regresó al grupo en

silencio. Cuando Murray se acercó con el rostro tenso, Brìghde tembló tanto que sus dientes comenzaron a castañetear.

—Sucia *sassenach* —murmuró Murray con desprecio, antes de propinarle un golpe repentino en la mejilla que la dejó aturdida.

Excepto Murray, ninguno de los hombres hacía el más mínimo intento de interactuar con ella, salvo para arrastrarla entre el caballo y el árbol. Ni siquiera cuando el vestido y el camisón terminaron por rasgarse, dejando expuesto el camino entre su espalda y piernas, hicieron comentario alguno. Por un lado, fue un alivio no tener que soportar insultos degradantes, pero el trato silencioso y la sensación de abandono no hacían más que empeorar su angustia. Brìghde dejó de llorar cuando la noche cayó y la menguante luz de la luna apenas iluminaba el camino.

Los caballos comenzaban a mostrar signos de fatiga, pero los jinetes los obligaban a seguir adelante, tirando bruscamente de las riendas. Brìghde intentaba mantenerse despierta, pues cuando el sueño la vencía, Murray la despertaba con golpes en las partes descubiertas de su cuerpo. Varias veces perdió el conocimiento debido al dolor y al agotamiento.

Al amanecer del segundo día, el grupo hizo una última parada.

Brìghde estaba exhausta. Sus labios partidos sangraban por la deshidratación, y el hambre le provocaba un dolor agudo que se sumaba al de las agresiones recibidas. El instinto de supervivencia fue más fuerte que sus convicciones y, temblando, imploró un poco de agua desde su posición amarrada.

Pensó que la ignorarían, como habían hecho hasta entonces, pero para su sorpresa, Murray se levantó con la cantimplora en la mano y se acercó a ella.

—Tienes suerte —dijo con una voz que le heló la sangre—. Hoy me siento generoso.

Aflojó las cuerdas que le sujetaban la frente y el tronco, permitiéndole un mínimo de movimiento. Le tendió la cantimplora, y Brìghde, desesperada, abrió la boca esperando recibir el agua que tanto ansiaba.

Murray esbozó una sonrisa cruel y vació el contenido en la tierra, formando un pequeño charco a su lado.

—Si tanta sed tienes, bebe —sentenció, antes de volver con sus hombres.

No tuvo que insistir ni obligarla. La necesidad de saciar su sed era tal, que acabó sorbiendo el agua lodosa, sintiendo cómo la poca dignidad que le quedaba se desvanecía entre sollozos.

Capítulo 33

Cabalgaron sin descanso, el ambiente cargado de una tensión cortante. El frío, el hambre y la sed habían quedado relegados a un segundo plano. Solo se detuvieron cuando los caballos redujeron el paso, exhaustos.

Al adentrarse en sus tierras, Scot los guio por los atajos que conocía, y el resto de los hombres lo siguió en silencio.

Alistair agradecía que mantuvieran cierta distancia unos de otros; de lo contrario, podrían haber notado las lágrimas que comenzaban a deslizarse por su rostro. Había repasado los acontecimientos de los últimos días una y otra vez, maldiciendo su propia estupidez con cada recuerdo.

Cuando Brìghde le confesó que se sentía observada, su primera sospecha recayó en el clan Cochrane. Los MacLeod habían tenido disputas con otros clanes en el pasado, pero ninguna era tan reciente y cargada de resentimiento como la que habían tenido con ellos. Aunque su prima insistía en que había algo extraño en Scot, Alistair no terminaba de estar convencido. Accedió a que Kieran se encargara de vigilarla, mientras él llevaba a cabo sus propias investigaciones.

La noche del banquete, solicitó hablar en privado con su abuelo. Cuando expuso sus preocupaciones, Fergus exhaló profundamente antes de revelar una verdad que lo dejó helado.

—Sabía que esto podría pasar, Brìghde es la viva imagen de Isobel.

—¿Qué tiene que ver tía Isobel con esto, abuelo?

—Cuando cumplió dieciséis años, Murray me pidió su mano —continuó Fergus, antes de hacer una breve pausa—. Lo rechacé. El clan Cochrane era poderoso, pero tu tía era joven y… —Vaciló, como si las palabras le pesaran demasiado.

Alistair aguardó en silencio, sin interrumpir.

—Todos conocemos las historias que rodean a los Cochrane. Gregor, el padre de Murray, sobrevivió a seis esposas. Todos sus

hijos murieron en extraños accidentes, salvo Murray. Lo conocía desde joven y siempre hubo algo en él que me hizo desconfiar.

—¿Cómo se tomó el rechazo? —preguntó Alistair, sintiendo cómo se le formaba un nudo en el estómago.

Fergus levantó la cabeza y lo miró a los ojos, con una seriedad que cortaba el aire.

—Mejor de lo que esperaba. Dijo que el matrimonio podría fortalecer la relación entre nuestros clanes, pero que también podría hacerlo la amistad. Se casó con Eleanor Fraser poco después, pero nunca dejó de mirar a Isobel de una manera que me inquietaba profundamente.

El silencio se extendió entre ellos, mientras Fergus parecía debatirse consigo mismo. Finalmente, continuó:

—Con el tiempo, Isobel huyó con Arthur a Inglaterra y debo admitir que me sentí aliviado, pues los años demostraron que mis sospechas no eran infundadas. Murray adquirió fama por sus… aficiones. Y Eleanor… —Su voz bajó un tono—. Bueno, su muerte sigue sin esclarecerse del todo.

—¿Crees que secuestraría a Brìghde porque amaba a Isobel? —preguntó Alistair con atención.

—No se trata de amor. La secuestraría para infligirnos el mismo dolor que él ha cargado toda su vida. Querría matarme a mí y destruir a Isobel. Esa es su verdadera venganza.

Sus palabras fueron un mazazo para Alistair, quien apenas podía procesar lo que acababa de escuchar.

Acordaron que varios hombres de Fergus seguirían de cerca los movimientos de Murray, mientras Kieran y Alistair centrarían su atención en Scot.

La noche del rapto, Alistair y varios guerreros más estaban desplegados alrededor de la zona de festejos, fingiendo naturalidad. Para cualquiera que lo conociera poco, Scot mantenía un rostro sereno y un porte calmado. Pero para Alistair, la leve tensión en sus hombros y las miradas esquivas eran señales claras de que algo no estaba bien.

Pasada la medianoche, un criado se había acercado a Alistair con un mensaje: Fergus quería hablar con él en sus aposentos. Cuando

llegó, Fergus, visiblemente cansado, le informó que el laird Cochrane se había retirado a su alcoba y estaba siendo vigilado por uno de sus hombres. Alistair se marchó más tranquilo, decidido a seguir observando de cerca a Scot.

Lo que no habían previsto era que Fergus ya no tenía el instinto afilado de antaño. No se dio cuenta de que el criado que había enviado a buscar a Alistair llevaba apenas unos días trabajando en el castillo.

Ahora, mientras cabalgaba a toda velocidad, se culpaba por no haber notado lo obvio. No sabía si había sido el mismo criado quien envenenó las bebidas del guardia, pero cuando todo salió a la luz, encontraron su cadáver en el pasillo, frente al cuarto de Murray.

El peso de la traición lo sofocaba. No podía soportar la idea de que los hubieran burlado de una manera tan sencilla. Pero, sobre todo, no soportaba pensar que, en ese preciso momento, su prima estuviese sufriendo los horrores que tanto temían Fergus y él.

Kieran había dejado de sentir los estribos bajo sus pies y las riendas en sus manos. El escalofrío inicial se había transformado en un frío que le calaba hasta los huesos. Pero no era un frío externo; emanaba de su interior, extendiéndose como una sombra que lo entumecía por completo. Su mente, incapaz de procesar del todo lo sucedido, estaba atrapada en una niebla densa que bloqueaba cualquier pensamiento coherente.

Desde que habían comenzado el viaje, había seguido las indicaciones de los demás de manera automática, su cuerpo moviéndose por inercia, vacío de voluntad. La energía habitual que lo caracterizaba, aquella que solía llenar el ambiente a su alrededor, estaba agotada. Lo poco que le quedaba lo empleaba en mantener a raya la imagen que continuamente golpeaba su mente: Brìghde, sonriente y sonrojada.

Esa imagen insistía en abrirse paso, pero él la reprimía con toda su fuerza, pues cada vez que la visualizaba, algo lo desgarraba desde dentro.

Scot conocía bien aquella sensación. Había estudiado cada movimiento, cada gesto, cada sonido que la bestia emanaba, hasta que ambos parecían uno solo. Había moldeado sus músculos y su carácter a la par, forjándose con el propósito desesperado de convertirse en la persona que siempre había rezado que lo salvaría de su realidad.

Ahora, los crueles hilos del destino se habían trenzado para ofrecerle una segunda oportunidad. En el pasado, no había sido capaz de proteger a la persona que más amaba. Había dejado que el pánico y la desesperación dictaran su proceder, transformando sus peores miedos en una verdad imposible de borrar.

No volvería a suceder.

Capítulo 34

Despertó sobresaltada al caer del caballo. Permaneció inmóvil en el suelo, con la cabeza gacha, esperando a que la arrastraran, pero nada ocurrió. Alzó la cabeza al no comprender el repentino cambio de rutina, y un estremecimiento la recorrió.

Frente a ella se erguía imponente la puerta de madera de la fortaleza Cochrane, un edificio de tres plantas con torreones en cada esquina. Observó cómo sus captores conducían a los caballos hacia lo que supuso serían las caballerizas. Murray estaba ocupado dando órdenes a varios criados, quienes le lanzaban miradas furtivas. Una vez que el laird se adentró en la fortaleza, Brìghde quedó sola, tirada en el suelo. Intentó moverse, pero hacía horas que las fuerzas la habían abandonado.

Miró al cielo gris y, de forma inesperada, una risa nerviosa, apenas audible, escapó de sus labios, creciendo hasta transformarse en una carcajada descontrolada.

Dos criadas se acercaron con precaución.

—Milady —comenzó una de ellas, con voz suave.

No levantó la vista.

La risa seguía sacudiéndola, hasta que su frágil equilibrio se quebró y cayó de lado sobre la tierra encharcada. El frío del suelo en contacto con su piel la hizo reaccionar, y la risa fue menguando hasta convertirse en un quejido.

Las criadas aprovecharon el momento para cortar las ataduras con rapidez. Sin resistencia alguna, la ayudaron a ponerse en pie y, guiada por sus susurros amables, comenzó a caminar. Sentía las piernas entumecidas, y cada paso le provocaba un dolor agudo que se expandía por todo su cuerpo. Con cada peldaño, un millar de agujas se clavaban en sus músculos.

La hicieron entrar en una alcoba, donde le quitaron las tiras de tela que aún colgaban de su cuerpo.

Después, la condujeron hacia una bañera colocada frente a la chimenea, cuya luz cálida iluminaba la estancia. Al ver el agua, las

imágenes de lo sucedido horas antes en el camino invadieron su mente, y comenzó a respirar agitadamente.

—Está a salvo —susurró una de las mujeres—. Por favor, entre en la bañera.

Fue sumergiéndose lentamente, primero un pie, luego el otro.

El agua caliente aliviaba y tensaba sus músculos al mismo tiempo. Se quedó de rodillas, evitando el contacto de su espalda y caderas con la superficie áspera de la bañera. Comenzaron a enjabonarla, y el familiar aroma a lavanda le produjo unas náuseas.

El agua templaba su dolor, pero cada roce con las heridas abiertas le recordaba lo que había sufrido, tensándola de nuevo.

Cuando consideraron que estaba lo suficientemente limpia, la ayudaron a ponerse de pie y la vistieron con un camisón blanco que le llegaba hasta los pies. Luego la llevaron hasta un asiento frente al espejo. Una de ellas se retiró, mientras la otra se quedó peinándola con cuidado, tratando de no infligirle más dolor. Brìghde se dejó hacer, incapaz de levantar la vista. No soportaría la imagen que el espejo le devolvería.

Pasado un rato, la otra criada regresó con una bandeja.

Brìghde la examinó con recelo, sopesando la posibilidad de que el plato que le habían dispuesto estuviera adulterado, pero el hambre fue más fuerte que el miedo. Comenzó a comer con avidez, hasta que una mano femenina se posó sobre la suya, deteniéndola.

—Si come tan rápido, acabará vomitando —dijo, mirándola a los ojos.

Aunque sus tripas protestaron, obedeció. Cuando terminó, las criadas recogieron la bandeja y salieron de la habitación, dejándola sola de nuevo. Aquel breve contacto había sido la única muestra de amabilidad que había recibido durante días, y ahora el vacío de la soledad volvía a rodearla.

Se deslizó bajo las sábanas, tumbándose boca abajo para evitar presionar las heridas que marcaban su cuerpo. El dolor físico era intenso, pero no alcanzaba a compararse con el miedo que crecía y se retorcía en su interior.

El cuidado que le habían dado solo podía significar una cosa: no tardarían en volver para destruirla.

Capítulo 35

Unos suaves toques en el hombro la despertaron, emitiendo un débil quejido en protesta. Los toques se volvieron más insistentes hasta que lograron su cometido. Parpadeó un par de veces antes de ver una figura desconocida junto a ella.

La realidad la golpeó con fuerza. No estaba en casa, sino atrapada en una fortaleza.

Se incorporó de golpe, gimiendo de dolor. Observó con más detenimiento a la muchacha. Su juventud, los grandes ojos azules que enmarcaban su rostro, y que en ese momento la observaban con descarada curiosidad, así como su cabello azabache, le recordaron a Fiona, lo que le provocó una punzada de angustia.

La criada le indicó con un gesto que bajara de la cama y la guio hasta la mesa, donde había depositado una bandeja con un bol de gachas y lonchas de queso.

—Gracias —titubeó Brìghde.

Ella asintió en respuesta.

—Me llamo Brìghde Sinclair.

La joven la miró con el rostro tenso unos segundos antes de salir apresurada de la habitación.

Suspiró frustrada. Parece que volvían al trato distante.

Aun así, aprovechó que estaba sola para analizar la habitación.

Reconocía la chimenea de la noche anterior, frente a la cual seguía la bañera, aunque esta vez vacía. A un lado, la cama se alzaba con mesitas de madera a ambos lados, y en una esquina había un espejo de cuerpo entero. Mientras comía, las imágenes de los últimos días la invadieron, provocándole una oleada de náuseas, pero se contuvo, pues no sabía si volvería a comer pronto. Sus manos estaban cubiertas de pequeños cortes.

Inhaló profundamente, tratando de reunir todo el valor que le quedaba, y fue hasta el espejo.

El dolor de las heridas le hacía intuir su localización, pero enfrentarse a su reflejo le heló la sangre. Tenía el ojo derecho rojo y

alrededor de la sien se formaban moretones oscuros. Su mejilla estaba hinchada y cubierta de más moretones, de diversos colores, que se extendían por su cuello. Una fina línea rosada le cruzaba la frente de lado a lado, un cruel recordatorio de la cuerda que la aprisionó a los árboles. Se fijó en sus muñecas y tobillos, donde presentaba líneas de un color similar, pero la piel había comenzado a despellejarse.

Con el corazón encogido, se levantó el camisón.

Las lágrimas brotaron al ver en qué estado se encontraba. Su abdomen, habitualmente pálido, estaba cubierto de manchas moradas, verdes y amarillas. Giró un poco sobre sí misma y aspiró bruscamente. La espalda, desde los hombros hasta las caderas, estaba al rojo vivo, como si la piel estuviera abrasada. Cerró los ojos horrorizada, pero se obligó a abrirlos de nuevo y enfrentarse a su realidad.

Lentamente, el shock que la había acompañado todo el trayecto dio paso a la ira, que emergía desde lo más profundo de su ser. Le costaba entender cómo su vida había cambiado tanto y tan rápido, esta vez para perjudicarla. Nunca había sentido un dolor tan intenso, pero lo que más la inquietaba eran las heridas internas, aquellas que no sanarían fácilmente con el tiempo.

Se esforzó por recordar los hechos anteriores a su captura, buscando alguna señal de advertencia, algo que pudiera haber hecho para evitarlo, pero su memoria solo alcanzaba los momentos junto a las hogueras: la música, las risas de sus amigas... y Kieran. Su rostro llegó a ella como un bálsamo, encendiendo una débil chispa de esperanza en su interior. Se aferró a ello, apartando los recuerdos de su último intercambio de palabras, pues solo la frenarían.

Pensó en su familia, y en lo preocupados que debían estar. Fiona estaría destrozada y Duncan no entendería qué había pasado. Pero lo que más temía era la reacción de su madre. No estaba segura de que pudiera soportar la pérdida de un hijo.

Al pensar en ello, frunció el ceño.

"¿En qué momento había asumido que esta sería su muerte?"

Sabía que estaba en una situación delicada, pero tenía claro que a estas alturas habría una patrulla destinada a rescatarla.

"A no ser que…"

Se estremeció al pensar en que pudiesen haberle tendido una emboscada a su familia aquella noche. La idea le partía el alma, pero la apartó rápidamente. No podía permitir hundirse en el miedo.

Decidida a no quedarse de brazos cruzados, comenzó a rebuscar por el cuarto cualquier objeto que pudiera utilizar para defenderse. Tras un rato de examinar cada rincón, exhaló frustrada y se dejó caer en la silla. Sus heridas se quejaron ante el impacto, arrancándole un pequeño gemido de dolor.

Pero eso le dio una idea.

Se acercó a la bañera y palpó la superficie áspera de la madera, a pesar de la incomodidad que le provocaba. Al cabo de un rato, sus dedos encontraron lo que buscaba: una astilla. Era fina, de un palmo de largo, pero una oportunidad, al fin y al cabo. Algo pequeño para sentir que tenía la posibilidad de defenderse. Escuchó unos pasos fuera de la puerta y se apresuró a esconder la astilla bajo el colchón.

Cuando tocaron a la puerta, estaba sentada de nuevo en la silla, fingiendo que terminaba de comer. La criada de antes entró en la habitación con la cabeza gacha y fue a recoger la bandeja. Justo cuando estaba a punto de salir, Brìghde volvió a preguntar por su nombre.

La joven frenó su marcha y se volvió lentamente hacia ella. La miró un instante, pero acabó girándose hacia la puerta.

Anticipando esa respuesta, Brìghde se levantó rápidamente del asiento y corrió hacia ella, cerrando la puerta de un empujón. La criada se sobresaltó y la observó con los ojos llenos de preocupación.

—Te ruego que me disculpes —habló con recato—. No es mi intención causarte ningún infortunio, pero me gustaría saber el nombre de la persona que me está atendiendo.

Esta no respondió.

Pasados unos instantes, Brìghde exhaló el aire que había estado reteniendo y, resignada, se apartó para liberar su camino.

—De acuerdo, no es necesario que me hables —murmuró con tristeza —. Casi nadie me dirige la palabra ya.

Al verla vacilar, pensó que respondería, pero en lugar de eso, se alejó en silencio por el pasillo, sin decir una sola palabra.

Con la puerta entreabierta, asomó la cabeza, comprobando que no había nadie cerca. Pensó en salir de la alcoba, pero el miedo la paralizó. El recuerdo de los golpes y las humillaciones seguía demasiado fresco en su mente.

Tras una breve lucha interna, se volvió a encerrar y se tumbó en la cama, intentando controlar su respiración agitada.

Capítulo 36

—¿Cuánto tiempo más debemos esperar? —exclamó Alistair, alzando los brazos en señal de frustración—. Llevamos demasiado tiempo escondidos, ¿cuál es el problema?

Scot le indicó que bajara la voz.

Aunque la posición que había elegido —un claro al pie de un montículo, desde donde podían observar la fortaleza sin ser fácilmente detectados—, no descartaba que su padre hubiese mandado guardias a vigilar los alrededores.

Kieran le lanzó una mirada fría, carente de emoción.

—Esto es ridículo. Más te vale que esto no sea una emboscada, o lo lamentarás.

Scot rodó los ojos antes de responder con un toque de sarcasmo:

—Claro, porque lo que le falta a mi clan es entrar en guerra no solo con los MacLeod, sino también con los MacGregor.

Alistair resopló y se sentó sobre una piedra.

Kieran caminaba en círculos, ideando una y otra vez cómo mataría a Murray; todavía no tenía claro qué destino merecía su hijo.

Este, por su parte, vigilaba los accesos a la fortaleza.

La falta de lluvia facilitó seguir el rastro de la comitiva de Murray sin dificultad. Estaba seguro de que habían tomado el camino correcto, utilizando los atajos que conocía desde siempre, algunos de ellos rara vez transitados por los aldeanos. Suponía que ya estarían dentro de la fortaleza, pero no podía permitirse bajar la guardia, pues conocía bien los movimientos de su padre.

Por muy cansado que estuviera tras el viaje, la excitación que le provocaba cazar a su presa lo mantenía enérgico durante días. Debían esperar un momento de descuido para llevar a cabo su misión.

—Aguardemos un poco más —volvió a decir, sin desviar su atención de la vivienda.

Luego, añadió en voz baja, más para sí mismo:

—Debéis confiar en mí, por mucho que os cueste.

Durante el trayecto, Scot hizo todo lo posible por mantener la calma, apartando la inquietud que amenazaba con desbordarle. Solo hablaba para indicar por dónde debían continuar el recorrido. A pesar de ello, desde que había divisado la fortaleza, esa inquietud había eclosionado, dando paso a un nerviosismo creciente que a duras penas conseguía ocultar.

Desvió la mirada por un fugaz instante a su pie derecho, que temblaba ligeramente, y le ordenó que parara, pero no obedeció. Cerró los ojos y suspiró, rogando para sus adentros que su plan tuviese éxito.

Capítulo 37

El sol de mediodía iluminaba la estancia vacía, excepto por la figura femenina que se encontraba sentada en el suelo, entre la cama y la pared.

Se había colocado bajo una pequeña ventana que daba al exterior, en un intento por sentir que tenía algo de control sobre la situación. Si alguien entraba, al menos podría reaccionar unos segundos antes de que la encontraran. Los rayos de sol bañaban su cuerpo, su calidez acariciando su piel como una suave caricia. Había permanecido en esa postura todo el tiempo que su adolorido cuerpo le permitió, abrazándose a sí misma para sentirse acompañada.

Un ruido familiar la sacó de sus pensamientos. Alzó la cabeza por encima del borde de la cama y vio a la criada del día anterior entrar sigilosamente, portando una bandeja de comida.

Al menos la mantenían alimentada, aunque la idea le provocaba escalofríos. Dudaba que Murray tuviese buenas intenciones.

Se apoyó en el lateral de la cama y tomó impulso para ponerse en pie. Fue hasta la mesa, donde se sentó con un suspiro dolorido. La comida la esperaba como de costumbre, pero esta vez la criada permaneció a su lado. Levantó la vista hacia ella, notando un leve destello de emoción en sus ojos; la joven alternaba la mirada entre Brìghde y la bandeja.

Arrugó la frente, desconcertada, pero siguió la dirección de su mirada. Allí, junto al pan, había una pequeña rama de romero fresco.

—Gracias, supongo… No suelo acompañar la sopa con romero, pero si es una costumbre de la zona…

La joven negó enérgicamente con la cabeza y se llevó la ramita al pecho. Tras unos instantes de vacilación, Brìghde comprendió lo que estaba intentando transmitirle.

—Te llamas Rosemary —dijo emocionada.

La muchacha asintió con una sonrisa. Brìghde quiso corresponderle el gesto, pero no fue capaz.

—¿No… no puedes hablar? —preguntó, intentando no parecer indiscreta.

Rosemary negó suavemente con la cabeza.

—Pues empecemos de nuevo —respondió, un poco más animada —. Soy Brìghde Sinclair. Encantada de conocerte.

La criada respondió con una leve inclinación y abandonó la estancia con una leve sonrisa.

Cuando acabó de comer, Brìghde comenzó a dar vueltas, inquieta. Su mente saltaba de un pensamiento catastrófico a otro, imaginándose lo peor, pero intentaba apartarlos para centrarse en las posibilidades de sobrevivir.

Al cabo de un rato, fue sorprendida por Rosemary, quien entraba de nuevo en la alcoba, portando otra bandeja.

—Gracias, pero no tengo hambre —le dijo, sin poder ocultar la tensión en su voz.

Rosemary cerró la puerta con discreción y le indicó que se sentara en la cama. Brìghde la miró confundida y, en lugar de hacer lo que le indicó, se acercó a ella. Observó que portaba un vaso con unas ramitas fusionadas, cuyo olor reconoció, y al lado había un pequeño bol con ungüento y unas tiras blancas de lino.

Comprendió lo que quería hacer y asintió con una sonrisa. Se sentó en la cama y cerró los ojos, permitiendo que la asistiera. Algunas heridas habían comenzado a cicatrizar, pero otras supuraban, desprendiendo un olor desagradable. Brìghde agradeció que al menos le estuviesen ofreciendo ayuda, pues temía que no fuera Murray quien acabara con su vida, sino las heridas infectadas.

Con delicadeza, Rosemary limpió las heridas con agua fría y aplicó el ungüento. El contacto de la sustancia con su piel le provocó un intenso escozor, haciéndola apartarse bruscamente, pero enseguida se recompuso y le indicó que continuara. Esta vez se mordió la mejilla por dentro para evitar sobresaltarse, y el dolor era tan agudo que llegó a sentir el sabor metálico de la sangre.

Después, le colocó las vendas limpias en las zonas más afectadas. Brìghde le agradeció la ayuda con lágrimas en los ojos, notando cómo el escozor se transformaba en alivio.

Cogió el vaso con la infusión de menta y comenzó a tomar pequeños sorbos mientras la criada recogía los utensilios de la bandeja.

—Rosemary… ¿Está el laird en la fortaleza?

Esta asintió, con un destello de miedo en los ojos.

—¿Alguien te hizo esto? —preguntó con tiento.

La joven se tensó. Agachó la cabeza y salió apresuradamente de la estancia, sin despedirse.

Brìghde maldijo para sus adentros su curiosidad.

***

Durante las siguientes horas, la poca calma que había logrado reunir fue sustituida por una creciente incertidumbre. Hubo momentos en los que el llanto era incontrolable, y otros en los que no podía dejar de moverse inquieta por la habitación.

En su desesperación, había llegado a tumbar la bañera y rasgar el colchón con la astilla que había guardado, buscando cualquier cosa que pudiera serle útil. Pero el escrutinio solo sirvió para aumentar su frustración.

Tenía claro que no pensaba quedarse allí para siempre, pero sabía que intentar huir de día, con el laird en la fortaleza, era una misión suicida.

"¿Qué estará haciendo?"

"¿Por qué no ha venido a por mí?"

"¿Cuál es su plan?"

Dudaba de que su intención fuera encerrarla allí para siempre.

El trato que le había dispensado durante el viaje no parecía el de alguien que solo buscaría pedir un rescate. Nadie en su sano juicio trataría de ese modo a la persona que planea devolver a su familia sana y salva.

"No". *"Debe haber algo más"*.

No tuvo que esperar mucho para descubrirlo.

Las criadas de la primera noche irrumpieron en la habitación, tomándola por sorpresa. Se alegró de estar mirando por la ventana en ese momento, ya que no quería que la encontraran buscando en los rincones o debajo del escritorio.

—Milady, debemos prepararla para la cena—dijo una de ellas.

Las observó unos segundos: aunque ambas intentaban mantener un porte sereno, atisbó a ver algo más en sus ojos, algo que le costó descifrar.

Al comprender lo que insinuaban, un escalofrío de anticipación recorrió su columna y dio un paso atrás, preguntando con un hilo de voz:

—¿Con quién voy a cenar?

—Con el laird, milady —respondió la otra criada, evitando mirarla a los ojos.

Brìghde se tensó. Tragó saliva y asintió, dejando que las criadas la desvistieran. Una de ellas jadeó al descubrir las vendas sobre sus heridas supurantes. Se giró en respuesta y alcanzó a distinguir el breve intercambio de miradas entre las dos mujeres.

Rápidamente, le quitaron las vendas, provocándole un siseo de dolor. Le colocaron un nuevo camisón, esta vez sin volver a vendar sus heridas. Sonrió para sus adentros, agradecida de que alguien se hubiera preocupado por ella, pero rápidamente fue consciente de que eso podría traer consecuencias a la pobre criada.

Le colocaron un corsé apretado, y sobre él un vestido rojo con bordados dorados que le quedaba algo ancho en la cintura. Para disimular, le pusieron una cinta gruesa de color dorado que ataron en su espalda. Brìghde agradeció que no le hicieran usar zapatos, pues sus tobillos seguían hinchados por las cuerdas.

Descendió por las escaleras, guiada por las sirvientas, hasta que llegaron a la puerta del comedor. Las dos mujeres se inclinaron en una reverencia antes de retirarse. Brìghde permaneció de pie en el umbral, obligándose a mirar a los ojos al monstruo que le había infligido tanto dolor.

Capítulo 38

El laird Cochrane estaba sentado en uno de los extremos de la mesa, comiendo indiferente el plato de carne frente a él. A un lado habían dispuesto un plato similar junto a una copa.

La imagen le provocó una oleada de náuseas: se había aseado y vestido con ropas acorde a su posición, pero nada de eso podía ocultar lo que era en realidad.

Murray levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa que pretendía ser cordial, pero que solo consiguió erizarle la piel.

—Sentaros, lady Sinclair —dijo con voz aterciopelada.

Ella miró con una mezcla de desagrado y desconfianza hacia el sitio que señalaba, a su lado. Con la poca valentía que le quedaba, se sentó en el extremo opuesto de la mesa, lo que hizo que su captor soltara una breve risa nasal, divertido por el desafío.

—Como deseéis —aceptó con falsa resignación—. Parece que no tenéis hambre esta noche. ¿Acaso las criadas os han dado comida de más?

Se tensó y negó con la cabeza.

—Os recordaba más habladora —continuó él antes de llevarse la copa a los labios y dar un largo sorbo.

Brìghde permaneció en silencio, con las manos ocultas en el regazo, dándose suaves caricias en busca de calma.

Cuando reunió el valor suficiente, preguntó:

—¿Por qué?

Murray levantó una ceja y respondió con indiferencia:

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué estáis haciendo esto?

Él tomó otro bocado.

—Yo no estoy haciendo nada, querida.

Brìghde se alegró de no tener a mano sus cubiertos, pues sentía la imperiosa necesidad de clavárselos en el cuello. Apretó el vestido con las manos, intentando contener la rabia que amenazaba con desbordarse.

—Entonces, dejadme volver a mi hogar.

Murray percibió el cambio en su tono y esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—Este será vuestro hogar a partir de ahora.

Brìghde sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies, pero no pensaba amilanarse.

—Sabéis que vendrán a por mí, laird Cochrane —dijo con voz trémula.

Su siniestra sonrisa se ensanchó.

—Lo sé.

—Yo no le he hecho nada.

Murray dejó los cubiertos y se limpió la boca con unos movimientos deliberadamente pausados, incrementando su nerviosismo.

—Ahí radica vuestro error. Tal vez hayáis engañado a los demás, pero no a mí.

Brìghde frunció el ceño, sin entender el rumbo de la conversación.

—Sois igual que vuestra madre —añadió él, observándola con los ojos entrecerrados.

—¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Vuestra madre... ¡oh, Isobel! Era una belleza. Me cautivó desde el primer instante. ¿Sabéis que llegué a pedir su mano?

Brìghde permaneció callada, sin creer lo que escuchaba.

—Pero Fergus me la negó; decía que era demasiado joven para desposarse. Me dolió, claro... pero lo acepté.

—¿Por qué me contáis esto? Yo no soy mi madre —susurró, sintiendo un nudo en el estómago.

—Imaginaros mi sorpresa cuando supe que Isobel había huido con otro hombre... ¡Un maldito *sassenach*!

Escupió al suelo con desprecio, lo que hizo que Brìghde se sobresaltara y su temblor se intensificara.

—Rechazarme por un asqueroso *sassenach*... —continuó con veneno en su voz —. Vuestro abuelo, que tanto odiaba a los ingleses, permitió que se casara con uno y huyera a Inglaterra. Quise ir a buscarla, salvarla de su deshonra, pero la vida tenía otros designios para mí.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —tartamudeó, cada vez más aterrada.

Murray la fulminó con una mirada gélida.

—Os parecéis tanto…

Se levantó pesadamente y caminó hasta colocarse detrás de ella, inclinándose para rodear su cuello con un brazo y susurrarle al oído:

—Imaginad mi sorpresa al hallaros en el banquete. Mi dulce y delicada Isobel, aquella que jamás habría de traicionar su patria de tal modo, había regresado a mí.

Brìghde empezó a sollozar, atrapada en el miedo.

—Os observé... cada movimiento, cada gesto. Erais tan hermosa, tan grácil. Pero, al final, resultasteis ser otra decepción más —apretó su agarre, ahogándola lentamente—. Una ramera descarada, igual que ella.

Brìghde aferró las manos a su brazo, luchando por respirar, mientras su cuerpo comenzaba a ceder ante la presión. Justo cuando pensaba que perdería el conocimiento, Murray aflojó el agarre, permitiéndole coger aire.

—Os hallé con ese niñato MacGregor.

Su cuerpo tembló al escuchar el nombre. Murray apretó con más fuerza el brazo, llevándola al borde del desmayo. Aflojó el agarre justo antes, y con la otra mano colocó la punta de un cuchillo en su cuello, allí donde latía frenéticamente. Esperó, disfrutando el momento, hasta que la respiración de Brìghde se normalizó.

—Valiente mujerzuela —continuó, con una rabia contenida y amenazante—. Incluso le dejasteis entrar en vuestra alcoba.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas; la había seguido. Temiendo lo peor, reunió todas sus fuerzas y habló entre sollozos:

—Matadme entonces. ¿A qué esperáis?

Murray sonrió. Lentamente, deslizó el cuchillo hasta su pecho, presionando justo lo suficiente para hacer brotar una gota de sangre.

El dolor físico se mezcló con el emocional.

Abrumada, perdió el conocimiento.

Capítulo 39

Al caer la noche, los hombres avanzaron a paso rápido y silencioso, ocultándose tras la vegetación cuando esta lo permitía.

Scot les había advertido que no se dejaran engañar por los pocos guardias que verían; estaban bien entrenados. Siguieron avanzando hasta llegar a una zona boscosa, donde les indicó con la mano que lo siguieran.

Cuando alcanzaron un riachuelo, comenzaron el ascenso hasta su destino: un túnel abandonado, bloqueado por una verja de hierro oxidada. Tal y como habían acordado antes de la incursión, Scot se colocó a un lado y Alistair al otro. Hicieron una cuenta regresiva con los dedos y alzaron la verja al mismo tiempo, deslizándola hacia la izquierda. Se oyó un clic y la verja se abrió.

El hedor nauseabundo de las cloacas los envolvió al instante, pero aguantaron la respiración lo mejor que pudieron mientras avanzaban. Alistair contuvo las arcadas, evitando mirar el agua sucia que le mojaba hasta las rodillas. Aunque el túnel estaba completamente a oscuras, avanzaron con decisión, siguiendo las instrucciones que Scot les había dado antes: cincuenta pasos rectos, giro a la derecha, setenta y ocho pasos rectos, otro giro a la izquierda, ciento setenta y cinco pasos en línea recta y habrían llegado.

Cuando les explicó con tal precisión el camino a realizar, Alistair había alzado una ceja, incrédulo. Pero ahora, tras el segundo giro, agradecía su rigor metódico. El chapoteo de sus pasos y las respiraciones agitadas se mezclaban con el correteo de las ratas, asustadas por la aparición de intrusos en sus dominios.

A lo lejos, una débil luz indicaba el final del túnel. Redujeron el ritmo, moviéndose cautos para minimizar el ruido. Esperaron a que los sonidos exteriores se apagaran antes de abrir la puerta del túnel con cuidado, primero unos milímetros para asegurarse de que no había nadie y luego por completo. Emergieron en una pequeña y fría habitación. La oscuridad permitía intuir la silueta del techo

abovedado, unas estanterías llenas de botijos y varias cajas apiladas en las esquinas.

A la señal de Scot, avanzaron detrás de él hasta la puerta. Kieran se colocó a su lado, escuchando atentamente a través de la madera.

Silencio.

Desenfundaron las espadas con lentitud, colocándose en posición de ataque. Kieran comenzó a abrir la puerta, pero de pronto una sombra captó su atención.

Con una señal rápida a sus compañeros, Scot, que se había ocultado detrás de la puerta, la abrió de golpe. Kieran agarró con un movimiento ágil al guardia por el cuello, apretando con fuerza para impedir que gritara. Lo arrastró al interior de la bodega, mientras el otro cerraba de nuevo la puerta. Kieran siguió apretando hasta que sintió que el hombre se relajaba, perdiendo el conocimiento, y lo tumbó en el suelo. Lo ataron con unas cuerdas que habían traído y salieron al pasillo.

Scot tomó una de las antorchas de la pared y les indicó que lo siguieran. Caminaron con sigilo hasta las cocinas, donde escucharon voces femeninas y el sonido de objetos chocando y chapoteando. Esperaron a que las criadas les dieran la espalda y pasaron frente a la puerta abierta con rapidez, manteniendo las espadas pegadas a sus cuerpos, evitando cualquier ruido.

Al final del pasillo los recibió una escalera angosta. Scot subió primero; pasados unos segundos, les apremió a hacer lo mismo mediante unos golpes rítmicos en la pared. Llegaron a un pasillo más ancho, decorado con tapices que reflejaban los colores del clan y cuadros con escenas de batallas y retratos de antepasados.

—¡Eh! —exclamó una voz masculina a sus espaldas—. ¡Intrus...!

No terminó la frase. Uno de los hombres de Alistair, que a pesar de su gran envergadura había conseguido ocultarse en un hueco de la pared, lo atrapó por el cuello y lo degolló con rapidez. Arrastró el cuerpo hasta su escondite y, con un gesto sutil de cabeza, les indicó que el problema estaba resuelto. El resto del grupo asintió en agradecimiento y continuaron su camino, listos para lo que vendría después.

Capítulo 40

Un fuerte pinchazo despertó a Brìghde, que se tocó la cabeza emitiendo un quejido de dolor. Abrió lentamente los ojos y se incorporó en la cama. Tardó unos segundos en reconocer su nueva alcoba.

De repente, el recuerdo de lo sucedido antes de perder el conocimiento volvió a ella; el corazón comenzó a bombear frenético y salió apresurada de la cama. Al llegar al espejo, suspiró aliviada: llevaba el mismo vestido y no mostraba signos de daño, excepto un pequeño corte en la línea de su escote. Aunque había comenzado a cicatrizar, el roce con la piedra en su cuello le molestaba. La acogió en su mano y cerró los ojos, reprimiendo una carcajada amarga al recordar el momento en el que Kieran se la había entregado. En aquel momento, el desconcierto le había impedido reaccionar. Desconocía sus intenciones o si aún la recordaba, pero le echaba tanto de menos que dolía. Rogó para sus adentros poder verlo de nuevo, aunque fuese una última vez.

Unos toques al otro lado de la puerta la pusieron en alerta. Se giró rápidamente y vio a Rosemary entrar en la habitación sin levantar la vista del suelo. Portaba un cubo de agua en una mano y un objeto envuelto en telas en la otra. Cuando llegó hasta ella, pudo distinguir la coloración violácea en su pómulo y soltó un jadeo horrorizado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con la voz llena de preocupación.

Ella negó con la cabeza, restándole importancia. Dejó el cubo de agua y los paños en el suelo y le indicó que se diese la vuelta para desnudarla. Brìghde se dejó hacer, observándola de tanto en tanto por el rabillo del ojo.

Cuando estuvo completamente desvestida, le pidió que esperara un momento y volvió al espejo. Las heridas presentaban mejor aspecto, pero eso no era lo que más le preocupaba. Bajó la vista por su cintura, comprobando con sosiego que no había rastro reciente de sangre entre sus muslos.

Rosemary comprendió su preocupación y movió la cabeza en señal de negación, pero cuando le señaló la cama, Brìghde palideció de inmediato.

—¿Cuándo?

La muchacha le señaló la bañera y el cubo de agua que había traído.

—¿Me vas a preparar para que venga aquí?

Rosemary asintió de nuevo. Brìghde cerró los ojos e inhaló profundamente, dejando que las lágrimas brotaran sin control. Había intentado no pensar en esa posibilidad, rogando que el sadismo de Murray superara sus deseos carnales, pero después de lo que había escuchado en la cena, ya no le quedaban dudas de lo que pasaría.

Con lentitud, se introdujo en la bañera vacía y dejó que Rosemary la fuera limpiando. El familiar olor a lavanda le provocó unas náuseas que a duras penas controló. Cuando terminó de lavarla, la secó cuidadosamente con los trapos, evitando frotar las zonas más lesionadas. Brìghde le agradeció el gesto con una sonrisa temblorosa, mientras las lágrimas corrían por su rostro.

Tras colocarle un camisón, se dirigió a la puerta. Brìghde, que no había dejado de pensar en lo que le esperaba, le hizo una única petición. Tras unos segundos de duda, Rosemary asintió con gesto comprensivo y salió de la habitación, dejándola de nuevo envuelta en su soledad.

Capítulo 41

Avanzaron sigilosamente por el pasillo hasta la esquina que daba al recibidor. Escucharon unos pasos acercándose y retrocedieron rápidamente, pegándose a la pared para no ser vistos. Esperaron en silencio hasta que las pisadas se desvanecieron en la distancia. Entonces, Scot hizo una seña para que esperaran y se adentró tras la esquina.

Un quejido seguido de un golpe sordo rompió el silencio, poniéndolos en alerta. Como un reflejo sincronizado, desenvainaron sus espadas. Alistair echó un vistazo rápido y luego hizo una señal para que lo siguieran. Al doblar la esquina, se encontraron con Scot enfrentándose a uno de los guerreros Cochrane, ambos con las espadas alzadas. Otro hombre yacía en el suelo, con las tripas abiertas.

—James, no me obligues a matarte —amenazó Scot, con gesto contrariado.

El guerrero lanzó un rápido vistazo a Alistair y los demás antes de escupir con furia:

—Sois un traidor.

Sin más advertencia, se abalanzó sobre Scot, quien esquivó el ataque con un ágil movimiento lateral. Aprovechó que su contrincante había dejado su espalda desprotegida para asestarle un golpe, pero el otro se giró rápidamente y bloqueó el ataque con su espada.

El sonido del acero resonó en los pasillos, atrayendo la atención de más guardias. En cuestión de segundos, los intrusos se vieron rodeados por media docena de hombres con las armas en alto y los rostros tensos.

La pelea se detuvo momentáneamente. James, sin apartar la mirada de Scot, retrocedió para unirse a sus compañeros.

—Mierda —masculló Kieran.

—Oh, vamos, amigo —dijo Alistair con una sonrisa burlona, mientras evaluaba a los guardias—. No creerás que este es nuestro

final.

Kieran tensó la mandíbula y ambos se miraron con la certeza silenciosa de quien está a punto de lanzarse al peligro.

—¡Bajad las armas! —ordenó uno de los guardias.

Inspeccionó a cada uno de los forasteros hasta detenerse en Scot. La sorpresa lo hizo vacilar un momento antes de recomponerse.

—Mi señor, ¿qué está pasando?

—No queremos haceros daño, David —dijo éste con prudencia—. Solo hemos venido a por la dama. Si nos decís dónde está, no tiene por qué correr la sangre.

—¿Hacernos daño? —replicó otro de los guardias—. ¿Desde cuándo estáis en contra de vuestra propia gente, lord Scot?

—Esta batalla no es contra vosotros —insistió él.

—Cameron no diría lo mismo —siseó James, señalando con la cabeza al cadáver del suelo—. Habéis traicionado a vuestro padre y a todos nosotros.

—Mi padre os ha traicionado —atacó, sus ojos brillando por la furia—. Ha declarado la guerra contra el clan MacLeod y, posiblemente, contra los MacGregor.

Los guerreros Cochrane entrecerraron los ojos, evaluando a los hombres frente a ellos. Un destello de reconocimiento cruzó sus rostros al identificar los emblemas y colores enemigos. Varios aflojaron el agarre de sus espadas, pero no llegaron a bajar las armas.

Scot notó la vacilación de algunos de ellos, hombres con los que había compartido numerosas batallas y momentos de camaradería. Un nudo de amargura se formó en su estómago al darse cuenta de que esa lealtad se había roto irreversiblemente. No era su culpa, pero eso no lo hacía más fácil.

Cada movimiento de su espada sería un recordatorio de los lazos que ahora estaban deshechos.

—No deseo infligiros daño alguno—repitió.

Vio que algunos apretaban los dientes, reflejo de su lucha interna, y se animó a continuar:

—Sabéis tan bien como yo que no estamos en condiciones de enfrentarnos a otros clanes ahora mismo. Si nos ayudáis, podemos

evitar una masacre innecesaria.

Los guerreros que habían relajado sus armas se miraron dubitativos, atrapados entre la lealtad a su laird y la amistad con su hijo.

—Lord Cochrane tiene razón —intervino Alistair, cauteloso—. Si cooperáis, os prometemos que no sufriréis daño alguno.

Dos de los guardias vacilaron, hasta que bajaron sus espadas.

Los otros cuatro, en cambio, les dirigieron un gesto de desaprobación y reforzaron sus posturas.

—Nuestra lealtad está con el laird —declaró uno de ellos con voz firme.

Scot suspiró, agotado por la interminable rivalidad. Alistair le lanzó una breve mirada interrogante, a lo que asintió con resignación.

A su señal, los hombres se abalanzaron sobre los guardias. El sonido del acero llenó el pasillo mientras las espadas chocaban con fuerza. Ambos bandos se movían con precisión, el espacio reducido amplificando cada golpe.

Alistair desarmó rápidamente a uno de los guardias y lo dejó inconsciente con un golpe preciso en la sien. Kieran, con la rabia que había contenido durante días, atravesó con su espada a otro enemigo que se lanzaba sobre él. Los guardias que habían decidido unirse a Scot se vieron envueltos en la reyerta cuando sus antiguos compañeros, cegados por la ira, los atacaron sin piedad.

Scot intercambió un último cruce de espadas con James, quien lo observaba con una mezcla de furia y desilusión, negándose a ceder. Su oponente no tardó en desarmarlo con un hábil movimiento, dejándolo arrodillado.

—Lo siento, James.

Sin otro aviso, lo dejó inconsciente de un golpe.

La batalla fue corta, pero intensa. Los cuerpos de los guardias que no habían cedido yacían en el suelo, mientras los pocos que bajaron sus armas eran atados y amordazados por los hombres de Alistair.

—Debéis disculparme —dijo Alistair, mientras aseguraba el nudo en las muñecas de uno de ellos—. Es solo por precaución.

—No hay tiempo que perder —urgió Kieran—. Tenemos que encontrarla.

Alistair terminó su tarea y, tras asegurarse que los Cochrane no supondrían una amenaza, se volteó hacia Scot, sintiendo un nudo de impaciencia en el estómago:

—Guíanos.

—Más vale que todo esto no sea una trampa —amenazó Kieran.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —exclamó Scot, todavía jadeando por la batalla—. Yo también quiero salvarla.

—¡Basta ya! —intervino Alistair, cansado de la discusión—. Hemos tenido suficiente de esto durante el viaje. Centrémonos en lo que hemos venido a hacer.

Scot respiró hondo y, sin más, se dio la vuelta en dirección a las escaleras. El grupo lo siguió en silencio.

Cuando llegaron a la puerta de la alcoba del laird, les indicó que guardaran silencio. Desenvainó su espada y entreabrió la puerta con discreción. Tras comprobar que no había peligro, entraron en la habitación.

—¡Aquí no hay nadie! —exclamó Kieran, desesperado.

Scot no respondió. Marchó decidido hasta uno de los tapices que colgaba en la pared. Lo levantó, revelando una puerta de madera que daba paso a unas escaleras angostas. Tras asegurarse de que el camino estaba despejado, comenzó su descenso. El resto lo siguió, desconcertado, pero sin más opciones, hasta llegar a un pasillo subterráneo. Abrieron la puerta al final del camino y entraron a los calabozos.

—¿Nos has traicionado? —rugió Kieran, empujándolo contra la pared y clavándole la espada en el cuello.

El grupo se tensó, preparado para una emboscada.

—No… —susurró Scot, señalando con el dedo al fondo del pasillo —. Es ahí.

Alistair envió a uno de los hombres a investigar. Tras unos segundos que parecieron eternos, el guerrero regresó con expresión tensa.

—Es otra puerta.

Alistair asintió y se dirigió hacia ella.

Mientras tanto, Kieran mantenía su espada en el cuello de Scot, quien había cerrado los ojos, temiendo lo peor. Sabía que su vida

dependía de lo que encontraran detrás de esa puerta.

El silencio del grupo se rompió con la voz de Alistair, apenas un susurro cargado de incredulidad:

—No puede ser…

Capítulo 42

La luna se ocultaba tras las nubes, envolviendo todo en una oscuridad absoluta, un reflejo de su propia alma.

Momentos antes, había intentado huir, abriendo ligeramente la puerta. Al no distinguir a nadie, reunió todo el coraje que le quedaba para salir al pasillo; dio el primer paso y chocó de bruces contra un pecho fornido, del que emergió una voz grave, gutural:

—Lady Sinclair, no se atreva a dar otro paso fuera de esta habitación.

Sus piernas reaccionaron instintivamente, llevándola de nuevo al interior de la alcoba. Cuando se recuperó del shock inicial, pensó que quizás no había sido tan cobarde al no haber huido en la mañana; seguramente ese guardia, y quién sabe cuántos más, llevarían ahí todo ese tiempo, escondidos entre las sombras.

Ahora, apoyada en la repisa de la ventana, contaba los segundos que la separaban del inicio de su martirio. El ruido de la puerta hizo que se volteara con el corazón en un puño, pero suspiró aliviada al ver a Rosemary. La criada se acercó a ella con una pequeña bandeja, sobre la que portaba un vaso con un líquido oscuro.

Reconoció el olor de la sustancia y le agradeció en un susurro. Bajo la tenue luz de las velas, distinguió débilmente el rostro de Rosemary, una mezcla de lástima y otra emoción que no lograba identificar.

Antes de que se marchara, le tocó el brazo, agradeciéndole nuevamente su ayuda. Rosemary asintió en respuesta y salió rápidamente por la puerta.

Se bebió el líquido caliente de un trago, haciendo un esfuerzo por no vomitar.

Después, esperó.

Los minutos fueron sucediéndose con una lentitud abrumadora, mientras guardaba silencio, acompañada únicamente de su respiración y el latido frenético de su corazón. No supo cuánto

tiempo pasó, pero la pócima empezó a surtir efecto, sumiéndola en un estado de calma que hacía tiempo que no experimentaba.

Con todo, la paz duró poco.

Las dos doncellas entraron en la alcoba con un saco en las manos. Un miedo visceral la invadió cuando una de ellas sacó una tira de tela oscura y le cubrió los ojos, anudándola detrás de la cabeza. Después, la sujetaron del brazo, una a cada lado, y la condujeron fuera de la estancia.

No supo a dónde la llevaban. Distinguió unas escaleras estrechas y, tras un trayecto que le pareció eterno, oyó un ruido seco, seguido del chirrido de una puerta oxidada.

La empujaron para que entrara y unos pasos más adelante la tumbaron sobre una superficie fría y dura. Un escalofrío recorrió su columna cuando sintió que cerraban algo duro alrededor de sus muñecas y tobillos.

Una de las mujeres le susurró al oído con la voz cargada de pena y resignación:

—No opongas resistencia.

Acto seguido, se marcharon, cerrando la puerta tras de sí.

Volvió a quedarse sola, el nudo en su garganta tensándose cada vez más. El latido acelerado de su corazón retumbaba en sus oídos, y las lágrimas empapaban su cabello.

Lentamente, un mareo comenzó a invadirla, mezcla de los efectos del brebaje y el pánico.

Escuchó el chirrido de la puerta y tragó saliva cuando distinguió una llave bloqueando el acceso desde dentro. El sonido de las pisadas resonaba en el suelo de piedra, cada vez más cercanas, hasta detenerse junto a ella.

El silencio opresivo de la espera le heló la sangre. Sentirse tan expuesta, tan vulnerable, no hacía más que aumentar el miedo y la humillación en su interior. Entonces, sintió su aliento, cargado de alcohol, justo a su lado.

—Por fin a solas, milady —susurró con voz sibilina.

No respondió; sentía la lengua pastosa, como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar.

—Quiero que nuestra primera vez sea especial —murmuró de nuevo, mientras sus manos frías acariciaban sus piernas y le levantaban lentamente el camisón.

Su cuerpo se tensó y un temblor involuntario la invadió, asqueada. Cuando el camisón estaba a la altura de su cintura, Murray se alejó unos segundos para volver con algo chispeante.

El silencio fue invadido por un grito desgarrador; algo caliente tocó la piel de su muslo, provocándole un dolor abrasador; la estaban quemando.

El dolor pronto se desvaneció cuando Brìghde empezó a perder el conocimiento.

Murray le quitó la venda de los ojos y le propinó una bofetada, sacándola de su aturdimiento.

—No te duermas, o te perderás la diversión —susurró con una sonrisa lobuna.

Brìghde parpadeó varias veces, intentando orientarse.

Estaba en una habitación abovedada, con una chimenea encendida a su izquierda. Yacía sobre una tabla, encadenada de pies y manos. Junto a ella, habían dispuesto una mesa con objetos de diferentes formas y tamaños, que le provocaron escalofríos.

Murray sostenía un pequeño cuchillo que llevó hasta su pecho, justo bajo el colgante. Con un tirón, cortó la cuerda que sostenía la piedra, pero antes de que pudiera hacer más, una mueca de dolor deformó su rostro.

—¿Qué…? —balbuceó, retrocediendo y tambaleándose.

Brìghde, aún desconcertada, lo observó con creciente asombro hasta que un golpe sordo la sobresaltó.

Murray cayó al suelo, inconsciente.

Alzó la vista y se encontró con Rosemary, jadeante, sosteniendo una sartén de hierro.

—Rose… —dijo apenas en un hilo de voz.

Esta corrió hasta un cajón oculto y sacó unas llaves con sorprendente agilidad. Dejó que la liberara de los grilletes, sin comprender del todo qué estaba pasando. Por suerte, la adrenalina del momento la había despejado por completo.

—¿Cómo sabías dónde estaban las llaves?

Rosemary levantó la manga derecha de su vestido, mostrándole una cicatriz. Luego señaló el muslo de Brìghde. Esta bajó la cabeza y, horrorizada, descubrió una marca similar en su piel quemada. Rosemary le indicó que guardara silencio y terminó de liberarla del último grillete. La ayudó a bajar y tomó su mano en dirección a la salida.

Estaban a punto de cruzar el umbral cuando algo rodeó el tobillo de Brìghde, frenando su huida. Con el corazón acelerado, volteó la cabeza, encontrándose a Murray tirado en el suelo, agarrado a ella. Sacudió la pierna con todas sus fuerzas, pero él la sujetaba con firmeza. Mientras Murray se incorporaba, Brìghde miró a su salvadora con pánico.

—Corre.

Soltó su mano y volvió a mirar a Murray, luchando por liberarse. Los movimientos la desequilibraron y cayó al suelo, momento que este aprovechó para atrapar su otra pierna.

Por un instante, sus miradas se cruzaron, y Brìghde sintió una maldad indescriptible en sus ojos.

—Maldita zorra —susurró, arrastrando las palabras.

Brìghde tragó saliva, presa del pánico.

De repente, un destello llamó su atención.

Distinguió por el rabillo del ojo el cuchillo que Murray había usado momentos antes.

En ese instante, la rabia contenida durante tanto tiempo estalló. Un ardor implacable se propagó desde su pecho, recorriendo cada fibra de su ser y envolviéndola en una energía abrasadora que, de un golpe, disipó cualquier rastro de miedo.

Con un movimiento rápido, tomó el cuchillo. Aprovechó que Murray seguía con la cabeza erguida y se abalanzó sobre él con toda su fuerza. El pánico en su rostro fue lo último que alcanzó a distinguir antes de clavarle el arma en el ojo.

Su grito se ahogó en el alarido desgarrador de Murray. Él soltó sus piernas de golpe y llevó las manos a su rostro, aullando de dolor. Brìghde se incorporó de un salto, con el corazón desbocado. Miró a Murray, que yacía encogido en el suelo, y una oleada de asco y alivio la invadió.

—Escoria.

Se dio la vuelta y salió junto a Rosemary, quien la miraba atónita.

—¡Vámonos! —la apremió, aún con el cuchillo en la mano.

Estaba segura de que pasaría un tiempo antes de que descubrieran lo que realmente había sucedido, pues tenía claro que aquel cuarto había sido utilizado antes, pero no quiso quedarse para averiguarlo.

Corrieron sin descanso, atravesando el pasillo de las celdas desiertas. Rosemary abrió una puerta y la guio por una estrecha escalera. Brìghde tropezó con uno de los escalones, pero recuperó el equilibrio rápidamente y siguieron su ascenso. Llegaron a una habitación amplia, decorada con tapices elaborados y una gran cama en el centro.

La respiración de Brìghde se aceleraba cada vez más, y el aliento le quemaba en la garganta, pero dejó que su compañera la guiara sin detenerse. Atravesaron otra puerta al fondo de la estancia, entrando en un cuarto más pequeño. Rosemary pegó la oreja a la puerta que daba al pasillo y, tras asegurarse de que no había nadie cerca, salieron apresuradas.

El eco de gritos y el entrechocar de espadas retumbaban a lo lejos, pero ellas no se detuvieron; la adrenalina fluía por sus cuerpos, dándoles fuerzas para continuar, a pesar del miedo y el dolor que seguían latentes en su interior. Brìghde no tenía idea de hacia dónde iban, pero confiaba plenamente en Rosemary. La muchacha había arriesgado su vida para salvarla, y eso era algo que nunca olvidaría.

Llegaron al pasillo de las cocinas, desiertas a esas horas. Cuando entraron en la bodega, Rosemary le indicó que se tapara la nariz. Fue a preguntar, pero cuando un hedor nauseabundo las envolvió, sus dudas desaparecieron.

La luz al final del túnel crecía a medida que avanzaban. Brìghde ya no se preocupaba por el agua sucia que empapaba sus ropas. Lo único que importaba era escapar. Corrieron sin detenerse hasta llegar a la verja. Rosemary frunció el ceño al ver que estaba abierta, pero no quiso perder tiempo en averiguar por qué.

Salieron del túnel y el aire fresco de la noche las recibió como un abrazo.

Ambas frenaron en seco, inhalando grandes bocanadas de aire. Cuando recuperaron el aliento, se abrazaron con fuerza, sus lágrimas mezclándose con el sudor y el alivio de haber escapado de aquel infierno.

—¿Sabes cómo salir de aquí? —preguntó, aún entre jadeos.

Rosemary negó, preocupada.

—No importa.

Giró sobre sus pies, evaluando el entorno.

—Vamos a seguir el curso del riachuelo. Con suerte, nos llevará a algún poblado donde podamos pedir ayuda. ¿Tienes familia a la que regresar?

Rosemary negó de nuevo.

—Pues a partir de ahora, yo seré tu familia —le prometió con una sonrisa emocionada.

Rosemary sollozó con más fuerza, y Brìghde la envolvió en un nuevo abrazo, tratando de infundirle calma.

Un relincho cercano rompió el momento de alivio, haciendo que ambas se tensaran de inmediato. Brìghde sabía que no tardarían en encontrarlas, pero no dejó que el miedo la inmovilizara.

Esta vez, fue ella quien tomó la mano de Rosemary y echó a correr, siguiendo el curso del río.

Capítulo 43

Kieran soltó a Scot y avanzó rápidamente hacia Alistair, temiendo lo peor. Al llegar, la escena ante sus ojos lo dejó inmóvil: el laird del clan Cochrane yacía de espaldas en el suelo, desnudo y sollozando. Un fino reguero de sangre serpenteaba lentamente desde su cabello húmedo.

—¿Pero qué demonios?

El jadeo ahogado de Scot lo devolvió a la realidad, y Kieran se giró para verlo con el rostro pálido y los ojos muy abiertos, boqueando en estado de shock.

—Scot… —preguntó Alistair, inquieto—, ¿qué es este sitio?

Un escalofrío lo recorrió mientras observaba la habitación. En el centro había un potro con cadenas en cada esquina. Al fondo, divisó un marco con clavos y otros objetos que colgaban de las paredes. Reconoció algunos de los instrumentos de tortura; eran similares a los que los MacLeod usaban contra criminales, pero algo en este lugar le helaba la sangre.

—Es… —titubeó este, sin apartar los ojos de su padre—, es donde traíamos a los traidores.

—¿Traíais? —inquirió Kieran, mientras las náuseas comenzaban a invadirlo. Al ver que no respondía, insistió con un murmullo tembloroso—. ¿Qué es ahora?

Scot tragó saliva, buscando las palabras adecuadas.

—¡¿Qué es ahora?! —repitió, cada vez más nervioso.

—Es donde juega con sus víctimas.

Los hombres comenzaron a murmurar horrorizados, sin apartar la vista de la habitación, sus rostros cada vez más pálidos.

Alistair volvió a fijarse en el laird: parecía ajeno a su presencia. Se acercó hasta colocarse de cuclillas frente a él y vio que se tapaba un ojo con las manos. Las apartó, provocando que este lo mirara con el ojo sano, desbordado de odio.

—¡Maldita escoria!

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con una nota de impaciencia.

Murray no respondió. Intentó taparse nuevamente el ojo herido, pero Alistair le inmovilizó la mano. Con un movimiento rápido y seco, le torció el brazo, arrancándole un grito de dolor.

—¿Dónde está Brìghde? —preguntó con voz fría y amenazante.

Al escuchar el nombre, Murray reaccionó. Intentó incorporarse con el brazo sano, pero perdió el equilibrio y cayó nuevamente al suelo.

—¡Esa puta me ha destrozado la cara! —escupió entre lamentos.

Alistair y Kieran cruzaron una mirada, comprendiendo al instante lo ocurrido. Una leve sonrisa de orgullo asomó en el rostro de Alistair, pero se desvaneció rápidamente, reemplazada por la preocupación ante la falta de respuestas.

—¡¿Dónde está Brìghde, padre?! —esta vez fue Scot quien exigió una respuesta.

Murray se giró hacia él; entrecerró el ojo sano y un destello de sorpresa cruzó su rostro al reconocerlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin ocultar el desdén.

—Responde a la pregunta —insistió su hijo, agachándose a su altura.

—No lo sé.

Se observaron por unos instantes, hasta que una sonrisa despectiva apareció en los labios de Murray.

—¿Qué haces con esta gentuza, hijo mío?

—¿Ahora soy tu hijo, querido padre? —replicó con sarcasmo.

Murray lo fulminó con la mirada y escupió al suelo.

—Me repugnas —le dijo con voz venenosa—, a mí y a todo el clan. Roland jamás nos habría traicionado de este modo.

Scot vaciló por un instante al escuchar la mención de su hermano, pero enseguida endureció el gesto y respondió con frialdad:

—Es cierto. Roland habría acabado de destruir esta familia, siguiendo tu legado.

De repente, el destello de un objeto en el suelo captó la atención de Kieran. Se agachó de inmediato y tomó entre los dedos el colgante de Brìghde, con la rabia y la desesperación marcadas en el rostro. Sin decir palabra, se lo mostró a Alistair, quien lo reconoció al instante.

—Si Brìghde es responsable de esto —dijo Scot, señalando con desprecio a su padre—, no puede haber ido muy lejos. La única manera de salir es por donde entramos.

—Entonces volvamos sobre nuestros pasos —propuso Kieran con rapidez.

Scot observó a su padre y exhaló un suspiro antes de voltearse hacia ellos:

—Marchad vosotros. Yo debo encargarme de esto; solo os pido a algunos de los vuestros.

Tras un breve momento de vacilación, asintieron; no requerían de muchos para buscarla.

—Alistair y yo iremos a buscarla; los demás se quedarán contigo —resolvió Kieran.

Scot se inclinó para levantar a su padre con la ayuda de uno de los hombres.

—¿Recordáis el camino de vuelta? —preguntó, sin apartar la vista de su tarea.

Ambos asintieron y salieron de la estancia con rapidez, rogando en silencio que Brìghde estuviera a salvo.

Capítulo 44

Las muchachas corrían sin descanso, sin apenas distinguir lo que las rodeaba. Los aullidos de los lobos resonaban a lo lejos, como una advertencia. Con cada paso, el muslo herido palpitaba de dolor, pero no permitió que eso las detuviera.

Tras descender la pendiente, alcanzaron una zona boscosa, donde hicieron una pausa para recobrar fuerzas. Rosemary se dejó caer al suelo, completamente exhausta, mientras Brìghde se inclinaba hacia adelante para apoyar las manos en las rodillas y tomar grandes bocanadas de aire.

El relinchar de unos caballos las sacó de sus pensamientos, poniéndolas alerta al instante. Brìghde volteó hacia el sonido con la incertidumbre reflejada en el rostro.

—Voy a investigar.

Rosemary le sujetó el brazo y sacudió la cabeza.

—Tranquila, solo será un momento —insistió, forzando una sonrisa que apenas disimulaba su preocupación.

Su compañera la soltó a regañadientes, viendo cómo desaparecía entre los árboles hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció en la oscuridad.

Los minutos transcurrieron con una lentitud angustiante.

Incapaz de soportar la espera, Rosemary estuvo a punto de ir tras ella, pero entonces distinguió la silueta de Brìghde regresando con gesto triunfal. En su mano derecha sujetaba las riendas de un caballo.

—¿Sabes montar? —preguntó en voz baja.

Rosemary negó rápidamente con la cabeza.

—No te preocupes, yo te llevaré.

Antes de subir a lomos del caballo, Brìghde rasgó un trozo de su camisón y lo envolvió alrededor del muslo herido. Sus movimientos eran tensos, reflejo del dolor que intentaba disimular, aunque no se permitió flaquear. Luego, rasgó otro trozo para envolver el cuchillo, que aseguró al camisón con un nudo firme.

Reprimió un quejido al encaramarse al animal; el roce con su lomo intensificó el ardor de su herida. Apretó los dientes y se obligó a recomponerse antes de extender la mano hacia Rosemary, ayudándola a subir.

—Agárrate fuerte —le indicó antes de espolear al caballo con decisión.

El animal relinchó antes de lanzarse al trote. Lo guio hasta el claro donde lo había encontrado, a los pies de la colina. Allí, alzó la vista y su respiración se aceleró: dos jinetes emergían en la distancia, aproximándose con rapidez.

—¡Tenemos que irnos!

Tiró de las riendas para cambiar de dirección y espoleó al caballo con más ahínco. El animal relinchó y arrancó al galope, mientras las sombras de los jinetes se acercaban cada vez más.

Capítulo 45

Alistair y Kieran regresaron sobre sus pasos a toda velocidad, buscando desesperadamente algún rastro de la dama, sin éxito.

Sospechando que podría haber escapado a pie, fueron a las caballerizas para ganar ventaja.

Una vez fuera de la fortaleza, se separaron para cubrir más terreno, pero al cabo de un rato volvieron a reunirse en el punto de partida, con la frustración reflejada en sus rostros.

—¿Crees que pudo haber usado el túnel para escapar? —preguntó Kieran, intentando controlar la urgencia en su voz.

—Es posible.

Sin perder más tiempo, guiaron a sus caballos hacia la entrada del túnel.

Cuando llegaron, un destello de esperanza iluminó sus expresiones: la verja estaba abierta.

—La dejamos cerrada, ¿verdad? —murmuró Alistair, con la respiración entrecortada.

Kieran asintió, sintiendo una punzada de inquietud en el pecho.

—Sí... Alguien ha pasado por aquí después de nosotros.

Espolearon a los caballos y siguieron el curso del riachuelo, gritando el nombre de Brìghde con fuerza.

A medida que avanzaban, la esperanza inicial comenzó a tambalearse, cediendo espacio a pensamientos catastróficos. Al llegar al claro, Kieran inspeccionó rápidamente el lugar y su expresión cambió al observar los restos del campamento improvisado.

—Espera... falta un caballo.

—¿Los atamos bien?

Ambos intercambiaron una mirada cargada de determinación.

No había duda: Brìghde había pasado por allí.

Sin perder más tiempo, animaron a los animales a reanudar la marcha.

***

Brìghde cabalgaba tan rápido como su cuerpo le permitía.

Al principio, había forzado al caballo a galopar a toda velocidad, pero el constante roce de la herida pronto la obligó a reducir el ritmo. El dolor, cada vez más insoportable, terminó por obligarla a detenerse.

Bajó del caballo con torpeza y lo ató a un árbol cercano al río. Rosemary descendió por su cuenta, con una agilidad sorprendente.

—Si logramos salir de esta, te enseñaré a montar —bromeó, intentando suavizar el ambiente mientras revisaba el vendaje en su pierna.

La tela improvisada estaba empapada en sangre y pegada a la carne quemada. Haciendo acopio de todo su autocontrol, comenzó a retirarla lentamente, mordiéndose el labio para no soltar un gemido de dolor.

—Tengo que ir un momento al río —susurró, inspeccionando la herida—. Si no me limpio pronto, acabaré con una infección.

Rosemary asintió y se ofreció a vigilar mientras tanto.

Brìghde se dirigió hacia la orilla, maldiciendo en voz baja por la incipiente cojera. El agua estaba helada, pero no le importó. Introdujo los pies lentamente hasta quedar sumergida hasta las rodillas. Se agachó y comenzó a lavarse la zona afectada, exhalando aliviada al notar como el agua fría calmaba la quemazón.

Volteó la cabeza para mirar a Rosemary, quien le indicó con un gesto que todo estaba bajo control. Más tranquila, aprovechó para refrescarse el rostro y la nuca, cerrando los ojos mientras inhalaba la brisa nocturna.

Cuando ya se sentía algo mejor, se giró para cambiar de puesto con su amiga, pero la escena que tenía delante la paralizó: dos jinetes descendieron rápidamente de sus caballos y se acercaron a Rosemary.

Su mente tardó un instante en reaccionar, como si su cuerpo se negara a aceptar lo que veía. Cuando Rosemary se tambaleó y cayó desplomada al suelo, el desconcierto de Brìghde se convirtió en un nudo de angustia.

Uno de los hombres se agachó.

El miedo brotó en su pecho, pero en vez de paralizarla, se convirtió en una chispa que encendió algo más profundo. Sintió cómo la ira, contenida durante días, emergía una vez más con fuerza, abrasadora y despiadada.

Ya había soportado demasiado.

Si iba a morir, prefería hacerlo luchando por su amiga.

—¡Eh! —gritó, avanzando hacia la orilla mientras intentaba disimular su cojera—. ¡Soltadla!

Los hombres se detuvieron en seco.

—¿Brìghde?

Maldijo por lo bajo, segura de que los hombres de Murray la habían encontrado antes de lo esperado.

Con un movimiento rápido, deshizo el nudo del camisón y liberó el cuchillo que había mantenido oculto. Avanzó con cautela, intentando distinguir sus rostros, pero la oscuridad no le permitía identificar sus facciones.

El hombre que permanecía de pie dio varios pasos en su dirección.

Con un grito feroz, corrió hacia él con todas sus fuerzas, cuchillo en alto, lista para atacar.

Capítulo 46

Cabalgaron durante largo rato, pero la esperanza que los impulsaba al principio se desvaneció lentamente, dando paso a una inquietud cada vez más familiar.

—Volvamos al río —propuso Kieran—. Quizás hayan seguido la corriente.

Alistair asintió, y juntos guiaron a sus caballos hacia el bosque.

Al percibir el murmullo del agua acercándose, redujeron la marcha y escudriñaron los alrededores.

—Maldita oscuridad —masculló Alistair—. No veo nada.

Su amigo no respondió; toda su energía estaba concentrada en encontrar a Brìghde. Continuaron avanzando, cada vez más preocupados. Si estaba en esa zona, no sobreviviría mucho tiempo. Los aullidos de los lobos, que habían acompañado su trayecto, solo intensificaban esa certeza.

De pronto, la luna emergió entre las nubes, revelando a lo lejos una figura inmóvil. Se miraron con renovada esperanza y espolearon sus caballos hacia la silueta.

No obstante, su alegría se desmoronó en cuanto llegaron: una joven que no reconocían los observaba con pánico contenido.

Descendieron de sus caballos, apremiados por tranquilizarla, pero ella retrocedió unos pasos y perdió el equilibrio, cayendo al suelo.

Pese a su evidente frustración, Alistair le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse, tratando de sonar tranquilo:

—No temáis. Me llamo Alistair MacLeod, estamos buscando a mi prim...

—¡Eh! ¡Soltadla!

La voz los dejó paralizados.

Kieran miró a Alistair con incredulidad.

—¿Lo has oído?

Alistair asintió lentamente.

—¿Brìghde? —gritó Kieran, desesperado.

Entrecerró los ojos para aguzar la vista y distinguió una figura femenina avanzando con paso decidido. La emoción se apoderó de él al notar que corría hacia ellos, pero la alegría se desvaneció en un instante al ver el cuchillo alzado en su mano.

Brìghde se abalanzó sobre él con los ojos llenos de furia.

Con un rápido movimiento, la rodeó del cuello con un brazo mientras con el otro sujetaba sus muñecas, consiguiendo que el objeto cortante cayera al suelo.

—Sucios cobardes —escupió ella, retorciéndose para liberarse.

Su voz fue un bálsamo para sus nervios y, sin darse cuenta, aflojó el agarre. Ella aprovechó el momento para zafarse, girándose con rapidez para propinarle un puñetazo.

—¡Volved con vuestro laird y dejadnos en paz!

Kieran se recuperó del golpe y, con la voz cargada de emoción, respondió:

—No pienso volver a casa sin ti, *mo ghràdh*.

Al oír esas palabras, la furia ardiente que la sostenía comenzó a tambalearse. Sus manos seguían tensas, su respiración agitada, pero algo en esas palabras hizo que la duda se filtrara en su interior.

—¿Kieran…? —alcanzó a decir, su voz apenas un susurro tembloroso.

—Sí, mi amor, soy yo —respondió él, acariciando su rostro.

Brìghde cerró los ojos al sentir su tacto, y dejó escapar un sollozo.

Kieran la tomó por la cintura y, sin poder contenerse más, la besó.

El contacto fue desesperado, cargado de toda la angustia acumulada. Lo abrazó con fuerza, aferrándose a su cabello como si necesitara asegurarse de que era real, mientras él la estrechaba contra su cuerpo, temeroso de soltarla y perderla de nuevo.

—No quiero interrumpir, pero no me vendría mal un abrazo —bromeó Alistair.

Brìghde soltó una risa entrecortada, aún con lágrimas en los ojos. Se apartó de Kieran con dificultad y corrió hacia su primo, envolviéndolo en un abrazo igual de fuerte. Al separarse, vio el brillo de emoción en sus ojos. Sonriendo de gratitud, se inclinó y depositó un beso en su mejilla.

—Habéis venido —susurró, conmovida.

—¿Acaso esperabas otra cosa? —respondió Alistair con un deje burlón—. Tu "amor" estaba desesperado por encontrarte.

—Supongo que soy irresistible —bromeó ella, encogiéndose de hombros.

Kieran la rodeó por la cintura y dijo convencido:

—Lo eres.

—¿Cómo estás? —intervino Alistair.

Brìghde bajó la vista y confesó en un susurro:

—No estoy bien.

Kieran la apretó más contra él, pero el contacto le provocó una punzada de dolor.

—Auch.

—¿Qué ocurre?

—Mi espalda…

Al girarse, vio a Rosemary observando en silencio, su expresión relajada al comprender lo que sucedía.

—Rose, ven —la llamó, tendiéndole la mano—. Te presento a mi primo, Alistair MacLeod.

Ella hizo una reverencia, y Alistair asintió cortésmente.

—Y él es… —vaciló, sin saber cómo definirlo mientras la tensión en el ambiente se hacía palpable.

—Me llamo Kieran MacGregor —intervino él con seguridad—. Un placer, lady…

—Rosemary —aclaró su amiga rápidamente.

La joven inclinó la cabeza en respuesta.

Brìghde notó la impotencia en sus ojos y se prometió enseñarle a leer y escribir en cuanto tuvieran un momento de paz.

Resumió lo sucedido durante su cautiverio lo mejor que pudo, omitiendo los detalles más dolorosos para no quebrarse. Los hombres escucharon en silencio, con los rostros marcados por una mezcla de ira y pesar.

—Lo mataré —masculló Kieran al final del relato.

—Estoy de acuerdo —dijo Alistair—, pero primero debe enfrentarse al consejo. Si es que sobrevive a la herida de Brìghde…

Hubo un corto silencio, cargado de intenciones no expresadas, antes de que pasaran a relatar su versión de los hechos. Al terminar,

Alistair volteó la cabeza hacia el castillo y dijo:

—Debemos informar a Scot. Partiremos mañana a primera hora.

Al oír aquello, Brìghde y Rosemary se cogieron de la mano con fuerza, el miedo apoderándose de ellas.

—¡No! No vamos a volver ahí.

—Lo entiendo, prima. Pero te prometo que no os pasará nada. La situación está bajo control.

Rosemary negó efusivamente con la cabeza y retrocedió un paso. Brìghde afianzó su agarre.

—No vamos a volver —repitió, decidida.

Fue a decir algo más, pero un estornudo la interrumpió.

—*Mo ghràdh*, todos necesitamos un baño caliente y un lugar donde descansar. Vas a coger un resfriado si sigues aquí, a la intemperie y con solo ese camisón.

Brìghde abrió mucho los ojos ante el comentario. No había sido consciente del aspecto que presentaba hasta ese momento: la prenda desgarrada apenas le llegaba hasta las rodillas.

Retrocedió de inmediato, tratando de cubrirse el pecho y la parte baja del cuerpo con las manos. Rosemary reprimió una risa, y Brìghde le lanzó una mirada fulminante, aunque el gesto aligeró la tensión en el ambiente.

—Me quedaré velando por tu seguridad —aseguró Kieran con voz dulce—. Pero, por favor, volvamos antes de que empeores.

Ambas se miraron, sopesando en silencio la decisión a tomar. Tras unos instantes, Rosemary asintió débilmente.

—De acuerdo, volvamos —aceptó resignada—. Pero Rose viene conmigo.

Los hombres exhalaron aliviados.

Habían visto el deplorable estado en el que se encontraba y no pensaban dejarla ahí, pero tampoco querían forzarla a regresar.

Kieran y Alistair montaron en sus caballos, y Brìghde ayudó a su compañera a subir al suyo.

—En serio, cuando volvamos te enseñaré a montar —dijo sonriente—. ¿De verdad no lo habías hecho antes?

Rosemary negó con otra sonrisa y se encogió de hombros. Brìghde rio en respuesta y, a su señal, espolearon a los caballos,

regresando a la fortaleza.

Capítulo 47

Cuando llegaron a su destino, Scot estaba en el patio de la entrada, rodeado de un grupo numeroso de hombres que lo miraban con preocupación.

Al oír los cascos de los caballos, se giró, y su rostro se iluminó al ver a la joven Sinclair.

Dijo algo a la multitud que los recién llegados no alcanzaron a escuchar y avanzó rápidamente hacia ellos, visiblemente aliviado.

—¡Brìghde! No sabéis cuánto me alegra veros.

Un nudo se formó en su estómago al reconocer en él algunos de los rasgos de Murray. Tragó saliva y, conteniendo la agitación, respondió con voz tensa:

—Gracias por ayudarnos.

Él percibió su incomodidad, y su expresión pasó de acongojada a una más firme y resuelta.

—Os pido disculpas desde lo más profundo de mi corazón —comenzó con cierto nerviosismo—. No puedo responder por los actos de mi padre, pero os prometo que nada como esto volverá a suceder jamás. Os ofrezco mi hogar para que os quedéis el tiempo que preciséis.

Tras decir esto, hizo una reverencia formal.

Brìghde no respondió de inmediato. En su mente vagaban un torbellino de pensamientos. Su primer impulso fue rechazar las disculpas, aún cegada por el resentimiento hacia su captor. Pero al observar mejor a Scot, tan preocupado por enmendar los errores de su padre, la compasión se apoderó de ella.

Había ido en contra de los deseos de su progenitor y peleado contra sus propios hombres en nombre de lo que creía justo. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que no era más que otra víctima de las circunstancias.

Aunque su presencia seguía incomodándola, se acercó y bajó la voz para que solo él pudiera escucharla:

—No carguéis con una culpa que no os pertenece.

Le dirigió una sonrisa débil, pero sincera, en señal de agradecimiento. Scot se la devolvió antes de girarse hacia el resto del grupo.

—Permitidme invitaros a pasar la noche en mi hogar. Mañana partiremos de vuelta al castillo de Culzean.

Los hombres asintieron agradecidos.

Kieran la miró de reojo, preocupado por los recuerdos que la fortaleza podría despertar en ella. Si fuera por él, habrían acampado afuera, pero su estado le preocupaba demasiado como para permitirlo.

Avanzaron hacia la entrada del castillo, pasando junto al grupo de hombres de Scot, que los observaban con expresiones tensas. Algunos apartaron la mirada, avergonzados por haber permitido que los horrores de Murray sucedieran bajo su vigilancia.

Ya en el recibidor, impecable y sin rastros de la reciente batalla, Scot posó una mano en el hombro de Alistair, deteniéndolo.

—Me gustaría hablar con vosotros en privado antes de que os retiréis a descansar. He dispuesto una alcoba para Brìghde, y ya he pedido a una doncella que vaya a atenderla.

—Por supuesto.

Miró a su prima, quien le devolvió una discreta sonrisa de aprobación.

—Necesitaremos otra habitación cerca de la mía —intervino ella—. Para Rose.

Scot observó a la joven que los había acompañado. La reconocía como parte del servicio, aunque no recordaba haberla visto recientemente. Aun así, la cercanía entre ambas le hizo sospechar que su servicio había sido crucial para el bienestar de la dama.

—Faltaría más. Os prepararán una habitación ahora mismo.

Rosemary, nerviosa por el trato privilegiado que recibía, agradeció el gesto con una breve reverencia. Brìghde, al notar su incomodidad, le guiñó un ojo, lo que hizo que la joven se sonrojara.

—Las acompañaré y luego me reuniré con vosotros —dijo Kieran en tono serio.

Cumplió con su promesa y, tras dejarlas en la alcoba, se detuvo un instante en la puerta. Su mirada se posó en Brìghde y, aunque

intentó mantener la formalidad, el conflicto en su interior era evidente. El leve temblor en su voz lo delató cuando, con los ojos cargados de preocupación, murmuró:

—Si necesitas algo… cualquier cosa, no dudes en llamarme.

Brìghde le sonrió con ternura, reconociendo la lucha interna de Kieran.

—Estaré bien —respondió suavemente.

Él asintió, pero permaneció un rato más en el umbral, como si le costara dar el siguiente paso. Al fin, respiró hondo y, tras una última mirada, cerró la puerta con evidente dificultad.

Cuando se quedaron a solas, sus miradas se cruzaron con incertidumbre.

A pesar de las palabras de Scot, Brìghde no podía dejar de temer por su seguridad. El peso de lo vivido en aquel lugar seguía aplastándola, y no comprendía cómo podía estar allí sin caer presa del pánico. Y aun así, al pensar en Kieran, una leve sonrisa apareció en sus labios. Se dio cuenta de que era él quien, de forma inesperada, le daba la fuerza para mantenerse en pie.

Rosemary, en cambio, estaba atrapada en un torbellino de pensamientos.

Había hecho algo imperdonable y, aunque confiaba en las intenciones de Scot, sabía que no quería quedarse más tiempo en ese lugar. Se acercó a la ventana y contempló el oscuro paisaje nocturno, consciente de que pronto el amanecer iluminaría el horizonte.

Y entonces, se marcharía.

Brìghde había encontrado su hogar; en esa historia, ella no tenía cabida, como nunca la había tenido en ningún sitio.

Rosemary había nacido en un poblado cercano a la fortaleza, en el seno de una familia numerosa y extremadamente pobre.

Desde pequeña, sobrevivió mendigando en las calles. Pero un día, los dioses le sonrieron: Jane, una criada de mediana edad, la encontró tiritando de frío y decidió ayudarla. La llevó a la fortaleza, donde le ofreció comida y un lugar cálido junto al fuego. Cuando quiso marcharse, Jane le propuso quedarse a trabajar como criada. Sin otras opciones, aceptó, y así empezó su nueva vida. Durante el

día, limpiaba y realizaba las tareas más pesadas; por las noches, a la luz de las velas, su salvadora le enseñaba sobre plantas medicinales.

Con el tiempo, Jane murió de una neumonía y Rosemary ocupó el puesto de curandera. Desde entonces, se encargaba de atender a quienes sufrían bajo las crueles manos de Murray. Su deber era asegurarse de que las víctimas sobrevivieran lo suficiente para prolongar su tortura. Cada noche, se acostaba con los gritos resonando en su mente; cada mañana, despertaba entre sudores fríos, con las imágenes de las heridas persiguiéndola en cada rincón de la fortaleza.

La llegada de la hija de los Sinclair fue la gota que colmó el vaso.

Al ver su lamentable estado, trató de no involucrarse demasiado, consciente de que encariñarse con las víctimas solo traía problemas. Años atrás, una joven de cabello cobrizo, parecida a Brìghde, le había suplicado ayuda para escapar. Rosemary, compadecida, le mostró una salida poco vigilada, pero la muchacha fue capturada antes de alcanzar la libertad. No tardó en confesar quién la había ayudado. El castigo fue brutal: Murray, que hasta entonces no la había lastimado —pues la necesitaba para dar rienda suelta a sus depravaciones—, la arrastró hasta los calabozos y descargó sobre ella toda su furia.

La marca en su antebrazo no fue lo más doloroso, pero sí lo suficientemente traumático como para dejarla sin voz. Desde ese momento, el rencor se alojó en su interior, alimentando un deseo de venganza que creció con los años.

Los días de trabajo con las víctimas se volvieron insoportables. Ya no solo pensaba en los gritos, sino en cómo algún día acabaría con él. Cada mañana se despertaba con esa idea, aferrándose a ella como si fuera lo único que le daba fuerzas para continuar.

Cuando Brìghde llegó a la fortaleza, Rosemary supo que había llegado el momento.

Esa misma noche, había planeado huir con ella. Aunque no le asignaron la tarea de llevarla a los calabozos como esperaba, no se desanimó. Durante semanas, había usado sus conocimientos para preparar el brebaje ideal, experimentando primero en pequeñas cantidades consigo misma. Cuando Brìghde le pidió algo para

desmayarse y evitar la tortura, Rosemary le preparó una infusión más suave, suficiente para calmar sus nervios.

La necesitaba consciente.

Su plan inicial era drogar al laird con una tintura que había perfeccionado. Aprovechó un momento en el que la cocina estaba vacía para mezclar el brebaje en el whisky que el laird bebía antes de iniciar sus sesiones.

Mientras lo hacía, algo cambió.

Sobre una mesa, una pesada sartén de hierro llamó su atención, y un impulso repentino la llevó a cogerla. No formaba parte del plan, pero en ese momento, cualquier arma era bienvenida.

Cuando una sirvienta vino a recoger la copa, Rosemary mantuvo la cabeza gacha, fingiendo sollozar en un banco.

Nadie cuestionaba a la tímida y silenciosa Rosemary.

Después de que la bebida fue llevada a Murray, supo que el veneno tardaría un poco en hacer efecto.

Con la sartén bien oculta bajo su falda y el corazón bombeando con fuerza, fue a los calabozos. El eco de los gritos de Brìghde llenaba el pasillo, y agradeció que el ruido y el veneno le permitieran moverse sin ser notada. Con una copia de la llave que había fabricado en secreto, abrió la puerta con sumo cuidado, dejándola entreabierta para no hacer ruido.

Dentro, el olor a carne quemada la golpeó.

Al ver a Murray de espaldas, presionando un objeto candente sobre la piel de Brìghde, un estremecimiento de furia la recorrió. Pero también sintió preocupación.

"¿Y si el brebaje no estaba surtiendo efecto?"

Agazapada en la penumbra, observó cada movimiento del laird.

Pasado un rato, notó cómo se tambaleaba y se llevaba una mano a la cabeza.

Era el momento. Con un movimiento rápido y decidido, emergió de las sombras y, con toda la fuerza que pudo reunir, lo golpeó brutalmente en la cabeza con la sartén.

Verlo caer fue un shock.

Había soñado tantas veces con ese momento, pero no imaginaba que sucedería tan rápido. Atemorizada por la posibilidad de que

pudiera levantarse, se apresuró a liberar a Brìghde de sus ataduras. Pero justo cuando pensaba que escaparían, Murray, en un último esfuerzo, agarró el tobillo de Brìghde. Rosemary se paralizó de miedo, sintiendo que todo su plan se desmoronaba.

Lo que no esperaba era la reacción de la joven. A pesar de estar al borde del colapso, actuó sin titubeos. Cuando se lanzó contra Murray con furia, Rosemary entendió que la dama rota y vencida de días antes había quedado atrás; en su lugar, emergía alguien mucho más fuerte.

Por fin había encontrado a alguien que comprendía sus sentimientos y experiencias y, aunque se alegraba de que regresara a su hogar para recuperar su vida, no pudo evitar una leve punzada de envidia. Mientras su amiga tenía un hogar y seres queridos que la esperaban, ella seguía perdida, sin un lugar al que realmente pertenecer.

—¿Qué piensas?

El susurro de Brìghde la devolvió a la realidad. Negó con la cabeza, restándole importancia.

Brìghde frunció el ceño y volvió a preguntar

—No quieres estar aquí, ¿cierto?

Rosemary negó otra vez, pero esta vez las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Rose... —su voz temblaba por la emoción—. Aún no te he dado las gracias por salvarme.

Esta le sonrió con cariño y tomó sus manos, apretándolas con fuerza para transmitirle amor y seguridad.

—Me gustaría pedirte otro favor —continuó, algo nerviosa—. ¿Vendrías conmigo a Culzean?

La joven la miró con los ojos muy abiertos, mientras ella hablaba atropelladamente:

—Entiendo que has crecido en estas tierras y que marcharte no es fácil. Si no te apetece, siempre podremos vernos de vez en cuando. Pero si vienes, podrías trabajar con mi abuela. Ella se encarga de las curaciones del clan y te enseñaría todo lo que sabe.

Rosemary apretó más sus manos para detener su acelerado discurso, y asintió con las lágrimas resbalando por su rostro.

Brìghde respondió con una sonrisa radiante y la abrazó con fuerza.

—Disculpad, milady —una voz femenina interrumpió el momento.

Se separaron y voltearon hacia la puerta

—Venimos a preparar vuestro baño.

Brìghde asintió mientras observaba como dos criadas más entraban, cargando pesados cubos de agua. Cuando terminaron de llenar la bañera, les pidió que dejaran uno de los cubos junto a ella y que trajeran vendas limpias y el ungüento que Rosemary había usado antes. Esta hizo un gesto para que esperara y salió con las criadas. Volvió al cabo de un rato con una bandeja que contenía lo solicitado, además de una bebida caliente.

—¿Es para dormir?

Rosemary negó con la cabeza e imitó un gesto de dolor.

Pasados unos minutos, una de las jóvenes que había llevado a Brìghde a los calabozos tocó a la puerta. Informó a las mujeres que la habitación de Rosemary estaba lista, sin despegar la vista del suelo durante toda la conversación.

No pudo evitar sentir lástima por ella. En silencio, rogó que Scot cambiara el destino de su gente.

Observó a su amiga, que la observaba con gesto interrogante.

—Ve a descansar a tu alcoba, Rose —le dijo con suavidad, antes de señalar su quemadura—. Necesito hacer esto sola.

Ella asintió y la abrazó de nuevo.

Una vez sola, recorrió la estancia con la mirada.

Le sorprendió sentir que, a pesar de todo lo que había sucedido, estaba comenzando a familiarizarse con ella. Se acercó a la cama y rebuscó en el colchón hasta encontrar la astilla que había escondido. Sonrió, orgullosa de haber sobrevivido.

Luego se retiró el camisón y desató el vendaje. Exhaló aliviada al comprobar que la herida no supuraba.

Probó la temperatura del agua con la mano y se sumergió lentamente. Permaneció de pie en un extremo de la bañera, mojándose el cabello con cuidado de no tocar la quemadura, que volvía a palpitar, caliente. Repitió el proceso para el resto del cuerpo y comenzó a enjabonarse. Una cálida sensación la embargó al

reconocer el olor a miel y romero. Cuando consideró que estaba lo suficientemente limpia, se enjuagó y salió de la bañera.

Secó su cuerpo con suaves toques, relajándose un poco más. Tras aplicar el ungüento y vendar la quemadura, revisó su estado en el espejo.

La herida de la espalda ya estaba cicatrizando y los moretones empezaban a sanar. El rubor coloreó sus mejillas al pensar en cómo la vería Kieran, con la cara y el cuello de diversos tonos. Al darse cuenta de que eso le preocupaba más que el propio dolor, sonrió: era señal de que las heridas ya no dolían tanto.

Se puso el camisón limpio que le habían dejado sobre la cama y se dirigió a la ventana, disfrutando de unos minutos de silencio mientras terminaba la infusión.

Luego, se deslizó entre las suaves sábanas. Cerró los ojos y, poco a poco, fue conciliando el sueño, repitiéndose una y otra vez que Kieran y Alistair estaban allí, y que no volvería a sufrir.

Capítulo 48

El trino de los pájaros posados en el alféizar la fue sacando poco a poco de un profundo sueño. Se desperezó y abrió los ojos con pesadez. Al girarse hacia la ventana, recordó dónde se encontraba y un latido errático la sacudió, sobresaltándola. Tardó unos segundos en ubicarse, recordándose en voz baja que estaba a salvo.

Permaneció quieta por un momento, dejándose envolver por la serenata de las aves. No recordaba haberlas oído la mañana anterior, y lo tomó como una señal de que, de algún modo, las cosas estaban cambiando.

El rugido de su estómago le recordó que llevaba tiempo sin comer, así que se levantó de un salto, sorprendida por su buen ánimo. Alguien debía haber entrado durante la noche, pues sobre la silla del escritorio encontró un vestido de un verde oscuro. Se vistió sola, agradecida de que no tuviera complicación alguna, pues prefería evitar el contacto con extraños.

Salió de la habitación y saludó a los dos guardias apostados en su puerta, que respondieron con una sutil inclinación de cabeza.

Al llegar al pie de la escalera, frenó de golpe cuando una silueta familiar apareció doblando la esquina en su dirección.

—Buenos días —la saludó Scot, con una sonrisa conciliadora.

Su tono sereno, tan distinto del sarcasmo mordaz de su padre, la ayudó a mantenerse anclada a la realidad.

—Buenos días —respondió, su tono más brusco de lo que le habría gustado.

—¿Qué tal habéis dormido? —preguntó él, con una sombra de preocupación genuina en su voz.

—Mejor de lo que pensaba, la verdad.

Sentía más despierta y animada, aunque sospechaba que parte de su energía venía del estado de alerta en el que seguía

—Iba a buscar algo de comer.

—Id al comedor familiar —le dijo, señalando la dirección que ella ya conocía—. Ordenaré que os traigan algo.

Al cruzar el umbral, un escalofrío la recorrió. Se recordó una vez más que estaba a salvo y, con un suspiro contenido, tomó asiento. Inspiró hondo, tratando de apaciguar el temblor en su interior.

En cuanto le sirvieron el plato, empezó a comer con voracidad. No recordaba haber tenido tanta hambre, y la comida le supo a gloria, dejando escapar algún que otro gemido de placer.

—Me alegra que no hayas perdido el apetito —oyó decir a Kieran, en tono divertido.

Se atragantó con el pan y tosió varias veces, hasta que logró recomponerse. Ruborizada, se giró hacia él.

—Buenos días —respondió atropelladamente.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien… me encuentro extrañamente bien.

Desvió la vista al suelo y añadió con más timidez:

—Teneros cerca me ha permitido descansar.

Kieran esbozó una leve sonrisa antes de sentarse a su derecha. Su expresión pronto cambió, y sus ojos la recorrieron con una intensidad que la hizo sonrojarse aún más.

—¿Ocurre algo?

—Me cuesta creer que te tenga frente a mí —respondió en voz baja, grave.

Cogió su mano con delicadeza y la llevó a sus labios, depositando un beso cargado de reverencia. El leve contacto contra su piel la hizo contener el aliento, incapaz de apartar la mirada de la suya.

—Cuando termines, ¿me concederías un momento para hablar a solas? —preguntó, apretando ligeramente su mano.

El corazón de Brìghde comenzó a latir con furia. La proximidad de sus cuerpos, el tono cálido y envolvente de su voz, y la manera en que la miraba —como si fuese lo único valioso en el mundo— despertaron un cosquilleo cálido en su estómago. Tragó saliva y asintió, incapaz de encontrar su voz.

Kieran sonrió satisfecho y rompió el contacto lentamente.

—Hasta pronto.

Brìghde ya no pudo comer más. Los nervios le habían cerrado el apetito y sentía el cuerpo en ebullición. Salió del comedor con

aparente calma y, aprovechando la ausencia de Kieran, se apresuró en subir a su alcoba.

En el camino, se encontró con Rosemary, que bajaba las escaleras. Al verla, la tensión en su rostro se desvaneció, dando paso a un alivio sincero y a una sonrisa radiante. Brìghde le devolvió el gesto con calidez, y entonces reparó en su atuendo: un precioso vestido de lana fina, en suaves tonos celestes, que armonizaba a la perfección con su carácter templado y apacible.

—Buenos días —la saludó con un deje de nerviosismo, deteniéndose a mitad del escalón.

La duda se dibujó en el rostro de Rosemary.

—Rose… Necesito otro favor.

Momentos más tarde, Brìghde admiraba su reflejo en el espejo.

Su amiga le había recogido el cabello en dos finas trenzas laterales que se unían en la parte trasera, adornadas con una pequeña flor blanca, y le había aplicado un ungüento que hacía resaltar sus reflejos rojizos. Con otro de sus bálsamos, suavizó el aspecto de los moretones y añadió un ligero tinte rojo en los labios para darles un aspecto más saludable.

Mientras llevaba a cabo su tarea, Brìghde aprovechó el momento de complicidad para contarle la historia con Kieran. Rosemary escuchaba con atención, devolviéndole de tanto en tanto alguna expresión pícara, haciendo que Brìghde se ruborizara y apartase la mirada.

Salió de la alcoba con las emociones a flor de piel.

Encontró a Kieran en uno de los salones, discutiendo con Alistair y Scot en voz baja, su gesto serio.

Los hombres detuvieron la conversación al notar su presencia.

Alistair fue el primero en acercarse con una sonrisa radiante.

—Te veo mucho mejor, querida prima —comentó con tono socarrón, pero sin ocultar el alivio en su voz.

Ella asintió con una sonrisa.

—Gracias a vosotros.

—Saldremos en una hora. Scot ha preparado un carruaje para que viajéis cómodamente.

—Pero el carruaje nos retrasará —protestó—. No me importa ir a caballo.

—Irás en el carruaje —insistió Alistair.

Al ver que Brìghde estaba a punto de replicar, alzó un dedo y habló con tono autoritario, aunque una sonrisa traviesa se dibujaba en sus labios.

—Soy el futuro laird y mayor que tú, me debes obediencia.

—¿Qué yo te debo qué? —exclamó ella.

Fue a decir algo más, pero recordó que su nueva amiga no estaba acostumbrada a montar a caballo. Además, la idea de un carruaje confortable se le antojó cada vez más atractiva.

Siguiendo la provocación de su primo, agachó la cabeza y, al levantarla, intentó mostrar un rostro sumiso, susurrando con voz temblorosa:

—De acuerdo, futuro laird. Haremos como vos deseéis.

Hizo una leve genuflexión, dejándolo perplejo mientras el resto reía a sus espaldas.

—De acuerdo, es suficiente —dijo incómodo, pero visiblemente divertido.

—¿Me permitiría vuestra eminencia unos momentos para hablar con lady Sinclair? —intervino Kieran, con un tono exageradamente pomposo.

Alistair lo fulminó con la mirada.

—Continuaremos más tarde —pronunció, antes de retirarse junto a Scot.

Kieran ofreció su brazo a Brìghde, y la condujo al exterior, hasta una zona tranquila que había descubierto esa mañana.

Mientras caminaban, ella le lanzaba vistazos furtivos, intentando controlar los latidos de su corazón, que parecían resonar con más fuerza de lo habitual. Él, por su parte, intentaba aparentar serenidad, pero no se le escapó la sutil tensión en sus hombros.

—¿En qué piensas? —le preguntó de repente, rompiendo el silencio.

Brìghde titubeó, incapaz de encontrar una respuesta clara.

—En todo lo que ha pasado —respondió con una media verdad, desviando la mirada hacia el horizonte.

Kieran asintió con lentitud y continuaron su camino. Pronto llegaron a un claro rodeado de árboles, desde donde se divisaba un río serpenteante y, a lo lejos, las montañas elevándose con imponente majestuosidad. Una brisa fresca acariciaba el rostro de Brìghde, y el canto de los pájaros llenaba el aire con una calma que contrastaba con el torbellino de emociones que agitaba su interior.

—Ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre —dijo en voz baja.

Kieran se acercó a ella y le apartó con delicadeza un mechón de cabello que le caía sobre el rostro. Sus dedos rozaron su piel, y Brìghde contuvo el aliento ante la intimidad del gesto.

—Eres preciosa —susurró embelesado.

Se sonrojó ante el comentario, pero antes de que pudiera responder, él sacó algo de su bolsillo: el colgante que le había regalado tiempo atrás. Sus ojos se abrieron de par en par, y su rostro se iluminó con una mezcla de asombro y emoción.

—¿Dónde lo…? —comenzó a decir, pero los recuerdos de su cautiverio la detuvieron, haciéndola tragar saliva—. Gracias.

Al darse cuenta de la carga sentimental que acompañaba su regalo, se sintió culpable, algo que no había previsto cuando ideó el plan.

—Brìghde, yo… lo siento, no quería causarte más dolor —se disculpó, con genuino arrepentimiento en la mirada.

Ella percibió su sinceridad y, con un movimiento pausado, apartó su cabello hacia un lado. Esbozó una sonrisa suave y le indicó que continuara. Lo último que deseaba era que volviera a retraerse.

Kieran se relajó ante el gesto y rodeó sus hombros con los brazos mientras aseguraba la joya en su lugar. Sus manos rozaron la piel de su cuello, provocando en ella un leve suspiro que encendió algo dormido en su interior. A pesar de ello, desvió esos pensamientos, esforzándose por concentrarse en lo esencial del momento.

—La noche que te lo di, me habría gustado hacerlo de otra manera. Lo había ensayado, pero cuando fui a tu alcoba, no sé qué me pasó. Te pido disculpas por ello.

—Pensé que te había asustado —admitió, algo avergonzada.

Kieran arrugó el ceño, como si la idea misma fuera absurda. La giró hasta ponerla frente a él y tomó sus manos entre las suyas.

—Mi amor, tú jamás podrías asustarme.

—Después del aspecto que tenía anoche… no me queda duda— bromeó, nerviosa.

—Creí que te había perdido.

—Kieran, yo…

La interrumpió al posar un dedo sobre sus labios. Sus ojos brillaban con una intensidad que la dejó sin palabras.

—Déjame terminar, por favor.

Tomó una respiración profunda y comenzó a hablar:

—Cuando me enteré de que te habían secuestrado, me sentí el hombre más idiota del mundo por no haber tenido el valor de decirte esto antes. Desde el momento en que irrumpiste en mi vida, montada en tu caballo y acusándome de haberte hecho perder la apuesta, mi vida cambió para siempre.

Ella dejó escapar una leve risa al recordar aquel momento.

—Eres increíblemente fuerte, ingeniosa y cautivadora. Cuando estamos juntos, no puedo apartar la vista de ti, y cuando no lo estamos, cuento los segundos para volver a verte. Me tienes completamente hechizado, lady Sinclair. No sé qué nos deparará el destino, pero sí sé que no quiero pasar ni un solo día más sin que sepas cuánto significas para mí.

Sus palabras resonaron en lo más profundo de su ser, derritiendo cualquier duda o temor que pudiera haber albergado. Dio un paso hacia él y posó una mano temblorosa sobre su mejilla antes de besarlo.

Fue un beso dulce, lleno de promesas, como si ese instante pudiera detener el tiempo y sanar todas las heridas.

Cuando se separaron, susurró:

—Kieran, también quiero que sepas algo…

El viento sopló suavemente, jugando con los mechones de su cabello, mientras ella apartaba la mirada hacia el paisaje, buscando el valor para continuar. Su voz titubeó ligeramente, cargada de temor ante las palabras que estaba a punto de pronunciar:

—Cuando nos vimos por primera vez en el bosque, yo creía amar a otro.

Él apenas mostró una leve expresión de desconcierto, aunque el dolor latente en sus ojos era innegable. Brìghde apoyó una mano sobre su pecho, sintiendo el frenético latir de su corazón, y se apresuró a hablar antes de que pudiera sacar conclusiones equivocadas:

—Había creído estar enamorada durante años de alguien que acabó rompiéndome el corazón, justo antes de volver aquí, a Escocia. Estaba destrozada y pensé que nunca volvería a querer a nadie de esa manera. Pero entonces apareciste tú… y en este breve tiempo, me has mostrado lo que es el verdadero amor. Me gustaría pensar que lo que me mantuvo cuerda durante estos días fue mi deseo de sobrevivir, pero la verdad es que no podía soportar la idea de estar lejos de ti.

Kieran la observó, admirado por su sinceridad y vulnerabilidad. Al notar su expresión relajada, Brìghde sintió cómo su cuerpo dejaba escapar la tensión acumulada.

La atrajo hacia sí, envolviéndola con sus brazos. Una mano descendió lentamente hasta su cintura, mientras la otra se deslizaba por su cabello en una caricia pausada. Apoyó la barbilla en su coronilla y la estrechó con fuerza.

Ella respondió rodeándole la cintura, aferrándose a él con determinación, como si ese gesto pudiera disipar todo el dolor del pasado. Permanecieron así un largo rato, sus corazones agitados encontrándose poco a poco en un mismo ritmo, hasta latir en perfecta armonía.

Por primera vez en mucho tiempo, ambos se sentían completos, como si al fin hubieran encontrado su lugar en el mundo.

Capítulo 49

Volvieron a la fortaleza del brazo. Desde que habían compartido sus sentimientos, el vínculo invisible que los había unido se sentía más fuerte que nunca. Al llegar, vieron que Scot había dispuesto todo para el viaje. Los hombres terminaban de preparar los caballos, y el carruaje esperaba listo para partir.

Sin pertenencias que recoger, Brìghde no se molestó en llegar justo cuando todo estaba a punto de comenzar.

Ya cerca del grupo, no se percataron de su cercanía hasta que Alistair se acercó a ellos, bajando la voz para evitar que otros oyeran:

—Kieran, el viaje será largo, y aún no te has reunido con el laird.

—Lo sé.

Alistair era su mejor amigo, pero Brìghde no dejaba de ser una doncella de alta cuna, nieta del laird MacLeod e hija del conde Sinclair.

Ella alternó la mirada entre ambos, confundida. Alistair lanzó un último vistazo evaluador a la pareja antes de dirigirse a la cabeza de la comitiva:

—Te toca la retaguardia.

Él asintió, aunque su incomodidad era evidente. Respetaba profundamente a Brìghde y no tenía intención de avanzar en su relación hasta que todo fuera oficial. Y aun así, tenerla tan cerca le nublaba los sentidos, poniéndolo en una constante lucha interna.

—Regresemos a casa —susurró suavemente.

Soltó su brazo, pero antes de alejarse, besó con ternura el dorso de su mano, rogando en silencio tener la fortaleza para aguantar el viaje.

Emprendieron la marcha al mediodía, bajo un cielo despejado.

Brìghde ansiaba reunirse con su familia, pero una parte de ella agradecía que el trayecto fuera más largo que el de ida, pues confiaba en que las lesiones visibles irían mejorando en los próximos días. Rosemary, precavida, había traído consigo un cofre lleno de

ungüentos, frascos de colores y plantas secas, lo que le dio esperanzas respecto a su recuperación.

Cuando el sol comenzó a ocultarse tras las montañas, el grupo hizo su primera parada. Quiso salir del carruaje, pero desistió al recordar que Murray viajaba con ellos. Rosemary comprendió su preocupación y permaneció a su lado.

Sin embargo, unos suaves golpes en la puerta las sacaron de su refugio.

—¿No vais a salir? —preguntó Alistair desde el exterior—. La siguiente parada será dentro de varias horas. Os vendría bien estirar las piernas.

—No nos apetece mucho… —respondió insegura—. No queremos ver a…

—Está en la parte trasera, en una jaula improvisada—la tranquilizó él.

—¿Lo tenéis en una jaula?

—No exactamente —contestó, encogiéndose de hombros—. Fue idea de Scot, para evitar cualquier contacto con vosotras —bajó la voz y habló con un resentimiento palpable—. El resto del tiempo viaja atado al caballo de la retaguardia. No le permitimos detenerse hasta que lo hacemos todos.

Ambas intercambiaron una rápida mirada, satisfechas con la explicación, y salieron del carruaje. Caminaron un poco hasta encontrar un lugar apartado en el que aliviar sus necesidades y revisar la quemadura. Antes de volver, hicieron algunos estiramientos para relajar los músculos.

Mientras tanto, Kieran se acercó sigilosamente, comprobando de reojo que Alistair siguiera de espaldas a ellos.

—¿Cómo os encontráis? —susurró.

—Estamos mejor —respondió mientras le guiñaba un ojo, divertida.

Él la observó por un instante y asintió con una leve inclinación de cabeza antes de alejarse de nuevo.

—¿Y ahora qué le pasa? —murmuró para sí.

Pero enseguida recordó la conversación de aquella mañana, y ladeó el rostro con exasperación contenida mientras alisaba una

arruga invisible en su falda.

A su lado, Rosemary señaló con gesto pícaro a Kieran.

—¡Oh, venga ya! Debería darte vergüenza.

Su amiga se encogió de hombros con aire inocente. Brìghde bufó y regresó al carruaje, intentando ocultar el rubor que teñía su rostro.

Las horas transcurrieron con rapidez. Dentro del vehículo, Brìghde le relató a su amiga historias de su pasado, compartiendo recuerdos de Christine y su padre, a quienes extrañaba profundamente. Hablar de ellos le llenaba el corazón de nostalgia, pero también le daba fuerzas. Cuando mencionó a Thomas, le sorprendió darse cuenta de que su recuerdo ya no le producía dolor, sino una ligera melancolía por los días de juventud que no regresarían. Rosemary la escuchaba atentamente, asintiendo y sonriendo en los momentos adecuados. Ambas habían desarrollado una comunicación fluida basada en gestos y miradas, algo que las hacía sentir más cercanas. Brìghde prometió que le enseñaría a leer y escribir una vez llegaran al castillo, a lo que ella asintió con emoción.

Al caer la noche, acamparon en una zona apartada, pero cerca del camino principal, buscando seguridad ante posibles ataques. Aunque la presencia del laird y de su hijo les daba confianza, preferían estar prevenidos ante cualquier eventualidad.

Después de una cena sencilla a base de conejo asado y provisiones, montaron las tiendas de campaña. Le pidió a su primo que vigilara mientras ella atendía su herida en un arroyo cercano. Él no quiso preguntar demasiado, pues temía hacerla revivir sus traumas, pero saber que necesitaba tantos cuidados le dificultaba cada vez más contener la rabia hacia Murray.

Esa noche, las dos amigas compartieron la misma tienda. Brìghde cerró los ojos con una sonrisa tenue, recordando el momento compartido con Kieran en el bosque. Aunque la actitud protectora de su primo podía parecer exagerada, en el fondo se sentía agradecida por tenerlo a su lado.

No obstante, cuando cayó profundamente dormida, su inconsciente tomó las riendas. Las imágenes que habían rondado su mente durante el día se materializaron en sueños llenos de pasión. La intensidad de lo que veía la hizo despertar de golpe en mitad de

la noche, con el corazón acelerado y un calor abrasador recorriendo su cuerpo.

Se levantó con cuidado para no despertar a su compañera y salió en busca de aire fresco. La oscuridad de la noche la envolvió, mientras el frío acariciaba su piel, ayudándola a despejarse.

Caminó unos metros para estirar las piernas, pero enseguida se tensó al distinguir una silueta junto a un árbol cercano. Quiso retroceder con sigilo, pero un crujido bajo sus pies delató su posición. La figura se giró hacia ella, y cuando abrió la boca para gritar, una mano cubrió sus labios.

—¿Qué haces despierta y fuera de la tienda?

Su cuerpo se crispó aún más, pero se relajó de inmediato al reconocer la voz grave. Un calor familiar comenzó a recorrerla, encendiendo poco a poco el deseo que había intentado sofocar.

Desvió la mirada para ocultarlo, pero su voz la traicionó:

—No podía dormir…

Kieran la observó fijamente, notando su nerviosismo. A la luz de la luna, sus ojos brillaban con una intensidad que lo cautivó y despertó en él algo más profundo.

Titubeó un momento, intentando hacer lo correcto: apartarse y llevarla de regreso. Pero cuando Brìghde mordió inconscientemente su labio inferior, la chispa contenida se tornó llama.

Su autocontrol se desmoronó.

La besó con desesperación, y ella respondió con la misma intensidad, separando ligeramente los labios para que sus lenguas se encontraran, en una danza que los conducía directo al precipicio.

Kieran comenzó a explorar su cuerpo, acariciando su cintura, su espalda y sus hombros, deseando abarcarla por completo. Cada caricia era una confesión silenciosa, un anhelo contenido que por fin encontraba cauce. Ella no se quedó atrás; enredó sus brazos en su cuello, atrayéndolo más hacia sí, mientras trazaba con los dedos un camino ardiente por su piel; Kieran gruñó de deseo al sentir sus manos en su trasero.

Con un movimiento ágil, la alzó por las caderas, apoyándola contra el tronco del árbol. Brìghde envolvió su cintura con las

piernas, intensificando el contacto, hasta que un quejido de dolor la detuvo en seco.

—¿Estás bien? —preguntó él, jadeando, mientras la ayudaba a bajar con cuidado.

—Sí, sí… es solo la herida —dijo ella, respirando con dificultad.

Kieran abrió la boca para responder, pero ella lo silenció al retomar el beso, apretando su pecho contra el suyo con urgencia. Él la sostuvo más fuerte contra el árbol y dejó un rastro de besos desde su cuello hasta la clavícula.

—Oh, dioses… —gimió Brìghde, perdida entre sensaciones.

La presión en su vientre seguía creciendo, una necesidad que le nublaba el juicio y le impedía pensar con claridad.

—Brìghde… —susurró, casi sin aliento—. Me estás volviendo loco.

Ella respondió con un suspiro tembloroso, cerrando los ojos al sentir sus labios sobre la piel. Kieran gruñó suavemente, dejó una breve mordida en su cuello y descendió en una línea de besos que erizaban su cuerpo.

—Debemos parar… —alcanzó a decir ella, aferrándose con fuerza a su espalda.

Kieran asintió, pero ninguno de los dos se movió. Como si temieran romper el frágil equilibrio del momento, la alzó con cuidado y la recostó sobre la hierba húmeda. Se miraron a los ojos, compartiendo el mismo anhelo.

Sin apartar la vista de la suya, Kieran acarició su pierna, trazando un camino lento con las yemas de los dedos. Ella se arqueó ligeramente, contenida, estremecida por su contacto. Luego volvió a besarla, profundo y pausado, mientras su mano ascendía con cautela por su muslo.

Al pasar por encima del vendaje, Brìghde se sobresaltó, dejando escapar un quejido doloroso.

Kieran frenó de golpe.

—Lo siento —comentó, con la voz baja y tensa.

En ese momento, la realidad lo golpeó con fuerza. Estaba encima de Brìghde, a escasos metros del resto de la comitiva, comportándose como si el mundo a su alrededor no existiera. La miró, lleno de remordimiento por haberse dejado arrastrar tan lejos.

—Discúlpame, por favor… Esto no es decoroso.

Brìghde asintió débilmente, tan consciente como él de lo inapropiado de la situación. Kieran se levantó y la ayudó a incorporarse. Una corriente sutil recorrió sus manos, como un recordatorio de lo que acababan de contener.

—Te acompaño a la tienda —susurró, con el tono apagado.

Ella asintió sin decir nada y se dejó guiar. Cuando llegaron a la tienda, se detuvieron frente a la entrada. Se miraron por última vez, con el deseo latente en sus rostros, compartiendo el peso de una necesidad que los rebasaba.

Kieran besó su mano con todo el autocontrol que logró reunir y esperó en silencio a que entrara en la tienda.

Suspiró mirando al cielo, en silencio implorando fuerza —y un poco de misericordia— para los días que aún quedaban hasta llegar a Culzean.

Capítulo 50

A la mañana siguiente, la comitiva retomó el viaje bajo un cielo nublado.

Los hombres, especialmente el grupo Cochrane, habían tratado a las jóvenes con cierta reserva.

Con cada paso hacia su hogar, ambas se fueron relajando. Incluso su ánimo iba mejorando, y se permitieron bromear en público entre ellas y con los guerreros que Brìghde conocía del castillo. El ambiente se aligeró poco a poco, y para la tarde del segundo día, se respiraba una atmósfera más distendida, lo que supuso un alivio para los tres líderes.

Ese día, Kieran y Alistair intercambiaron posiciones respecto al día anterior. Alistair cabalgaba en la retaguardia junto a Scot y Murray, quien continuaba atado, en esta ocasión al caballo de su hijo. El laird presentaba un estado deplorable, con signos de una incipiente infección en el ojo lesionado y los pies sangrando por la larga marcha. Con cada quejido, Alistair sujetaba las riendas con más fuerza, luchando por contener el impulso de decapitarlo.

Scot compartía la tensión de su acompañante, aunque su corazón estaba dividido. Los actos de Murray habían sido atroces, y no le cabía duda de que merecía un castigo acorde a sus crímenes. Aun así, seguía siendo su padre, el hombre que había influido en su vida a pesar del daño que había causado a su familia. Sabía que debía prepararse para cualquier desenlace una vez llegasen al castillo, pero ninguno lo dejaba tranquilo.

Si Murray era sentenciado a morir, el clan quedaría irremediablemente roto, con guerreros divididos y una población resentida por el abandono de su líder en los peores momentos. Por otro lado, si continuaba con vida, Scot tenía claro que su única opción sería huir. Su padre, considerándolo un traidor, preferiría acabar con él antes que asegurar la perpetuidad del clan.

Alistair, mientras tanto, revivía los sucesos recientes en bucle. Cada vez que veía los moretones en el rostro de su prima, no podía

evitar preguntarse cuántas heridas más ocultaba. Que Rosemary la cuidara con tanto esmero y que hubiera recuperado la sonrisa era un alivio, pero lo que más lo preocupaba eran las secuelas mentales que podría sufrir. Sabía de primera mano lo que un secuestro podía provocar, incluso en los guerreros más valientes.

La relación entre Kieran y Brìghde lo tranquilizaba y lo preocupaba a partes iguales. Desde el principio, había sido testigo silencioso de cómo las miradas furtivas entre ellos se transformaban en acercamientos intencionados y, de ahí, en muestras de afecto. Pero cuanto más íntima se tornaba su relación, más le preocupaban las implicaciones. Era responsable de proteger su integridad hasta el momento adecuado, no solo por las consecuencias que podría acarrear para la reputación de su familia, sino para la propia felicidad de Brìghde.

Así pues, decidió que hablaría con ella cuando hicieran una pausa, aunque aún no tenía claro cómo abordar un tema tan delicado.

Por su parte, Brìghde no tuvo más remedio que contarle a Rosemary lo sucedido la noche anterior. Desde que despertaron, su amiga no paraba de lanzarle miradas elocuentes, de esas que hablaban más que mil palabras. Enseguida se dio cuenta de que no había sido tan silenciosa como creía al regresar.

Lejos de incomodarla, agradecía tener a alguien con quien compartir sus temores. Las emociones que Kieran despertaba en ella la desbordaban, y necesitaba ponerles nombre antes de dejarse arrastrar del todo. Recordaba el nerviosismo ligero que sentía cuando Thomas la besaba, como el aleteo de un pájaro atrapado. Con Kieran, en cambio, no era su corazón lo que temblaba, sino todo su cuerpo, vulnerable y expuesto entre sus brazos.

Brìghde sentía que el tiempo no le alcanzaba para entender lo que estaba empezando a sentir.

Al llegar el mediodía, hicieron una breve parada para descansar.

Salieron del carruaje, agradeciendo el aire fresco y la oportunidad de estirar las piernas. Brìghde caminaba en silencio, observando cómo su compañera se agachaba de vez en cuando para recoger hojas con sumo cuidado.

—¿Por qué las recoges? —preguntó al fin, con curiosidad suave.

Ella alzó una hoja entre los dedos y, con la otra mano, trazó una línea imaginaria en el aire.

Brìghde comprendió de inmediato. Una sonrisa cálida iluminó su rostro.

—¿Quieres aprender a escribir?

Rosemary asintió, con los ojos brillantes. Sin pensarlo dos veces, Brìghde la tomó del brazo con ternura y la guio de regreso al carruaje.

—Brìghde —la interrumpió Alistair, con voz cautelosa—, ¿podemos dar un paseo?

Ella ladeó ligeramente la cabeza, intrigada, pero asintió y se dejó guiar hacia el grupo de árboles cercano.

—¿Qué ocurre?

—Hay algo en lo que no dejo de pensar —comenzó él, eligiendo con cuidado sus palabras—. Kieran es mi mejor amigo, y no podría alegrarme más por vuestra relación, pero… debéis ser prudentes.

—¿Prudentes? No entiendo…

—Quizá pienses que no me corresponde decirlo, pero lo que hagas no solo te afecta a ti, sino también al resto de la familia.

Brìghde guardó silencio, interiorizando sus palabras.

—La pasión de los comienzos puede ser engañosa —continuó él, con tono más grave—. Eres una dama íntegra, y debes conservar esa integridad hasta que llegue el momento adecuado.

—No entiendo por qué me dices esto. No he hecho nada que pueda poner en duda mi dignidad.

—Brìghde… no quiero que nadie forme una idea equivocada sobre ti.

Sus palabras le calaron hondo. Aunque entendía su preocupación, sentir que Alistair dudaba de su honor fue más de lo que podía soportar.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —respondió, con la voz firme y el rostro encendido por la ira contenida—. Que des por hecho que voy a actuar de cierto modo me duele profundamente.

Alistair inspiró hondo, intentando calmarse, pero la tensión crecía entre ambos.

—Lo que tú hagas nos afecta a todos —dijo, alzando ligeramente la voz—. Kieran no te ha pedido matrimonio, y ya te entregas a él como si ya lo hubiera hecho. Deberías ser más cauta… Si las cosas no salen como esperas, ¿crees que otro aceptará casarse con una mujer cuya reputación esté en duda?

Brìghde lo miró con incredulidad. Aquellas palabras, disfrazadas de consejo, se sintieron como una afrenta directa.

—¿Qué acabas de decir?

—No era mi intención… —alcanzó a decir Alistair, dándose cuenta, demasiado tarde de su error.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, dando un paso atrás y mirándolo con una mezcla de rabia y decepción. Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos, pero las contuvo con esfuerzo—. Hace apenas unos meses que nos reencontramos; no sabes nada de mi pasado ni de lo que he vivido en estos días.

—Pero ¿qué estás diciendo? —susurró él, con un sudor frío recorriéndole la espalda—. ¿Te han… te han tocado?

Que esa fuera su mayor preocupación no hizo más que confirmar lo que temía: a Alistair solo le importaba la reputación de su familia. Hasta entonces, había querido creer que su primo la había buscado porque la quería, pero ahora comprendía que preservar la imagen del clan era, probablemente, la verdadera razón.

Las lágrimas, que antes había contenido, comenzaron a rodar sin control por sus mejillas, y Alistair lo interpretó como una confirmación. Con el corazón encogido por lo que creyó que ella debía estar sufriendo, dio un paso hacia adelante para acogerla entre sus brazos. Pero Brìghde lo rechazó.

—No pienso darte más explicaciones. Si tanto te preocupa la reputación del clan, prefiero que me des por perdida antes que escuchar una palabra más de tus acusaciones —sentenció, con la voz temblorosa.

Alistair la vio marcharse, sin comprender del todo en qué momento la conversación se le había escapado de las manos.

—¿Qué ha pasado?

La voz de Kieran lo sobresaltó

—He visto a Brìghde llorando, pero no ha querido hablar conmigo.

—No estoy muy seguro —respondió, con la preocupación latente en su tono.

—¿Qué le has dicho?

Alistair guardó silencio unos segundos, intentando encontrar una explicación para la reacción de Brìghde, pero seguía sin comprender del todo lo que había sucedido.

—Solo le he dicho que debe tener cuidado. Estoy cansado de ser el único que se preocupa por su bienestar.

—¿Qué estás diciendo? —replicó Kieran, claramente desconcertado—. Todos nos preocupamos por ella.

—Si de verdad lo hubiéramos hecho bien, no se la habrían llevado —contestó, alzando la voz. El reproche se dibujó en su rostro, y por un instante, el dolor y la culpa cruzaron fugazmente los ojos de Kieran—. No estaríamos aquí, y a ella no le habrían…

—¿No le habrían qué? —preguntó Kieran, cada vez más inquieto.

—No lo sé. No ha querido dar detalles. Solo le dije que debía ser precavida; es una dama y debe mantenerse como tal.

Kieran bajó la mirada, incapaz de ocultar el rubor que le subió al rostro al recordar el encuentro de la noche anterior. Alistair lo notó y frunció el ceño.

—Quizá no era el momento adecuado para hablar con ella de ese modo —dijo, con tono contenido.

—¿Y de qué otra forma debería haberlo hecho?

—No lo sé. Es un tema delicado. Pero lo que no entiendo es por qué has decidido sacarlo precisamente ahora.

Alistair exhaló con cansancio, pasándose una mano por el rostro.

—Dímelo tú, Kieran. Por mucho que confíe en ti, la manera en que os comportáis en público me hace dudar de vuestras intenciones. Y te lo repito: no es una muchacha cualquiera, debes tratarla como la dama que es.

Este suspiró, y una sonrisa leve, casi imperceptible, se dibujó en sus labios.

—Si es su honor lo que te quita el sueño, debo decirte que no tengo la menor intención de alejarme de ella —respondió con sinceridad—. Estoy deseando que lleguemos a Culzean para hablar con el laird.

Alistair se relajó visiblemente, aunque una sombra de preocupación seguía latente en su expresión. Antes de volver al campamento, murmuró:

—Espero que cumplas tu promesa.

***

A la orilla del río, no muy lejos de allí, Brìghde caminaba arrojando piedrecitas al agua con el pie mientras meditaba sobre la discusión que acababa de tener. No le gustaba haberle hablado así a Alistair, pero odiaba sentirse como en ese momento: una hoja mecida por el viento, a merced de lo que otros hombres decidían hacer con ella.

La mayoría afirmaban haber actuado en nombre de su bienestar.

Bienestar.

Esa palabra le irritaba sobremanera.

En nombre de su bienestar, su padre la había recluido durante años; en nombre de su bienestar, su primo ponía en entredicho su virginidad. Thomas no había actuado por su bien, pero aun así se había creído con derecho a decidir lo que debían hacer. Ninguno de ellos había tomado en cuenta su opinión.

Recién había escapado de las garras de un sádico, otro hombre que se había creído con el derecho de decidir sobre su vida.

Al final, todo se resumía en que su destino estaba a merced de otros más fuertes, que no siempre actuaban de un modo altruista.

Que ahora Alistair le llamara la atención por su comportamiento, cuando no había hecho nada que considerara fuera de lugar, era la gota que colmaba el vaso.

¿Cuánto más tendría que sufrir para que la dejaran en paz?

Estaba harta de esa situación. Cuando regresaran a casa, le pediría a su abuelo permiso para entrenarse como cualquier otro guerrero. Y si se negaba, encontraría la forma de hacerlo por su cuenta. Al menos así sentiría que recuperaba parte del control sobre su propia vida.

—¿Brìghde?

La voz suave de Kieran la sacó de sus pensamientos. Se encontraba a escasos metros, esperando a que ella le permitiera acercarse.

—Ahora no es un buen momento —se disculpó débilmente.

Él frunció el gesto con una expresión de duda y comenzó a acercarse, pero Brìghde echó un vistazo rápido a su alrededor, comprobando si alguien los observaba. A lo lejos, distinguió a varios hombres del grupo conversando. Volvió la mirada hacia Kieran, que ya estaba junto a ella.

El sentimiento de culpa la invadió y retrocedió unos pasos, interponiendo de nuevo distancia entre los dos.

—¿Qué ocurre?

Ella bajó la vista al suelo y suspiró. Intentó sonar serena, pero su voz trémula la delató.

—Necesito… necesito un poco de espacio.

—¿Qué quieres decir con eso? —susurró él, un súbito nudo repentino instalarse en su estómago.

Supuso que su cambio de ánimo tenía que ver con la discusión con Alistair y quiso calmarla.

—Mi amor, si es por lo que te hizo Murray…

Brìghde alzó la vista de golpe, entre sorprendida y asustada.

—¿Qué te ha dicho?

—Eso no importa —se apresuró a decir él, dando un paso adelante para tomarle las manos. Brìghde no se apartó, pero tampoco respondió al gesto. Sus dedos permanecieron quietos, sin apretar los suyos.

—Solo quiero que sepas que, para mí, eres perfecta tal y como eres. No necesito que…

Brìghde apartó las manos con perplejidad.

Recordaba lo que le había insinuado a Alistair, pero saber que ambos discutían sobre ella, sin incluirla, le provocó una punzada amarga. Se sintió como una pieza más en un tablero que no controlaba.

—¡Parad ya de decidir por mí! —exclamó, cada vez más molesta.

La idea de no tener voz en una conversación que afectaba directamente a su vida la asfixiaba. Y lo que más le dolía era que Kieran, en quien había depositado su confianza, actuara como si ella fuera un problema a resolver, y no alguien digno de ser escuchado.

Él la observó alejarse, sin moverse del sitio, cada vez más desconcertado… y profundamente preocupado.

***

Brìghde no lo soportó más.

No solo la había juzgado por actos que ni siquiera había cometido, sino que además se lo había dicho a Kieran. Roja de furia, fue directa hacia Alistair, que estaba preparando su caballo junto al resto de sus hombres.

—¡¿Le has dicho a Kieran lo que hemos hablado?!

El resto alzó la cabeza en su dirección.

Alistair se quedó perplejo ante la actitud desafiante de su prima.

—¿Cómo?

—¿Crees que tienes derecho a compartir con otros mis asuntos privados? —siguió ella, cada vez más alto, sus brazos firmes a los lados y las manos hechas un puño—. Mi vida es mía, Alistair. No tienes derecho a inmiscuirte en lo que hago o dejo de hacer.

Los murmullos a su alrededor no hicieron más que incrementar la frágil seguridad de Alistair, y la incomodidad se adueñó de su cuerpo.

Como futuro laird y líder de aquella expedición, no podía permitirse el lujo de parecer vulnerable, y mucho menos de ser cuestionado en público por una mujer, aunque se tratara de su prima. Necesitaba mantener la firmeza; sabía que todos lo observaban, evaluando cada gesto, cada palabra. La autoridad debía emanar de él sin titubeos, y Brìghde, sin proponérselo, lo estaba dejando en evidencia ante sus propios hombres.

—No te atrevas a hablarme de ese modo —ordenó, con un tono autoritario que apenas lograba ocultar la tensión en su semblante—. Ya te lo he dicho: tus acciones no te afectan solo a ti, sino a toda la familia. Así que deja de provocarme y empieza a actuar con la dignidad que se espera de una dama de tu linaje.

Brìghde no daba crédito. La rabia le subía por la garganta y, sin pensarlo, alzó la mano para asestarle una bofetada.

Alistair reaccionó al instante, sujetándole la muñeca con una frialdad que la dejó sin aliento.

—Vuelve a tu carruaje y no salgas hasta que yo lo ordene.

Sus miradas se cruzaron en un duelo mudo. Alistair apretó con más fuerza, hasta que Brìghde, mordiéndose el labio por el dolor, apartó la vista y retiró la mano de un tirón. Regresó al carruaje conteniendo como podía las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

Las miradas de aprobación de quienes los rodeaban envalentonaron a Alistair; había dejado claro que él tenía el control. A pesar de ello, el peso en su interior no se aligeró. Al volverse hacia su caballo, alcanzó a ver a Kieran negando lentamente con la cabeza, en un gesto de desaprobación que no necesitó palabras.

Respiró hondo y ordenó que se completaran los preparativos, manteniendo la expresión imperturbable que sabía que esperaban de un líder...

Rosemary, que había presenciado la escena desde la distancia, se apresuró hacia el carruaje. Al entrar, encontró a Brìghde encogida en una esquina, con los pies sobre el asiento y la cabeza oculta entre las piernas, sollozando en silencio. Sin decir una palabra, se sentó a su lado y le rodeó la cintura con un brazo, permitiéndole apoyarse en su hombro y desahogarse sin necesidad de hablar. Permanecieron así hasta que el carruaje se puso en marcha.

Brìghde alzó por fin la cabeza y, con una mano temblorosa, se secó las lágrimas. Entre respiraciones entrecortadas, le relató a su amiga lo ocurrido. Esta negaba suavemente con la cabeza mientras escuchaba, su rostro cargado de desaprobación ante cada palabra. Al terminar, la abrazó con más fuerza, envolviéndola en un gesto silencioso de apoyo incondicional.

—¿Te parece que comencemos tus lecciones?

Rosemary asintió, convencida de que la distracción les haría bien a ambas.

El resto de la tarde transcurrió entre letras y sílabas, mientras el carruaje avanzaba sin detenerse. Brìghde agradecía la concentración que exigía la tarea, aunque de tanto en tanto se le escapaba algún sollozo ahogado. Entonces, Rosemary pausaba la lección y volvía a abrazarla, dándole el tiempo necesario para recuperar la calma.

Aprendía con rapidez y dedicación; antes de que el sol se ocultara tras las montañas, ya era capaz de reconocer sílabas y algunas

palabras sencillas. Satisfechas con el progreso, dieron por terminada la lección de aquel día.

Esa noche, Brìghde no salió de la tienda. No cenó más que una infusión de valeriana que su amiga le preparó, y, acurrucada entre sus brazos, se durmió con la esperanza de que la noche le concediera, al fin, un descanso sin sueños.

Capítulo 51

En la madrugada del tercer día, partieron temprano para avanzar lo posible antes de que comenzara la lluvia. Aun así, unas horas después, los relámpagos que anunciaban la inminente tormenta los obligaron a desviarse hacia la aldea más cercana.

Se alojaron en una posada a las afueras del pueblo, pero el jolgorio de los aldeanos, a pesar del mal tiempo, despertó la curiosidad del grupo. Era día de intercambio, una ocasión especial en la que campesinos y comerciantes ambulantes se reunían en la plaza para vender o intercambiar sus productos.

El espacio, aunque modesto, estaba animado por una hilera de mantas extendidas en el suelo y pequeños mostradores improvisados. El aire se impregnaba de aromas intensos: hierbas recién recolectadas, pan recién hecho, y el perfume punzante de algunas especias traídas de lejos. Había montones de frutas y verduras de temporada, junto a herramientas forjadas a mano y tallas de madera cuidadosamente labradas. Incluso se veían algunas joyas sencillas, que brillaban discretamente bajo la luz gris del cielo, sostenidas con orgullo por sus dueños.

El bullicio de la plaza y la energía de los aldeanos, ajenos a los problemas de la comitiva, contagiaron al grupo, cuyo ánimo se había visto mermado tras el conflicto reciente. Conforme avanzaban por los puestos, las miradas desconfiadas de los guerreros se suavizaron, y alguno de ellos, dejándose llevar por la atmósfera festiva, se animó a comprar pequeños detalles para sus seres queridos. Un soldado adquirió una pulsera sencilla para su esposa; otro eligió una talla en madera de un ciervo, perfecto para su hijo.

El grupo se dispersó y, por un momento, la tensión que los había acompañado en el viaje quedó atrás.

Brìghde estaba en su elemento entre los mercaderes. Adoraba explorar los puestos, pues le recordaban que, fuera de su propio mundo, había formas de vida distintas, llenas de matices que despertaban su curiosidad.

Adquirió unas pocas prendas que llamaron su atención y que le servirían para lo que quedaba de viaje, ya que había usado el mismo vestido desde que habían salido. Después, se detuvo en un puesto de bisutería y compró unos pendientes de plata con piedras azules incrustadas en un delicado patrón en espiral, pensando en regalárselos a Fiona. También adquirió una pequeña petaca para Duncan.

Al pasar por el puesto de antigüedades, vio de reojo que Rosemary observaba con interés un pequeño joyero oxidado, pero no lo compró. Supuso que su amiga no tendría suficientes monedas para ello, así que, aprovechando que se había alejado para comprar provisiones, volvió al puesto y compró el joyero. De paso, adquirió una pulsera con grabados florales y la guardó en la cajita. Sonrió satisfecha y se reunió con Rosemary justo cuando las primeras gotas comenzaban a caer del cielo.

Permanecieron el resto de la tarde en la posada, resguardadas de la tormenta que caía con fuerza en el exterior. Brìghde había solicitado una habitación para ella y otra para su amiga, pues, tras haber estado juntas la mayor parte del tiempo, quería que ambas tuvieran algo de intimidad. Aun así, después de que se bañaran en sus respectivos cuartos, acabaron pasando gran parte del tiempo juntas en el mismo cuarto.

Aprovecharon la ocasión para continuar con las lecciones y también para tratar las heridas de Brìghde, cuyo aspecto mejoraba lentamente. Los ungüentos habían acelerado el proceso de curación, y las ampollas de la quemadura se iban reabsorbiendo poco a poco.

Brìghde seguía al pie de la letra las indicaciones de su amiga, tomando sin protestar las infusiones que le prescribía, aunque eso hiciera que el grupo tuviera que hacer frecuentes paradas para que ella pudiera aliviar sus necesidades.

Antes de bajar a cenar, le entregó el regalo a Rosemary. Esta la abrazó con lágrimas en los ojos y dejó que le pusiera la pulsera alrededor de la muñeca.

Para sorpresa de Brìghde, sacó una bolsita de tela y le indicó que la abriera. Ella obedeció, emocionada al sacar unos pendientes de perlas blancas de tamaño discreto.

—¿Son para mí?

Rosemary asintió sonriente y se fundieron en otro abrazo.

—Son preciosos.

Se puso los pendientes y sonrió satisfecha al mirarse en el espejo. Las perlas le daban un toque delicado y femenino que le recordaba a su madre. Se recogió el cabello en una trenza de espiga lateral y bajó al comedor, del brazo de Rosemary.

Aunque no le apetecía encontrarse con el resto, había notado que su compañera disfrutaba de la compañía del grupo, en especial de un guerrero en particular, con quien había intercambiado más de una mirada furtiva. Por eso, decidió dejar a un lado sus propios pesares y hacer el esfuerzo, al menos por brindarle un momento de alegría.

Conforme bajaban por la escalera, evaluó rápidamente los asientos ocupados.

En una mesa alargada estaba Scot junto a sus hombres y algunos de los MacGregor. En la mesa contigua, de dimensiones similares, se encontraban Alistair y Kieran, acompañados por el resto del grupo. Exhaló, algo nerviosa, y le hizo un gesto sutil a Rosemary, quien asintió en respuesta.

Ante la mirada desconcertada de los demás, se sentaron en la mesa de Scot. No le había costado convencerla, pues, por suerte, el guerrero que tanto interesaba a su amiga compartía dicha mesa.

Scot, situado frente a Brìghde, ocultó rápidamente su sorpresa bajo un saludo cordial. Brìghde percibió el escrutinio y la mueca desaprobatoria de Alistair, pero poco le importó. En el rostro de Kieran, en cambio, se reflejaba confusión y algo más que no consiguió identificar.

A medida que avanzaba la cena, descubrió, para su alivio, que Scot distaba mucho de parecerse a su padre. Su actitud serena y la forma en que mostraba un interés genuino por lo que decía su interlocutor facilitaban una conversación fluida y sin esfuerzo. Poco a poco, comenzó a verlo por quien realmente era, sin proyectar sobre él la sombra de viejos recuerdos.

No le sorprendía que Fiona se hubiera prendado de él.

Con el paso de los minutos, se encontró a sí misma riendo con algunas de las bromas que cruzaban la mesa y participando con soltura en la conversación con los hombres. Incluso se animó a aceptar la cerveza que le ofrecieron, ignorando deliberadamente los discretos gestos de advertencia de Alistair, que no hicieron más que envalentonarla.

"Si tanto teme que sea una mujer indecente, le daré motivos para pensarlo".

Pasada la medianoche, se excusó con discreción y se retiró a su alcoba, no sin antes pedir a una de las camareras un vaso de agua caliente.

Ya en la soledad de su cuarto, se despojó del vestido y se puso un camisón que había comprado en el mercado. Agradeció el tacto suave y el olor a limpio de la prenda. Se sentó en el borde de la cama y comenzó a deshacerse la trenza, mientras contemplaba la lluvia caer a través de la ventana.

El sonido en la puerta la devolvió al presente.

Al volverse, encontró a Kieran en el umbral, y una oleada de nerviosismo le aceleró el pulso.

—Me has asustado —susurró, llevándose una mano al pecho sin poder disimular el sobresalto.

Él abrió la boca para responder, pero unas voces que se acercaban por el pasillo los hicieron tensarse de inmediato. Brìghde le lanzó una mirada fugaz, señalando con un gesto la puerta entreabierta. Kieran, nervioso y quizá demasiado dispuesto a malinterpretar el momento, la cerró desde dentro.

Ella parpadeó, incrédula, sintiendo de golpe el calor subirle al rostro.

Las palabras de Alistair resonaron en su mente, clavándose como un recordatorio incómodo. No quería que aquello pareciera una invitación… y aun así, ahora estaban los dos solos en una habitación cerrada, en mitad de la noche.

—¿Qué estás haciendo?

—No lo sé —admitió él, sin poder sostenerle del todo la mirada—. Pensé que querías que entrara… tú me hiciste la seña.

—Creí que eras otra persona —murmuró ella, con evidente incomodidad.

—¿Otra persona? ¿A quién esperabas...? ¿A Scot?

—¿Disculpa?

—No, no… —balbuceó, arrepintiéndose al instante—. Está claro que no debería haber venido.

Acto seguido, se marchó, cerrando la puerta tras de sí con un gesto seco.

Brìghde permaneció inmóvil, mirando la madera aún temblorosa, sin comprender del todo lo que acababa de pasar. Tras unos segundos de desconcierto, reaccionó y salió en su busca, deseando que no se hubiese alejado demasiado.

Abrió con precaución y asomó la cabeza al pasillo. Al verlo allí, de espaldas, a escasos pasos, el corazón le dio un vuelco.

—Sigues aquí…

Kieran sentía que cada vez le costaba más mantener el control. Se giró para marcharse, decidido a no ceder, pero Brìghde lo sujetó del brazo con firmeza. Al volver la vista hacia ella, se le formó un nudo en el estómago al ver su expresión dolida.

—¿Podemos hablar, por favor?

Asintió sin decir palabra, y ella le abrió paso. Cerró la puerta con cuidado y echó el pestillo, queriendo evitar cualquier nueva interrupción. Al volverse, lo encontró de pie junto a la cama, los brazos cruzados y el semblante cerrado.

Por dentro, él luchaba por contener el tumulto de emociones que lo había invadido desde que la había visto riendo con Scot. Al principio pensó que su distancia se debía a las advertencias de Alistair, pero verla tan relajada, tan presente junto a otro, lo había desconcertado más de lo que estaba dispuesto a admitir. Una sombra de duda se había instalado en su interior, difícil de acallar.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, con suavidad.

Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos antes de que él respondiera, la voz tensa, vacía de calidez:

—No lo sé… Dímelo tú. ¿A quién esperabas?

Ella abrió la boca para contestar, pero el peso de sentirse otra vez puesta a prueba le cerró la garganta. Guardó silencio.

—Lo suponía… —masculló él, decepcionado.

Brìghde lo observaba en silencio, mientras un pensamiento invadía lentamente su mente:

"Nunca iban a respetarla, no importaba cuánto dijeran que la querían; aunque Kieran nunca se lo había dicho, en verdad".

Quiso responder con enojo, pero la voz le salió temblorosa, cargada de dolor:

—¿Por qué todos me juzgáis? No he hecho nada malo.

Él vaciló al verla así, con los ojos brillantes y la voz rota, pero los celos hablaron antes que la razón, y su tono se mantuvo implacable:

—Porque hace dos noches me besabas como si no existiera nadie más… y ahora te sientas a cenar con Scot, claramente encantada con su compañía.

—Eso no es… —el nudo en su garganta le impidió continuar hablando.

Lo miró unos instantes, sin ocultar la lágrima que se deslizaba por su mejilla. Pudo ver el arrepentimiento en su rostro, pero ya era tarde.

No iba a estar dando explicaciones por cada gesto o palabra que saliera de su boca. Si no era capaz de confiar en ella, no tenía intención de continuar la discusión.

Abrió la puerta y susurró, con la mirada fija en el suelo:

—Déjame sola, por favor.

Kieran vaciló por unos instantes, pero acabó aceptando su petición. Cuando pasó por su lado, una criada hizo acto de presencia, portando una bandeja con una jarra humeante. La saludó con un gesto cortés y continuó su camino, sin evitar oír su conversación:

—Aquí tenéis, milady. Disculpad la demora, ha habido ciertos contratiempos a causa de la tormenta.

—No os preocupes —respondió Brìghde con amabilidad.

—¿Deseáis algo más, mi señora?

—Sí, os lo ruego. Haced saber a Rosemary que traiga consigo su baúl.

La posibilidad de haber malinterpretado la situación lo golpeó con fuerza, dejándole un sabor amargo de remordimiento y un temor

creciente. Dio un paso hacia la puerta, dispuesto a regresar y aclararlo todo, pero las palabras de Brìghde seguían resonando en su mente, deteniéndolo en seco. Conociendo su carácter, temió que, de insistir, terminara con el agua en la cara por no respetar su voluntad.

"Mañana hablaré con ella", se prometió en silencio, con el pecho encogido.

Capítulo 52

A la mañana siguiente, unos toques suaves en la puerta la despertaron de un sueño intranquilo. Se llevó una mano a la sien, donde un latido sordo y persistente la atormentada, y dio permiso para que entraran.

Al verla en aquel estado, Rosemary volvió a su alcoba para regresar con un ungüento. Brìghde inhaló el aroma fresco y mentolado, cómo mente despejarse poco a poco.

Ligeramente mareada y con algunas náuseas incipientes, pidió a su amiga que le ayudara a ponerse uno de los vestidos que había comprado el día anterior. Eligió un vestido gris oscuro, reflejo discreto de su ánimo sombrío, pese a los intentos de Rosemary por convencerla de usar algo más alegre. Con delicadeza, su amiga le cepilló el cabello y lo dejó suelto, cayendo con suavidad sobre la espalda.

Cuando bajaron a desayunar, sintió cierto alivio al ver que los demás ya se encontraban fuera, ocupados con los preparativos de partida. Recogieron sus pertenencias y pidieron a uno de los trabajadores de la posada que las llevara al carruaje.

Salieron del brazo, saludando con cortesía a los guerreros que encontraban en su camino, aunque sin detenerse a conversar.

Kieran advirtió su presencia en cuanto apareció en el umbral, lo que bastó para interrumpir lo que estaba haciendo. La mirada que le dirigió no le pasó desapercibida, pero Brìghde evitó responder al gesto y mantuvo un paso lento y contenido hasta alcanzar el carruaje, donde ambas subieron sin volverse.

Una vez dentro, exhaló el aire contenido. Rosemary sacó las hojas de su baúl y se las ofreció con gesto interrogante. Ella asintió y, tras secarse con un pañuelo las lágrimas que comenzaban a brotar, retomaron la lección donde la habían dejado la última vez.

No había pasado mucho tiempo cuando el traqueteo constante del carruaje intensificó sus náuseas, obligándolas a pedir al cochero que detuviera la marcha.

Salió deprisa hacia un arbusto, seguida de Rosemary, y vomitó el contenido del desayuno.

Kieran se acercó de inmediato, pero Rosemary le hizo un gesto con la mano para que no se aproximara. Él se detuvo al instante, asintió en silencio y regresó junto al grupo, con el ceño fruncido y el semblante sombrío.

Poco después, Alistair se acercó a Scot y le pidió que redujeran el ritmo del viaje hasta que su prima se encontrara en mejores condiciones.

El resto del viaje, Brìghde estuvo tumbada en el asiento, mientras Rosemary vigilaba su estado. Cuando su rostro hacía el amago de palidecer, la obligaba a inhalar uno de los frascos, aliviando así las náuseas.

Al cabo de unas horas, empezó a encontrarse mejor. Se incorporó en el asiento y deslizó la cortinilla.

Su rostro se iluminó al reconocer el paisaje que se extendía ante ella: las montañas escarpadas se habían ido distanciando a su derecha, dando paso a grandes valles cubiertos de flores y a campos de trigo. A su izquierda, el lago se iba ensanchando, distinguiéndose algunos islotes en el horizonte.

Uno de los guerreros abandonó la comitiva en dirección al castillo, y se alegró de que pronto su familia respirara aliviada.

Giró el rostro hacia Rosemary y habló con emoción contenida:

—Ya estamos llegando.

Rosemary le sonrió en respuesta.

Alistair apareció al trote lento junto a la ventanilla, inclinándose apenas para verla.

—¿Cómo te encuentras?

Brìghde no respondió, centrando su atención en el paisaje.

Él desvió la mirada hacia Rosemary, buscando alguna señal. Ella le dirigió un leve asentimiento que bastó para suavizar la expresión de su rostro.

—Dormiremos en la posada de los Campbell. La tormenta de anoche dejó a los caballos agotados.

Brìghde alzó ligeramente las cejas y desvió la mirada con estudiada indiferencia, un gesto que no pasó desapercibido para

Alistair.

—¿Qué ocurre?

—Te preocupan más tus caballos que tu propia familia.

Aunque no le agradó el tono, se sintió aliviado de que, al menos, le dirigiera la palabra. Apretó con fuerza las riendas, esforzándose por conservar la calma, aunque no logró evitar que su voz dejara entrever cierta irritación.

—Brìghde, todos deseamos llegar a casa, pero hemos aflojado el ritmo desde que vomitaste esta mañana. Pronto anochecerá y todavía estamos lejos. No puedes reprocharme que me preocupe por ti y, al mismo tiempo, acusarme de no hacerlo. No es justo.

—¿Cuándo te has preocupado por mí? —le increpó, procurando no alzar la voz para no atraer la atención del resto de la comitiva, que seguía de reojo cada uno de sus encuentros desde la última discusión.

—¿Cómo que cuándo? ¿Cuándo fui a rescatarte, sabiendo que eso era casi declarar la guerra a otro clan? ¿O cuándo pasaba horas contigo en el castillo, intentando distraerte, aunque me trataras con desprecio?

—A ti no te preocupo yo —insistió ella, aunque la voz comenzaba a quebrársele.

Sus propias palabras le removieron heridas que aún no habían cerrado del todo, y que Alistair acababa de tocar con torpeza. Pero no pensaba dar su brazo a torcer.

—Lo que realmente te inquieta es lo que pueda hacerle a la reputación del clan… porque sabes que un día lo heredarás.

Alistair cerró los ojos y respiró hondo, sintiendo cómo le costaba cada vez más contener la frustración. La situación se le escapaba poco a poco de las manos, y aunque detestaba la idea de montar una escena frente a los suyos, alzó la voz con firmeza y ordenó que se detuvieran.

Luego le indicó a Brìghde que bajara.

Ella, desconcertada por el tono autoritario, obedeció sin protestar. Alistair la condujo a un pequeño caro, lo bastante apartado del camino para que nadie pudiera escuchar lo que estaba por decir.

—A ver —comenzó, haciendo acopio de la poca paciencia que le quedaba—. ¿Se puede saber qué te ha dado ahora con la reputación?

—¿A mí? —respondió, con la rabia ardiéndole en la garganta.

Que la hubiese hecho bajar del carruaje delante de todos, como si fuese una niña caprichosa a la que había que reprender, solo avivaba su enfado.

—Tú eres el que está enfadado porque crees que ya no soy digna desde que Murray me mantuvo cautiva.

—¡¿Has perdido el juicio?! —exclamó exasperado—. ¿Cómo voy a enfadarme por eso?

—Lo dijiste el otro día —lo acusó, empujándolo con un dedo en el pecho—. Vi tu cara cuando te dije que no me conocías.

—¿Mi cara? ¿Qué crees exactamente que estaba expresando?

—Pues… —Brìghde titubeó, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos al recordar la discusión—. Parecías decepcionado. No me gusta que duden de mi integridad y mucho menos que me traten como si fuera ganado, decidiendo si soy digna o no de estar con alguien.

Alistair la observó en silencio durante unos segundos.

Estaba temblando de ira, con las lágrimas surcando sus mejillas, pero, más allá del enfado, lo que más le impactó fue el cansancio en su mirada, una tristeza profunda que parecía pesarle en los hombros. En ese instante, comprendió que quizá había sido más duro de lo necesario, y que su deseo de protegerla se había confundido con control.

Se tragó el orgullo y, con gesto pausado, le tomó las manos, entrelazándolas con las suyas.

—Lo siento. Pensaba que sabría cómo hablar de esto contigo, pero veo que mis palabras se malinterpretaron.

Brìghde frunció el ceño, pero no apartó las manos, lo que lo animó a seguir hablando.

—Me alegró ver que Kieran y tú os llevabais bien. Pensé que, si encontrabas tu lugar aquí, no volverías a marcharte.

Hizo una breve pausa, como si le costara encontrar las palabras.

—Te he echado de menos, Brìghde. Después de mi padre, supongo que tú has sido con quien mejor me he entendido en esta familia. Solo… no quería que terminaras sintiéndote tan sola como yo.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sorprendida.

—Hace un año iba a casarme.

Brìghde abrió mucho los ojos, atónita

—Todo parecía ir bien… pero, en el último momento, eligió a otro.

—Lo siento. Pero no entiendo cómo eso afecta a mi honor.

—Ella fue la primera mujer en mi vida, y la marca que dejó… aún no desaparece —confesó, con la voz tensa—. Quiero creer que Kieran es un hombre honorable, que cumplirá su palabra, pero no puedo evitar temer que sufras como yo.

Se hizo un breve silencio.

—No me importa lo que hayas hecho en el pasado —añadió al fin —. Eso… puede ocultarse.

Brìghde alzó una ceja, interrogante, y él se encogió de hombros, dejando escapar una sonrisa breve, apenas irónica.

—Lo que me preocupa no es eso. Es lo que te hayan hecho. Un secuestro no es fácil de superar, pero una violación… —la frase se quebró antes de completarse—. No quiero ni imaginar lo que habrás sufrido.

—No me tocó —aclaró rápidamente, entre sollozos.

Las palabras de Alistair habían alterado por completo su percepción. Ya no veía al laird severo y envalentonado que la reprendía con dureza, sino al niño con el que había crecido… aquel que coleccionaba flores marchitas y lloraba en silencio cuando las niñas lo ignoraban. Ese niño seguía ahí, escondido bajo capas de orgullo, aún temeroso de que le volvieran a romper el corazón.

—¿Entonces por qué…?

—Yo nunca dije que llegara a tocarme —admitió, con cierta culpa en su voz—. Solo dije que no sabías por lo que había pasado. Estaba enfadada contigo, Alistair, y no quería tener que explicártelo.

—Eres una necia —suspiró aliviado.

—Lo siento.

Lo rodeó por la cintura y él la acogió entre sus brazos.

—Me extraña no haber oído sobre esto en el castillo.

—Después de romper el compromiso, pasé unos meses muy mal —explicó, sin romper el abrazo; no quería que viera las lágrimas que asomaban en sus ojos—. Nadie menciona el tema.

—¿Vino a la celebración? —preguntó con cierta reserva.

—No… no pudo.

Su respuesta le suscitó dudas, pero evitó indagar más al notar el leve temblor de su cuerpo.

—¿Podemos hacer las paces? —preguntó él, una vez se separaron.

—Claro —respondió, con una expresión relajada en el rostro—. ¿Podrás perdonarme?

—Solo si tú me perdonas a mí.

—Lo haré si dejáis de hablar de mí a mis espaldas —dijo en tono de broma, aunque no pudo ocultar del todo el dolor por lo sucedido.

Alistair respondió en tono ceremonioso:

—Pero mujer, las alianzas entre clanes se discuten entre hombres.

Brìghde curvó las comisuras en una breve sonrisa y le dio una palmada en el hombro a modo de reprimenda, aunque pronto su gesto se ensombreció.

—No sé qué alianzas habrá. Kieran cree que tengo algún entendimiento con Scot.

—¿Con Scot? —preguntó incrédulo. No tardó en comprender lo que su prima insinuaba—. Ah, ya entiendo.

—¿Entender qué? Porque yo no veo sentido a nada de esto.

—Brìghde… para desear tanto tomar las riendas de tu destino, no pareces hacerlo muy bien—replicó con resignación.

Ella se apartó y lo miró preocupada.

—Anoche te sentaste con Scot…

—Porque no deseaba estar contigo —respondió rápidamente.

El dolor cruzó el semblante de su primo, haciéndola arrepentirse de sus palabras.

—Solo buscaba tranquilidad. No hice nada impropio, me comporté como corresponde a una dama.

Se sujetó las faldas del vestido e hizo una inclinación formal, provocando que Alistair contuviera una carcajada.

—Doy fe de ello, milady —respondió solemnemente, llevándose una mano al pecho—, pero un hombre enamorado no lo vería del mismo modo. Piénsalo: estuviste toda la noche riendo y bromeando con un hombre que hasta hace poco te generaba antipatía. Kieran es una de las personas más sensatas que conozco y he visto cómo se comporta con otras mujeres, pero contigo… contigo es diferente.

Conforme asimilaba sus palabras, el sentimiento de culpa crecía con fuerza en su interior. Repasó la discusión de la noche previa y se cubrió el rostro con las manos, abrumada por la vergüenza. Seguramente Kieran solo había querido aclarar las cosas, pero ella lo había echado por temor al juicio de los demás.

—Alistair, hazme un favor —imploró, aún con el rostro entre las manos—. ¿Podemos huir a algún lugar donde no importe lo que piense el resto de la gente?

Él rio suavemente y Brìghde alzó la vista, su gesto apenado.

—Entonces vayámonos a vivir a un fiordo. Allí seguro que nadie nos juzga.

—Puff… —resopló ella, rodando los ojos en un gesto poco propio de una dama—. Conociéndonos, seguro que alguna ballena nos echa en cara que no aguantamos el frío o algo así.

Ambos rieron, aliviados por el momento compartido. Una vez recobrada la tranquilidad, regresaron con el grupo y reanudaron la marcha hacia la posada.

Brìghde notó que el dolor de cabeza había disminuido. Desde el carruaje, buscó a Kieran, que cabalgaba en la retaguardia, y sus ojos se encontraron.

Un leve escalofrío recorrió su piel.

"Hablaré con él más tarde", se prometió.

Capítulo 53

Cuando el sol se ocultaba tras las montañas, el grupo llegó a la posada.

Los Campbell eran una familia muy querida por los MacLeod. Elaine Campbell había sido cocinera en el castillo hasta que conoció a su esposo y se marchó para regentar la posada familiar. Desde entonces, pasar la noche en la posada Campbell se había convertido en una tradición familiar.

James Campbell, un hombre de sonrisa bonachona y estatura mediana, algo entrado en años, salió alertado por el bullicio del numeroso grupo, pero su rostro se iluminó al reconocerlos.

Alistair y Kieran desmontaron rápidamente y se acercaron a saludarlo.

—¡Mis muchachos! —exclamó con alegría desbordante, abriendo los brazos para recibirlos.

—Señor Campbell, ¿cómo os encontráis vos y vuestra bella esposa? —preguntó Alistair al separarse del abrazo.

—Muy bien —respondió James, preparando otro abrazo para Kieran—. ¿Cómo ha ido todo?

—Regresamos de la fortaleza Cochrane —contestó Alistair, con un toque de orgullo.

El semblante de James se ensombreció. Lanzó una rápida mirada hacia el resto de la comitiva, y arrugó el ceño al distinguir los estandartes de los Cochrane.

—¿Y bien?

Alistair asintió en dirección al carruaje, y el rostro de James se relajó, dando paso a la alegría con la que los recibió.

—¡Qué buenas noticias! —exclamó aliviado. Se giró hacia la posada y gritó—: ¡Elaine, ven!

Elaine apareció tras unos segundos, secándose las manos en el delantal con gesto intranquilo. Era una mujer de mediana edad, de estatura algo más baja que su esposo, pero con el mismo aire

afable. Cuando vio a los chicos, sus ojos buscaron los de él. Al encontrar su sonrisa, su cuerpo se relajó visiblemente.

—¡Por fin! No sabéis cuánto hemos sufrido por vosotros. Pasad, tenemos camas para todos, aunque algunos tendréis que compartir.

Alistair agradeció el gesto e indicó al grupo que comenzara a desmontar. Scot, consciente de la reputación que tenía entre los Campbell, avanzó con reserva, preparándose para ofrecer un saludo cortés.

Pero antes de que pudiera hablar, Kieran se adelantó con paso decidido:

—Scot Cochrane está de nuestro lado. Nos ayudó con el rescate.

La pareja lo evaluó en silencio y, tras unos segundos, le dirigieron una sonrisa amable.

—Entonces, no hay más que hablar —sentenció Elaine—. Bienvenido a nuestra posada.

Scot respondió con una inclinación de cabeza y dirigió a Kieran una mirada agradecida, a lo que este negó levemente con la cabeza, restándole importancia.

Cuando las jóvenes descendieron del carruaje, Elaine soltó un chillido alegre y corrió a su encuentro. Abrazó a Brìghde con tal ímpetu que esta comenzó a palidecer, hasta que no tuvo más remedio que empujarla para separarse.

—Yo también me alegro de veros, señora Campbell —dijo, recuperando el aliento.

—Ay, pequeña, qué preocupados nos tenías —murmuró Elaine, con alivio reflejado en su rostro. Pero enseguida vio sus heridas y frunció el ceño—. ¿Quién os ha hecho esto?

Cansada de lamentarse, señaló a Murray, quien seguía atado a un caballo, arrodillado en el suelo y con aspecto deplorable.

—Ese miserable —respondió con voz firme, añadiendo en un susurro para que solo Elaine la escuchara—: Es el laird Cochrane, pero os ruego que no guardéis rencor a su hijo.

Brìghde esperaba que Elaine estallara en cólera, pero se sorprendió al ver que asentía, sin perder la calma.

—Lord Kieran nos ha pedido que confiemos en él —susurró Elaine —, aunque yo le tendré el ojo encima igualmente.

Brìghde ocultó la sorpresa con una leve sonrisa; le costaba imaginar a Kieran defendiendo a Scot, sobre todo después de lo ocurrido anoche.

Lo buscó con la mirada, pero no lo encontró.

—Están llevando los caballos a los establos —volvió a susurrar, con gesto cómplice—. Ese muchacho estaba realmente preocupado cuando pasaron por aquí.

Brìghde se sonrojó, incapaz de negar lo evidente, pero para su alivio, la atención de Elaine se desvió hacia Rosemary. La joven bajó la mirada con timidez, ruborizándose también.

—¿Y quién es esta dama tan encantadora?

—Es lady Rosemary —respondió Brìghde, guiñándole un ojo a su amiga—. La verdadera razón por la que logré escapar de ese infierno.

—En ese caso —dijo Elaine, haciendo una reverencia formal—. Milady, todo aquel que haya ayudado a mi pequeña es bienvenido a nuestro hogar.

Elaine las invitó a pasar y le asignó una habitación a cada una.

Brìghde se sintió abrumada al descubrir que le había reservado la alcoba principal: una estancia amplia iluminada por el resplandor de la chimenea y las velas colocadas con esmero sobre las mesitas de noche, cuyas sombras danzaban suavemente en las paredes de piedra. La cama con dosel, adornada con cortinas doradas, ocupaba el lugar principal frente a la chimenea, sobre una alfombra de piel de oso que aportaba calidez al espacio. En una esquina, un escritorio hacía las veces de tocador junto a un sillón próximo al fuego. En la otra, una mesa de madera tallada sostenía una jarra de cuello estilizado y un cuenco hondo que reflejaban los destellos del fuego. Las cortinas, a juego con las de la cama, colgaban cerradas en la ventana, envolviendo la habitación en una atmósfera cálida y acogedora.

—Oh, señora Campbell, no puedo aceptar esto —dijo mientras recorría la estancia con la mirada.

Elaine negó con la cabeza, y se acercó para tomarle las manos con afecto.

—Esta noche os corresponde descansar aquí. Dormid en paz… y sentid, al fin, que habéis vuelto a casa.

Capítulo 54

El señor Campbell dispuso las mesas en forma de "U" para que todos pudieran disfrutar de la cena juntos. Su esposa preparó un guiso de conejo y venado asado, acompañado de abundante cerveza y vino. La celebración por el rescate y el regreso a casa de la mayoría de los hombres llenaba el ambiente de júbilo y calidez, contagiando incluso a Scot y a sus hombres, que poco a poco parecían integrarse mejor.

Cuando llegó el postre, una protesta generalizada recorrió la sala al ver que Elaine servía una doble ración de pastelillos de manzana y canela a Brìghde y Rosemary. Ambas respondieron con gestos inocentes, aleteando las pestañas de manera exagerada, lo que provocó una risa colectiva.

Scot, con algo más de alcohol en el cuerpo de lo habitual, se armó de valor para pedirle a James la gaita, y se lanzó a demostrar sus habilidades musicales.

—Tocáis muy bien —comentó Brìghde, con una sonrisa pícara. Sintió de inmediato el rostro tenso de Kieran, unos asientos más allá, y continuó hablando, con un matiz provocador—. Seguro que a Fiona le encantará saber lo bien que manejáis su instrumento favorito.

El joven Cochrane se sonrojó hasta parecer un tomate maduro, mientras Rosemary, atónita, se atragantaba con el vino. Brìghde se giró a tiempo para ver cómo Alistair se llevaba una mano a la cabeza, tratando de ocultar la sonrisa que asomaba en sus labios.

—Es la verdad —dijo, encogiéndose de hombros.

Scot recobró su aplomo enseguida y continuó tocando, esta vez con un aire visiblemente orgulloso. El comentario de Brìghde, lejos de incomodarlo, pareció alimentar su seguridad. La risa de ella se propagó entre los demás, llenando la estancia de un ambiente aún más festivo.

Tras la cena, la celebración continuó con bailes al ritmo de la gaita. Brìghde y Kieran, aunque se evitaron físicamente, no pudieron

esquivar la tensión palpable entre ambos, una corriente silenciosa que ninguno lograba ignorar. Rosemary, por su parte, bailaba con un entusiasmo contagioso junto a un guerrero MacGregor.

Pasada la medianoche, Brìghde se retiró a su habitación, alegando cansancio. Su amiga, preocupada por su repentina retirada, intentó convencerla de quedarse, pero ella insistió en que estaba bien y la animó a continuar disfrutando de la fiesta.

No obstante, el motivo real de su marcha era otro. La cercanía de Kieran, la imposibilidad de hablar o de tocarlo como deseaba, la abrumaban. La sensación de no resolver lo que quedaba pendiente entre ellos la estaba consumiendo por dentro.

Una vez en su alcoba, intentó serenarse mientras se observaba en el espejo. Solo cuando su respiración se estabilizó y el corazón recuperó su ritmo habitual, se permitió pensar con claridad.

No podía seguir aplazando lo inevitable. Si quería recuperar lo que habían construido, debía enfrentarse a ello.

Se encaminó hacia la puerta con determinación, decidida a poner fin a aquella distancia opresiva. Pero un pensamiento fugaz la detuvo: un eco de su educación, de las normas no escritas que regían su mundo, susurrándole que quizá estaba a punto de cometer una imprudencia… o algo aún más reprobable.

Vaciló un segundo, pero enseguida sacudió la cabeza, espantando esa sombra de duda. No ahora. No después de todo lo vivido.

Inspiró hondo… y abrió la puerta.

Nada más hacerlo, se chocó de frente contra un pecho sólido. Al levantar la vista, descubrió a Kieran, que tenía el puño alzado, dispuesto a llamar. Sus miradas se encontraron y el tiempo pareció detenerse, atrapándolos en un instante suspendido entre la sorpresa y todo lo que aún no habían dicho.

Tragó saliva y, movida por una mezcla de coraje y anhelo, le tomó la mano, tirando suavemente de él. Kieran no opuso resistencia, cautivo de su mirada. Cuando ambos estuvieron dentro, ella cerró la puerta con el pie, sin apartar los ojos de los suyos.

Habían ensayado en su mente todo lo que querían decirse, pero ahora, a solas, las palabras parecían haberse disipado en el aire. El

silencio los envolvía, pesado y elocuente, cargado de emociones no resueltas y un deseo que ninguno se atrevía aún a nombrar.

Kieran dio el primer paso. Enmarcó su rostro con ambas manos, y su corazón dio un vuelco al sentir cómo ella, en respuesta, relajaba los hombros y entrelazaba los dedos con los suyos.

—Lo siento… —susurró, con un hilo de voz teñido de arrepentimiento—. No sé qué me ocurrió anoche.

Ella asintió, notando el calor que se extendía desde sus manos, encendiendo lentamente su bajo vientre. Kieran continuó hablando, luchando por mantener el control a pesar del temblor en su voz.

—Verte así, tan a gusto con Scot, después de que te alejaras de mí… Tenía miedo.

—Lo sé —respondió ella en voz baja, soltando un suspiro mientras dejaba caer sus manos y lo rodeaba por la cintura. Apoyó la cabeza en su pecho, buscando consuelo—. Siento como te hablé. No fue lo más justo.

Kieran entrecerró los ojos, pensativo, y la apartó con delicadeza, solo lo suficiente para mirarla de frente.

—No te disculpes. Desde que te conozco, no has hecho más que demostrarme que mis sentimientos son correspondidos. No tengo derecho alguno a exigir fidelidad… Y mucho menos cuando no hay motivos reales para preocuparme.

Brìghde esbozó una sonrisa tenue, aunque un nudo se formó en su estómago al oír la última frase. Bajó la vista, intentando ocultar la decepción que sentía.

—Tienes razón...

—¿Qué ocurre? —preguntó, alzándole el mentón con delicadeza para que lo mirara.

—Comprendo lo que dices, pero, aunque no estemos en una relación formal, no quiero que pienses que soy débil por dejarme llevar de esta manera. Ya lo hice una vez y me destrozaron —volvió a bajar la mirada, respirando profundamente antes de continuar—. No soportaría que algo así volviera a pasarme.

El silencio que siguió se volvió denso, mientras Kieran sopesaba sus palabras. Exhaló con lentitud, como si al soltar el aire pudiera desprenderse también de la tensión acumulada en su interior.

Había malinterpretado tanto… y ahora, al escuchar la confesión de Brìghde, comprendía cuánto daño podía causar el orgullo. Le dolía más de lo que quería admitir.

—La otra noche… —comenzó, con voz más firme—. Cuando fui a verte, quería hablar contigo.

Ella alzó la vista con una mezcla de curiosidad y miedo.

—Quería darte esto.

Sacó de su bolsillo una pequeña caja dorada que depositó en la mano de Brìghde con un gesto delicado. Ella la observó unos segundos antes de abrirla. Su corazón se detuvo por un instante al descubrir el contenido: una tira fina de color rojo, adornada con líneas verdes y azul oscuro, y pequeños acentos en negro.

—¿Qué es esto?

Sabía lo que aquel gesto simbolizaba, pero aún le costaba asimilarlo.

—Es un trozo del plaid que llevaba el día que nos conocimos. Quería esperar a que llegásemos a tu hogar para encargar una cinta más adecuada, pero no podía esperar más.

—¿Para qué? —exhaló emocionada.

Kieran la observó unos instantes, deleitándose con la expresión expectante que iluminaba su rostro.

—Para prometerte lo que estos colores significan para mí: lealtad y conexión eterna con la tierra que amo, y que espero que, en el futuro, tú también llegues a amar.

Las lágrimas de Brìghde comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Kieran se acercó y besó una de ellas con ternura. La proximidad de sus rostros y el calor compartido los estaban llevando al límite.

Ella, incapaz de contenerse más, se alzó sobre los pies y unió sus labios en un beso lento y profundo. La presión se intensificó poco a poco, como si quisieran explorar y memorizar cada rincón de sus bocas. Un gemido entremezclado con un sollozo ahogado escapó de ella, y Kieran rompió el beso para mirarla, con un amor infinito reflejado en sus ojos.

—*Mo ghràdh*… —susurró emocionado.

Unos toques en su pecho hicieron que bajara la vista. Brìghde le estaba indicando que le colocara la cinta.

Con el pecho henchido de orgullo, obedeció.

Alzó con un cuidado casi reverencial su mano, admirando cómo la cinta envolvía su muñeca con la misma elegancia con la que ella envolvía su vida. Besó la palma de su mano y, sin detenerse, continuó el recorrido por su pulso, ascendiendo por su brazo hasta llegar a la clavícula. Brìghde extendió ligeramente el cuello, invitándole a seguir, y él la sujetó por la cintura, atrayéndola aún más para hundir su rostro en su cuello. Le dio un pequeño mordisco que la sobresaltó y rio suavemente al escuchar su protesta.

—No seas descarado —lo reprendió con una palmada ligera en el hombro, aunque no se apartó.

Al contrario, sus dedos se aferraron a los mechones de su nuca, incitándolo a continuar.

Kieran deslizó una mano por su cintura, ascendiendo lentamente hasta rozar la curvatura de su seno, donde se detuvo brevemente, atento a su reacción. Ella lo atrajo aún más hacia sí, y se fundieron en un beso profundo y cargado de deseo.

Él rodeó su pecho con la mano, apretándolo con suavidad, y el jadeo que escapó de los labios de Brìghde avivó su deseo; un leve gruñido de aprobación resonó en su garganta.

Prolongaron el momento hasta que la falta de aire los obligó a separarse, aunque solo por un instante. La urgencia los empujó a reanudar sus caricias, como si cada segundo compartido fuese demasiado valioso para dejarlo escapar.

Brìghde, aún temblando por las emociones que la recorrían, deslizó la mano hacia su cadera y apretó con determinación una de sus nalgas, sintiendo al instante la reacción que despertaba en él.

Kieran respondió con un leve estremecimiento y la aferró con más firmeza, atrayéndola contra sí, asegurándose de que percibiera sin duda alguna el deseo que él ya no podía ni quería ocultar.

Ella se separó un poco, y sus miradas se cruzaron. Ambas estaban cargadas de anhelo, pero también de una pregunta silenciosa.

Kieran, al percibir la sombra de duda en sus ojos, aflojó la presión de sus manos y la sostuvo con delicadeza por la cintura, asegurándose de que no se sintiera atrapada entre sus brazos.

—Brìghde… —comenzó, su voz quebrada por la tentación.

Cuando una sombra de decepción cruzó el rostro de Brìghde, la urgencia de su cuerpo exigió más, pero se obligó a contener el impulso. Los últimos días le habían recordado lo importante que era respetarla, no solo como mujer, sino como la dama en la que confiaba y a la que, sin lugar a duda, amaba profundamente.

Un pensamiento insistente no dejaba de rondarle: no sabía hasta qué punto Brìghde había sufrido a manos de Murray. Aunque ella respondía a sus caricias con deseo, temía que ir más allá pudiera despertar recuerdos dolorosos, heridas que él no estaba dispuesto a reabrir.

—Kieran… —pronunció con voz quebrada—. Yo… no sé qué debo hacer.

Él acarició su rostro, transmitiéndole la calma que tanto necesitaba.

—No hagas nada que no desees—susurró, su tono suave como una promesa—. La decisión que tomes esta noche no cambiará lo que siento por ti. Te esperaré el tiempo que haga falta.

Ella asintió, aunque sus pensamientos estaban lejos de sus palabras. En su interior, se sentía preparada para entregarse a él, pero la voz de la duda seguía atormentándola, insistiendo en que no era lo correcto.

Él interpretó su silencio como una respuesta. Sin soltarle la mano, la llevó a sus labios y la besó con afecto.

—Descansa, ha sido un día largo —murmuró, en un último intento de transmitirle seguridad—. Nos vemos por la mañana.

Brìghde, atrapada en un torbellino de pensamientos, no se dio cuenta de que él se había marchado hasta que oyó el clic de la puerta al cerrarse. Permaneció inmóvil, observando sus manos durante unos instantes, como si en ellas pudiera hallar la respuesta a su conflicto interno.

Kieran la había tratado como un caballero, sin forzarla ni coaccionarla, a pesar de que notaba cuánto la deseaba, un deseo que compartía con igual intensidad. Pese a todo, el peso del juicio ajeno seguía aplastándola, como una losa que la enfrentaba una y otra vez a sus propios anhelos.

Cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de calmar el tumulto que se libraba en su interior.

"Honor".

Esa palabra resonaba en su mente, envolviéndola en una prisión invisible que impedía su plena felicidad. Se llevó las manos al rostro y dejó escapar un suspiro, cargado de rabia contenida.

¿Cuánto más tendría que cargar con las opiniones de los demás?

Incluso en los momentos más íntimos de su vida, su destino no le pertenecía del todo.

Si algún día se casaba con Kieran, ¿seguiría sintiendo esa misma presión?

La idea de dividirse eternamente entre su propia felicidad y las expectativas impuestas por otros le parecía absurda, casi un castigo sin sentido. En ese momento, el enojo que sentía hacia las normas que regían su vida se deshizo en una oleada de impotencia, seguida de una tristeza profunda, tan densa que amenazaba con ahogar cualquier otra emoción.

Observó la cama y, por un instante, aquella inmensidad solitaria le pareció una metáfora perfecta de su desamparo.

Entonces, una súbita claridad la atravesó, como una ráfaga de aire limpio. Lo correcto no era seguir a nadie, ni obedecer normas que no resonaban con su corazón, sino tener el valor de elegir por sí misma. Si iban a juzgarla de todas formas, prefería que lo hicieran por las decisiones que había tomado, y no por lo que había dejado de hacer por miedo.

Inspiró con fuerza y se dirigió hacia la puerta, el corazón palpitando con una determinación nerviosa. Una sonrisa nostálgica curvó sus labios al recordar cómo, la noche anterior, se habían encontrado en la misma posición. Solo que esta vez, lo hacía con una convicción inquebrantable.

Al abrir, no esperaba verlo. Pero allí estaba él, de pie frente a ella, con una mezcla de sorpresa y nerviosismo pintada en el rostro. Su corazón dio un vuelco.

—Yo… Iba a marcharme, es que…

No lo dejó continuar. Se puso de puntillas y lo besó, interrumpiendo su balbuceo. Cuando se separaron, la pregunta en

los ojos de él era evidente.

Ella asintió y tomó su mano para atraerlo al interior de la estancia. Cerró la puerta tras ellos y, al volverse, su rostro era un reflejo de deseo velado, aunque aún se adivinaba una sombra de inquietud.

—¿Estás segura?

Ella respiró hondo y clavó sus ojos en los de él antes de asentir con decisión.

Incapaz de prolongar más la agonía que los consumía en silencio, acortó la distancia entre ambos y la besó. Fue un beso intenso, cargado de todo lo que habían callado. Brìghde respondió de igual manera, aferrándose a él mientras la envolvía con sus brazos. Alzándola con facilidad, la llevó hasta el borde de la cama. Lentamente, sus manos comenzaron a explorar su espalda hasta encontrarse con las de ella, entrelazándolas con ternura. Se inclinó hacia adelante y besó cada una de sus manos, deleitándose en el contacto.

—No… no sé qué hacer —admitió Brìghde, su voz entrecortada por la emoción.

—No tenemos que hacer nada si no quieres, tesoro.

Ella lo miró confusa antes de negar con la cabeza.

—Quiero decir… no sé qué tengo que hacer ahora.

Kieran encontró el rubor en su rostro encantador. Con suavidad, tomó su barbilla entre sus dedos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Haz lo que te apetezca, *mo ghràdh* —susurró, su tono cargado de cariño y provocación.

El rostro de Brìghde se iluminó con una mezcla de ilusión y vergüenza, un gesto que estuvo a punto de hacerle reír, imaginando los pensamientos que podrían estar cruzando su mente. Las dudas que la asaltaban parecieron disiparse cuando, con manos temblorosas, acarició el borde del plaid que cubría a Kieran. Sus dedos se aventuraron bajo la tela, rozando la calidez de su pecho. Él cerró los ojos, deleitándose con el contacto, dejando que fuera ella quien dirigiera el momento.

Cuando intentó quitarle la prenda, sus movimientos torpes llevaron a Kieran a coger sus manos y guiarla hacia los puntos

correctos. La sonrisa agradecida que ella le dirigió fue suficiente para derretir su corazón.

Con más confianza, Brìghde exhaló lentamente y le quitó la camisa. Su torso desnudo le trajo a la memoria el día de la competición, y el dolor en su rostro no pasó desapercibido para él.

—¿Qué ocurre?

Brìghde negó con la cabeza y alzó la mirada hacia él.

—Me he acordado del día que te caíste —admitió en un murmullo angustiado.

Él sostuvo su mirada durante unos segundos antes de inclinarse para besarla con ternura.

—Estoy bien —aseguró, cambiando a un tono más ligero y sugerente—. De hecho, estoy más que bien.

Ella sonrió, dejando que sus palabras alejaran los recuerdos dolorosos. Se centró en él, recorriendo con las manos la firmeza de su torso y acariciando el vello de su pecho antes de depositar un beso en su piel.

La paciencia de Kieran llegó al límite.

Con movimientos decididos, la atrajo más cerca, comenzando a desatar el corsé de su espalda. La giró con delicadeza para liberar el entrelazado, mientras sus labios se entretenían dejando pequeños besos en su cuello. Cuando terminó, volvió a colocarla frente a él, y se mordió el labio inferior al notar la tensión de sus pezones bajo la fina blusa.

Ella inhaló bruscamente, consciente del deseo que despertaba en él, y le permitió continuar con su exploración. La mano de Kieran rodeó uno de sus pechos y empezó a acariciar lentamente el pezón con el pulgar, provocándole un estremecimiento. Con la otra mano, la atrajo más hacia él, intensificando el contacto entre ambos. Un suspiro excitado escapó de sus labios, y Kieran respondió besándola de nuevo, profundizando cada movimiento mientras ambos se perdían en el contacto y dejaban que el deseo los envolviera por completo.

Cuando la necesidad de aire los obligó a separarse, él aprovechó para retirarle la falda. Se agachó lentamente, dejando que la prenda cayera al suelo. Con el bajo de su camisón en las manos, comenzó a

subirlo despacio mientras dejaba besos cálidos en el interior de sus piernas. Brìghde temblaba bajo su toque, estremecida por las sensaciones que él provocaba.

Al detenerse a un palmo de su centro, alzó la vista, buscando las reacciones en el rostro de ella. Sus ojos estaban nublados, perdidos en una mezcla de deseo y anticipación, lo que avivó aún más la intensidad que llevaba contenida desde que comenzaron.

Con cuidado, continuó hasta que la prenda quedó enredada en sus caderas, dejando al descubierto su feminidad. Fue depositando besos suaves en la parte interna de sus muslos, deteniéndose al notar el vendaje en una de sus piernas. Sus dedos rozaron la venda, y Brìghde pareció tensarse.

—Es… —titubeó ella, visiblemente nerviosa, pero Kieran la interrumpió.

—Iré con cuidado —su voz, suave y envolvente, le provocó un suspiro lleno de alivio y deseo.

Kieran se tomó un momento para deleitarse con la imagen frente a él: arrodillado a sus pies, adorándola como si fuera lo más preciado del mundo. Ella, con la respiración entrecortada y la mirada llena de anhelo, lo observaba con una vulnerabilidad que lo hizo temblar.

Se incorporó con lentitud y la liberó de su última prenda. Sus ojos recorrieron cada curva de su cuerpo, deteniéndose en la delicada forma de sus pechos y la suavidad de su abdomen. Sus manos temblaban ligeramente mientras acariciaban su contorno con una reverencia palpable.

—Eres perfecta —exhaló, vencido por la intensidad del momento.

Brìghde se ruborizó, pero sostuvo su mirada. Quería ver reflejadas en sus ojos las emociones que ella misma había provocado.

Kieran le indicó que se recostara en la cama. Ella obedeció, aunque un sudor frío recorrió su espalda, mezcla de anticipación y nerviosismo. Justo cuando él se disponía a unirse a ella, alzó una mano, deteniéndolo.

—No —dijo, intentando mantener la calma.

A pesar de ello, el brillo en sus ojos traicionaba la intensidad de lo que sentía. Kieran alzó las manos en señal de obediencia.

—¿No? —preguntó, con una leve sonrisa juguetona.

—No es justo que yo esté desnuda y tú no —aclaró, intentando sonar resuelta.

Él esbozó una sonrisa insinuante y comenzó a quitarse las calzas, tomándose su tiempo, sus ojos clavados en los suyos. Cuando dejó caer el kilt al suelo, revelando su erección, Brìghde lo observó con curiosidad. La expresión de fascinación, acompañada de un matiz de diversión, que dominaba su rostro lo desarmó.

—¿Es de vuestro agrado, milady? —preguntó con un toque de humor, intentando ocultar la incipiente vulnerabilidad.

—Es… curioso.

—¿Curioso? —repitió él, atónito.

—Sí.

Se tomó un momento para analizarlo con una sinceridad desconcertante.

—Nunca había visto uno tan grande.

Sus palabras lo dejaron boquiabierto, sin saber si debía sentirse halagado o desconcertado.

Ella, completamente ajena a la impresión que causaban sus palabras, siguió hablando.

—Quizá el artista tenía otras proporciones.

—¿Artista? —inquirió él, cada vez más confundido.

En ese momento, Brìghde fue consciente de la situación. Su rostro adquirió rápidamente un tono escarlata y lo ocultó entre las manos.

—Dibujos de anatomía en casa. Solía mirarlos cuando estaba sola —confesó atropelladamente—. Pero nunca había visto algo a esta escala.

Kieran dejó escapar una risa, ya más relajado.

—Lady Sinclair, sois una dama de espíritu travieso.

Brìghde, aún más ruborizada, bajó las manos y lo miró de nuevo. En un gesto inconsciente, se mordió su labio inferior, un gesto que reavivó la chispa de deseo en él.

Se recostó a su lado, apoyándose sobre su antebrazo, y comenzó a besarla con lentitud. Sus manos la exploraron con una mezcla de adoración y deseo, deteniéndose en cada curva, en cada detalle, como si quisiera memorizar cada centímetro de su piel.

Fue descendiendo con lentitud, explorando cada centímetro hasta alcanzar su punto más delicado, provocándole un estremecimiento que le cortó el aliento. Sus caricias se detuvieron un instante, como si quisiera saborear el sonido entrecortado de su respiración. Los ojos de Brìghde, entrecerrados por el placer, buscaron los suyos en un intercambio cargado de intimidad y deseo contenido.

Kieran continuó con un ritmo pausado, sus movimientos suaves y circulares, aumentando gradualmente la presión mientras observaba atentamente cada una de sus reacciones. Ella cerró los ojos, dejándose llevar sin reservas, arqueando la espalda y aferrándose a sus hombros con fuerza. Sentía un calor profundo que la envolvía en oleadas, como si su cuerpo ardiera desde dentro, guiado solo por el instinto y la confianza.

Cada caricia, cada roce de sus dedos, avivaba la tensión que crecía imparable en su interior. Un gemido escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo, y él la acalló con un beso profundo, entrelazando su aliento con el de ella en un vaivén de deseo compartido.

El estremecimiento la alcanzó sin previo aviso, recorriéndola de pies a cabeza, deteniendo el tiempo por un momento. Kieran la sostuvo con ternura, sin soltarla, permitiendo que el clímax la envolviera por completo antes de que el mundo retomara su curso.

—Oh, dios mío… —jadeó con dificultad.

Él sonrió, complacido, y se colocó suavemente sobre ella. Volvió a besarla, esta vez con una lentitud premeditada, preparándola.

Ella intensificó el beso, elevando la cadera hasta rozar su miembro.

—Brìghde… —murmuró, con el rostro tenso.

—¿Te he hecho daño?

—No… Pero déjame a mí —contestó él, controlando el deseo que lo embargaba. Al ver su expresión confundida, le susurró al oído, en tono travieso—: Al menos por ahora.

Cuando sintió que se relajaba bajo su peso, empezó a besarle el lóbulo de la oreja, descendiendo lentamente por la línea de su mandíbula hasta su cuello. Allí dejó una sucesión de besos cálidos y prolongados. Su mano volvió a encontrar la calidez de su intimidad,

explorando con cuidado mientras la miraba a los ojos, intentando contener su propio deseo.

—Puede que te duela un poco al principio, pero prometo que será breve.

Brìghde asintió, esbozando una leve sonrisa que se desdibujó en una expresión de sorpresa al sentir la punta de su erección rozar su entrada. Kieran avanzó con lentitud, atento a cada gesto, y aunque una mueca de incomodidad se dibujó en su rostro, él acarició su mejilla con ternura y acalló su débil sollozo con un beso suave, profundo, fundiéndose en ella con infinita suavidad.

Al principio, una punzada de dolor la hizo tensarse, pero él no se apresuró. Se movía con una delicadeza medida, y poco a poco, su cuerpo comenzó a ceder, a reconocerlo. El malestar inicial se disipó lentamente, dando paso a una calidez creciente, un cosquilleo profundo que la envolvía como una marea suave.

Kieran mantenía un ritmo lento, atento, como si cada movimiento fuese una promesa de cuidado. Con el tiempo, sus embestidas se volvieron más hondas, más seguras, y la llevaron, sin prisas, a un lugar donde el placer se volvía absoluto, envolvente, casi sagrado.

—Kieran… —exhaló entre jadeos, sintiendo que la intensidad del momento la desbordaba— Creo que voy a morir.

Él sonrió, mordiéndole suavemente el labio inferior.

—Entonces, moriremos juntos.

Se inclinó de nuevo para besarla, y sus movimientos cobraron más fuerza. Brìghde se sintió desvanecer, reviviendo en un ardor que emanaba de lo más profundo de su ser, creciendo con fuerza y envolviéndola como una ola de pasión arrolladora. Su cuerpo exhaló un gemido involuntario, abrazándolo en su interior y sumiéndolo también en su intensidad. Kieran respondió besándola con ardor y, tras unas embestidas finales, encontró su propia liberación.

Permanecieron inmóviles unos instantes, aún envueltos en la intimidad serena que los unía. Kieran se recostó a su lado con los ojos cerrados, intentando recuperar el aliento y el juicio. Brìghde lo observó en silencio, su corazón palpitando con fuerza mientras giraba el rostro hacia él.

Al sentir el roce de su piel, Kieran abrió los ojos y le sonrió. La expresión de satisfacción en su rostro se tornó en una sombra de inquietud al notar la sutil marca en su entrepierna.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en un susurro, acariciando con delicadeza la curva de su muslo.

—Mejor que nunca.

Le dedicó una sonrisa embelesada, sincera, cargada de una plenitud que nunca antes había sentido.

—¿Y tú? —añadió, con cierto nerviosismo—. ¿Ha estado… bien?

Kieran sonrió, conmovido por su vulnerabilidad. Le acarició la mejilla con ternura y depositó un beso en la punta de su nariz.

—Ha sido perfecto.

Ella le devolvió una sonrisa orgullosa, y él no pudo evitar maravillarse por la mujer que tenía frente a él.

En ese instante, sintió todo estaba en su lugar.

Se miraron en silencio, sin necesidad de palabras, compartiendo lo que sentían el uno por el otro. Entonces, Kieran le indicó que esperara con un gesto antes de levantarse de la cama. Regresó poco después con una toalla húmeda y la vela de la mesita, que colocó más cerca para iluminar mejor.

—Déjame que te ayude a limpiarte.

Brìghde le dedicó un mohín entre decepcionado y travieso que lo hizo contener la risa, pero accedió y abrió las piernas con cierta timidez mientras él procedía con sumo cuidado. Su mirada se posó en el vendaje que cubría su muslo.

—Es una quemadura —aclaró.

Kieran alzó la mirada hacia ella, buscando permiso para continuar. Brìghde asintió, y él retiró el vendaje con extremo cuidado, dejando al descubierto una herida rosada, aún sensible, con forma de medialuna.

—¿Qué…? —empezó a preguntar, pero la comprensión cruzó su rostro como una llamarada, y fue presa de la rabia.

La habían marcado. Aunque intentó ocultar su furia, Brìghde captó de inmediato el cambio en su expresión.

—¿Estás enfadado?

Kieran levantó la vista, encontrándose con su mirada preocupada. Inspiró profundamente para calmarse y se dirigió hacia la bandeja de ungüentos, pero la voz temblorosa de Brìghde lo detuvo.

—Lo siento…

Su voz estaba cargada de angustia, y las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro sin contención.

—Yo… no quería que me tocara, lo juro…

Se recostó contra el cabecero de la cama y dobló las rodillas para esconder su rostro entre sus brazos, mientras un sollozo la sacudía. Kieran dejó la bandeja a un lado y acogió su mano entre las suyas. Ella rompió a llorar con más intensidad, intentando hablar entre sollozos.

—Yo… no siento… No quería… pero no pasó nada más —hizo una pausa para tomar aliento, y lo miró con el rostro tenso, atrapado entre el dolor y la vergüenza—. Te juro que… que… esta ha sido mi primera vez.

Kieran comprendió de inmediato su error. Le acarició la mejilla con ternura, consciente de que las heridas de Brìghde no eran solo físicas; Murray había dejado marcas más hondas de lo que él había querido admitir, cicatrices que no se veían, pero que aún dolían.

—Mi amor, mírame.

Pero Brìghde no obedeció.

Con cuidado, tomó su rostro entre las manos y esperó hasta que sus miradas se cruzaron. Le habló con voz firme, buscando transmitir calma y confianza.

—No estoy enfadado contigo, sino por el daño que te hizo. No puedo evitar sentir que es mi culpa por no haberte protegido mejor. Nada, repito, nada de lo que hayas hecho en el pasado cambiará lo que siento por ti.

Al ver que ella seguía llorando, suspiró, completamente derrotado, y se inclinó para besarla con lentitud, saboreando el sabor salado de sus lágrimas. Al separarse, le dedicó una mirada cargada de devoción.

—Te quiero.

Brìghde abrió mucho los ojos, sorprendida por su confesión. Su corazón se saltó un latido, y las lágrimas brotaron con más fuerza,

aunque esta vez se mezclaban con un profundo alivio. Kieran la acunó en sus brazos sin decir palabra, aguardando con paciencia a que el temblor de su cuerpo amainara.

Guardó para sí los pensamientos de venganza que lo devoraban por dentro y centró toda su atención en consolarla. Cuando empezó a calmarse, limpió la herida con sumo cuidado y aplicó el ungüento siguiendo sus instrucciones. Luego colocó un nuevo vendaje y se recostó junto a ella, envolviéndola con sus brazos en un silencio protector.

Finalmente se quedó dormida, Kieran permaneció despierto, acariciándole el cabello, como si ese gesto fuese su única forma de asegurarle que ya no tenía nada que temer.

***

A mitad de la noche, Brìghde despertó con una necesidad irrefrenable de ir al lavabo. Se sobresaltó al notar una presencia a su lado, pero enseguida recordó lo ocurrido y no pudo evitar sonrojarse.

Kieran dormía profundamente junto a ella, su brazo rodeándola por la cintura. Sonrió y se incorporó con cuidado para no despertarlo.

—¿Estás bien? —preguntó él, medio dormido.

—Sí —susurró cerca de su rostro—. Pero necesito salir un momento.

Kieran frunció el ceño, aún adormilado, pero ella lo calmó con un suave beso en la mejilla. Se envolvió en su capa para protegerse del frío y salió al pasillo procurando no hacer ruido, ignorando la leve molestia que sentía en la entrepierna.

De vuelta en el pasillo principal, suspiró aliviada al recordar que le habían asignado la alcoba al final del corredor. No pudo evitar estremecerse al pensar que, de haber estado más cerca de los demás, alguien podría haberla escuchado aquella noche.

No obstante, cuando había recorrido la mitad del trayecto, distinguió una luz tenue que se aproximaba. Su primer instinto fue buscar un lugar donde ocultarse, pero al no encontrar ninguno, se obligó a continuar con paso firme, fingiendo una serenidad que estaba lejos de sentir.

Ambas suspiraron aliviadas al reconocerse, aunque la sorpresa dio paso enseguida a una expresión de mutua curiosidad.

—¿Qué haces aquí? Tu cuarto está en el otro pasillo.

Rosemary se sonrojó ligeramente, pero no tardó en señalar, con una sonrisa traviesa, el tartán de los MacGregor. Esta vez fue Brìghde quien se ruborizó, y ambas rompieron en una risa ahogada.

—Este encuentro nunca ha sucedido —dijo con tono firme, aunque el brillo travieso en sus ojos traicionaba su seriedad.

Su amiga asintió con exagerada solemnidad antes de marcharse en direcciones opuestas, con la promesa implícita de compartir sus secretos al día siguiente.

Entró a la alcoba de puntillas, procurando no hacer ruido, y se deslizó bajo las mantas con cuidado. Apenas había cerrado los ojos cuando la voz grave de su compañero la sobresaltó.

—¿Va todo bien?

—Sí, necesitaba ir al aseo.

—Podría haberte acompañado —murmuró, acercándola hacia él con una mano—. Es peligroso salir sola en la oscuridad.

—¿Y qué podría pasarme? —susurró ella en tono juguetón.

Kieran respondió a su provocación apretándole la nalga, mientras le susurraba al oído:

—Podría haberte comido un oso… O algo peor.

Brìghde soltó una risita entre dientes y replicó, con fingido temor:

—¿Ah, sí? ¿Qué puede haber peor que un oso? —hizo una pausa, y con tono travieso añadió, haciendo alusión al escudo de su familia —. ¿Un ciervo hambriento, quizás?

Él esbozó una sonrisa insinuante y la mordió suavemente en el cuello, dejando que sus labios descendieran hasta el hombro.

—Dicen que esta es la mejor hora para cazar.

Una chispa de deseo se encendió en su interior. Se incorporó despacio, lo suficiente para observar su rostro, iluminado parcialmente por la tenue luz de la luna. Lo besó con lentitud, saboreando el momento, y al abrir los ojos sus miradas se encontraron, cargadas de un deseo renovado.

Kieran hizo ademán de moverse, pero ella lo empujó suavemente de vuelta a la cama.

Comenzó a recorrer su torso con caricias ligeras, dejando que sus dedos apreciaran las imperfecciones de su piel bajo la oscuridad. Palpó una cicatriz en su pecho, oculta hasta ese momento bajo el vello, y la rozó con los labios, provocándole un estremecimiento de placer que la animó a continuar. Kieran se relajó bajo su toque, dejando que ella memorizara cada curva y recoveco de su cuerpo con dedicación.

Cada caricia amplificaba las sensaciones de Kieran, y su respiración se tornó irregular. Un suspiro cargado de placer escapó de sus labios, y Brìghde sonrió contra su piel, sintiendo cómo un calor íntimo se expandía desde su núcleo. Lentamente, bajó la mano hasta su monte de Venus, atrapando el vello de la zona delicada entre sus dedos.

Sin intención, el dorso de su mano rozó su firmeza, y ella, casi por instinto, envolvió su virilidad, explorando cada contorno con movimientos lentos y rítmicos que aumentaban de intensidad con cada roce.

—Brìghde… —exhaló derrotando, rodeando su muñeca con una mano temblorosa.

—¿No te gusta? —preguntó ella, su voz consumida por el deseo.

Apartó con cuidado la mano de Brìghde y la tumbó en la cama, colocándose encima de ella.

—Me encanta, cariño —habló contra su boca—. Pero ahora solo quiero sentirte en toda tu plenitud.

El jadeo tembloroso de Brìghde lo empujó al borde de la cordura. Se aseguró de que estuviera lista para recibirlo y, con un solo movimiento, la envolvió por completo, arrancándole un grito ahogado que él acalló de inmediato con un beso profundo. La sostuvo con firmeza por las caderas, cuidando de no rozar la venda, y comenzó a moverse con una energía contenida solo por su cuidado hacia ella, cada embestida nacida de una necesidad que llevaba demasiado tiempo retenida.

Ella respondió sin reservas, hundiendo las uñas en su espalda y arqueando el cuerpo para sentirlo más profundo. Cada gesto, cada roce, se volvió más apremiante, más instintivo, como si no existiera nada más que ese momento. La delicadeza dio paso a la entrega

absoluta, hasta que sus cuerpos temblaron al unísono al alcanzar la cúspide.

Kieran se dejó caer a su lado, llevándose un brazo a la frente mientras intentaba recobrar el aliento. Pasados los primeros instantes, su mente comenzó a despejarse y, al girar el rostro, una sombra de preocupación nubló sus facciones, temiendo haberle causado algún daño.

Ella tenía los ojos cerrados, su respiración comenzando a acompasarse con la de él. Al notar su mirada, los abrió lentamente y lo observó, con las pupilas aún brillando por los ecos del placer compartido.

—Deja de preocuparte tanto por mí —lo reprendió en voz baja, con una dulzura que desarmaba. Volvió a cerrar los ojos, y una sonrisa satisfecha curvó sus labios—. Esto sí que no me lo esperaba.

Kieran la atrajo hacia él, acurrucándola entre sus brazos, y susurró en su oído:

—Pues no ha hecho más que empezar.

Capítulo 55

La luz del amanecer se filtraba entre las nubes, tenue por la lluvia que caía suavemente, respetando la intimidad de la pareja.

—Si hace unos años me dicen que esto pasaría, no lo habría creído —dijo, mientras acariciaba el cabello de su amada con ternura.

—Yo tampoco —admitió ella, mientras dibujaba círculos en su pecho con un dedo—. La verdad es que no me había fijado en ti de este modo.

—Si te soy sincero, cuando se acercaba el verano no quería que vinieras. Nos perseguías a todos lados y acababa perdiendo a mi mejor amigo.

—¡Eh! —protestó, fingiendo indignación.

Intentó apartarse, pero él la atrapó entre sus brazos. Brìghde se rindió y apoyó la cabeza en su pecho, escuchando su corazón desbocado. Lo abrazó por la cintura y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No tengo la culpa de ser más divertida que tú.

Kieran permaneció en silencio unos segundos. Pensando que quizá se había molestado, estuvo a punto de disculparse, pero él la descolocó con un inesperado ataque de cosquillas. Una risa descontrolada se apoderó de ella, mientras intentaba apartarlo sin éxito.

—Esa es una acusación carente de fundamento, milady —dijo él, reduciendo la intensidad de su ataque solo para volver a la carga—. Puedo ver perfectamente lo divertido que me encuentras.

—¡Para! —jadeó entre risas, con la respiración entrecortada—. Nos van a oír.

—¿A mí? —preguntó, con gesto inocente—. No soy yo el que está armando tanto alboroto.

Brìghde lo fulminó con la mirada, pero su fachada de enfado se desmoronó enseguida. Hundió la cabeza en su pecho, intentando contener las carcajadas mientras él seguía cosquilleando.

Pasados unos minutos, decidió que era el momento de darle tregua. Cuando ella recuperó el aliento y su respiración volvió a la normalidad, se dio cuenta de que la observaba con un gesto serio, casi melancólico.

—Te eché de menos, ¿sabes? —confesó, abrazándola con fuerza —. Cuando dejaste de venir, me di cuenta de que me había acostumbrado a tu presencia, a competir contigo por cualquier tontería.

—No era cualquier cosa —replicó divertida—. Me hacías la vida imposible. Te empeñabas en proponer retos complicados solo para que me quedase atrás.

Kieran suspiró y alzó su mentón con una mano.

—¿Te confieso algo?

Ella asintió, intrigada

—Antes de que dejaras de venir, ya me habías cautivado. Pensé que se me pasaría, pero cuando nos vimos hace unas semanas… Me di cuenta de que nunca te había olvidado.

—No tenía ni idea —dijo en voz baja, apoyándose en la cama para observarlo mejor—. Nunca me dijiste nada.

—Te pasabas el día arrancando pétalos de flores, suspirando por otro —respondió resignado—. ¿Qué otra cosa podía hacer, aparte de provocarte para que estuvieras cerca de mí?

—¡No puedo creerlo! —exclamó.

Él le tapó la boca con una mano, divertido, hasta que ella volvió a hablar en un tono más bajo.

—¿Me estás diciendo que eché a perder mi vestido favorito en el barro porque tú no te atrevías a declararte?

—Valió la pena si con eso estamos ahora aquí.

—Mi abuela me obligó a ayudar a las costureras durante un mes. Me sangraban los dedos de los pinchazos que me llevé.

Él tomó su mano y besó cada yema con devoción. Brìghde sintió cómo su pecho se llenaba de calidez con aquel gesto.

—Kieran, yo… —empezó a decir, pero unos suaves golpes en la puerta la interrumpieron.

Se incorporó de un salto y lo empujó detrás de la cama. Se puso el camisón apresuradamente y, tras comprobar que él seguía

escondido, entreabrió la puerta.

Al otro lado, Rosemary la observaba con una sonrisa traviesa. Sin decir una palabra, le entregó un papel doblado y le guiñó un ojo antes de marcharse.

Brìghde cerró la puerta, aún desconcertada. Desplegó el papel y soltó una risa ahogada al ver el dibujo de una mujer regordeta gritando frente a una puerta. Alzó la vista y se encontró con la mirada cómplice de su compañero, que asomaba la cabeza por encima del borde de la cama, claramente divertido.

—Tienes que marcharte. Elaine está haciendo sus rondas matutinas.

Kieran se sentó en la cama y la atrajo hacia su regazo para besarla con intensidad.

—En serio —insistió ella, separándose un poco. Vio que contenía la risa y lo fulminó con la mirada, antes de susurrarle—: ¿Qué te parece tan gracioso?

—Que estés tan preocupada porque nos encuentren juntos, cuando seguramente media posada nos oyó anoche.

—Eso no es verdad —aseguró ella, convencida—. Estamos al fondo de todo, desde aquí no se nos oye.

Kieran permaneció en silencio unos segundos, dejando que el eco de los sonidos del exterior llenara la estancia.

—No puede ser… —titubeó, escondiendo el rostro entre las manos.

—*Mo ghràdh*, no hay nada que ocultar —dijo él, apartando sus manos con suavidad—. Cuando lleguemos, hablaré con el laird para pedir tu mano.

El corazón de Brìghde dio un vuelco al escucharlo.

—¿No te gusta la idea? —preguntó Kieran intentando sonar tranquilo, aunque atisbó un deje de inseguridad en su voz.

—No es eso… Es solo que todo ha ocurrido tan deprisa, que siento que aún no he tenido tiempo de asimilarlo.

—Si es tiempo lo que necesitas, podemos esperar —le aseguró—. Aunque creo que te sentirás más segura si estamos casados.

—¿Más segura? —preguntó, confusa.

Él desvió la mirada hacia su vientre, y Brìghde se llevó las manos hasta ahí, instintivamente. La invadió un escalofrío, sintiendo su

visión nublarse. Kieran, alarmado, la recostó con cuidado sobre la almohada.

—¿Qué pensabas que iba a pasar? —preguntó él con voz suave, al ver el impacto en su rostro.

—No es que no lo pensara… —titubeó, al darse cuenta de cómo sonaba—. Quiero decir, sí que lo pensaba, pero no así… no tan pronto.

Tomó sus manos, ejerciendo una leve presión para tranquilizarla.

—Nadie te está juzgando, mi amor —aseguró con dulzura—. Discúlpame. Debería haber tenido en cuenta que desconocías de estos asuntos.

Brìghde lo miró, atrapada entre el desconcierto y el pavor, intentando asimilar lo que sus palabras significaban. Kieran acarició su rostro y le besó la punta de la nariz. Su aroma la envolvió, como un rayo de luz en su mente turbulenta. Cerró los ojos e inhaló el aire que los rodeaba, permitiendo que su cuerpo se relajara.

—Tienes razón —dijo en un tono más firme—. Pero me gustaría que por ahora lo mantuviéramos en privado, al menos hasta que hables con mi familia.

—Por supuesto —aceptó, con una sonrisa comprensiva—. ¿Quieres que bajemos a desayunar? Por separado, claro…

El rugido de su estómago respondió por ella. Avergonzada, se cubrió el rostro con un cojín, provocando que él riera por lo bajo antes de apartarlo para cubrirla de pequeños besos.

—Baja tú primero —pidió, entre risas—. Me gustaría arreglarme un poco antes de salir.

—Estáis perfecta así, milady. Pero complaceré vuestros deseos —respondió, exagerando el tono formal.

Se levantó de la cama y comenzó a vestirse, y ella aprovechó para apreciarlo mejor bajo la luz del día.

—¿Te gusta lo que ves, querida? —preguntó con voz sensual, alzando una ceja.

Brìghde salió de la cama y se acercó a él con paso deliberado, intentando esconder la vergüenza que sentía al verse tan expuesta. Le ayudó a colocarse la camisa y el plaid, compartiendo un silencio

íntimo. Cuando acabó, le dio un beso rápido y le indicó con un gesto que saliera primero.

Kieran la rodeó por la cintura y la besó apasionadamente.

—Ahora mucho mejor —susurró al separarse.

Abrió la puerta y se aseguró de que el pasillo estuviera despejado antes de marcharse.

Cuando quedó sola, Brìghde exhaló el aire que había contenido sin darse cuenta. Caminó hasta el espejo y quedó impresionada por su reflejo. Por fuera, seguía siendo la misma: los moretones comenzaban a desvanecerse y la herida, vendada con cuidado, presentaba mejor aspecto.

Por dentro, en cambio, algo había cambiado.

Se giró de lado, intentando verse como él la vería, y por primera vez en mucho tiempo se sintió deseada.

—Debo dejar de preocuparme tanto —se dijo a sí misma.

Eligió un conjunto que había comprado el día anterior en el mercado: un vestido rosa con bordados florales en las mangas y un cinturón a juego. Recogió el cabello en una trenza lateral, anudada con una cinta verde claro que combinaba con el cinturón. Al bajar la mirada, reparó en la cinta que le había regalado la noche anterior, un símbolo que la unía a él.

Acarició el nudo con una sonrisa, sintiendo el calor de sus emociones, y se dijo en voz baja:

—Ya he pasado por suficientes penurias. Es hora de disfrutar el descanso que me merezco.

Salió por la puerta con la cabeza bien alta, como lo haría una verdadera dama, orgullosa y consciente de sus atributos.

Capítulo 56

La lluvia caía con fuerza cuando bajó al comedor, ocupado por unos pocos hombres, que desayunaban animados. Avanzó con paso decidido hacia donde estaban Alistair y Kieran, y se sentó junto a este último.

—Buenos días, caballeros —saludó, intentando sonar casual mientras se llevaba una loncha de tocino a la boca.

Alistair alzó una ceja y, aunque ella intentó aparentar normalidad, el rubor en sus mejillas la delató.

—Buenos días, querida prima —dijo con aparente naturalidad, pero un esbozo de tensión lo delató—: ¿O debería decir futura lady MacGregor?

Ella se quedó inmóvil, con la comida detenida a medio camino. Sintió el calor subirle al rostro, pero, para sorpresa de ambos, dejó con calma la loncha de nuevo en el plato y alzó la cabeza, esforzándose por aparentar serenidad. Disimuló el temblor en su voz al replicar:

—Veo que Kieran te ha informado de las buenas nuevas.

Guardó silencio unos segundos, saboreando la expresión de sorpresa en el rostro de Alistair. Luego giró hacia Kieran, que la observaba con un orgullo silencioso. Aquella mirada bastó para reforzar su determinación y sostener el porte de una dama que sabía exactamente quién era.

—Querido, aunque celebro tu entusiasmo, ¿no habíamos acordado esperar un poco antes de compartir la noticia?

Kieran reprimió una carcajada y rozó su mano por debajo de la mesa en un silencioso *"lo siento"*.

Brìghde comprendió que no había tenido más remedio que hablar con su primo. En realidad, le parecía lo más sensato, especialmente si pensaba cumplir su promesa de desposarla al regresar a Culzean.

"Desposarse..."

La palabra le revoloteó en la mente.

Intentó no pensar demasiado en lo que eso implicaba y se centró en las expresiones de asombro que había provocado.

—Creo que la dama ha sido bastante clara —comentó Kieran, con una chispa de humor en la voz—. Como decíamos antes de que llegaras, querida —enfatizó la palabra con fingida solemnidad, provocando que a Brìghde se le escapara una risa que disimuló de inmediato—, cuando lleguemos a nuestro destino, hablaré con el laird para solicitar su aprobación, tal como prometí.

—¿Disculpa? —preguntó sorprendida—. ¿Cuándo le hiciste esa promesa?

—Justo antes de salir a tu rescate.

Trató de sonar sereno, pero ella ya distinguía las pequeñas señales que delataban su agitación. Le apretó la mano con suavidad, en un gesto de apoyo silencioso, y él le respondió con una mirada agradecida.

—Entonces parece que no tengo voz en este asunto —replicó, adoptando un tono deliberadamente indignado.

—Bueno, podrías haber esperado a que esa conversación tuviera lugar, por ejemplo —murmuró Alistair, sin poder ocultar más la tensión en su voz.

Kieran fue a decir responder, pero Brìghde se adelantó, tomándolo por sorpresa.

—Alistair, comprendo tu preocupación, y aunque preferiría no tener que hablar de estos asuntos delante de otros, hay algo que necesito dejar claro —hizo una pausa, respiró hondo y lo miró directamente a los ojos, dejando traslucir su seguridad—: Mis decisiones solo me incumben a mí, en tanto que no pretendo huir de las consecuencias de mis actos ni entregarme al primero que se cruce en mi camino. Confío plenamente en Kieran. Así que, por favor, deja de pensar que acabaré sufriendo un trágico destino e intenta alegrarte por nosotros.

Sus miradas se encontraron: la de ella, serena y decidida, intentando transmitirle seguridad; la de él, contenida, como si evaluara el peso de cada palabra que acababa de oír.

Antes de hablar, suspiró resignado.

—Supongo que tienes razón. Solo me queda daros la enhorabuena por el futuro enlace. No imaginaba que acabarías quedándote en Escocia, pero me alegra saber que así será.

Brìghde respondió con una sonrisa, apartando la punzada que se le había instalado en el pecho. Iba a tener que renunciar a su madre y a sus hermanos, quienes pronto regresarían a Inglaterra. Y Christine…

"¿Qué habrá sido de ella?"

El resto del desayuno transcurrió en silencio, mientras el comedor comenzaba a llenarse poco a poco. Kieran le comentó que Rosemary ya había comido y, en cuanto terminó, Brìghde se levantó para ir a buscarla, con un pensamiento persistente rondándole desde que había abandonado la alcoba.

Al tocar a la puerta, Rosemary abrió con una sonrisa y se hizo a un lado para dejarla entrar, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Cómo estás?

Su amiga respondió con una sonrisa cálida.

—Me alegro.

Tras una breve pausa, añadió bajando la voz:

—Rose… tú sabes algo sobre…

Rosemary la observó intrigada, esperando a que terminara la frase.

Incapaz de expresarlo en voz alta, Brìghde señaló su vientre con una expresión cargada de dudas.

La sorpresa en el rostro de su amiga fue inmediata, y Brìghde se arrepintió al instante de haber insinuado siquiera la pregunta.

—No importa —murmuró, agitando las manos con torpeza—. Ha sido una tontería. Olvídalo. Además… se supone que debería querer tenerlos, ¿no es así?

Comenzó a pasearse por la habitación con paso inquieto, el corazón latiéndole con fuerza, la mente atrapada en una espiral de pensamientos.

—Esto me pasa por hacer estas cosas, pero… ¿qué otra opción tenía? No es justo. Si no me siento preparada, ¿por qué tendría que hacerlo? Debe de haber algo mal en mí… lo sé.

Rosemary la tomó suavemente del brazo, invitándola a detenerse. Con una sonrisa cómplice, sacó de entre sus ropas una pequeña bolsa de hierbas y la sostuvo entre los dedos.

Brìghde alternó la mirada entre la bolsa y el rostro sereno de su amiga, y poco a poco el miedo fue cediendo terreno. En su lugar, apareció un leve remordimiento, difícil de acallar.

—Esto no está bien.

Rosemary insistió en que tomara la bolsa, llevándose un dedo a los labios en señal de silencio.

—Si me tomo esto… ¿luego podré concebir? —preguntó con una mezcla de alivio y ansiedad.

La doncella asintió y se acercó al escritorio para dibujar unas instrucciones con números y símbolos.

Brìghde los leyó y asintió agradecida antes de bajar al comedor.

Pidió una taza de agua caliente y, cuando ya tenía preparada la infusión, fue hasta una de las ventanas. El repiqueteo de la lluvia siempre la había relajado, pero en ese momento se alegró de ver que por fin amainaba.

—Si continúa así, podremos salir en una hora.

La voz de Kieran la sobresaltó. Lo vio colocarse a su lado, junto a la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda y la mirada perdida en el paisaje.

Bajó la vista hacia la bebida que sostenía entre las manos y, por un instante, la punzada de remordimiento regresó. Se obligó a apartarla. En su lugar, asintió con discreción y bebió a pequeños sorbos, repitiéndose que solo necesitaba tiempo, que no estaba haciendo nada incorrecto… aunque en el fondo, todavía le costaba creerlo.

—Me inquietaba pensar que aún tuvieras dudas sobre nosotros —continuó él en voz baja—. Pero después de verte frente a Alistair… puedo decir que me siento mucho más en paz.

—Esto es algo entre nosotros, por mucho que quieran vestirlo de honor y reputación —respondió ella en un tono similar, evitando ser escuchados por el resto de los presentes, que no eran ajenos a su cercanía—. Aunque comprendo las reticencias de Alistair. Al fin y al cabo, él también ha sufrido lo suyo…

—Me pareció entender que algo sabías.

—Me lo contó ayer, cuando hicimos la parada antes de llegar. No me lo habría esperado viniendo de él, pero eso explica lo cínico que se ha vuelto.

Kieran le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Qué? —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Has de admitir que reacciona a la defensiva cada vez que sale el tema, y dudo que sea solo por mí. Eres su mejor amigo; debería alegrarse de que, entre todos, te haya elegido a ti.

—¡Ah, vaya con lady Sinclair! —exclamó él, jadeando con exagerada indignación—. Veo que tenéis las ideas bien claras, milady —se inclinó un poco más hacia ella y le susurró al oído—: Me complace ver que ya no albergas la inseguridad de esta mañana.

Brìghde miró la cinta que asomaba debajo de la manga y se giró hacia él, con una sonrisa genuina que calentó su corazón.

—Supongo que me voy haciendo a la idea de que pronto dejaré de tener ese apellido.

Kieran besó el dorso de su mano con dulzura, y ella, ruborizada, miró discretamente a los lados.

Él respondió en un tono cargado de intenciones:

—No sabes cuánto me alegra oírlo.

Un estremecimiento le recorrió la columna, tan inesperado como familiar, pero un chillido la devolvió al presente.

—¡Lo sabía! —exclamó una voz conocida que se acercaba con paso rápido—. No imagináis cuánto me complace que vuestros sentimientos sean mutuos, querido Kieran.

Algunos hombres ahogaron la risa y fingieron estar ocupados con otra cosa. El aludido trató de mantener la compostura, pero la alegría de la señora Campbell era contagiosa y acabó sonriendo en respuesta. Se inclinó hacia ella y le respondió bajando la voz, en tono cómplice:

—Le agradecemos sus buenos deseos, pero por el momento preferimos mantener el asunto en reserva… —se inclinó un poco más, y la mujer lo imitó con aire curioso—. Confiamos en que sabrá guardar el secreto.

—Por supuesto, queridos —dijo en un susurro similar, mientras asentía con efusivamente—. Me encargaré de que nadie más lo sepa.

Les guiñó un ojo y se alejó con aire complacido, feliz de sentirse partícipe de algo tan importante. La pareja intercambió una mirada cómplice, conteniendo la risa.

Brìghde dejó la taza en la mesita contigua y se volvió hacia Kieran, pero un movimiento más allá del ventanal captó su atención. La sangre se le heló al instante, borrando de golpe toda expresión de serenidad.

Capítulo 57

Un jinete cabalgaba hacia la posada a gran velocidad, flanqueado por otros dos que lo seguían de cerca.

—¿Pero qué? —murmuró alarmada.

Kieran siguió la dirección de sus ojos y, con un movimiento discreto, alertó a los hombres, que enseguida se pusieron en guardia. Al ver su expresión asustada, apretó su brazo con firmeza, intentando calmarla.

—Solo por precaución, mi amor. Es poco probable, pero podrían ser bandidos. Vuelve a tu habitación.

Brìghde asintió, pero antes de girarse volvió a mirar hacia el exterior, fijándose en algo que le resultaba vagamente familiar. Agudizó la vista, y entonces abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Esos no son bandidos… Son…

Sin pensarlo, salió corriendo hacia la puerta. Kieran fue tras ella, mientras Alistair, que acababa de ser informado, trataba de detenerla.

Ignorando las órdenes, salió al exterior, levantándose las faldas para avanzar con mayor rapidez.

Alistair y Kieran la siguieron de cerca, acompañados por varios hombres armados. Este último consiguió adelantarse y, con determinación, la detuvo sujetándola del brazo.

—¡Déjame! —exigió ella, forcejeando.

El primer jinete desmontó con presteza y avanzó hacia ellos con aire decidido. Al bajarse la capucha, Kieran aflojó el agarre, permitiendo que Brìghde se soltase y pudiese correr hacia la figura encapuchada.

—¡Fiona! —exclamó, abrazándola con fuerza—. ¡Sabía que eras tú!

—¡Oh, dioses! Estás bien… —susurró su hermana con voz quebrada, antes de romper a llorar.

Brìghde, contagiada por la emoción, también comenzó a sollozar.

Los otros dos jinetes desmontaron y saludaron al grupo con un gesto de cabeza.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Alistair, visiblemente tenso—. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada malo, primo —aseguró ella rápidamente. Luego miró a Brìghde y continuó hablando, sin dejar de abrazarla—. James llegó anoche diciendo que estabais cerca, y al ver que la lluvia empeoraba, no pude dormir, así que salí a vuestro encuentro.

—¡Pero Fiona! —la reprendió Brìghde—. ¡Podrías haberte perdido o algo peor!

—Tranquila, hermana. Craig me descubrió en las caballerizas y le pidió a Harris que nos acompañara —respondió, señalando con la cabeza a los dos hombres que la habían escoltado.

—¿Pretendías venir sola? —preguntó incrédula.

—Tú habrías hecho lo mismo —replicó Fiona con una sonrisa desafiante; pero antes de añadir algo más, estornudó varias veces.

Brìghde la agarró del brazo y tiró de ella hacia la posada.

—Vamos dentro. No quiero que enfermes.

Elaine Campbell, que había observado la escena desde la ventana, salió a recibirlas con expresión horrorizada.

—Muchacha, ¡¿qué te ha pasado?! —exclamó, tomando a Fiona del rostro—. Estás pálida y empapada. Sube a la alcoba de tu hermana. Haré que enciendan la chimenea y te preparen un baño caliente.

—Yo también me alegro de verla, señora Campbell —bromeó Fiona con una débil sonrisa, aunque temblaba visiblemente.

Brìghde la condujo escaleras arriba. En el camino se cruzaron con Scot, que se detuvo al verlas. Sus ojos se clavaron en Fiona, observándola con una mezcla de preocupación y cautela. Brìghde le indicó en silencio que no era grave, y él asintió brevemente, aunque el leve fruncimiento en su ceño revelaba que no se sentía del todo convencido.

Al llegar a la alcoba, ayudó a su hermana a desvestirse, colocándole mantas mientras las criadas entraban con baldes de agua caliente. Cuando la bañera estuvo lista, comprobó la temperatura y le indicó que se sumergiera lentamente.

—Se supone que la que necesitaba cuidados eras tú —murmuró Fiona, frunciendo los labios un puchero, mientras su hermana le

lavaba el cabello.

—¿Y qué esperabas que ocurriera después de cabalgar durante horas bajo la lluvia? —replicó ella con fingida dureza, aunque el alivio de verla a salvo endulzaba su tono.

Fiona estuvo a punto de replicar, pero se detuvo al ver la cinta asomando bajo la manga.

—¿Y eso? —preguntó con una sonrisa ladina—. Que yo recuerde, esos no son nuestros colores.

Brìghde se detuvo y bajó la vista, ruborizada. Ante la expectante mirada de su hermana, suspiró profundamente y comenzó a relatarle, con cierta timidez, todo lo que había ocurrido.

Fiona escuchó con el corazón en un puño, y maldijo sonoramente cuando vio la quemadura. Consciente de lo mucho que su hermana sufría por sus sentimientos hacia Scot, Brìghde decidió hacer énfasis en la lealtad que él había demostrado, observando con alivio cómo su rostro comenzaba a suavizarse.

Cuando estaba terminando la historia, alguien golpeó suavemente la puerta. Brìghde reconoció el estilo discreto y dejó entrar a Rosemary, quien, al cruzar la mirada con Fiona, fue recibida con un efusivo abrazo.

—¡Tú debes de ser Rose! —exclamó con alegría—. Gracias por cuidar de mi hermana.

Rosemary sonrió con timidez y restó importancia al cumplido. Luego, miró a Brìghde, quien captó la pregunta silenciosa.

—No ha vuelto a estornudar, pero estaría bien que le dieses algo por si acaso enferma en las próximas horas.

Rosemary asintió y sacó una de sus bolsitas de tela. Al recordar la conversación de esa mañana, le lanzó una mirada breve que esta respondió con un discreto asentimiento.

La lluvia continuó el resto de la mañana, así que las tres decidieron pasar el tiempo juntas en la alcoba de Brìghde. Entre risas y charlas, no tuvo más remedio que responder a las preguntas incesantes de Fiona, mientras Rosemary asentía con deleite cada vez que Fiona preguntaba algo que también tenía curiosidad por saber.

Cuando llegó su turno, Fiona puso al día a su hermana sobre lo ocurrido en su ausencia. Así, Brìghde supo que Isobel había enviado

una misiva urgente a su padre, quien seguramente ya estaría en camino.

Cuando Fiona le relató el sufrimiento de su madre hasta el día anterior, cuando James llegó con las buenas noticias, Brìghde estalló en un llanto incontenible. Fiona la acunó entre sus brazos y, en silencio, pidió a Rosemary algo para calmarla.

Lloró hasta vaciarse, y se sintió profundamente agradecida por ello. Hasta entonces, había vivido en un estado de alerta constante, enfrentando cada día como venía. Pero ahora, al reencontrarse con Fiona, comprendió lo cerca que había estado de perderlo todo.

Sentía el dolor de su familia como propio, y la emoción la desbordaba.

—Brìghde, todo está bien —susurró Fiona en un tono tranquilizador, sin dejar de abrazarla—. Si tú estás bien, nosotros también lo estaremos. Además —añadió con un brillo travieso en los ojos—, no solo vuelves sana y salva, sino que además vuelves prometida.

Brìghde rio entre sollozos y se separó un poco de su hermana. Miró a las dos jóvenes y confesó en un murmullo trémulo:

—Tengo miedo.

Ambas asintieron con comprensión.

—Hace unos meses lloraba por Thomas y ahora… Ahora me voy a casar con un hombre que me quiere, pero siento que no puedo corresponderle de la misma manera, como si algo dentro de mí estuviera roto.

—¿Pero tú lo amas? —preguntó Fiona con cautela.

—Creo que sí. Es decir, siento que lo amo, pero me cuesta expresarlo. Además… —lanzó una mirada nerviosa a Rosemary, quien le sonrió con tranquilidad— han pasado cosas.

Fiona abrió mucho los ojos mientras se llevaba las manos a la boca, conteniendo un chillido emocionado.

—¡Lo sabía!

Brìghde se sobresaltó por la exclamación, y Fiona se apresuró a aclarar.

—Brìghde, eres una de las personas más pacientes que conozco. Esperaste años a que Thomas te correspondiera y nunca usaste

artimañas para obligarlo a casarse contigo. ¿No te das cuenta? Kieran no se parece en nada a él. Lo sé porque veo cómo te comportas a su lado: estás tranquila y, sobre todo, feliz. Que hayas decidido entregarte a él, aunque no estéis desposados, es tu manera de decirle que le quieres.

Brìghde, que había dejado de llorar, sopesó cada palabra en silencio. Rosemary asintió con fervor, mostrando su acuerdo con el discurso de Fiona.

—Has pasado por mucho, y es lógico que te cueste expresarte con palabras. Estoy segura de que él lo entiende.

—De verdad… —murmuró atónita—. ¿Cuándo has crecido tanto?

—Leo bien a la gente, hermana. Por eso sé que estaréis bien —respondió, y volvió el rostro hacia Rosemary, dedicándole una sonrisa afectuosa—. Y también sé que tú y yo seremos grandes amigas.

Mientras observaba a las dos jóvenes, Brìghde sintió, por primera vez en semanas que quizá, solo quizá, todo podría salir bien.

Capítulo 58

Al cabo de un rato, las mujeres bajaron al comedor entre risas y tomaron asiento junto a Alistair y sus hombres. La señora Campbell se asomó desde la cocina para inspeccionar a Fiona; tras asegurarse de que estaba mejor, volvió a sus quehaceres, no sin antes darle un sonoro beso en la mejilla.

La mayoría del grupo parecía más relajado, con conversaciones que reflejaban la esperanza de regresar al hogar. Los Cochrane, por otro lado, mantenían una actitud reservada, conscientes del juicio que los aguardaba.

Aunque trataba de disimularlo, Fiona lanzaba miradas furtivas hacia Scot, que se mantenía estoico, distante. Sabía que no era el momento adecuado para tender puentes, pero esa barrera invisible entre ambos encogía cada vez más su corazón.

Kieran, en cambio, no podía dejar de mirar a su pareja de un modo que la encendía en lo más profundo, ocultando a duras penas sus emociones mientras fingía estar concentrada en las detalladas explicaciones de Alistair sobre los caballos.

Cuando terminaron de comer, el cielo se había despejado.

Recogieron sus pertenencias y se despidieron de los Campbell, entre fuertes abrazos y algunos sollozos por parte de Elaine.

—Subid al carruaje —ordenó Alistair antes de partir.

Brìghde entendió su motivación, sabía que quería alejarla de aquello cuanto antes, pero esta vez no obedeció.

—Rosemary, ve tú primero —le pidió con serenidad, sin dejar de mirar hacia el calabozo improvisado.

Esta dudó unos instantes, mirando a Brìghde con preocupación, pero acabó asintiendo. Subió al carruaje, seguida por Fiona.

Alistair, que había observado la escena, reparó en la determinación reflejada en el rostro de su prima. Su instinto le decía que debía intervenir, pero algo en la manera en que lo miró lo detuvo.

—¿Estás segura de esto?

—Sí —afirmó ella con firmeza, sin apartar la mirada del rincón donde lo tenían encerrado—. Necesito verle la cara.

Alistair exhaló con resignación y, con un gesto breve, aunque tenso, dio la orden.

Desde la celda improvisada, varios hombres sacaron a un desvencijado Murray, cuyo aspecto le provocó náuseas.

Su ojo mostraba signos evidentes de infección; la piel asomaba bajo la ropa hecha jirones, y sus pies, llenos de costras, reflejaban la dureza de la caminata a pie. Lo mantenían atado con una cuerda sujeta a uno de los barrotes, mientras que sus pies habían sido liberados para que se enderezara. Desde el día anterior había estado sentado en la celda, y necesitaban que recuperara algo de fuerza para afrontar el resto del trayecto a pie.

Bajo la atenta mirada de los presentes, se acercó a él con paso firme. Cuando lo tuvo delante, su aspecto le pareció aún más deplorable: había perdido peso, y sus ojos, fijos en el suelo, parecían vacíos; en su rostro no quedaba rastro de la altanería que solía mostrar.

Se inclinó un poco, lo suficiente para que reparara en su presencia. Sonrió de lado al ver la sorpresa en su rostro, que rápidamente se transformó en una mezcla de rabia y desprecio.

—Mala puta… —murmuró, escupiendo al suelo cerca de su vestido.

Varios hombres dieron un paso al frente, pero ella alzó una mano para detenerlos, sin apartar los ojos de su captor.

—Mírate… —dijo con voz gélida—. ¿Dónde está tu orgullo, escoria?

Él esbozó una sonrisa torcida, una mueca que Brìghde reconoció al instante y que le provocó un escalofrío.

—Puede que me veas atado, preciosa —susurró con una voz cargada de rencor— Pero siempre estaré contigo.

Su mirada se deslizó lentamente hasta su muslo, donde ocultaba la cicatriz bajo las faldas. Brìghde sintió el repugnante peso de su escrutinio, pero no dejó que su expresión delatara la furia que la invadía. Respiró hondo y se inclinó lo suficiente para que sus rostros quedaran a pocos centímetros.

—Yo no estaría tan seguro —susurró desafiante.

Con un movimiento deliberado, deslizó la manga hacia atrás, dejando al descubierto la cinta de los MacGregor.

La expresión de Murray se endureció al instante.

—Deja de creerte tan importante —le espetó una última vez.

Sin esperar respuesta, se enderezó y giró sobre sus talones, volviendo al carruaje.

***

Dentro del vehículo, Rosemary se removía inquieta en el asiento, con una sensación que no podía ignorar; algo no iba bien. Sin aguantar ni un minuto más de espera, le indicó a Fiona que permaneciera sentada y salió rápidamente.

Distinguió a Brìghde a pocos metros, agachada frente a Murray, y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

Los siguientes segundos transcurrieron con una lentitud insoportable.

Brìghde deslizando la manga, mostrando la cinta a Murray.

Su rostro cambiando al instante, al comprender su significado.

Su amiga incorporándose para regresar al carruaje.

Murray abalanzándose sobre ella, cayendo ambos al suelo.

Sus manos atadas alzándose con violencia, revelando un objeto punzante entre los dedos.

Los sonidos a su alrededor se volvieron un eco apagado.

No pensó.

Su pulso se aceleró y el pánico la impulsó a correr hasta ellos, abriendo la boca para gritar, pero sin éxito.

Se agachó junto a su amiga, que permanecía inmóvil en el suelo, inconsciente tras el golpe de la caída.

No oyó la exclamación de los hombres ni el grito de angustia de Kieran. Tampoco fue consciente del momento en que inmovilizaba a Murray, sacando su daga, listo para degollarlo, ni de los gritos de Alistair y Scot, que intentaban contenerlo.

Rosemary se concentró en escuchar la respiración de su amiga y, aunque el alivio de confirmarla viva no calmó su miedo, comenzó a acariciarle el rostro suavemente. Presionó su pecho para provocarle un dolor que la hiciera reaccionar, pero Brìghde no abría los ojos.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro hasta que, completamente desesperada, gritó:

—¡Despierta!

La orden surtió efecto.

Brìghde frunció el ceño y parpadeó varias veces antes de abrir los ojos con lentitud.

—¿Qué…? —Se llevó una mano a la cabeza, siseando de dolor.

Al ver a Rosemary llorando desconsoladamente, intentó incorporarse, pero el dolor en la espalda le arrancó otro quejido.

—¿Qué ha pasado?

Rosemary la abrazó con fuerza y, antes de soltarla, miró hacia Murray: lo estaban metiendo de nuevo en la jaula para prevenir otro ataque por parte de Kieran.

Lanzó un último vistazo a Brìghde y, asegurándose de que estaba bien, se levantó de un salto, aún con la adrenalina recorriendo su cuerpo.

Se acercó hasta Murray con paso rápido y decidido. Para sorpresa de todos, le propinó un puñetazo que le hizo escupir sangre.

—¡Maldito bastardo! —gritó furiosa—. Como vuelvas a tocarla, te arrancaré yo misma el ojo que te queda.

—¡Rose!

Rosemary se giró hacia su amiga, que ya estaba de pie, apoyada en el brazo de Kieran.

—Estás hablando —dijo maravillada. Una gran sonrisa iluminó su rostro antes de correr hacia ella—. ¡Estás hablando, Rose!

La muchacha, que hasta ese momento no había sido consciente de ello, abrió los ojos de par en par y comenzó a llorar de nuevo. Se dejó abrazar por Brìghde, todavía en shock.

—Yo… no entiendo lo que ha pasado —murmuró para sí misma. Luego miró a Brìghde y preguntó preocupada—: ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco adolorida. He pasado por cosas peores.

Brìghde miró por encima de su hombro al hombre enjaulado y se encaminó en su dirección, pero Kieran la retuvo del brazo.

—Suéltame —exigió ella.

—No. No volverás a acercarte a ese animal.

Su tono firme y autoritario la hizo estremecer. Al percatarse del miedo en sus ojos, él suavizó el tono.

—No quiero que te vuelva a hacer daño.

—Entonces ven conmigo —insistió.

Kieran suspiró resignado, y la acompañó hasta la jaula, colocándose entre ambos.

—Cuando lleguemos a Culzean —prometió ella con voz fría—, me aseguraré de que te mantengan con vida. La muerte sería un final demasiado benévolo para alguien como tú.

Murray permaneció agachado en la jaula, sin levantar la cabeza. Al cabo de unos segundos que le parecieron eternos, Brìghde le indicó a Kieran que la llevara de vuelta al carruaje. Tras abrazar a su hermana, que la esperaba con el corazón en vilo, le pidió que esperara dentro.

—¿Estás bien? —le preguntó él, preocupado.

—Sí, mejor de lo que esperaba —respondió con el semblante serio —. ¿Y tú?

—No, Brìghde —confesó, en un susurro ahogado—. Cuanto antes terminemos con esto, mejor para todos.

Brìghde hizo algo que no pensó que sería capaz cuando se levantó esa mañana. A pesar de estar rodeada de una multitud que la observaba con preocupación, se puso de puntillas y lo besó. Fue un beso largo, tierno y, a la vez, hambriento. Kieran respondió con la misma intensidad, relajándose lentamente bajo su toque.

—Todo irá bien —susurró contra su boca.

Él asintió en respuesta.

—Volvamos a casa —le dijo antes de ayudarla a subir al vehículo y reunirse con el resto de los guerreros.

La comitiva emprendió la última parte del trayecto en silencio, conscientes de que lo ocurrido había trazado una línea sin retorno.

El laird Cochrane; eso lo tenían claro. Pero lo que realmente los inquietaba no era su destino, sino las consecuencias que su ejecución traería consigo.

Scot, con la mirada fija en la tierra que se extendía frente a él, no podía evitar pensar que la sentencia de su padre también marcaba el inicio de la suya. No se sentía preparado para asumir el liderazgo del

clan, y el peso de la responsabilidad lo envolvía como una sombra opresiva, recordándole constantemente que no estaba a la altura.

Alistair, por su parte, confiaba en Scot, pero no en todos los que conformaban el clan. Sabía que las familias más influyentes tardarían en aceptar a un nuevo líder tan joven y con un pasado tan turbulento, y temía que un conflicto sangriento se desatara entre las facciones del clan, arrastrando a los suyos al peligro. Mientras avanzaba, el nudo en su pecho se apretaba más, rezando para que sus peores temores no se hicieran realidad.

Kieran, en cambio, solo tenía un pensamiento en mente: desposar a Brìghde y alejarla de toda aquella locura. La idea de llevarla a sus tierras, lejos de amenazas y rencores, era lo único que lo mantenía cuerdo. Contemplaba el camino con una mezcla de inquietud y anhelo, deseando que los días de incertidumbre pronto quedaran atrás.

Dentro del carruaje, las mujeres mantenían sus manos entrelazadas, compartiendo un silencio cargado de emociones.

Ninguna sabía lo que les deparaba el futuro, pero todas tenían algo claro: no volverían a separarse.

Capítulo 59

En cuanto divisaron la silueta del castillo, las dos hermanas saltaron de sus asientos, emocionadas. Rosemary, que no había vuelto a hablar desde su partida, tragó saliva, nerviosa por lo que estaba por venir. Brìghde le había asegurado en repetidas ocasiones que estaría a su lado, pero no podía borrar de un plumazo las huellas de una vida plagada de abandono y soledad.

Cuanto más se emocionaban, más nerviosa estaba Rosemary. Cuando se detuvieron frente a las puertas del castillo, ambas tomaron sus manos y le dedicaron sonrisas cálidas, transmitiéndole un apoyo que ella aún estaba aprendiendo a aceptar.

Al divisar la figura de su madre, Brìghde salió del vehículo a toda prisa, sin esperar a que le abrieran la puerta. Isobel corrió a su encuentro, fundiéndose en un largo abrazo, mientras sollozaban entre murmullos reconfortantes.

—Mi niña, estás bien….

—Sí, mamá —la tranquilizó, acariciándole la espalda—. Por fin en casa.

Isobel la separó un poco para inspeccionarla, frunciendo el ceño al notar los morados aún visibles en su rostro.

—No me duele ya —aseguró ella, intentando calmar su preocupación.

—Van a pagar por lo que te han hecho —susurró Isobel, pero su expresión cambió al divisar a Fiona bajando del carruaje—. Aunque la que va a pagar ahora es tu hermana. ¡Fiona Sinclair!

Fiona llegó con paso decidido, intentando aparentar fortaleza, pero su fachada se derrumbó al toparse con el gesto severo de su progenitora.

—¿Cómo se te ocurre irte de esta manera? ¿Sabes el miedo que he pasado? Pensaba que te había perdido a ti también.

—Pero te dejé una nota… —intentó justificarse en un hilo de voz.

—Ninguna nota me devuelve los años de vida que he perdido imaginando dónde estarías, sola bajo la lluvia.

—¡Si no estaba sola!

Isobel le indicó con un gesto rápido que guardara silencio, dejando claro que la conversación continuaría más tarde. Cerró los ojos un momento y cuando los abrió, su expresión se había aligerado. Abrazó a Alistair, rompiendo a llorar de nuevo. Después, le dio otro abrazo sincero a Kieran, que correspondió tras una sutil vacilación.

—Gracias por traérmela de vuelta —le susurró al oído antes de separarse.

Brìghde fue recibida por familiares y amigos con abrazos y expresiones de alivio. Maeve, con los ojos brillantes por la emoción, la estrechó entre sus brazos con profunda gratitud. Duncan intentó aparentar seriedad, pero no pudo contener las lágrimas que rodaron por su rostro al abrazarla con fuerza.

Los hombres de la comitiva que la habían escoltado de regreso fueron recibidos con respeto y agradecimiento. Sus rostros, aunque serios, reflejaban el alivio de haber cumplido con su misión, y asentían en respuesta a las palabras de aprecio que recibían de la familia y el clan.

Finalmente, Fergus se acercó a Brìghde con paso inseguro, su rostro reflejando un profundo pesar. Sin decir una palabra, la rodeó con sus brazos.

—Perdóname, Brìghde. Estabas bajo mi custodia y no supe protegerte.

Conmovida, ella lo abrazó con más fuerza y respondió en un tono reconfortante:

—No te preocupes, abuelo. Todos hemos cometido errores, pero ahora estamos juntos, y eso es lo único que importa.

Al pronunciar esas palabras, una paz inesperada se instaló en su interior, como si soltar el peso del pasado fuera el primer paso hacia un nuevo comienzo.

Isobel tiró de ella para llevarla al interior del castillo, ansiosa por conocer todos los detalles de lo sucedido. Pero Brìghde se mantuvo en el sitio y llamó a Rosemary, quien hasta ese momento había permanecido en un segundo plano.

—Ella es Rosemary —dijo con orgullo—. Mi salvadora. Le debo la vida.

Fergus, al escuchar esas palabras, se acercó de nuevo a las dos jóvenes.

—¿Es cierto lo que dices?

—Sí, abuelo —respondió Brìghde con firmeza—. Si no hubiera sido por ella, no sé qué habría sido de mí.

El anciano, emocionado, se inclinó en una reverencia solemne.

—Milady, nuestro clan os estará eternamente agradecido.

Rosemary, que había practicado los modales de la corte durante el viaje, devolvió la reverencia con elegancia. Dirigió una mirada rápida a su amiga, quien le sonrió con aprobación antes de tenderle la mano.

—Ven, Rose. Vamos a enseñarte tu nuevo hogar.

***

Las horas siguientes pasaron volando.

Brìghde relató a las mujeres de su familia lo sucedido desde su rapto, evitando, como tenía por costumbre, los detalles más escabrosos.

Rosemary, por su parte, aprovechó para compartir su versión de los hechos, en su mayoría desconocidos para Brìghde. Esta la escuchaba boquiabierta, atrapada entre la incredulidad y la admiración. Aunque intuía que su amiga había tenido una vida difícil, oírla hablar de los horrores de su juventud y del maltrato sufrido a manos de Murray, tan similar al suyo, le partió el corazón.

Después de aquella catarsis, entre lágrimas y abrazos compartidos, Brìghde decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Bueno… hay algo que me gustaría contaros —titubeó.

Isobel y Maeve intercambiaron una fugaz mirada cómplice, y sus sospechas quedaron confirmadas al ver cómo Fiona daba un pequeño salto en el asiento, impaciente.

—Kieran me ha pedido matrimonio.

El silencio invadió la estancia. Brìghde vio los rostros serios de su familia, y una creciente preocupación la invadió.

Pensando que se había precipitado al dar la noticia, comenzó a balbucear apresuradamente:

—Ya sé que parece una decisión apresurada, pero os prometo que no es así. Lo he pensado detenidamente y, aunque me asusta un poco, no tengo dudas sobre mis sentimientos hacia él. Creo que…

—Cariño —la interrumpió Isobel con voz suave, posando las manos en sus hombros. Conocía bien la tendencia de su hija a hablar sin freno cuando se sentía juzgada—. Nos alegramos muchísimo de la noticia.

—Entonces… ¿Por qué no decís nada? —preguntó, aún confundida.

Las observó de nuevo y finalmente comprendió: Rowena y Maeve tenían los ojos llenos de lágrimas, mientras Isobel le sonreía con calidez.

—Porque —dijo su abuela, apretándole la mano con cariño—, verte aquí, tan fuerte y con un motivo para sonreír, después de todo lo que has pasado, nos deja sin palabras. Eres una mujer extraordinaria, no lo olvides nunca.

Brìghde hizo un puchero, las lágrimas asomando a sus ojos.

—Muchas gracias, abuela —musitó, conmovida por su discurso—. He aprendido de las mejores.

Las demás soltaron una risita discreta, contagiadas por la ternura del momento.

—Ya verás la cara del abuelo cuando vea la cinta… —interrumpió Fiona, con gesto divertido.

Brìghde la fulminó con la mirada, pero esta se encogió de hombros, despreocupada.

—Hermana, aquí todas la hemos visto, por mucho que la escondas bajo la manga.

Brìghde se ruborizó de pies a cabeza, y las demás estallaron en una risa cómplice, desdramatizando el momento.

—Por favor, no me juzguéis… —pidió con voz trémula, bajando la vista hacia el suelo.

—Nadie te está juzgando, mi niña —replicó Isobel con firmeza—. Todas conocemos la devoción que siente por ti desde hace años.

Brìghde alzó la vista, sorprendida, y su madre continuó:

—Eilidh me prometió que te traería de vuelta, aunque le costara su propia vida. Siempre sospechamos que sentía algo por ti, pero

cuando lo vimos en el banquete… no quedó duda alguna. Me alegra que hayas encontrado a alguien a tu altura.

Brìghde rompió a llorar y se refugió en los brazos de su madre.

—Por favor, ¿podemos hacer una pausa? Que me voy a quedar sin lágrimas —sollozó Fiona, arrancando las risas de las demás.

El momento fue interrumpido por unos suaves golpes en la puerta. Brìghde apenas había empezado a dar permiso cuando Màiri, fiel a su costumbre, ya asomaba la cabeza.

—El laird quiere veros, milady.

Brìghde respiró hondo y se levantó del asiento. El momento de intimidad compartido con su familia la había reconfortado, disipando buena parte de sus inquietudes y juicios internos. Se despidió de ellas con una leve inclinación de cabeza y salió de la estancia acompañada de Màiri.

Aunque conocía el camino de memoria, permitió que la guiara, agradeciendo la excusa para compartir unos instantes más juntas. La doncella la observó con atención —aunque sin demasiada discreción — y, al notar la serenidad en su semblante, suspiró con alivio.

Al llegar al umbral de la habitación, cuya puerta permanecía entreabierta, Màiri se detuvo. Brìghde la miró con cariño y, sin necesidad de palabras, la atrajo hacia sí para fundirse en un abrazo silencioso, breve pero lleno de afecto. La joven doncella se retiró entonces con una sonrisa serena, dejándola sola ante la puerta.

Brìghde tocó suavemente, y la voz grave de su abuelo le indicó que pasara. Todos los presentes posaron sus miradas sobre ella, haciendo que tragara saliva inconscientemente: Fergus, sentado detrás del escritorio, junto a Alistair, Kieran y Scot.

Sus rostros reflejaban una preocupación palpable.

—¿Me habéis llamado? —intentó sonar firme, aunque su voz traicionó un leve nerviosismo.

Fergus le indicó con la mano que tomara asiento.

—Querida, hemos estado discutiendo lo que ha sucedido estos días y… las implicaciones que esto conlleva —comenzó con tono solemne.

Brìghde no sabía si se refería al secuestro o a su relación con Kieran. Lanzó una rápida mirada a este último, quien le respondió

con una sutil sonrisa.

—Necesito que seas tú quien cuente lo ocurrido —continuó Fergus —. Sé que es un tema doloroso, pero necesitamos conocer los detalles para llevar a cabo el juicio de la manera más justa posible.

Brìghde asintió, dejando escapar un leve suspiro de alivio.

Reunió todo el valor que pudo y explicó lo sucedido desde el momento en que despertó atada en el caballo.

Esta vez, no omitió detalle alguno.

El relato de Rosemary había sido suficiente para convencerse de que Murray debía pagar por sus crímenes.

Describió con detalle el momento en que él la asfixió en el comedor, y cómo habló de Isobel con amenazas veladas, lo que provocó que Fergus apartara la mirada, apretando los puños con impotencia.

Cuando llegó a la parte del calabozo, un sollozo contenido la hizo detenerse. Trató de inspirar hondo, pero miró a Scot, quien la observaba con expresión dolida, y agachó la cabeza. Inspiró hondo, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Entonces, sintió una mano firme en su hombro. Al alzar la vista, encontró el apoyo incondicional de Scot.

—Brìghde… nada de lo que vas a decir es desconocido para mí — dijo, sorprendiendo a todos.

Acto seguido, levantó la camisa, revelando cicatrices en forma de semiluna y otras marcas que ella no reconoció.

—Pensaba que eran heridas de guerra.

—Lo son. Solo que se trata de otro tipo de guerra.

—Gracias… —dijo ella, con lágrimas en los ojos.

Scot se acomodó la camisa y volvió a su lugar, mientras los demás lo observaban en respetuoso silencio.

Esta vez, Brìghde continuó su relato sin vacilaciones, detallando lo que sufrió en aquel cuarto oscuro. No mostró la herida, pero se encargó de transmitirles lo mejor que pudo el dolor que sintió y cómo Rosemary la rescató, dejando a los hombres asombrados por la valentía de ambas.

—Luego choqué con Kieran y Alistair. Supongo que conocéis el resto.

—"Chocar" es una forma de decirlo —bromeó Alistair, arrancándole un rubor—. No olvides que primero te abalanzaste sobre él, lista para matarlo.

—Pensaba que quería hacerle daño a Rose —aclaró como si fuera lo más obvio del mundo.

—Esa es mi chica —intervino Fergus con orgullo—. Sé que no ha sido fácil, pero tu relato es de gran ayuda.

—Quiero que pague por lo que ha hecho —dijo con firmeza.

Giró el rostro hacia Scot, buscando su aprobación, y se animó a continuar tras ver que asentía en respuesta.

—Es un monstruo. No tengo dudas de que no soy la primera a quien ha hecho esto. Rosemary puede testificar que la usaba para curar a sus víctimas y alargarles el sufrimiento.

—No será necesario —intervino el joven Cochrane, con voz rota—. Yo mismo puedo hacerlo. Él… también me quitó a mi madre y a muchos más.

—Estas son acusaciones graves, Scot —murmuró Fergus, frunciendo el ceño—. ¿Tienes pruebas?

—En el diario de mi padre —respondió, con voz quebrada—. Lo cogí antes de salir de la fortaleza. En él está todo: nombres, fechas, métodos de tortura y… cómo ponía fin a sus vidas.

—Eso no justifica que matara a su esposa —apuntó Alistair, cauteloso.

Scot exhaló profundamente y relató lo sucedido, dejando a todos horrorizados.

—Descubrí el diario hace años. Madre me lo quitó cuando me vio mirándolo, pero antes de que pudiera esconderlo, Murray apareció. Quiso castigarme, pero madre se interpuso; esa vez, se ensañó con ella hasta dejarla inconsciente. Me pasé los siguientes años entrenando, y cuando por fin pude hacerle frente, me escapé de casa con mi hermana.

—¿Tu hermana? —preguntó Fergus, atónito.

—Nació prematura, a raíz de una paliza de mi padre —explicó Scot —. La dejé con una familia que madre tenía en alta estima, y después mentí a mi padre y a Roland; creen que murió ahogada en el río.

—La encontraremos —prometió Brìghde, colocando una mano en su hombro—. ¿La reconocerías?

—Claro —respondió Scot, con una mirada cargada de determinación—. Tiene tu cabello cobrizo y una marca en el brazo, como la nuestra.

El silencio se rompió con las exclamaciones de los presentes, sorprendidos por la revelación.

—No pude protegerla… —susurró, derrotado.

—Oh, Scot, cuánto lo siento —dijo Brìghde, abrazándolo.

Él, conteniendo una lágrima, se separó con dignidad.

—¿Cómo pudo hacerle eso?

—No fue él, sino Roland. Envidiaba el afecto de nuestro padre hacia ella.

—Scot… —intervino Fergus con gesto preocupado—. ¿Entiendes lo que esto significa?

Él asintió, serio.

—Iniciaremos el juicio cuando lleguen los demás miembros del consejo. Con suerte, Arthur estará aquí para entonces —anunció el laird antes de acercarse a Scot y posar una mano en su brazo, en señal de apoyo—. Tu papel ha sido fundamental para recuperar a mi nieta; cuando llegue el momento, hablaré a tu favor.

—Gracias, laird MacLeod —respondió él con una leve inclinación de cabeza—. Solo os ruego una cosa.

Los presentes guardaron silencio, atentos a sus palabras.

—Que la existencia de mi hermana permanezca en secreto hasta que logre encontrarla. Si alguien supiera que está viva, podrían usarla en mi contra.

—Tienes mi palabra—aseguró Fergus.

Miró a los demás, que asintieron solemnemente.

—Ahora, dejadme a solas con Brìghde un momento.

Los hombres salieron en silencio.

Kieran lanzó una mirada preocupada a Brìghde antes de cruzar la puerta, dejando una inquietud latente en su interior mientras se quedaba a solas con su abuelo.

Capítulo 60

Una vez la puerta se cerró, Fergus la evaluó en silencio antes de sentarse a su lado.

—Brìghde, antes de hacerte llamar, mantuve una charla bastante interesante con Kieran —hizo una pausa al notar que ella se removía en el asiento—. Me ha pedido tu mano.

Brìghde se ruborizó al instante.

—Pero necesito aclarar un par de cosas antes de tomar una decisión.

—¿Qué cosas? —preguntó confundida.

—Soy consciente de que una alianza con los MacGregor beneficiaría al clan; son poderosos y su laird mantiene una relación cercana con el rey, lo que podría ser útil en caso de una revuelta tras el juicio.

Brìghde escuchaba en silencio, con el corazón latiendo frenético en su pecho. Había pensado que su abuelo aprobaría la relación de inmediato, pero la prudencia en sus palabras le indicó que algo no iba bien.

—Entonces... ¿Cuál es el problema?

—No estoy seguro de que sea lo mejor para ti.

La respuesta la paralizó, y un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda.

—No comprendo. Es un buen clan, como has dicho.

—¿Lo amas?

—¿Cómo?

—Después de todo lo que has vivido, no sé si estás en condiciones de tomar una decisión tan importante sobre tu porvenir —dijo Fergus con tono más pausado—. Podría resolverlo yo mismo, pero lo último que deseo es añadir más pesares a los tuyos.

—Abuelo, no soy una mujer desdichada —replicó con firmeza, mirándolo a los ojos—. Y sí, le amo.

—Brìghde, si lo dices porque habéis compartido lecho...

Los ojos de Brìghde se agrandaron, incapaces de ocultar la sorpresa.

—No te atormentes por ello. Si fuera preciso, podríamos atribuir el hecho a Murray.

—¿Perdón?

Se puso en pie de un salto y alzó la voz, indignada.

—¿Por qué todos se empeñan en juzgarme… y, además, lo hacen mal?

—Brìghde… —empezó él, en un intento por aplacarla, pero ella ya alzaba las manos, presa de una indignación temblorosa.

—Soy perfectamente capaz de tomar mis decisiones, y no merezco que me juzguen por ello. Que me hayan raptado y maltratado no me ha vuelto incapaz, abuelo. Sé lo que me conviene.

—No estoy diciendo que...

—Estoy cansada de todo esto —lo interrumpió, fuera de sí—. Me casaré con él, tenga o no tu bendición. Y si no me dejas hacerlo... lo haré igualmente.

Fergus guardó silencio, digiriendo sus palabras. No toleraba que le hablaran de ese modo, pero el recuerdo de su hija, en una situación similar dos décadas atrás, reprimió su enojo.

—¡Cálmate! —ordenó, tratando de mantenerse sereno.

Ella obedeció, agachando la cabeza y murmurando un escueto "lo siento".

—Quería asegurarme de que estaba tomando la decisión correcta. No era mi intención faltarte al respeto, pero debes comprender que eres mi nieta y quiero protegerte, mejor de lo que protegí a tu madre.

La mención de Isobel hizo que alzara la cabeza. Al ver el gesto abatido de su abuelo, se acercó un poco más y preguntó:

—¿Qué sucedió con mamá?

Fergus exhaló profundamente, intentando restarle importancia, pero Brìghde insistió.

Finalmente, comenzó a hablar con un deje de nostalgia:

—Le prohibí que se casara con tu padre, convencido de que un inglés solo traería problemas al clan. Recuerdo la discusión como si fuera ayer: tu madre estaba fuera de sí; me gritó que la obligaba a

elegir entre el amor y su familia. Huyó con él esa misma noche, y los días que siguieron fueron un tormento para todos nosotros. Las tensiones en la frontera dificultaban cualquier intento de buscarla, y pasaron cuatro años sin que recibiéramos la menor noticia, ni una carta que nos indicara si estaba bien. La amargura y la incertidumbre me acompañaron cada día de esos años… Hasta que un día apareció aquí, sosteniendo a un bebé en brazos y con una pequeña pelirroja de ojos grandes, que le sujetaba la falda con fuerza.

Fergus la miró con dulzura y tomó su mano, apretándola con suavidad.

—Perdí años preciosos de vuestras vidas, Brìghde. No quiero que vuelva a pasar.

—No será así —le aseguró, colocando la otra mano sobre la suya —. Estaré más cerca que nunca. Quiero desposarme con él, abuelo. No es por el honor; es porque me da algo que no sabía que me faltaba —tomó aire y añadió, arrepentida—. Siento cómo te hablé, no volverá a ocurrir.

Fergus la observó en silencio, permitiendo que el eco de sus palabras se asentara.

Cuando retomó la palabra, su tono era serio, aunque no lograba ocultar el matiz de orgullo en su voz:

—Se nota que eres una MacLeod, pero no vuelvas a dirigirte a mí de esa manera. Recuerda que hago esto porque quiero lo mejor para ti.

El alivio recorrió el cuerpo de Brìghde. Le devolvió una cálida sonrisa antes de lanzarse a abrazarlo. Fergus la apretó con fuerza, acariciándole el cabello como hacía cuando era pequeña.

Cuando se separaron, él se dirigió a abrir la puerta y se topó con Kieran… acompañado de Alistair, Fiona, Rosemary e Isobel, que intentaban aparentar indiferencia, aunque la curiosidad era más que evidente en sus rostros.

Fergus entrecerró los ojos, divertido, y anunció secamente:

—Kieran, pasa. El resto, ¿no tenéis nada mejor que hacer?

Alistair soltó un suspiro de resignación, mientras Fiona y Rosemary intercambiaban una sonrisa frustrada. Isobel le lanzó una mirada

inocente y comentó:

—No sufras, padre. Solo pasábamos casualmente por aquí.

Fergus levantó una ceja, sin creer ni una palabra, y cerró la puerta tras Kieran, dejándolos a todos en el pasillo.

Dentro de la estancia, el laird tomó asiento de nuevo y miró a la pareja.

—Bien. Hablemos de los detalles de vuestro inminente enlace.

Capítulo 61

Kieran no volvió a ver a Brìghde hasta la cena.

Tras pasar largo rato en el despacho del laird, decidieron que la boda se llevaría a cabo al día siguiente del juicio, siempre y cuando Arthur Sinclair, quien ya había enviado una misiva anunciando su inminente llegada, diera su aprobación.

Al salir del despacho, un grupo de mujeres rodeó a Brìghde con sonoras felicitaciones, mientras Kieran era recibido por Alistair y varios amigos más. Al parecer, los asuntos de la reunión ya se habían esparcido por todo el castillo, y la boda era la conversación del momento.

Esa noche, Brìghde optó por un sencillo conjunto verde oscuro. Màiri le recogió el cabello en un moño alto, dejando algunos mechones sueltos en la parte delantera, y adornó su cuello con el brillante rojo que su madre le había regalado noches atrás. Rosemary fue a buscarla a su alcoba, y Brìghde sonrió satisfecha al verla.

—Estás preciosa, querida —le dijo a través del espejo, mientras su doncella terminaba de acomodar los mechones sueltos.

Rosemary había tomado prestado uno de los vestidos de Fiona, de un vibrante azul marino, que resaltaba sus rasgos. Llevaba el pelo negro suelto, cayendo en suaves ondas hasta la cintura. Fiona llegó en tercer lugar, con uno de sus elegantes vestidos de color burdeos, y bajaron juntas al comedor entre risas.

Al llegar al pie de la escalera, Brìghde distinguió a Kieran hablando con un grupo de hombres. Él se giró en su dirección y, tras disculparse con sus acompañantes, caminó hasta ella y le besó la mano con delicadeza.

—Estáis radiantes, miladies —murmuró con tono seductor—. Aunque debo admitir que mi encantadora prometida me ha robado el aliento.

Brìghde se sonrojó, mientras Rosemary y Fiona se llevaron las manos a la boca, ocultando una risilla discreta cargada de picardía.

—Por esta vez, os perdonaremos semejante ofensa —respondió Fiona con aire teatral—. Pero recordad, caballero, que me prometisteis un baile la primera noche —el rostro de Kieran delató un instante de desconcierto y Fiona rio, encantada—. A no ser que solo haya sido una excusa para bailar con vuestra prometida.

—Fiona, por favor… —susurró Brìghde, cada vez más nerviosa.

—Por supuesto que no, milady —replicó Kieran, en un tono similar —. No tengo por costumbre decepcionar a una dama, así que esta noche cumpliré con la promesa, si aún soy digno de tal honor.

Brìghde ladeó ligeramente la cabeza, con una expresión entre divertida y resignada.

—¿Me permitirían robaros a vuestra acompañante por unos momentos? —continuó él, con la misma voz seductora.

Rosemary y Fiona asintieron entre risas cómplices, y Kieran se llevó a Brìghde del brazo hasta un rincón apartado, donde nadie les interrumpiría. Se inclinó y susurró contra su oreja, provocándole un estremecimiento placentero:

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú? —respondió, tragando saliva.

Su cercanía y el deseo en sus ojos estaban empezando a alterarla.

Kieran la rodeó por la cintura y apoyó el mentón sobre su cabeza, permitiéndose cerrar los ojos por unos momentos. Brìghde respondió abrazándolo con fuerza, mientras acompasaba su respiración a la de él.

—Esta tarde pensé que volvería a perderte —murmuró con la voz rota.

—No me perderás jamás —le prometió ella, alzando la mirada para que viera la firmeza en sus ojos—: nunca me alejaré de tu lado.

Él la observó en silencio, grabando su promesa en lo más profundo de su ser, y luego la besó.

El primer contacto fue suave, casi reverente, como si temiera romper la delicadeza del momento. Pero la ternura dio paso a una necesidad más profunda, y sus labios se buscaron con urgencia contenida, hasta fundirse en un beso cargado de todo lo sentido.

—Te necesito —susurró derrotado contra su boca.

Ella unió de nuevo sus labios, antes de deslizar los labios por su mandíbula y bajar hasta su cuello, cubriéndolo con caricias húmedas. Su mano descendió hasta su entrepierna, rozándolo con intención. Kieran dejó escapar un gruñido gutural, y Brìghde sintió cómo una oleada de anticipación le recorría el cuerpo.

Se separó con dificultad y, tras comprobar que no había nadie cerca, lo llevó al final del pasillo. Lo empujó con premura dentro de un pequeño cuarto y bloqueó el acceso con unas cajas que encontró en el suelo.

Giró sobre sí misma para retomar lo que había dejado pendiente, pero se detuvo en seco al ver la sonrisa lobuna de Kieran, que le hizo arder las mejillas y el vientre al mismo tiempo.

Él la envolvió en sus brazos, inclinando su cabeza hacia atrás para devorar sus labios con toda la intensidad contenida durante el día. Brìghde respondió con un jadeo, ahogado en el beso, mientras él recorría su cuerpo con manos expertas, explorándola sin vergüenza alguna. Deslizó la mano hasta su pecho, liberándolo de la tela, y comenzó a besarlo con devoción. Su lengua trazaba círculos sobre el pezón, succionándolo con calma, como quien degusta un manjar largamente ansiado. Un gemido escapó de sus labios, pero Kieran lo acalló rápidamente, cubriéndole la boca con una mano, sin dejar de devorarla con pasión.

—Kieran… —jadeó, aún con la mano de él cubriéndole los labios.

Su mente comenzó a nublarse, entregándose al deseo, hasta que le mordió con suavidad la palma, obligándolo a retirarla con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Pero bueno, milady —replicó con tono grave, teñido de picardía —, ¿acaso no os enseñaron que una dama debe obedecer a su esposo sin rechistar?

Ella sostuvo su mirada, con los ojos brillando de placer, y respondió en tono provocador:

—Que yo sepa, aún no sois mi esposo —se inclinó hacia adelante y pronunció suavemente junto a su oído—. A lo mejor no me ha quedado suficientemente claro.

Reprimió un grito ahogado cuando él la alzó por la cintura, colocándola sobre un barril cercano.

Levantó las faldas de su vestido y, tras asegurarse de que estaba lista, se hundió en ella con intensidad. Sus movimientos los guiaron en una danza febril, acercándolos cada vez más a la cúspide del delirio.

Ella echó la cabeza hacia atrás, luchando por contener los gemidos que escapaban sin control.

—Mírame —le ordenó él entre jadeos.

Brìghde abrió los ojos, perdida en la neblina de placer que la envolvía. Kieran sostuvo su mandíbula con firmeza, obligándola a mantener el contacto visual.

Con voz grave, cargada de deseo, murmuró:

—Eres mía.

Reconoció el tono autoritario que tanto la había desconcertado aquel día, pero que ahora la encendía sin remedio.

—Dilo —exigió nuevamente.

Pero ella, atrapada en el éxtasis, apenas lograba pensar. Kieran la besó con desesperación y, de repente, frenó sus movimientos.

Brìghde abrió los ojos, sorprendida y frustrada a la vez.

—Dilo —repitió contra sus labios, iniciando una cadencia lenta, manteniéndose en su interior.

Entonces comprendió. Con la voz cargada de lujuria, arrastró las palabras con sensualidad:

—Soy tuya… para siempre.

Kieran reanudó las embestidas con una intensidad desbordante, devorándola con un fervor incontenible. El calor en su interior se expandía, inundándola de un placer cada vez más intenso, hasta que ambos se perdieron en el clímax, arrastrados por una oleada que los consumió por completo.

Estuvieron unidos unos minutos, recuperando poco a poco la respiración. Finalmente, él se separó, y ella dejó escapar un quejido de protesta que lo hizo sonreír. Sacó un pañuelo del bolsillo y se agachó para limpiarla con delicadeza. Cuando terminó, la ayudó a ponerse de pie, sosteniéndola al ver que se tambaleaba.

—Dios mío… ¿Qué ha sido esto?

Kieran la besó de nuevo antes de apartarse para recolocarle el vestido. Sonrió al ver su moño deshecho y le acarició el rostro con

ternura.

—Esto, mi amor —murmuró contra sus labios—, es tu esposo.

Brìghde le devolvió la sonrisa, pero su expresión cambió al notar el estado de su cabello y la ropa arrugada.

—Me van a matar…

—Suéltate el pelo, ¿qué problema hay?

—¿Cómo que qué problema? Me han visto bajar con el moño hecho. ¿Qué crees que pensarán si aparezco con otro peinado?

—Querida, estamos prácticamente casados. ¿Qué importa un moño más o un moño menos?

Brìghde lo fulminó con la mirada.

—Dile a Rosemary que venga aquí, por favor.

—Vuestros deseos son órdenes, milady —respondió con una breve reverencia.

Unos minutos después, Brìghde escuchó el conocido toque de su amiga en la puerta.

—Pasa —susurró.

Sus ojos se abrieron de par en par al ver que no venía sola; Fiona, su entusiasta y aún ingenua hermana menor, la acompañaba.

—¿Pero por qué la has traído? —le reprochó, frunciendo el ceño.

—No fui yo —se excusó su amiga—. Kieran me pidió que viniera, y cuando Fiona vio su aspecto, no hubo forma de quitármela de encima.

—¿Su aspecto?

—Sí, igualito al tuyo —intervino Fiona entre risitas—. Si esto es lo que me espera, estoy deseando que me conquisten.

—¡Ni se te ocurra, Fiona! —la reprendió su hermana, con las manos en las caderas—. Pórtate bien.

—Solo sigo el ejemplo de mi queridísima y purísima hermana mayor —replicó ella con una falsa inocencia que arrancó una sonrisa a Rosemary.

Brìghde rodó los ojos, resignada, y les pidió que la ayudaran a recuperar un aspecto decente.

—¿Cómo es? —preguntó Fiona en voz baja, mientras acomodaba con esmero los mechones desordenados.

El primer impulso de Brìghde fue acallarla, pero comprendió que la curiosidad de su hermana era natural. Inspiró hondo y decidió responder con sinceridad.

—Es… No puedo explicarlo con palabras —reflexionó unos instantes, buscando cómo transmitir la intensidad de sus emociones —. ¿Recuerdas cuando nos tumbábamos en la hierba del jardín de casa y mirábamos al cielo, esperando ver una estrella fugaz?

Fiona asintió con nostalgia.

—Pues es algo así. Cuando estoy con él, siento que cientos de estrellas fugaces cruzan el cielo. Me siento completa.

Fiona y Rosemary suspiraron al unísono, con aire soñador.

—Ojalá algún día pueda sentir lo mismo.

—Lo harás, hermana —le prometió, tomando sus manos entre las suyas—. Solo debes esperar al adecuado.

—Pensé que era Scot… —susurró Fiona, bajando la mirada con tristeza—. Creo que me encapriché demasiado rápido.

Brìghde le apretó las manos, mirándola con dulzura.

—Scot es un buen hombre, Fiona, y no debes dejar que nadie te haga pensar lo contrario. Simplemente… no es vuestro momento.

—Vamos, dejad ya esas caras largas —intervino Rosemary con una chispa de buen humor—. La noche aún no ha terminado, y nosotras tampoco somos tan viejas como para quedarnos aquí suspirando. Salvo Brìghde —añadió con picardía—, el resto aún no ha sido atrapada. ¡Propongo que lo aprovechemos!

Las dos hermanas sonrieron, agradecidas por el cambio de tono.

Con el ánimo renovado, salieron del cuarto a hurtadillas, listas para reunirse con el resto de los invitados.

Los miembros de los clanes MacLeod y MacGregor cenaron en un ambiente animado, compartiendo anécdotas sobre el rescate de Brìghde. Cada vez que se mencionaba alguna hazaña heroica, surgían risas y alguna ovación entre los presentes. Rosemary fue recibida con elogios por su valentía, y los hombres parecían competir por captar su atención. Ella sonreía tímidamente, aún adaptándose a esta nueva dinámica en la que la admiraban.

En cambio, Scot y sus hombres permanecían en silencio, apartados en un extremo de la mesa.

Desde su regreso, habían liberado al resto del clan de la presión de permanecer lejos de sus hogares. Algunas familias habían decidido marcharse; otras, en cambio, prefirieron quedarse hasta que el juicio de Murray llegara a su conclusión. Fergus les había invitado a quedarse en el castillo, con la esperanza de que no se sintieran como prisioneros, sino como aliados.

Fiona observaba a Scot de reojo. Apenas probaba bocado y tenía la mirada perdida, concentrado en pensamientos que parecían pesarle como una carga insostenible. Cuando lo vio levantarse de la mesa y dirigirse al exterior, esperó unos minutos antes de seguirlo con paso sigiloso.

Lo encontró fácilmente.

Apenas se había alejado unos metros, buscando un rincón donde el frío nocturno y la oscuridad le ofrecieran algo de privacidad. Fiona avanzó hacia él con discreción, hasta que sus pasos llamaron su atención. Scot se giró rápidamente, con el rostro tenso, y al verla, su expresión se endureció.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó en voz baja, esforzándose por no dejar traslucir emoción alguna.

—Yo… vine a saber cómo os encontrabais —dijo, sintiéndose vulnerable bajo su mirada helada.

—Estoy bien. No tenéis por qué preocuparos por mí.

—Scot, yo solo…

—Necesito estar solo —la cortó, con una firmeza que apenas ocultaba el temblor en su voz.

—Entiendo —murmuró, bajando la vista al suelo—. Pensé que, después de lo que compartimos, quizás podría ayudaros a sobrellevar aquello que os atormenta.

Scot la miró entonces. En sus ojos brillaba una mezcla de dolor y distancia. Su voz, aunque serena, sonó amarga:

—¿Ayudarme a sobrellevarlo cómo? No me conocéis. Ni yo a vos. Sea lo que sea que esperáis de mí… no soy el hombre adecuado para dároslo.

Fiona sintió cómo su esperanza se deshacía en silencio. Con el corazón encogido y las lágrimas empañando su visión, se giró para

marcharse. Pero antes de hacerlo, murmuró en voz baja, más para sí que para él:

—Pensaba que vos erais mi estrella fugaz…

Scot apretó los puños, incapaz de dar un solo paso mientras veía su silueta desaparecer en la oscuridad. Las palabras de Fiona resonaron en su mente, recordándole la esperanza que ella le había traído sin siquiera proponérselo. Se convenció a sí mismo de que estaba tomando la decisión correcta, pero no podía evitar sentirse ruin por haber herido a la única persona que le había devuelto una chispa de ilusión desde la pérdida de su hermana.

Exhaló un suspiro profundo, sintiendo el peso del destino sobre sus hombros, preguntándose qué había hecho para merecer una vida tan sombría, tan llena de deberes, que lo apartaba incluso de aquello que más anhelaba.

***

Brìghde vio a su hermana cruzar el umbral del salón con gesto sombrío. Preocupada, se excusó antes de levantarse para ir a su encuentro. La alcanzó al pie de las escaleras, deteniéndola con una mano sobre el brazo.

—Fiona, ¿qué ocurre?

—Nada, voy a acostarme —respondió sin alzar la vista del suelo.

—Te acompaño.

—¡No! —exclamó, zafándose del contacto. En voz más baja, añadió—. Quiero estar sola, por favor.

Brìghde la observó unos instantes, intentando descifrar su estado, y acabó por dejarla marchar.

Pero al volver sobre sus pasos, distinguió la silueta de Scot en la oscuridad, y no tardó en comprender lo sucedido. Se acercó a él con cautela, sobresaltándose cuando se giró bruscamente y le habló con una frialdad estremecedora.

—¡Ya os dije que no quiero hablar!

Al reconocerla, Scot relajó la expresión.

—Lo siento —murmuró, trémulo—. Pensé que erais otra persona.

—¿Fiona, quizás? —replicó ella, dejando asomar un toque de reproche.

—Sí —admitió él, bajando la mirada—. Lady Brìghde, vuestra hermana debe olvidarse de mí.

—Lo sé.

La respuesta tan directa le dolió más de lo que esperaba, recordándole lo poco que creía merecer la confianza de los demás.

Brìghde avanzó unos pasos y posó una mano en su hombro. Por un instante dudó, pero luego dejó a un lado la distancia formal. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono más cálido, íntimo.

—Scot, después de todo lo que hemos pasado, te considero un valioso amigo —sus palabras lo reconfortaron, calmando por un momento el peso que llevaba—. Por eso te daré un consejo: si algo he aprendido de esta experiencia es que debemos valorar a quienes nos apoyan y dejar de cargar con el peso de los que no lo merecen, aunque ese peso sea una parte de nosotros mismos que aún no hemos dejado ir del todo.

Él asintió en silencio.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que alguien lo veía más allá de sus errores.

—No has tenido una vida fácil, y lo que tienes por delante será aún más complicado. Pero ten claro que no estás solo —hizo una pausa y le dedicó una mirada cálida, cargada de comprensión—. Te perdono por todo el daño que crees que me has causado, y espero que algún día hagas lo mismo. No eres tu padre, Scot.

—¿Por qué me dices todo esto? —murmuró, con una mezcla de tristeza y desconcierto.

—Porque todos necesitamos que nos recuerden, de vez en cuando, que no lo estamos haciendo tan mal como creemos.

Tras un breve silencio, retomó la conversación con un tono más desafiante:

—Pero Fiona es mi hermana, y si vuelves a hacerle daño, me aseguraré de que pagues por ello.

Scot dejó escapar una exhalación frustrada y se pasó una mano por el pelo, abatido.

—Yo no quería… No sé cómo mantener a la gente cerca. Siento que todos los que se acercan a mí acaban sufriendo. Fiona merece a alguien mejor, alguien que no esté maldito.

—Tú no estás maldito —le reprendió con firmeza—. Has tenido una vida dura, pero saldrás adelante. Y cuando lo hayas hecho, vuelve a por ella.

Ambos se quedaron en silencio, compartiendo una complicidad que no necesitaba palabras. Scot había encontrado en ella a alguien que lo entendía y no lo juzgaba, y eso bastaba para aliviar parte de su carga. Brìghde, al contemplarlo, comprendía que incluso las peores experiencias podían llevar a algo bueno, después de todo.

—En fin, será mejor que regrese —dijo ella, con tono ligero—. Si no, me darán por desaparecida otra vez.

Él tensó el rostro, pero Brìghde le dio un apretón en el hombro, quitándole importancia.

—Descansa, amigo.

—Igualmente —respondió. Cuando Brìghde ya estaba entrando de vuelta al castillo, susurró—... amiga.

Se quedó afuera un rato más, hasta que una suave lluvia comenzó a caer. Alzó el rostro, dejando que las gotas lo empaparan, como si esperara que se llevaran consigo el peso de su historia, o al menos, que le dieran un respiro para soportarla.

De vuelta al castillo, Brìghde distinguió la silueta de Kieran, que aguardaba a un lado del pórtico, en silencio.

—¿Todo bien? —preguntó cuando ella llegó a su lado.

—Supongo… Ojalá todo fuese más fácil.

—¿Qué ha pasado?

Brìghde cerró los ojos y suspiró, pero el roce de Kieran en su brazo la devolvió a la realidad.

—Si quieres saberlo… te lo contaré esta noche.

Kieran alzó una ceja.

—¿Esta noche?

Ella asintió con una sonrisa pícara.

—¿En la fiesta? —la tanteó.

Brìghde negó con la cabeza, provocándole una risa profunda.

—Sois una dama muy traviesa, lady Sinclair.

—Ya sabéis dónde encontrarme —le murmuró al oído, antes de rozar su mejilla con un beso fugaz y alejarse con garbo hacia el interior del castillo.

Kieran exhaló el aire retenido y volvió a la fiesta, deseando que acabara lo antes posible.

Capítulo 62

Las campanadas la despertaron de un sueño profundo. Se incorporó en la cama, aún adormecida, y frunció los labios en un leve mohín al notar que estaba sola. Supuso que Kieran se habría marchado antes de que alguien pudiera descubrirlos juntos.

Al asomarse a la ventana, distinguió a varios jinetes entrando en el patio principal. Abrió los ojos de golpe al reconocerlos y, sin perder un instante, se enfundó una bata gruesa y salió de la habitación. Bajó las escaleras apresuradamente hasta llegar al grupo.

—¡Padre! —exclamó, echando a correr hacia Arthur.

Al oír su voz, él alzó la vista y abrió los brazos de inmediato. La sorpresa se desvaneció en cuanto la vio, dejando paso a un profundo alivio al comprobar que estaba sana y salva.

—¿Estás bien, hija mía? —preguntó con un deje de nerviosismo, arrugando el ceño al descubrir los moretones que aún marcaban su cara y cuello—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Estoy bien —lo tranquilizó ella, con lágrimas en los ojos—. Has venido…

—Por supuesto que lo he hecho—respondió él, sin apartar la mirada preocupada de su rostro, aún marcada por la preocupación —. Me alegro tanto de verte, Brìghde.

Unos gritos femeninos interrumpieron el momento. Fiona se acercó corriendo y se lanzó a los brazos de su padre, aferrándose a él con fuerza.

Unos pasos más atrás, Isobel aguardaba con una expresión serena, permitiendo que Arthur compartiera primero aquel instante con sus hijos. Su sonrisa, cálida y contenida, hablaba de alivio y orgullo.

Brìghde se percató del frío de la mañana y de las miradas curiosas que se habían posado en su bata. Le lanzó una mirada tranquilizadora a su padre, prometiéndole en silencio que hablarían más tarde, y subió las escaleras apresuradamente.

De regreso a su alcoba, se cruzó con Kieran en uno de los pasillos. Un leve gesto entre ambos bastó para transmitir lo que no se atrevían a decir en voz alta. Él rozó apenas su brazo al pasar, y el contacto despertó en ella un estremecimiento que aún no sabía cómo disimular.

—Ahora no —susurró—. Mi padre acaba de llegar.

—Yo no he dicho nada —replicó con falsa inocencia, aunque pronto adoptó un semblante más serio—. En algún momento tendré que reunirme con él.

—Lo sé —dijo con un ademán inseguro—. El abuelo hablará por ti, no te preocupes.

Kieran asintió brevemente, pero la rigidez que se apoderó de su cuerpo no pasó desapercibida para ella.

—¿Ocurre algo más? —preguntó en voz baja, ladeando el rostro con atención.

Él vaciló antes de hablar, bajando la mirada un instante.

—Me preocupa que se niegue a darme tu mano porque crea que este no es un lugar adecuado para ti.

—¿Cómo puedes pensar eso? —replicó ella, sorprendida—. Kieran, si se opone, nos casaremos igual. Haremos como hicieron mi madre y él. No hay nada que discutir.

Kieran soltó el aire en un suspiro aliviado y le acarició la mejilla con ternura. El bullicio de los invitados comenzó a llenar el castillo, y Brìghde, tras rozarle el brazo con delicadeza, retomó el paso hacia su cuarto.

Horas más tarde, la pareja estaba sentada en uno de los sofás del despacho del laird, mientras este los observaba desde su silla. Arthur permanecía de pie, con los brazos cruzados y la mirada fija en ambos, con una expresión que Brìghde no conseguía descifrar.

El silencio, denso como la niebla matinal, se volvió insoportable.

—Padre, yo…

Arthur levantó la mano, y Brìghde calló de inmediato.

Lanzó un vistazo de reojo a Kieran, quien mantenía una calma aparente, aunque su mandíbula tensa delataba la inquietud que intentaba contener.

—Imaginad mi sorpresa —comenzó Arthur con voz pausada—, al llegar aquí alarmado por el secuestro de mi primogénita y encontrarme con que ha decidido comprometerse en matrimonio.

—Lord Sinclair… —comenzó a decir Kieran, pero Arthur volvió a alzar la mano, imponiendo silencio.

—No me malinterpretéis, joven MacGregor. Os debo más de lo que imagináis por haber salvado a mi hija, pero habréis de comprender que toda esta situación me ha tomado completamente por sorpresa.

Brìghde percibió una sonrisa disimulada en Fergus, que rápidamente escondió para adoptar un aire solemne.

—Perdonadme el atrevimiento, Fergus, pero necesito dejar algo claro —dijo Arthur con una voz grave y firme, que Brìghde jamás le había oído emplear—. Sin ánimo de menospreciar a quienes han acogido a mi familia, tras todo lo que ha sucedido con Brìghde, considero que lo más prudente sería que regresara conmigo a Inglaterra.

—¡Pero padre! —exclamó, levantándose del asiento.

Kieran la tomó suavemente del brazo para hacerla sentar de nuevo, y ella frunció los labios, conteniendo sus impulsos.

—Arthur —respondió Fergus, intentando mantener la calma, aunque la tensión en su voz era palpable—. Tomar esa decisión implicaría una ofensa para mi clan, al insinuar que aquí no estamos protegiendo bien a Brìghde.

—¡La ofensa es que mi hija esté en peligro bajo vuestra protección! ¿Cómo puedo confiar en que no le pasará nada si se queda con este joven? Por mucho que nos duela, es medio *sassenach*.

—¿Queréis dejar de hablar sobre mí como si no estuviera presente? —esta vez fue Brìghde quien alzó la voz, apartando la mano de Kieran para ponerse de pie—. Hasta donde sé, aún tengo voz propia.

—Eso está claro, querida —dijo su abuelo con un matiz de advertencia—. Pero este tema va más allá de ti.

—Precisamente —replicó ella, cruzándose de brazos y giró el rostro hacia su padre con serenidad determinada—. Padre, estuvimos años encerrados en casa por la inseguridad. Vine aquí y

tampoco fue seguro. ¿Acaso no ves que no hay lugar completamente seguro? Sea en Inglaterra o en Escocia, siempre habrá quienes me repudien. ¿Qué me queda, sino vivir como quiero?

La pausa que siguió no hizo más que aumentar su nerviosismo.

—Además —añadió, con una voz temblorosa que traicionaba su intento de parecer tranquila—, si no me dejas casarme con él… entonces me iré y no volverás a saber nada de mí.

Arthur se frotó el rostro con ambas manos, visiblemente agotado. Intercambió una mirada con Fergus, que observaba la escena con un leve brillo de satisfacción.

—Señor —intervino Kieran con aplomo—, estoy seguro de que me casaré con su hija, pero no deseo hacerlo sin vuestra bendición. Mi familia es poderosa y cuenta con el favor de la Casa Real. Os doy mi palabra de que Brìghde estará segura a mi lado, y si alguna vez no fuera así… yo mismo me encargaré de devolverla a su hogar en Inglaterra.

Brìghde lo miró atónita y murmuró entre dientes:

—Como me envíes a Inglaterra, no vuelvo a tu lado.

Arthur los observó en silencio, permitiendo que el momento se asentara. Tras unos segundos, habló, su rostro mostrando una expresión que reflejaba tanto orgullo como resignación.

—De acuerdo. Si esto es lo que deseas, hija mía, no seré yo quien te lo impida. Tenéis mi bendición.

Después, le dirigió a Kieran una mirada seria, que no admitía réplica.

—Solo os pido una cosa, joven MacGregor. Cuidad bien de mi hija, porque si le ocurre algo… os buscaré hasta el fin del mundo.

Kieran inclinó la cabeza con solemnidad.

—Tenéis mi palabra, lord Sinclair. No permitiré que Brìghde sufra daño alguno mientras yo respire.

Brìghde, profundamente conmovida, apenas pudo contener un suspiro de alivio. Se levantó del sofá y abrazó a su padre con fuerza.

—Gracias, papá —susurró entre lágrimas.

Arthur cerró los ojos mientras le devolvía el abrazo, acariciando su cabello con gesto protector. Cuando habló, su voz se quebró ligeramente:

—Que seas muy feliz, mi niña... Y que este hombre esté siempre a tu altura.

Al separarse, Fergus carraspeó desde su silla, rompiendo suavemente el momento y atrayendo la atención del resto.

—Lamento interrumpiros, pero tengo que traer algo menos grato a la mesa. Esta tarde se espera la llegada del resto del consejo. Mañana a primera hora iniciaremos el juicio; dudo que Cochrane tenga mucho tiempo para exponer su defensa.

El ambiente en la sala cambió al instante. La mención del juicio devolvió el peso de la realidad a cada uno de los presentes. Arthur asintió con expresión grave, mientras Kieran entrelazaba los dedos con los de Brìghde, transmitiéndole un silencioso apoyo.

—Lo entiendo —respondió Arthur, con tono solemne—. Haremos lo que sea necesario para que todo se lleve a cabo con justicia.

—Así será —afirmó Fergus, alzándose de su silla con la dignidad de un líder.

La pareja también se puso en pie.

Cuando abandonaron la sala, un pequeño grupo los esperaba afuera, con expresiones curiosas y expectantes.

Brìghde no tardó en reconocer dos rostros familiares entre la multitud.

—¡Habéis venido! —exclamó, mientras corría hacia Rona y Sorcha, fundiéndose en un abrazo grupal con ambas.

—Claro, amiga —respondió Rona, rodeándola con fuerza—. No íbamos a dejarte sola en este momento tan importante.

—Hemos venido rogando para que estuvieras bien —añadió Sorcha, con una sonrisa pícara—. Y ya vemos que nuestras plegarias han sido escuchadas.

Brìghde se ruborizó de la cabeza a los pies.

Kieran saludó a las recién llegadas con un leve asentimiento. Tras recibir las felicitaciones de los presentes, se despidió con cortesía, depositando un beso en el dorso de la mano de su futura esposa antes de marcharse.

A su espalda, alcanzó a oír los gritos emocionados de las mujeres, lo que le dibujó una ligera sonrisa.

***

Conforme pasaban las horas, el castillo se fue llenando de invitados, aunque esta vez el ambiente estaba impregnado de una atmósfera tensa. Brìghde dividió su tiempo entre sus amigas, que intentaban distraerse hablando de los preparativos de la boda, y los ratos que podía pasar con Kieran, siempre que sus obligaciones lo permitían.

Los señores MacGregor llegaron a media tarde, y los prometidos se reunieron con ellos para compartirles la noticia de su inminente matrimonio. Eilidh se mostró visiblemente emocionada y abrazó a Brìghde con ternura, mientras el padre de Kieran la acogía con una calidez arrolladora, pasando la mayor parte del encuentro entre bromas.

Las miradas de advertencia de su esposa, no obstante, le recordaban que era un momento solemne. Brìghde, divertida, comprendió entonces de dónde había heredado Kieran su faceta bromista.

Cuando la agitación en el castillo comenzó a calmarse, Kieran propuso a su prometida dar un paseo por los alrededores, buscando un momento de intimidad entre la vorágine de visitas y reuniones.

—Gracias —susurró, tomándolo del brazo y apoyando suavemente la cabeza en él mientras caminaban—. Me hacía falta un instante de calma.

—Creo que todos estamos igual —respondió él con una sonrisa—. Con tanto movimiento aquí dentro, hace bien salir a respirar un poco.

Brìghde rio suavemente y le lanzó una mirada curiosa.

—Entonces cuéntame algo sobre nuestro futuro hogar, para hacerme una idea.

—Es un lugar de una belleza serena —respondió, mirándola con calidez contenida—. Los valles son más abruptos que los de aquí, y desde el castillo pueden verse los lagos encadenándose uno tras otro hasta el horizonte. Las ventanas de nuestras habitaciones dan a un campo de lavanda que se extiende más allá de lo que alcanza la vista.

Brìghde detuvo el paso, una leve mueca de disgusto asomando en su rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó, preocupado.

—Desde el secuestro, el olor de la lavanda me revuelve el estómago.

—Lo siento, querida. Si lo prefieres, pediré que la sustituyan por otra fragancia: romero, menta… lo que más te agrade.

Ella lo sopesó por unos instantes, y al final negó con suavidad.

—No te preocupes —respondió, entrelazando sus dedos con los de él y dedicándole una sonrisa apacible—. Quizás sea el momento de darle un nuevo significado a ese recuerdo.

Kieran soltó una risa baja y le besó la frente con ternura.

—Me alegra que lo veas así. A ver… ¿Qué más te puedo contar?

—¿Tienes hermanos?

—Sí. Una hermana, Rebeca. Es dos años menor que yo. Le envié una misiva informándola de nuestro enlace, pero cuando me escribió la última vez estaba esperando su primer hijo, así que no sé si podrá viajar.

—¿Y cómo es? —quiso saber, imaginándola como otra versión de Kieran.

—Es simpática, pero tiene un carácter bastante serio —admitió él, sonriendo al recordarla—. A veces creo que le cuesta ver la gracia en las cosas, aunque quizás es porque soy un hermano demasiado bromista para su gusto.

—Conociéndote, me atrevo a decir que le has hecho alguna que otra jugarreta —dijo ella, alzando una ceja en tono acusador.

—Quizás alguna… Nada grave —respondió él, curvando los labios en una sonrisa ladina que la hizo sospechar aún más.

Brìghde le devolvió el gesto, sintiéndose cada vez más a gusto a su lado. Después de unos minutos en silencio, se atrevió a expresar un deseo que llevaba días rondándole el pensamiento.

—Kieran, quería pedirte algo.

—Lo que sea —respondió él, con toda su atención puesta en ella.

—Cuando vayamos a nuestro nuevo hogar, ¿te importaría que Rosemary viniera con nosotros? —preguntó, con una voz suave—. Me gustaría que fuese mi doncella personal. Sé que seguramente ya tenéis una buena curandera, pero confío en sus conocimientos... y su compañía me haría bien.

Kieran comprendió enseguida lo mucho que significaba para ella esa solicitud.

—Por supuesto. Cualquiera que tú necesites será bienvenido en nuestro hogar.

Continuaron paseando, disfrutando de la tranquilidad y de la compañía mutua. Sus pasos los llevaron más lejos de lo que habían planeado, mientras ella compartía recuerdos de su infancia y él le relataba historias de sus días de travesuras.

A medida que avanzaban, las confidencias entre ellos se volvieron más personales y cargadas de significado, tejiendo en el aire la promesa de un futuro que los uniría en cuerpo y alma.

Fue entonces cuando Brìghde supo, con una certeza cálida y profunda, que Kieran no era solo su prometido, sino el compañero que había estado buscando sin saberlo.

Capítulo 63

Era ya de madrugada, y Brìghde seguía dando vueltas en la cama. El juicio que tendría lugar en las próximas horas pendía sobre ella como una sombra, impidiéndole conciliar el sueño.

Exhaló un suspiro de agotamiento y, tras echar una última mirada a la cama vacía a su lado, salió de la habitación procurando no hacer ruido.

Al llegar a la puerta de Rosemary, vaciló unos instantes antes de tocar, temiendo interrumpir su descanso. Pero antes de que pudiera arrepentirse, unos pasos resonaron al otro lado, y la puerta se entreabrió revelando el rostro cansado de su amiga.

—Rose, perdóname… Es que no podía dormir.

Esta la observó unos instantes antes de abrir la puerta por completo, invitándola a pasar.

—Yo tampoco —admitió mientras cerraba la puerta tras ella—. He tomado tanta valeriana que debería estar profundamente dormida, pero nada logra calmarme. Los nervios no me dejan en paz.

Brìghde sintió una oleada de gratitud hacia su amiga y, sin pensarlo demasiado, preguntó con cierta timidez:

—¿Te importa si dormimos juntas?

—Me parece una idea genial —respondió Rosemary, con una sonrisa sincera.

Las dos se acomodaron en la cama mullida, acostándose una junto a la otra. Pronto comenzaron a conversar en voz baja, compartiendo recuerdos y confesiones, susurrando en la penumbra como si fueran niñas otra vez.

A medida que hablaban, Brìghde sintió cómo el peso en su pecho comenzaba a disiparse, y notó que la respiración de su compañera también se volvía más tranquila y acompasada.

—Pase lo que pase mañana —murmuró, con la voz entrecortada por el sueño—, estoy contenta de que estés a mi lado.

Rosemary apretó su mano con suavidad en respuesta, dejando que ese pequeño gesto hablara por ella.

Al poco rato, ambas cayeron rendidas en un sueño profundo, aunque plagado de sueños inquietos y sombras de lo que les aguardaba en las horas venideras.

Pero, al menos en ese instante, no estaban solas.

***

Cuando el sol se alzaba en el cielo, el salón principal del castillo estaba abarrotado de espectadores ansiosos por presenciar el juicio. Las sillas de los miembros del consejo ocupaban una posición elevada, desde donde podían observar a todos los presentes.

—Buenos días, amigos —habló Fergus con voz grave, resonando en el eco del salón—. Nos hemos reunido hoy para tomar una decisión sobre un asunto que ya todos conocéis. Aunque no hemos podido convocar a todos los miembros con tan poca antelación, contamos con más de la mitad de los votos necesarios, como exigen nuestras leyes. Dado que el acusado está en peligro de muerte, no podemos posponer este acto, pues requiere que esté en plenas capacidades para defenderse.

Su mirada recorrió el público y a los miembros del consejo a su lado antes de dar la orden con tono firme:

—Haced pasar al acusado.

Dos fornidos guerreros arrastraron al laird Cochrane hasta el centro del salón. Un jadeo colectivo recorrió a los presentes al verlo, seguido por un murmullo que se extendió como una marea. Fergus exigió silencio con una sola mirada, y la expectación se transformó en un ambiente tenso, casi asfixiante.

El estado de Murray era deplorable.

Apenas se sostenía en pie. Su rostro estaba hinchado y amoratado, con áreas que mostraban un tono verdoso, signo evidente de una infección que avanzaba sin tregua. El hedor de la herida infectada llegó a las primeras filas, donde algunos hicieron muecas de asco y desviaron la mirada.

Un noble de su clan dio un paso al frente y exclamó, indignado:

—¡Esto es una ofensa para nuestro clan! ¿Cómo podéis presentar al laird en semejante estado?

El murmullo creció en intensidad, y Fergus tuvo que alzar una mano para imponer orden.

—Ha sido atendido por nuestro médico, y no se puede hacer mucho más por él. Murray James Cochrane, estáis aquí para responder por vuestros actos. Se os acusa del secuestro de Brìghde Sinclair, dama de alta cuna, nieta del laird Fergus MacLeod, hija del conde Arthur Sinclair de Inglaterra y prometida del heredero del clan MacGregor. ¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa?

Murray mantuvo la cabeza gacha, emitiendo solo algún quejido ahogado.

—¿No veis que no puede hablar? —se oyó una voz desde el fondo.

—El acusado ha sido evaluado esta mañana y se encuentra en condiciones para declarar —respondió un laird sentado a la derecha de Fergus.

Este asintió y continuó:

—En vista de que el acusado ha decidido guardar silencio, convoco a Brìghde Sinclair al estrado.

Brìghde, de pie junto a Isobel y Fiona, avanzó con paso firme hasta situarse frente al tribunal. Los murmullos cesaron de inmediato, y la tensión en la sala creció.

Había insistido en hablar ella misma, tanto por su derecho como por las víctimas que no habían tenido voz.

—Contadnos lo sucedido, lady Sinclair —pidió uno de los hombres del consejo con expresión compasiva.

Brìghde comenzó a relatar lo ocurrido desde la noche del banquete, sin omitir detalle. Describió el trato vejatorio que recibió durante el trayecto, las amenazas de Murray y lo que él tenía planeado hacerle si Rosemary no hubiese intervenido.

La sala permaneció en un silencio expectante al principio, pero a medida que su relato avanzaba, los murmullos volvieron. Algunos asistentes la miraban con incredulidad, otros asentían con pesar, y unos pocos incluso parecían incómodos al escuchar detalles que confirmaban sus sospechas sobre la crueldad de Murray.

Cuando terminó de hablar, el ambiente se tornó caótico. Voces enfrentadas discutían si debía creerse su testimonio.

—Con el debido respeto, laird —intervino un noble de otro clan—. Nadie duda del secuestro, pero ¿cómo podemos estar seguros de que la dama no presenta alucinaciones, fruto del shock?

Algunos asintieron, mientras otros guardaron silencio. Fiona fue a lanzar un improperio, pero se detuvo ante la mirada severa de su padre.

Brìghde, en cambio, alzó la voz indignada:

—¿Creéis que inventaría algo así? ¿Qué interés podría tener en perjudicar a un clan entero?

—Los Cochrane son una familia poderosa —intervino otro de los presentes—. Todos sabemos que las relaciones con vuestro clan quedaron afectadas desde la muerte de su primogénito. No resulta descabellado pensar que podríais estar aprovechando esta situación para vengaros.

Fergus se levantó de golpe, sus ojos centelleando de ira.

—¡¿Cómo os atrevéis a lanzar tales calumnias?!

—¡Seguro que se han aliado con los ingleses! —gritó otro desde la multitud—. Pretenden usarnos de excusa para atacarnos.

Alistair, quien se había mantenido en un segundo plano desde el inicio del juicio, comenzó a temer que la situación se descontrolara.

Con una señal ensayada, hizo que uno de sus hombres se acercara discretamente a Fiona y al resto de sus acompañantes para escoltarlas fuera del salón, alejándolas de la creciente tensión. Rosemary hizo un amago de protesta, lanzando una última mirada hacia Brìghde, pero esta, con un sutil gesto de la mano, le indicó que estuviera tranquila y se retirara.

Kieran permaneció cerca de su prometida, cuidando de no llevar la mano a la empuñadura de su espada, consciente de que el más mínimo gesto podía interpretarse como una amenaza.

—¡Basta ya! —gritó Fergus nuevamente, su voz autoritaria resonando en el salón—. A pesar de lo sucedido con mi nieta, os he abierto las puertas de mi hogar. ¿Y así me lo agradecéis? No somos responsables de la muerte de Roland Cochrane, por mucho que intentéis inculparnos. Todos aquí hemos sufrido las secuelas de la guerra, y pretender que solo vuestro clan ha padecido es engañarse a uno mismo. Que pase el siguiente testigo.

El murmullo fue apagándose lentamente, y un silencio expectante se extendió por la sala cuando Scot entró, con la cabeza bien alta, y se colocó junto a Brìghde. Hizo un saludo formal al tribunal y lanzó

una mirada fugaz a Brìghde, quien le devolvió una discreta sonrisa de apoyo.

—¡Traidor! —gritó uno de los hombres desde la multitud.

—Dejad que hable —protestó una mujer desde el fondo del salón.

—Scot Cochrane, hijo del laird —anunció Fergus con tono mesurado—, ¿qué tienes que compartir con nosotros?

Él respiró hondo antes de responder con voz clara y decidida:

—Murray Cochrane es mi padre, y hoy vengo a declarar en su contra.

La sala estalló en murmullos, pero Fergus volvió a exigir silencio, visiblemente harto de las interrupciones.

—Desde que tengo uso de razón, puedo dar fe de las prácticas sádicas de este hombre. Ha maltratado, abusado y asesinado a numerosas personas inocentes… incluida mi propia madre.

Se escucharon gritos desgarradores desde un lado del salón. Scot evitó mirar en esa dirección, sabiendo que ver a sus familiares maternos lo desmoronaría.

—¿Cómo os atrevéis a hacer tal acusación? —exclamó el noble que antes había cuestionado a Brìghde. Luego se dirigió al resto de la multitud, elevando la voz—. ¿No veis que esto es una farsa? Seguro que han pactado todo para convertirlo en el nuevo laird.

—Dios mío… —susurró Brìghde, sintiendo que el color abandonaba su rostro—. Esto es peor de lo que imaginaba.

Kieran, quien había dado un paso al frente para situarse más cerca de ella, desviaba la vista entre los miembros más beligerantes del consejo y Brìghde, que comenzaba a temblar con sutileza, esforzándose por no ceder al temor en medio del juicio más importante de su vida.

—Yo mismo puedo dar fe de algunas de sus prácticas —declaró Scot.

Acto seguido, se retiró el plaid y la camisa, dejando a la vista una serie de cicatrices y cortes.

Un murmullo generalizado recorrió la sala, seguido de exclamaciones de horror y sorpresa.

—Seguro que reconocéis algunos de estos símbolos; los mismos que mi padre incluía en las cartas oficiales que muchos de vosotros

habéis recibido. Y no soy el único que lleva estas marcas.

—Bien podríais haberos infligido esas heridas vos mismo, dominado por ansias de poder —le increpó uno de los nobles.

A Scot no le sorprendió el comentario. Tanto él como el último que lo había acusado eran aliados de Murray, hombres de dudosa moral, y estaba seguro de que lo defenderían hasta el final.

—Miembros del consejo —intervino otro de los nobles, alzando la voz con gravedad—. Nos duele reconocerlo, pero es evidente que nuestro estimado laird no sobrevivirá a las heridas que le fueron infligidas, según se dice, en un acto de defensa propia.

Hizo una pausa, dirigiendo una mirada cargada de reproche hacia Brìghde, quien abrió los ojos con estupor al sentirse señalada.

—Lo que realmente deberíamos debatir en este momento, más allá de versiones y lamentos, es quién ha de sucederle. Su hijo, a todas luces, no ha demostrado ser un líder leal ni digno de la confianza de este clan.

—Malditas sanguijuelas… —murmuró Alistair, cada vez más molesto, cruzando una mirada significativa con Kieran, quien parecía compartir su indignación.

—¿Y a quién proponéis, si se puede saber? —preguntó un miembro del tribunal—. ¿A vos mismo, quizás?

—¡Basta ya! —bramó de repente Murray, su voz rasgando el aire con una furia que silenció de inmediato la sala—. Todavía no he muerto, y ya os estáis disputando mi puesto.

Escupió al suelo y recorrió con la mirada a los presentes.

—Sois repugnantes. Todos.

Al posar sus ojos sobre Brìghde y Scot, su rostro se deformó en un gesto macabro.

—Sí, la retuve contra su voluntad, no lo negaré, pero no poseéis prueba alguna de las demás acusaciones. Fue ella quien atentó contra mi vida, no yo contra la suya. Si la justicia ha de ser igual para todos, entonces la única que debiera responder por un intento de asesinato contra un laird es esa mujer.

Bajó la cabeza, soltando una exhalación exagerada.

—¡Mentirosos! —exclamó uno de los presentes.

—Seguro que tienen razón ellos —reprochó otro.

—¿No será que los que defendéis a este hombre compartís sus macabros gustos? —gritó alguien más, encendiendo nuevamente el ánimo de los asistentes.

De repente, se oyeron gritos femeninos cuando algunos de los nobles comenzaban a intercambiar puñetazos. Los guerreros MacLeod se apresuraron a separarlos, recibiendo algún golpe en el proceso.

No sin esfuerzo, lograron expulsar a los alborotadores de la sala. Una tensa calma se instauró nuevamente.

Sin apartar la vista de su padre, Scot alzó una mano.

—Aquí tengo la prueba de todo lo que he dicho.

Uno de sus hombres le entregó un objeto envuelto en una tela oscura.

Murray levantó la cabeza con curiosidad, y sus ojos se abrieron de par en par al reconocer su propio cuaderno personal. A pesar de ello, decidió permanecer en silencio, consciente de que cualquier palabra podría condenarlo más.

—En esta libreta —prosiguió Scot, sosteniéndola en alto para que todos pudieran verla—, están registrados los nombres de las víctimas de mi padre, junto con las fechas y los detalles de sus muertes. Podréis comprobar que en la penúltima página aparecen las iniciales de mi difunta madre, junto con el día de su muerte. Mi padre la mató a golpes mientras intentaba protegerme de su ira, y su propio ego le obligó a incluirla en la lista. La letra es la misma que la de muchas misivas que el laird MacLeod y otros miembros de este tribunal habéis recibido a lo largo de los años. Cualquiera que aún conserve alguna de sus cartas podrá confirmar su autenticidad.

Entregó la libreta al miembro del tribunal más cercano, quien comenzó a revisarla antes de pasarla a los demás.

El silencio en la sala era absoluto mientras los jueces verificaban el contenido, observando los detalles con gravedad. Cuando el último de ellos terminó de revisarlo, buscó a Murray con la mirada.

—Efectivamente, la letra es vuestra. ¿Qué tenéis que decir ante esta prueba, laird Cochrane?

—¿Cómo has podido falsificar mi letra, hijo mío? —preguntó el acusado, dirigiendo una expresión compungida a Scot—. No te he

criado para ser tan ruin.

Brìghde rodó los ojos y suspiró, cansada de tanta actuación.

—Laird Cochrane, esta libreta es claramente antigua. La tinta de las primeras páginas evidencia que se escribió hace tiempo —intervino uno de los miembros del tribunal, a quien Brìghde reconoció como el padre de Rona—. Vuestras acusaciones carecen de fundamento.

El gesto de Murray se transformó al instante.

La pena inicial se convirtió en una mirada fría y calculadora que le heló la sangre a Brìghde. Scot sintió su inquietud y le rozó el brazo en un gesto de apoyo, que no pasó desapercibido para Murray. Observó a su hijo con una mueca de desprecio, pero este se mantuvo impasible, acostumbrado ya a ese trato.

—Sois unos desgraciados —les escupió, siseando—. Una mala puta y un traidor. Debería haber acabado con vosotros cuando tuve la oportunidad.

La multitud jadeó, sorprendida por la brutalidad de la declaración.

Alistair intercambió una mirada fugaz con Fergus, la chispa de la victoria brillando en sus ojos. El laird fijó la mirada en el acusado y preguntó con voz grave:

—¿Reconocéis, entonces, que lo que aquí se señala es cierto?

—Si se me acusa de haber torturado, lo admito: soy culpable —declaró, con tono calculado—. Pero decidme, ¿acaso alguno de vosotros puede afirmar que jamás ha herido a otro? ¿Cuántos aquí presentes no han arrebatado una vida en nombre del deber, del honor o de la venganza?

—¡Nunca a inocentes, y mucho menos a propósito, maldito degenerado! —gritó una de las tías de Scot, rompiendo en sollozos —. ¡Y jamás a su propia esposa e hijo!

El murmullo se expandió como una marea en la sala, provocando que la tensión escalara una vez más.

Los guardias de Fergus se vieron obligados a intervenir, conteniendo el caos antes de que estallara por completo.

—¡Silencio! —ordenó Fergus, levantándose con un gesto imponente—. Hemos escuchado lo suficiente para tomar una decisión.

La multitud obedeció, aguardando expectante el veredicto de sus lairds.

Los guardias siguieron alerta, conscientes de que cualquier decisión provocaría una reacción intensa.

—Murray James Cochrane —prosiguió Fergus, en tono solemne—, se os acusa del secuestro, maltrato, e intento de homicidio de Brìghde Sinclair, así como del abuso y asesinato de las personas mencionadas en esta libreta. ¿Cómo os declaráis?

—Podéis iros todos al infierno —escupió Murray, temblando de rabia, su voz cargada de veneno.

—Estimados miembros del tribunal, que levanten la mano aquellos que consideren al acusado inocente de todos los cargos.

Estos permanecieron inmóviles.

—Ahora, que manifiesten su voto quienes lo consideren culpable de todos los cargos.

Uno a uno, los brazos se alzaron, firmes, como una sentencia inapelable.

Las expresiones de odio se clavaron en Murray, quien, lejos de amilanarse, respondió con una mueca desafiante, devolviendo cada gesto con el mismo desprecio.

—El ajusticiamiento del acusado tendrá lugar al amanecer —sentenció Fergus con firmeza, y luego añadió, dirigiéndose al público —. En consecuencia, Scot Cochrane, único hijo vivo del actual laird, será el nuevo líder del clan Cochrane. Si alguien tiene algo en contra, que lo manifieste ahora.

Fergus esperó unos momentos, deteniéndose en los semblantes de los presentes. Observó cómo los seguidores de Murray vacilaban, pero optaron por guardar silencio, conscientes de su posición minoritaria.

—Que así conste —concluyó—, y que sea efectivo una vez cumplida la sentencia del acusado.

A su alrededor, la tensión comenzó a disolverse; algunos entre la multitud empezaban ya a dispersarse en silencio.

Antes de que abandonaran la sala, el laird MacLeod levantó la mano, captando la atención del público. Su voz resonó solemne.

—Antes de dar por terminado este acto, debo hacer una última declaración.

Hizo una seña a Alistair, quien respondió con un leve asentimiento. Luego se volvió hacia su nieta, que lo observaba con cierta sorpresa.

—Mi querida Brìghde, quiero disculparme públicamente por no haber sabido protegerte como debí.

Ella abrió la boca, dispuesta a responder, pero él le indicó que aguardara.

—Este duro episodio me ha hecho comprender que mis capacidades como líder ya no son las que mi familia y mi clan necesitan ni merecen —pausó un momento; su voz, solemne, contenía una emoción apenas velada, perceptible solo para quienes realmente lo conocían—. Por eso, he decidido que hoy será mi último día como jefe del clan MacLeod.

Llamó a su nieto con un leve gesto.

—Alistair, has demostrado con creces tu valía tanto en la batalla como en la paz. Es justo que recibas tu lugar como líder. A partir de mañana, serás el nuevo laird de nuestro clan.

Alistair asintió emocionado, y su abuelo se inclinó para susurrarle:

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Ambos se fundieron en un abrazo breve, contenido, que dejó en Fergus una expresión de serena satisfacción.

Volviéndose nuevamente hacia los presentes, habló una última vez:

—A todos, agradezco que hayáis venido. Ahora podéis retiraros.

Al principio, la multitud no se movió, asimilando el cúmulo de emociones y los cambios que acababan de presenciar.

Pasados unos momentos, quienes estaban cerca de la salida comenzaron a marcharse en silencio. Algunos de los partidarios de Murray lanzaron miradas desafiantes, una advertencia muda de su descontento, pero se retiraron sin armar revuelo.

La sala se fue vaciando hasta que solo quedaron los lairds, junto a Scot, Alistair, Kieran y Brìghde.

Esta se acercó a su abuelo, su rostro una mezcla de preocupación y cariño, y le habló con tono suave:

—Abuelo… si has tomado esa decisión solo porque piensas que fallaste al protegerme, entonces te ruego que dejes de culparte.

Fergus respondió con una voz que, aunque mantenía la firmeza de un líder, dejaba entrever el afecto de un abuelo:

—Lo que te ocurrió solo confirmó algo que ya sentía desde hace tiempo. Este clan necesita un líder que pueda entregarse por completo. Ha llegado la hora de dar un paso al lado.

Brìghde, con las lágrimas asomando, lo abrazó con fuerza, y él le devolvió el gesto con la misma calidez. Al separarse, Fergus le dedicó una mirada cargada de orgullo y ternura.

Sin decir más, ella se retiró en silencio junto a Kieran, dejando que el momento conservara su solemnidad.

—¿Te apetece dar un paseo antes de comer? —propuso Kieran una vez se alejaron del salón.

Brìghde asintió sin alzar la vista del suelo, dejándose guiar por él hacia los jardines traseros del castillo. Caminaron en silencio la mayor parte del trayecto, hasta llegar a una fuente situada en el centro del jardín. De ella partían ocho caminos de tierra, delimitados por piedras cuidadosamente dispuestas, con flores a cada lado.

Cerró los ojos y aspiró el aroma embriagador de las flores, envolviéndola en un remanso de paz. Sintió el brazo de Kieran rodearle la cintura y alzó la vista para susurrar:

—Llévame lejos de esta locura, por favor.

Él la atrajo más hacia sí, transmitiéndole en silencio todo el consuelo que podía ofrecerle.

—Todo acabará pronto —dijo en voz baja, dejando entrever el cansancio acumulado en cada palabra.

—Kieran…

—¿Sí?

—Escapémonos… Nadie se dará cuenta —susurró con tono cómplice—. Fiona puede cubrirnos; está de nuestra parte y…

—No iremos a ningún lado, querida —respondió él con firmeza, pero dejando asomar un toque de diversión—. Después de lo que me ha costado obtener la aprobación de tu padre, lo último que quiero es que mi familia tenga que enfrentarse a un grupo de ingleses enfadados.

Brìghde estuvo a punto de reír, imaginándose la escena, pero la seriedad en el rostro de su prometido la hizo contener la carcajada.

—Discúlpame, querido —se excusó, con un deje de ternura—. Ha sido inapropiado.

Kieran sintió un leve vuelco en el pecho al oírla llamarlo así. No era habitual en ella usar apelativos cariñosos, y ese simple gesto lo impulsó a corresponder con algo que había aguardado con cuidado desde el día anterior.

—Quiero darte algo —dijo, sacando una pequeña caja de madera del bolsillo.

La abrió con delicadeza, revelando un anillo de oro engarzado con un rubí de intenso brillo, elegante y sobrio.

—Le pedí a mi madre que lo trajera —explicó, con voz serena—. Fue un regalo de mi abuelo a su esposa, la mujer que más amó. Ella lo entregó a mi padre, y ahora yo quiero que lo lleves tú.

—Kieran, es precioso… —susurró con voz entrecortada, mientras él le deslizaba el anillo en el dedo—. Yo… no sé qué decir…

—No hace falta que digas nada —respondió él, acariciando el dorso de su mano.

Aquel roce fue como una chispa que se propagaba hasta su corazón, encendiéndolo con una calidez serena. Lo miró, y en su rostro vio reflejado el mismo anhelo silencioso que sentía en su interior. Llevó una mano a su mejilla, permitiendo que una lágrima se deslizara sin resistencia, y murmuró con voz trémula y sincera:

—Te quiero.

Kieran sonrió con dulzura, sus ojos brillantes por la emoción contenida, y la besó suavemente, susurrando contra sus labios:

—Hasta el fin de los tiempos.

***

En el comedor principal, el ambiente era tenso y sombrío. Nadie quería mencionar lo sucedido en el juicio, y el silencio solo se interrumpía con el tintineo de los cubiertos y el murmullo de los criados que iban y venían.

Por la tarde, Brìghde y sus amigas salieron al jardín para disfrutar de un pícnic. Entre confidencias y risas contenidas, intentaban dejar atrás la tensión del juicio vivido esa mañana. Compartieron

recuerdos del pasado y hablaron emocionadas sobre los preparativos de la boda que se acercaba. Fiona, quien había estado decaída desde su última conversación con Scot, comenzó a recuperar poco a poco su ánimo habitual y pronto volvió a su estilo desenfadado, salpicando la charla con sus comentarios mordaces. Por dentro, en cambio, el dolor del rechazo seguía pesándole.

En la lejanía, Kieran y Alistair cabalgaban juntos.

Desde el anuncio de su nuevo cargo, Alistair había permanecido sumido en reuniones con el resto de los lairds, y Kieran lo conocía lo bastante como para saber que necesitaba un respiro.

Durante la comida, se había acercado a su mesa con una petición formal de "audiencia con el futuro laird" y, tras una mirada de Fergus que dejaba entrever que adivinaba las verdaderas intenciones de su nieto, logró liberarlo de sus obligaciones, aunque solo fuera por un breve instante.

Así, ambos aprovecharon para escaparse y cabalgar a sus anchas lejos del castillo. Alistair entornó la vista hacia el grupo de jóvenes en el prado.

—¿No son esas mis primas y sus amigas?

—Sí que son ellas —respondió Kieran, con una chispa en los ojos —. ¡Vamos!

Espoleó a su caballo en dirección a ellas, y a Alistair no le quedó más remedio que seguirlo, soltando un suspiro resignado.

Cuando llegaron, fueron recibidas por las jóvenes damas reunidas en círculo, sonriendo con complicidad.

—Buenas tardes, miladies —saludó Kieran con aire galante—. ¿Qué hacen unas jóvenes tan hermosas en un prado como este? ¿Queréis acaso que las pobres flores se marchiten de envidia?

Las chicas rieron delicadamente, y Alistair rodó los ojos.

—¿Qué pasa, primo? ¿Te has empachado de tanta dulzura? — provocó Fiona con una sonrisa traviesa.

Alistair le devolvió la mirada, estrechando los ojos en un gesto desafiante.

—Dime tú, querida prima —replicó, sin quedarse atrás—. ¿Te incomoda ver a alguien con un poco de cortesía, ya que parece que a ti te falta?

Fiona fingió sentirse ofendida, mientras las demás se esforzaban por no reír demasiado alto.

Brìghde alzó las manos en un gesto conciliador, conteniendo a duras penas la risa.

—Quizás deberíamos comportarnos, o acabaremos en una guerra de insultos.

Kieran esbozó una sonrisa y, con un tono que insinuaba algo más, añadió:

—O en una competición de ingenio.

—¡Kieran! —exclamó ella, con un destello de diversión en los ojos.

—Tal vez lo que el nuevo laird necesita sea una dama que le endulce los días —insinuó Rona, jugueteando con un mechón de su cabello.

Las demás la miraron atónitas. Alistair carraspeó y giró su caballo, tomando otro rumbo para disimular el rubor que asomaba en sus mejillas.

—Sigamos nuestro camino —ordenó a Kieran, que lo observaba conteniendo la risa.

—Milady no va mal encaminada —bromeó Kieran—. Puedo dar fe de lo beneficiosa que puede ser la dama adecuada.

Lanzó una mirada a Brìghde, quien sonreía encantada con la situación, y le guiñó un ojo antes de seguir a Alistair.

Se alejaron con las risas de las jóvenes disipándose en la brisa, como un eco travieso que aún flotaba en el aire.

Kieran no pudo evitar recordar aquellos años en que cabalgaba con Alistair por esas mismas praderas, divisando a Brìghde desde la distancia, cuando era apenas un suspiro inalcanzable.

Ahora, ya no era un sueño lejano: era su prometida, y no podía sentirse más afortunado.

Capítulo 64

El amanecer traía un cielo cubierto de nubes pesadas, oscureciendo el horizonte en tonos de gris plomizo. El aire, cargado de humedad y frío, calaba hasta los huesos, sumiendo a todos en un silencio contenido, casi ritual.

Frente al tronco partido, Murray permanecía arrodillado, con las manos atadas a la espalda y el rostro rígido. Su mirada, cargada de odio, recorría la pequeña multitud congregada, desafiándolos incluso en sus últimos momentos.

Nadie osaba romper el silencio.

Brìghde y Rosemary eran las únicas mujeres presentes.

La noche anterior, tras una charla amarga y llena de desvelos, habían decidido que necesitaban presenciar el fin de su agresor. Era la única forma de cerrar las heridas invisibles que les había dejado. Brìghde quería que Murray la mirase a los ojos, que su rostro fuera lo último que viera antes de morir.

Un viento suave se colaba entre los presentes, meciendo sus capas.

A una señal del nuevo laird MacLeod, el crujido de hojas bajo unas botas avanzando por el suelo gélido rompió el silencio. El sonido, seguido por la respiración contenida de los presentes, era ensordecedor en la quietud.

Scot caminó hacia su padre.

Brìghde lanzó una mirada interrogante a Alistair, quien respondió con un leve movimiento de cabeza. Él no sería quien empuñara el arma.

Scot se colocó junto a su padre, con el rostro solemne y la vista perdida en un punto más allá del horizonte. En sus manos sostenía la espada con firmeza.

Desde su puesto, Alistair asintió en señal de aprobación.

El sonido del acero deslizándose fuera de su vaina llenó el aire. Los congregados contuvieron la respiración, como si el mundo entero se hubiera congelado en aquel instante.

—Por mi madre y por todos los inocentes —dijo Scot, su voz apenas un susurro, pero con la fuerza de un juramento eterno—. Hoy comienza una nueva era para el clan Cochrane.

Un sollozo desgarrador escapó de Murray, y por un instante, Brìghde creyó notar la vacilación en el rostro de Scot.

Pero pronto su determinación regresó. Elevó la espada, cuyo brillo parecía presagiar el fin de una era oscura.

Brìghde se obligó a mantener los ojos abiertos. Sus manos, entrelazadas con las de Rosemary, apretaron con tal fuerza que sus nudillos se tornaron blancos.

Con un golpe preciso y certero, la espada descendió.

La cabeza de Murray rodó por el suelo húmedo, mientras el aire parecía vibrar con el eco del impacto.

La pesadilla había llegado a su fin.

Lentamente, los presentes comenzaron a dispersarse, en una comitiva silenciosa y sombría. Kieran lanzó un rápido vistazo a Alistair antes de volver con Brìghde, ofreciéndole su brazo en señal de apoyo. Ella lo aceptó sin pronunciar palabra.

Todos se alejaron, salvo Scot.

Permaneció inmóvil, observando el tronco manchado con los restos de sangre de su padre. Pasaron varios minutos antes de que decidiera dar media vuelta y dirigirse al castillo.

Nadie notó el leve temblor que recorría su cuerpo.

Nadie escuchó la exhalación entrecortada que escapó de sus labios, un eco de la pena que lo había acompañado durante tanto tiempo y que ahora se hacía más profunda.

Nadie fue testigo de la solitaria lágrima que cayó al suelo, mezclándose con las gotas de sangre.

Como si su destino estuviese irremediablemente entrelazado al de su padre.

Parte III

Capítulo 65

A lo largo de aquel día, los invitados partieron a sus respectivos hogares. Los nobles más afines a la política de Murray fueron los primeros en retirarse, guardando un silencio que, lejos de aportar calma, dejaba entrever una premonición de futuros conflictos.

Scot y sus guerreros partieron poco después. Antes de partir, el joven deseó lo mejor a la pareja. Brìghde entendió que, tras el sacrificio que había hecho aquella mañana, no tendría ánimo para presenciar su enlace. Lo abrazó con fuerza, intentando transmitirle todo el cariño y gratitud que sentía. Al separarse, le recordó en un susurro que no había olvidado su promesa: algún día irían juntos a buscar a su hermana.

Al caer la tarde, cuando los rayos dorados teñían el cielo, la atmósfera pesada que había envuelto el castillo desde el amanecer comenzó a disiparse.

Entre las sombras del crepúsculo y la cálida luz de las velas, Brìghde y Kieran contrajeron matrimonio. Rodeados de sus seres queridos, sellaron la promesa de un futuro en paz.

Durante la cena, brindaron por los nuevos esposos, charlaron y rieron en compañía de familiares y amigos. Más tarde, la pareja se retiró a su nueva alcoba, ubicada en una de las alas más tranquilas del castillo; un refugio donde podrían disfrutar de su intimidad y comenzar su vida juntos.

Ya en la privacidad del cuarto, Kieran observó a su esposa, embelesado por su belleza y el aura de felicidad que la envolvía. Llevaba un elegante vestido en tonos marrón claro y el plaid de los MacGregor, su nueva familia. El colgante que su madre le había regalado brillaba sobre su pecho, junto con unos pendientes a juego que combinaban a la perfección con el anillo de rubí que Kieran le había entregado.

—Eres magnífica —susurró él, mientras acariciaba su pelo y cerraba los ojos para aspirar su aroma—. Siempre has olido a brezo

y lavanda, como si llevaras a Escocia contigo, sin importar dónde estés.

—Ahora estoy aquí —respondió ella con una sonrisa suave—. Contigo, esposo.

Rodeó su nuca con los brazos, atrayéndolo hacia ella en un beso dulce que, poco a poco, se tornó más profundo.

Con movimientos pausados, Kieran fue despojándola de sus prendas, deleitándose con su belleza. Brìghde lo imitó, sus manos temblorosas pero decididas, descubriendo cada rincón de su piel con una mezcla de emoción y deseo.

Con un gesto ágil, Kieran la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, tumbándola con delicadeza. Se recostó a su lado, acariciando su rostro con ternura infinita, dejando que el peso de sus palabras llenara el aire que compartían.

—Siento que he nacido para esto —murmuró con devoción—. Prometo protegerte con mi vida, Brìghde. A partir de ahora, no te faltará nada.

—Lo sé —respondió ella, mirándolo a los ojos—. Ahora me siento completa.

—Te amo, *mo ghràdh*.

—Y yo a ti —susurró antes de unir sus labios en un beso profundo, lleno de promesas compartidas.

Esa noche, y las siguientes, se amaron con la pasión y la entrega de quienes han encontrado en el otro su refugio. Fueron días en los que la calma y la felicidad se entrelazaron. Compartieron risas, palabras susurradas y caricias al amanecer, explorando la profundidad de su amor con una intimidad nueva y creciente.

Los días se sucedían entre paseos por los alrededores del castillo, largas conversaciones y pequeños descubrimientos mutuos que les arrancaban risas y suspiros.

Las noches, teñidas de deseo, les recordaban cuánto habían anhelado llegar a ese momento en que por fin podían tenerse el uno al otro, sin restricciones.

Así, el tiempo transcurrió en un torbellino de amor y paz, y cada amanecer juntos se sintió como una nueva promesa cumplida.

Capítulo 66

Kieran observaba por la ventana cómo la lluvia caía con insistencia, sus labios apretados en una fina línea de disgusto.

Era el segundo día que amanecía con tormenta, una de esas que, de haber sido solo una llovizna suave, no habría impedido el inicio del viaje hacia Ròscreag.

Pero esta tempestad era distinta, y no estaba dispuesto a arriesgar la seguridad de Brìghde.

—Seguro que pronto mejorará —dijo ella, acercándose con una sonrisa paciente mientras se colocaba a su lado.

—Ojalá… Llevamos demasiado tiempo aquí —murmuró, sin apartar la vista del gris horizonte.

Brìghde percibió la frustración en su voz. Posó suavemente la mano sobre su brazo, intentando transmitirle calma.

—No estamos tan mal, cariño. Al fin y al cabo, estamos con mi familia, y las cosas marchan bien, ¿no?

Él hizo un esfuerzo por sonreír y se giró hacia su esposa, mientras sus manos se cerraban en puños involuntarios, traicionando su incomodidad.

—No pongo en duda la hospitalidad de tu familia; nos han tratado de maravilla. Pero quiero que nos vayamos ya, Brìghde.

—Entiendo. Echas de menos tu hogar —comentó, pensando cuidadosamente sus palabras.

—Nuestro hogar, cariño —la corrigió él con cierta tensión en la voz.

Brìghde asintió, intentando mantener el ambiente ligero.

—Tienes razón, nuestro hogar. Pero recuerda: aquí también tenemos un sitio donde quedarnos cuanto necesitemos. La lluvia es pasajera, y nosotros tenemos toda la vida por delante para estar en Ròscreag.

—Lo sé.

La sombra de incomodidad en sus ojos fue evidente, un gesto que Brìghde no pasó por alto.

Al día siguiente, la lluvia se convirtió en una tormenta con relámpagos y truenos que hicieron temblar las paredes del castillo, obligándolos a permanecer en el interior. Brìghde dedicó buena parte de su tiempo a su abuela, quien había comenzado a impartir lecciones de herboristería a Rosemary. Ambas mujeres mostraban entusiasmo, y Brìghde aprovechó las enseñanzas no solo para aprender más sobre las plantas, sino también para distraerse de la creciente inquietud que notaba en su esposo.

En sus momentos a solas, intentaba complacerlo, recordándole los buenos tiempos y buscando esa sonrisa que tanto amaba. Aun así, a pesar de sus esfuerzos, él parecía cada vez más distante.

Sus comentarios se habían tornado más cortantes y, en ocasiones, dejaba escapar frases amargas sobre lo "atrapado" que se sentía en Culzean. Sus palabras, aunque distintas en cierto modo a las que Thomas le dirigía, le provocaban una inquietud similar. En Kieran, sin embargo, percibía algo distinto, una necesidad de control que comenzaba a aflorar en ese ambiente cargado y sombrío.

Los MacLeod habían empezado a notar el cambio en el comportamiento de Kieran, aunque evitaron hacer comentario alguno. Ella se sentía agradecida de que sus padres y hermanos se hubieran marchado días atrás hacia Northumberland. No deseaba que toda su familia fuese testigo de las sombras que oscurecían su recién formado matrimonio.

Una tarde, mientras Kieran estaba reunido con Fergus y otros miembros del clan, buscó a Alistair en el despacho. Había notado que él era el único que no parecía afectado por sus cambios de humor y pensó que quizás podría ofrecerle algún consejo.

—No entiendo qué le sucede —confesó en voz baja—. Pareciera que algo aquí lo incomoda, pero no quiero apresurarme a hacer suposiciones.

Alistair le dirigió una mirada compresiva, pesando sus palabras antes de responder.

—Kieran es un hombre de honor, pero no lleva bien estar lejos de su hogar demasiado tiempo. Cuando no está en su propio entorno, tiende a ponerse irritable. Sé que no es fácil, pero te pido que seas paciente. Él mismo debe estar luchando contra sus propios impulsos.

Brìghde reflexionó sobre las palabras de su primo.

—Quizás tengas razón —murmuró insegura.

No quiso ahondar más en el asunto, guardando para sí misma sus verdaderas inquietudes.

Esbozó una breve sonrisa y le agradeció la ayuda antes de marcharse.

La quinta noche, mientras se desenredaba el cabello frente al tocador, decidió que era el momento de hablar con él.

—Kieran…

Un trueno interrumpió su frase, provocándole un leve estremecimiento. Kieran, en cambio, no se inmutó. Permaneció tumbado en la cama, sin levantar la vista del libro que estaba leyendo a la luz de las velas.

—¿Hm? —murmuró sin levantar la cabeza.

—Necesitamos hablar —dijo tras una breve pausa, esperando una reacción que no llegó, por lo que continuó con un tono más decidido —. Estos días has estado actuando de un modo… diferente.

—No lo creo —replicó él con sequedad.

Brìghde dejó de peinarse al oír el brusco roce de las hojas que él pasaba sin mirar siquiera. Se giró, y sus ojos se encontraron con la apatía en el rostro de Kieran.

—¿Estás dudando de lo que digo? —preguntó, sintiendo la primera oleada de irritación.

Él no respondió, y eso solo encendió más su impaciencia.

—¿Qué ocurre contigo? —exclamó, levantándose de golpe.

Kieran alzó la vista, sin rastro de emoción en su expresión.

—Brìghde, no entiendo por qué te alteras así —contestó con una calma que, lejos de tranquilizarla, le encendió aún más la sangre.

—¿Qué por qué? —replicó, alzando la voz—. Llevas días con ese gesto sombrío, contestando con monosílabos, fingiendo que todo está bien.

—¿Y cómo esperas que actúe? —exclamó él de pronto, dejando el libro a un lado—. Llevo días aquí, atrapado, sin poder ocuparme de nada. Necesito volver a casa.

—Tus responsabilidades pueden esperar, Kieran. La prioridad ahora es quedarnos hasta que sea seguro viajar.

—Eso lo tengo muy claro —espetó él con amargura, y sus palabras golpearon el aire como una bofetada.

Brìghde parpadeó, incrédula ante el rumbo que tomaba la conversación. Había intentado tantas cosas para reconfortarlo, para aliviar esa tensión que crecía en él… Contuvo el aliento, esperando una disculpa que no llegó.

—No puedes hablarme de esta manera —le dijo, alzando la barbilla con firmeza.

—No he dicho nada que no sea verdad —replicó él, cada vez más impaciente.

La indignación le subió como un nudo en la garganta. Cuando habló, su voz temblaba entre la frustración y el dolor.

—¿De verdad me vas a culpar por esto? Yo no controlo la tormenta.

Kieran soltó una exhalación iracunda, y en sus ojos apareció una chispa de acusación que la hizo dar un paso atrás.

—Si nos hubiésemos marchado tras la boda, como propuse, no estaríamos atrapados aquí.

Ella respiró hondo, conteniendo la rabia que pugnaba por salir.

—No fue solo mi decisión, Kieran. Acordamos esperar a que mi familia partiera. No puedes culparme por eso.

Sostuvieron las miradas, con la tensión pesando en el aire, cada uno aferrado a su postura, incapaces de dar su brazo a torcer.

Al final, Brìghde se giró hacia el espejo y comenzó a peinarse el cabello con gesto tenso, intentando disipar la presión en su pecho y contener las lágrimas que amenazaban con escapar. Oyó los pasos de Kieran, seguidos por el sonido seco de la puerta al abrirse y cerrarse de golpe.

Sola en la habitación, dejó caer el cepillo y comenzó a sollozar. No le gustaba discutir, pero tampoco podía permitir que la tratara de esa manera.

Cuando las lágrimas cesaron, se tumbó de lado en la cama y empezó a contar mentalmente sus respiraciones, en un intento por calmarse. Pasado un rato, la puerta se abrió de nuevo, y sintió el peso de Kieran hundir ligeramente el colchón.

—¿Estás despierta? —dijo él en voz baja.

Brìghde no respondió, aunque el latido de su corazón se aceleró, preparándose para un segundo asalto.

—Perdóname… —añadió con un resquicio de resistencia, como si el orgullo aún le pesara—. No me gusta sentirme encerrado, y no era así como imaginé nuestra vida juntos.

—Yo tampoco —susurró ella, con una mezcla de agotamiento y decepción.

Kieran exhaló despacio, y su mano vacilante se extendió hacia ella.

—He sido un maleducado, y lo lamento —murmuró. Su tono tenía un peso auténtico; la tensión había dado paso al arrepentimiento—. Prometo que haré un esfuerzo por controlarme mejor.

Brìghde se giró hacia él. Kieran le acarició el rostro, y el roce de sus dedos con las marcas húmedas de sus lágrimas le rompió el corazón. Se inclinó y besó con suavidad cada rastro de llanto, como si quisiera borrar el daño que había causado.

Ella se dejó llevar, hundiéndose en el calor de sus brazos y en la sinceridad de sus palabras, con la esperanza de que aquello no fuese más que un mal momento.

Un desliz en medio de una historia que, pese a todo, seguía siendo suya.

***

Al día siguiente, Kieran cumplió su promesa.

Aunque le costaba ocultar la tensión en el cuerpo, procuraba ser más cuidadoso con sus palabras, especialmente al dirigirse a su amada. Ella se fue relajando poco a poco, y las noches recuperaron la cercanía habitual de dos amantes enamorados, llenas de susurros y reconciliaciones tiernas.

Una tarde, el joven MacGregor pidió unirse a la lección de herboristería de las mujeres, deseoso de pasar más tiempo con su esposa. Las presentes lo recibieron con sonrisas, y Maeve dio comienzo a la clase, enseñándoles a identificar algunas plantas y sus aplicaciones más comunes.

Una de ellas llamó especialmente su atención.

—¿Y esta cuál es?

Notó de inmediato el leve intercambio de expresiones entre Brìghde y Rosemary.

—Es la ruda, muchacho —respondió Maeve con su habitual calma.

Un escalofrío recorrió a Brìghde, que bajó la mirada. Kieran notó la tensión en su cuerpo y su gesto se ensombreció. Disimulando, siguió indagando con tono curioso, aunque su mente trabajaba a toda velocidad.

—¿Y para qué se utiliza?

Maeve entrecerró los ojos, como si oliera algo más que curiosidad en su pregunta, antes de responder:

—La ruda es planta fuerte, tan útil como delicada de manejar: calma el vientre inquieto, alivia el dolor de cabeza, reduce la inflamación… y para la mujer, puede ayudar a regular su ciclo. Ahora bien, también se ha usado para otros fines menos decorosos… no sin riesgo.

En ese instante, Kieran recordó de dónde conocía esa planta: la había visto en un cajón del tocador de Brìghde, junto a sus cosas personales. Ella solía prepararse infusiones justo después de acostarse con él.

—¿Y cuánta se necesita para cada uso?

Su tono aún era amable, pero Brìghde notó cómo su voz se tensaba levemente. Sus manos comenzaron a temblar.

—Dos hojas bastan —respondió Maeve, con un deje más grave—. Salvo si se quiere impedir una gestación. En ese caso, siete hojas en infusión muy concentrada. Pero cuidado: lo que ayuda, también puede matar.

Al terminar la lección, Kieran agradeció la clase con una cortesía tensa y se marchó de la cocina con pasos rápidos, casi torpes, incapaz de ocultar la tormenta que se gestaba en su interior.

—Este muchacho lleva días con un humor oscuro —murmuró Maeve, mientras comenzaba a recoger—. Vamos, chicas, ayudadme con esto.

Las jóvenes obedecieron en silencio. Cuando Maeve abandonó la estancia, Rosemary se adelantó y detuvo a Brìghde justo cuando esta se disponía a seguir a su esposo.

—Brìghde… —musitó con los ojos llenos de lágrimas—. Jane nunca me habló de los riesgos.

Brìghde percibió su angustia y se apresuró a tranquilizarla.

—Rose, no pasa nada.

—Pero…

—Escúchame bien. —La tomó por los hombros, obligándola a sostenerle la mirada. Su tono era firme, con un matiz de urgencia apenas contenido—. Sé que nunca harías nada para perjudicarme. Te debo la vida. Así que deja de lamentarte. Lo importante es lo que hagamos con esta información, no lo que ya pasó.

Rosemary asintió, aunque la culpa seguía carcomiéndola por dentro. Aun así, entendió que Brìghde deseaba marcharse cuanto antes. Con una débil sonrisa, murmuró:

—Gracias, amiga. Ahora ve con él.

Brìghde respondió con un breve abrazo y salió con paso resuelto en busca de Kieran.

Capítulo 67

Lo encontró en la alcoba, examinando la bolsita de ruda bajo la tenue luz de una vela. Sus ojos permanecían fijos en las hojas, pero su expresión oscilaba entre la incredulidad y una profunda decepción.

Brìghde cerró la puerta tras de sí, con movimientos pesados, quedándose inmóvil unos instantes antes de reunir el valor para hablar.

—Que yo sepa —se adelantó Kieran—, hace tiempo que no necesitas cuidados especiales para tus heridas.

—Kieran, yo… —intentó explicarse, pero él alzó una mano, deteniéndola.

—En cambio, tomas tu infusión con bastante frecuencia. Pensé que sería un momento tuyo, alguna clase de ritual, pero recuerdo claramente que usas más de dos hojas.

Su mirada, cargada de dolor, se clavó en ella como un reproche mudo. Brìghde sintió que el suelo bajo sus pies se desmoronaba.

—¿Por qué me has mentido? —preguntó en un tono grave que dejaba entrever mucho más que mera desilusión.

—No lo he hecho —se apresuró a aclarar, dando un par de pasos hacia él, pero se detuvo al ver que entrecerraba los ojos, endureciendo su expresión.

—Todo este tiempo me hiciste creer que podríamos estar creando una familia, pero ahora veo cuáles son tus prioridades.

—¿Cómo? —exclamó ella aturdida.

—Permanecer aquí, evitar quedarte embarazada… únicamente piensas en ti misma, Brìghde.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos y algunas escaparon sin control. Se limpió con el dorso de la mano y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Que cómo puedo decirlo? —replicó él, alzando la voz con una mezcla de dolor y rabia—. He sacrificado todo por ti: arriesgué mi

clan enfrentándome a Murray, acepté tus dudas y temores sin cuestionarte; y tú, en cambio, decides anular cualquier posibilidad de que tengamos una familia.

—Kieran, no es así…

—¡Y además poniendo en riesgo tu vida! —gritó, con los ojos encendidos de furia—. ¿Sabías que es un veneno?

Brìghde bajó la vista al suelo, incapaz de responder.

—¡Dímelo!

—No lo sabía claramente, pero…

—Eres increíble —murmuró, con una risa amarga que le heló la sangre—. Prefieres arriesgar tu vida antes que tener un hijo mío.

—Kieran, por favor —rogó ella, con la voz quebrada por el llanto —. Déjame explicarte…

—No hay nada que explicar, Brìghde. Si tanto huyes de mí, te lo pondré fácil. Desde hoy, dormiremos separados.

La puerta se cerró de golpe tras él, dejando tras de sí un eco ensordecedor en la habitación. Brìghde, paralizada, sintió cómo un sudor frío la invadía, y las náuseas la obligaron a correr hacia el cuenco de agua para vaciar el estómago. Con manos temblorosas, se limpió con un trapo y se dejó caer al suelo, acurrucándose contra la pared, mientras lloraba en silencio, su corazón hecho pedazos.

Unos nudillos resonaron en la puerta, y antes de que pudiera responder, Rosemary entró con una bandeja entre las manos. Al verla en el suelo, con la cara roja y los ojos hinchados, dejó la bandeja sobre una mesa y se acercó rápidamente a ella.

—Ven aquí, querida —le dijo con suavidad, ayudándola a incorporarse—. Te he traído algo para cenar.

Brìghde la miró entre sollozos, visiblemente afligida.

—Rose… — murmuró con la voz rota—. Lo he arruinado todo.

Las palabras parecieron desmoronarla aún más, pero su amiga, anticipándose, la condujo hasta la cama, evitando que volviera a derrumbarse en el suelo.

—Todo saldrá bien —le prometió mientras acariciaba su cabello.

—No… —gimió temblorosa—. Me odia.

—No te odia, te ama. Por eso está tan dolido.

Brìghde buscó consuelo en su mirada, aferrándose a la esperanza.

—¿Lo has visto? —preguntó ansiosa.

Rosemary asintió.

—Bajó a pedir que le prepararan otra habitación.

—¿Cómo estaba?

— Como siempre, manteniendo la compostura.

—¿Y dónde va a dormir?

—En el cuarto de enfrente.

Un breve alivio la recorrió al saber que, a pesar de todo, no estarían demasiado lejos.

—Dios mío, he sido una necia —susurró atormentada—. ¿Cómo pude engañarlo de esta manera?

Rosemary exhaló frustrada y la tomó por los hombros, obligándola a mirarla.

—Tienes que dejar de decir eso. Por mucho que le duela, eres tú quien cargaría con el niño, no él.

Brìghde suspiró, sintiéndose atrapada entre el deber y sus propios deseos.

—Lo sé. Pero quizás… quizás tendría que habérselo dicho desde el principio. Si lo hubiéramos hablado, tal vez habría aceptado esperar.

Rosemary negó suavemente, con una expresión entre seria y resignada.

—Sabes tan bien como yo que eso es poco probable. Kieran jamás habría aceptado que tomaras algo que pusiera en riesgo tu salud, y menos si iba en contra de sus deseos de formar una familia. Es un hombre protector, Brìghde, y siempre tendrá una idea muy clara de lo que considera tu bienestar.

Esta le dirigió una expresión cargada de impotencia, como si las palabras se le quedaran atrapadas en la garganta.

—Entonces, ¿qué debería haber hecho?

Rosemary exhaló un largo suspiro.

—Sinceramente, no lo sé.

Con un suave gesto, la guio hasta la silla junto a la mesa, donde había dejado la bandeja.

—Anda, come algo. Te hará bien.

Brìghde miró la bandeja y luego a su amiga. Una sonrisa nerviosa escapó de sus labios, dando paso rápidamente a una risa suave y

entrecortada.

—¿Qué te ocurre?

—Es que… —respondió Brìghde, entre sollozos y risas—. Aquí estamos tú y yo, encerradas en un castillo, y tú trayéndome la comida… como en aquellos días.

Rosemary comprendió la alusión, y una chispa de ternura suavizó su expresión.

—La vida es una rueda, como dicen por ahí.

Le acercó el plato con una expresión seria.

—Ahora, come.

Brìghde asintió, profundamente conmovida.

—Gracias por cuidarme, Rose.

—Siempre —prometió Rosemary, con un susurro cargado de afecto y lealtad.

Esa noche, Brìghde durmió sola.

Despertó varias veces en la oscuridad, sintiendo el vacío a su lado. Cada vez que recordaba el motivo, rompía a llorar en silencio.

En la habitación de enfrente, Kieran daba vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Pasada la medianoche, se levantó con la intención de despejarse. Sin poder evitarlo, sus pasos lo llevaron hasta la puerta de la alcoba conyugal. Se detuvo al oír los débiles sollozos de su esposa y un nudo se le formó en el estómago. Su primer impulso fue entrar y consolarla, pero el dolor y la rabia por el engaño lo detuvieron.

Resignado, dio media vuelta y bajó las escaleras hasta una de las puertas que daban al exterior. Desde el umbral, observó la suave lluvia caer. La tormenta había amainado horas atrás, y parecía que al día siguiente el clima mejoraría aún más. La frescura de la noche le calaba los huesos, pero seguía con un calor incómodo en el pecho.

Cerró los ojos, repasando cada gesto, cada palabra de Brìghde, buscando un motivo que explicara su decisión.

¿Había alguna señal en su comportamiento que hubiera pasado por alto?

Recordaba claramente que ella tomaba la infusión desde la primera vez que habían yacido juntos, pero él, cegado por el amor, ni siquiera lo había cuestionado.

¿Cuánto tiempo habría seguido ocultándolo si no se hubiese enterado?

Ese pensamiento lo llevó a otros más oscuros: si había sido capaz de esconder algo así, ¿qué más podía ocultar?

¿Y si algún día lo traicionaba con otro hombre sin que él lo notara?

Se obligó a negar con la cabeza, intentando apartar aquellas ideas venenosas.

—No, ella me ama… —murmuró, aunque el consuelo le pareció débil.

Suspiró, agotado de no encontrar respuestas, traicionado por sus propias emociones. Con desgana, regresó a su habitación, procurando no mirar siquiera la puerta de enfrente.

***

Al día siguiente, Brìghde no salió de su cuarto.

Estuvo tumbada hasta que el dolor en el cuerpo la obligó a levantarse y caminar. Al asomarse a la ventana, vio que el cielo empezaba a despejarse.

—Qué oportuno… —masculló para sí misma.

Un tenue rayo de esperanza la cruzó.

Si el tiempo mejoraba, podrían partir hacia Ròscreag, y Kieran tendría que hablar con ella tarde o temprano. Aun así, la decepción que vio en su mirada el día anterior seguía atormentándola. Temía encontrarse de nuevo con ese gesto y acabar quebrándose por completo.

Rosemary la visitaba siempre que podía, asegurándose de que no le faltara comida ni compañía. Brìghde le preguntaba insistentemente por Kieran, y la respuesta era siempre la misma:

—No lo he visto.

Esa incertidumbre la inquietaba tanto que llegó a preguntarse si se habría marchado sin ella. Con el rostro marcado por la angustia, le suplicó a Rosemary que fuera a comprobarlo. A pesar de que su amiga negó con firmeza tal posibilidad, terminó accediendo ante su insistencia.

Volvió al cabo de un rato, con una leve sonrisa de alivio.

—Sigue en el castillo, querida. No se ha ido sin ti.

Brìghde soltó el aire contenido, aunque la calma duró poco.

La mañana siguiente, tras otra noche en vela, decidió enfrentar sus miedos y salir en busca de su esposo.

Con una determinación renovada, recorrió el castillo, preguntando a los criados que encontraba a su paso si lo habían visto. Las respuestas eran siempre las mismas: *"No lo he visto", "No tengo noticias de él"* o simplemente *"No sabrías deciros, milady"*.

Pasado un rato, una doncella le informó que lo habían visto dirigirse a las caballerizas.

Con el corazón latiéndole con fuerza, llegó al establo y miró a su alrededor, pero no lo encontró. La decepción la invadió justo cuando una voz a sus espaldas la hizo girarse.

—Se ha marchado hace un rato, milady —le informó Hamish, con expresión respetuosa.

—¿Sabes hacia dónde se ha dirigido? —preguntó, con un atisbo de esperanza en la voz.

—Dijo que iba a dar un paseo por el bosque.

—Gracias.

Al ver que no tenía más que hacer allí, salió al exterior.

Encontró un árbol frondoso, con ramas lo suficientemente anchas para resguardarse de la tenue llovizna, y se sentó en el suelo, apoyada contra el tronco. Se envolvió en su capa y observó la entrada del sendero, aguardando en silencio a que Kieran regresara. Mientras esperaba, sus pensamientos se agitaban, cada uno más confuso y doloroso que el anterior. La frialdad de la mañana se mezclaba con el frío que sentía en su pecho, como si la distancia entre ambos se hubiera convertido en una muralla insalvable.

Se obligó a permanecer allí, en silencio, esperando.

El suave repiqueteo de la lluvia sobre las hojas y la brisa fresca, ahora bañada por un rayo de sol que emergía tímido entre las nubes, la envolvieron como una suave canción de cuna. Poco a poco, el peso de las emociones y la fatiga la fueron venciendo, hasta que, sin darse cuenta, cayó dormida.

Unas manos familiares la zarandearon con delicadeza. Abrió los ojos lentamente y, todavía somnolienta, distinguió el rostro de Kieran observándola con una expresión dura. Pese a su ceño

fruncido, notó la preocupación que intentaba ocultar; verlo allí, tan cerca, hizo que su corazón se acelerara.

Desde que la había visto bajo el árbol, mojada y aparentemente ajena al clima, Kieran no había podido ignorar el temor a que enfermara. Aunque su orgullo intentaba resistirse, el impulso de protegerla fue más fuerte, y había acudido a despertarla para llevarla a resguardo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, intentando mantener un tono serio.

—Te estaba esperando —respondió ella en un hilo de voz, antes de estornudar.

Kieran frunció el ceño y la ayudó a ponerse de pie, llevándola al interior de las caballerizas. Inspeccionó sus prendas, visiblemente empapadas, y le dijo en el mismo tono firme:

—Ve adentro. Acabarás enfermando si sigues así.

—No me iré hasta que hablemos —replicó, con una resolución que no admitía réplica.

—Brìghde, no estoy de humor para esto.

—Hablo en serio. He esperado aquí a que volvieras, y no me importa seguir esperando si es lo que hace falta para que me escuches… por favor…

Kieran la miró con una mezcla de exasperación y algo que rozaba el cansancio. Sus hombros estaban tensos, sus manos ligeramente crispadas... todo en él delataba una contención forzada.

—Muy bien, aquí estamos —dijo, cruzándose de brazos—. Tienes toda mi atención. ¿Qué es tan importante que no podía esperar?

—Kieran, sé que piensas que te he engañado, pero no era esa mi intención —comenzó, con voz atropellada. Al ver que él hacía amago de marcharse, lo retuvo tomándolo del brazo—. Escúchame, por favor.

Kieran la observó unos instantes, su expresión algo menos rígida, y ella aprovechó el momento para continuar:

—Quiero que tengamos hijos; muchos si lo deseas… pero no ahora. No estoy preparada, Kieran. Después de todo lo que me ha pasado, no me veo aún capaz de cuidar de otro ser humano, y mucho menos de un bebé. No lo he hecho en tu contra, lo juro. No

quiero que nuestro primer hijo cargue con una madre ausente, incapaz de darle el cariño que merece.

Él volvió a mirarla, esta vez con una expresión de desconcierto y algo de sorpresa.

—¿Pero qué estás diciendo? He visto lo bien que cuidas de Fiona y de Duncan.

—Fiona tiene casi mi edad, y Duncan ya es mayor. Un bebé es distinto, Kieran, requiere que yo esté… entera. Aunque tengamos ayuda, no sé si podría hacerlo, y mucho menos vivir con la culpa de haberlo hecho mal.

—Brìghde, si ese es el motivo, no estarás sola —respondió él, suavizando la voz mientras tomaba su mano—. Yo estaré a tu lado. Siempre.

—Tú y yo sabemos que no será así —replicó con tristeza—. Habrá momentos en los que te vayas a luchar, a cumplir con tu deber... y me quedaré sola. Y no sé si podré.

Esperó una reacción de él, algo que lo hiciera claudicar, pero en su rostro vio que no la comprendía.

—¿No hay otras opciones para esperar un poco más? —insistió, con un atisbo de esperanza.

—Tal vez… —respondió él, pero su voz estaba cargada de una incomodidad que ella no había visto antes—. Pero no creo que sea la adecuada.

—¿Por qué no?

—Porque deseo formar una familia —Kieran miró al suelo, y las palabras salieron de su boca con más dureza de la que había planeado—. Estoy cumpliendo con mi deber, y tú deberías hacer lo mismo.

Sus palabras la golpearon como una bofetada.

—¿Y si no quiero? —replicó ella en un susurro tembloroso, mezcla de miedo e ira, observando cada matiz de su rostro.

El orgullo y el deber vencieron al amor en ese instante. Su respuesta fue cortante:

—Lo harás igualmente.

La distancia entre ambos se volvió insalvable. Aunque él quiso retractarse, ya era tarde. Las lágrimas traicioneras escaparon de los

ojos de Brìghde.

—De acuerdo —murmuró con voz rota—. Si así ha de ser, quiero disponer de mi propia alcoba.

—Brìghde, eso no es lo que quise decir…

Ella alzó ambas manos, su gesto firme y vulnerable a la vez, silenciando cualquier intento de réplica.

—Búscame cuando consideres que debo cumplir con mi deber —replicó con un tono afilado, mientras se deshacía entre sollozos.

Kieran quiso acercarse, enmendar su error, pero ella se alejó un paso.

—Al menos concédeme esto —suplicó—. Déjame irme con la poca dignidad que me queda.

El rostro de Brìghde, marcado por el dolor y la decepción, lo dejó sin palabras. Ya no encontró en su mirada el brillo que antes lo colmaba de sentido. Asintió lentamente, sin fuerzas para detenerla.

Mientras la veía alejarse, una sensación de pérdida profunda lo invadió, como si acabara de renunciar a lo único que daba propósito a su vida.

Capítulo 68

Aquella noche, tampoco bajó a cenar. Su familia había notado su ausencia en los últimos días, pero evitaron hacer comentarios, pensando que tal vez se trataba de una riña pasajera entre enamorados. No obstante, su prolongado aislamiento comenzaba a inquietarles.

—¿Cómo está mi sobrina? —preguntó Rowena en tono cauteloso, lanzando una mirada rápida a Kieran.

—Está bien —murmuró él, concentrando su atención en el plato de venado, como si de repente fuera lo más interesante del mundo —. Prefiere cenar en su cuarto.

—¿En su cuarto? —Maeve alzó una ceja, sorprendida— Os acabáis de casar y ya estáis comportándoos como un par de ancianos malhumorados?

—Habrás hecho alguna de las tuyas para que quiera estar lejos de ti —bromeó Alistair, aunque su tono dejaba entrever la preocupación.

Kieran no respondió. Mantuvo la vista fija en su plato, intentando esquivar la conversación. Alistair cruzó una mirada con Rosemary, quien negó suavemente, sugiriéndole que no insistiera.

La cena transcurrió en un incómodo silencio. Cuando terminaron, Alistair no pudo contenerse más. Había intentado mantenerse al margen, pero el lazo con su prima era demasiado fuerte para seguir fingiendo indiferencia. Se acercó a Kieran y, con gesto medido, lo invitó a compartir una copa en su despacho.

—Parece que la lluvia nos da un respiro —comentó, tratando de sonar despreocupado mientras servía las bebidas. Al notar que su amigo no respondía, continuó con un tono más serio—. ¿Cuándo pensáis marchar?

Kieran exhaló profundamente, dejando la copa a un lado, como si el peso de la pregunta lo hubiera alcanzado al fin.

—No sé cómo arreglar esto… —confesó en voz baja, sus manos temblando ligeramente.

Alistair guardó silencio, animándolo a continuar.

—Me ha engañado, Alistair.

Este frunció el ceño, desconcertado.

—¿Qué quieres decir? ¿Con otro hombre?

Kieran negó rápidamente con la cabeza, como si la idea fuera impensable.

—No. Ha estado tomando brebajes para no quedarse encinta.

Alistair lo observó unos instantes, procesando sus palabras.

—Entiendo que no te lo comunicó.

—¡No! No lo hizo.

—Amigo, lo último que deseo es entrometerme en vuestro matrimonio, pero estáis bajo mi techo y no puedo ignorar que Brìghde lleva días encerrada en su cuarto. ¿No crees que podrías haber… malinterpretado sus actos?

—¿Cómo voy a malinterpretarlo? —jadeó Kieran, sintiéndose de nuevo herido por la traición—. Me confesó ella misma lo que hacía.

—¿Y te explicó sus razones?

—Sí. Dijo que temía no ser una buena madre. Como si eso fuera cierto… Si no tenía intención de tener un hijo mío, debería habérmelo dicho antes de casarnos. Ahora ya es tarde.

Alistair alzó la vista al techo, soltando un sonoro quejido.

—¿No has pensado que quizá sí quiera tener hijos, solo que ahora no es el momento? Kieran, sé cuánto anhelabas encontrar una buena esposa y formar una familia, pero que no se dé todo de golpe… quizá no sea tan malo. Tal vez esto es solo una señal de que debéis esperar un poco.

Este exhaló frustrado, y su voz salió en un susurro tembloroso.

—Ha estado tomando ruda…

Alistair abrió mucho los ojos, comprendiendo la gravedad de sus palabras.

—Prefiere envenenarse antes que tener un hijo conmigo.

—No creo que sea eso. Más bien, creo que ha preferido envenenarse antes que confesarte sus temores —contestó, cada vez más molesto—. ¿Cómo iba a sincerarse si te comportas de esta manera?

Kieran desvió la mirada, pero sus palabras calaron en él, rasgando la densa tela de su orgullo.

—Entiendo que no debió ocultártelo, y no la excuso por ello, pero he visto cómo actúa con los niños. Esa no es la actitud de alguien que rechaza la maternidad.

—Esto es muy complicado.

—No lo es. Habla con ella, discúlpate y marchad a Ròscreag como el matrimonio unido que erais hace nada.

Kieran se echó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas. Se cubrió la cara con las manos y soltó una larga exhalación.

—Es demasiado tarde…

—¿Qué es lo que me estás ocultando? —preguntó Alistair, alzando una ceja.

—Yo… le dije que debía cumplir con su deber.

—No puede ser —respondió Alistair, llevándose la mano al rostro y negando con la cabeza—. Quiero saber qué te respondió a eso, honestamente.

—Me preguntó qué sucedía si no quería…

—¿Y…?

Kieran mantuvo la cabeza baja, incapaz de enfrentar la mirada de su amigo. Con el rostro aún oculto entre las manos, su voz salió en un susurro apenas audible, mientras la vergüenza lo envolvía como una pesada carga.

—Le dije que tendría que hacerlo igualmente.

Alistair lo miró boquiabierto, sin poder creer lo que acababa de oír. Cerró los ojos y respiró hondo, luchando contra el impulso de estamparle un puñetazo.

—¿Acaso has insinuado que vas a forzar a mi prima para que se quede encinta? —preguntó en un susurro cargado de furia contenida.

Kieran levantó la mirada, encontrándose con los ojos llenos de ira de Alistair. Se apresuró a aclarar, compungido:

—No era eso lo que quería decir.

—¿Y entonces qué? —susurró Alistair, cada palabra como una daga.

—¡No lo sé! Solo… solo quería que me aceptara, que quisiera estar conmigo. Jamás haría algo en su contra, te lo juro.

—¿Te cuesta tanto comprender que algunos prefieran esperar?

—¿Acaso tú no desearías casarte y tener un hijo ahora que eres laird?

—Por supuesto. Pero jamás forzaría a alguien para conseguirlo.

—¡No era mi intención hacerlo!

—¡Pero lo dijiste! —estalló Alistair—. ¿Cómo esperas que se sienta segura a tu lado después de esas palabras? Sabes tan bien como yo que esto ocurre más a menudo de lo que nos gustaría admitir, y estoy seguro de que ella también lo sabe, o al menos ahora es consciente. Nos enorgullecemos de ser mejores que los bárbaros ingleses, pero ¿cómo podemos demostrarlo si actuamos de este modo?

Kieran cerró los ojos, incapaz de afrontar la realidad de sus errores. Cada palabra de Alistair era una sentencia que pesaba sobre su conciencia.

—Más vale que soluciones esto pronto —concluyó Alistair, con la autoridad de un laird—. Antes de que Arthur se entere. No quiero problemas en mis tierras.

Y sin darle oportunidad de responder, abandonó el despacho, dejando a un Kieran derrotado, que no temía las represalias de los Sinclair, pero sí la posibilidad de haber perdido, irremediablemente, al amor de su vida.

Capítulo 69

La cruda realidad la golpeaba con fuerza, asfixiándola cada vez más.

—Al menos concédeme esto —suplicó—. Déjame irme con la poca dignidad que me queda.

Su corazón latía frenético, asustada por el rumbo de la discusión. Cuando Kieran asintió, se marchó a toda prisa hacia el castillo, apenas conteniendo el llanto. La decepción y el dolor pesaban sobre sus hombros como una carga insoportable.

Entró como un vendaval, dejando un rastro de criados preocupados tras de sí. Cuando llegó a su cuarto, se escondió en la esquina detrás de la cama, donde no la podrían ver fácilmente, y dejó que su dolor tomara forma de un llanto desgarrador, desbordándose en sollozos que parecían brotarle desde el alma. *"Me han vuelto a engañar",* se repetía para sus adentros sin cesar. *"Otra vez".*

No le quedaba nadie en quien confiar, salvo ella misma… y Rosemary, que apareció enseguida en la habitación, alertada por los criados.

—Dios mío, Brìghde, ¿qué ha pasado?

Entre sollozos e hipidos, le relató la conversación con Kieran. Rosemary intentó mantenerse firme mientras las palabras se le acumulaban en la garganta, insegura de cómo hablarle sobre sus sentimientos hacia él.

—Espero que haya sido un malentendido, amiga —le dijo, haciendo un esfuerzo por ocultar la propia tensión que le generaba la situación—. Porque si no lo es… bueno, tienes todo el derecho a estar así de dolida.

—No estoy enfadada, Rose, estoy destrozada. Este no es el hombre con el que me casé.

—Kieran ha sido protector contigo desde el principio, Brìghde —respondió Rosemary, eligiendo sus palabras con cuidado—. Quizá la tensión de estos días lo haya hecho perder la paciencia, y descubrir

que estabas evitando tener un hijo suyo puede que haya sido la gota que colmó el vaso. No lo justifico, simplemente trato de entenderlo. No me parece que sea la clase de hombre que te haría daño de ese modo.

Brìghde asintió lentamente, pero sus ojos seguían reflejando el miedo y la confusión que le había dejado la frialdad de Kieran.

—Sonó tan distante, tan indiferente… No imaginé que sería capaz de amenazarme con algo así. No quiero disculparme más por lo que hice, Rosemary.

—No tienes por qué hacerlo —le aseguró su amiga, cogiéndole las manos con firmeza—. Escúchame, deja que pase un poco de tiempo, que las cosas se calmen. Pronto partiremos hacia Ròscreag, y te aseguro que allí, en sus tierras, él también verá las cosas con más claridad. Allí podréis hablarlo con calma, sin la tensión de estar rodeados por todos.

Brìghde desvió la vista al suelo.

—No quiero ir —admitió en voz baja, su tono apenas un susurro—. Me aterra que mi vida se vuelva un infierno.

—No será así, Brìghde. Y si llegara a serlo, yo estaré contigo —aseguró su amiga sin titubear—. Si es necesario, escapamos. No sería la primera vez…

La chispa de humor en sus ojos logró arrancarle una pequeña sonrisa entre las lágrimas.

—No sé qué haría sin ti —susurró, abrazándola con fuerza.

—Coger una pulmonía, probablemente —le respondió al oído, apretándola aún más.

Después, le dio un leve empujón para ayudarla a ponerse en pie.

—Anda, quítate esa ropa mojada. Voy a pedir que te preparen un baño.

Brìghde asintió y esperó a que Rosemary saliera de la estancia para comenzar a desvestirse, pero un destello blanco captó su atención.

—¿Qué es esto? —murmuró para sí misma, acercándose a la mesa.

Cogió el sobre entre las manos y el corazón le dio un vuelco al reconocer el sello.

—No puede ser…

Abrió la carta con premura, sacando el papel doblado. Sus manos temblaron mientras desdoblaba la delicada hoja. La letra femenina era fina y elegante, pero no la reconoció. Conforme avanzaba en la lectura, la ilusión inicial dio paso a un miedo profundo.

En ese instante, Rosemary regresó a la habitación. Al ver que Brìghde seguía vestida y de pie, fue a regañarla, pero calló al notar su rostro pálido.

—¿Qué ocurre?

—Es Christine… —susurró, incapaz de continuar.

Rosemary vio la carta entre sus manos y se acercó en silencio. Brìghde se la entregó, dándole permiso para que la leyera:

"Señorita Brìghde,

Espero que esta carta os encuentre bien. Soy Lady Margaret Cavendish, esposa de Thomas Hawthorne, y aunque aún no hemos tenido el gusto de conocernos, siento la necesidad de escribiros por una amiga que ambas tenemos en común.

Me temo que Christine se halla en una situación sumamente delicada. Aunque me gustaría explicaros con mayor claridad en qué consiste, no me es posible hacerlo por este medio. Sé que vuestra amistad ha sido su mayor sostén, y por ello me he tomado el atrevimiento de rogaros vuestra ayuda.

Lamento profundamente la urgencia de esta petición, pero confío en que consideraréis venir a Inglaterra lo antes posible. Estoy segura de que vuestra presencia será de gran consuelo y apoyo para nuestra querida amiga.

Atentamente,

Lady Margaret Hawthorne"

Cuando terminó de leer, las dos se miraron preocupadas.

—¿Qué harás?

Brìghde dejó escapar un suspiro cansado y se dirigió a la ventana, seguida en silencio por su amiga. Sin apartar la vista del paisaje exterior, respondió:

—No lo sé… Después de todo lo que ha pasado con Kieran, ya no sé qué es lo correcto, Rose.

—No tienes que decidir ahora mismo. Date un baño, descansa. Mañana pensarás más claro.

—¿Y si no hay tiempo para eso?

Se volvió hacia Rosemary, su expresión llena de inquietud.

—Margaret no me habría escrito si no fuera algo serio. Además, desde que me marché, no he tenido noticias de Christine. ¿Y si está en peligro?

El golpeteo suave de unos nudillos las sacó de su momento de introspección. Brìghde se apresuró a guardar la carta y dio permiso para que las criadas entrasen con los baldes de agua.

Esa noche, cenó sola en su habitación. Rosemary quiso acompañarla, pero Brìghde le pidió un tiempo a solas para poner sus ideas en orden.

Durante las últimas horas, había estado reviviendo una y otra vez sus recientes peleas con Kieran, buscando razones para perdonarlo… o quizás para justificarse por seguir enfadada.

Mientras repasaba su propio comportamiento y la forma en que él siempre se había mostrado comprensivo, comenzó a surgir una duda incómoda. Quizá se había precipitado al no consultarle su decisión. Pero, en el fondo, sabía que él no habría estado de acuerdo, y en aquel instante necesitaba sentir que al menos en eso, la elección había sido suya.

Miró la nota doblada junto a ella, y el miedo volvió a apoderarse de ella. ¿Qué le habría pasado a Christine? Necesitaba ir a verla, pero entendía lo que eso implicaba: si partía hacia Inglaterra, estaría abandonando cualquier posibilidad de reconciliación con Kieran, quien seguramente no le permitiría irse en cuanto estuvieran listos para partir hacia Ròscreag.

Pensó en el castillo de Kieran y trató de evocarlo como un hogar, pero sintió más bien una fría lejanía. Desde la discusión, le parecía un extraño; y en el fondo temía estarse volviendo también una extraña para él.

Terminó de peinarse el cabello y fue hacia la cama, cuando unos toques inseguros en la puerta la detuvieron.

Dio permiso para que entraran, y su corazón comenzó a latir con fuerza al verlo en el umbral, con una expresión derrotada.

—Kieran, ahora no me apetece —murmuró, dando un paso atrás.

La distancia que Brìghde estableció entre ellos y la sombra de miedo en sus ojos lo destrozaron. Apenas logrando mantener el control, se quedó inmóvil en el umbral.

—¿Podemos hablar, por favor? —pidió con voz trémula, casi suplicante.

Brìghde lo observó unos instantes, sopesando si la situación era lo suficientemente segura, y entonces lo comprendió con claridad desconcertante: no podía tenerle miedo, no a él.

¿Cómo era posible que hubiera escapado de un maltratador solo para temer ahora a su propio esposo? Los recuerdos de los buenos momentos que habían compartido desfilaron ante sus ojos, encendiendo una frágil chispa de perdón en su interior.

Kieran percibió la batalla interna de su esposa, por lo que permaneció quieto hasta que ella le dio permiso, consciente de que su relación pendía de un hilo.

—¿Qué quieres? —preguntó con un leve titubeo, a pesar de sus intentos de mostrarse firme.

—Lo siento muchísimo, de verdad —comenzó Kieran, su rostro marcado por el arrepentimiento—. Lo que te dije… No es cierto, Brìghde. Jamás te haría nada que no quisieras. He sido un necio.

—¿Entonces por qué lo dijiste?

—Lo sé, y lo lamento —murmuró, apartando la mirada al ver su ceño fruncido; su decepción le resultaba insoportable—. Cuando pierdo la calma, suelo decir cosas de las que luego me arrepiento. Por eso trato de controlarme, pero esta vez me dejé llevar, y de lo que más me pesa es haberte herido.

—¿Te arrepientes de lo que me has dicho hoy? —preguntó con la voz entrecortada.

—Por supuesto —la miró con una leve chispa de esperanza en sus ojos—. Jamás debería haberte hablado así, ni mucho menos tratarte de esa forma. Brìghde, te amo más que a nada en este mundo, y pensar que he podido destruir lo nuestro me está matando.

Ella avanzó un paso e intentó contener el llanto al responder:

—No eres el único culpable… Yo también te he fallado, Kieran. Te oculté mis miedos, te alejé. No sé cómo podemos reparar el daño que nos hemos hecho.

—No me engañaste. Si me hubiera mostrado más abierto, me lo habrías dicho. Mi propio egoísmo y orgullo me cegaron, y eso te hizo desconfiar de mí.

—Y yo pensaba que la egoísta era yo —le reprochó ella.

—Lo siento tanto, de verdad.

Brìghde exhaló profundamente y se limpió las lágrimas que caían por su rostro.

—No sé qué hacer… Siento que hay un muro invisible entre nosotros, y ahora mismo no veo cómo podríamos derribarlo.

—Dándonos otra oportunidad —le imploró.

Avanzó un poco más hasta quedar a su altura y, con delicadeza, tomó sus manos entre las suyas. Ella no se resistió, pero tampoco afianzó el gesto.

—¿No podemos aprender de esto y seguir adelante, para no volver a lastimarnos de esta manera?

—¿Y quién nos asegura que no habrá más momentos como este? —murmuró, su tono teñido de escepticismo—. En el futuro habrá otros problemas, y si dejamos que nuestros miedos se interpongan, ¿cómo podremos confiar?

—Lo sé, mi amor —dijo con una intensidad renovada—. Por eso te pido un voto de confianza. Déjame demostrarte que puedo cambiar y ser el hombre que mereces.

Brìghde bajó la vista, sintiendo cómo el nudo en su pecho comenzaba a deshacerse lentamente. Las lágrimas brotaron y cayeron al suelo en un suave repiqueteo sobre la fría piedra.

—No quiero tenerte miedo… —susurró con voz temblorosa.

—Ni yo quiero que lo tengas —murmuró él, levantando su rostro con un suave roce de su pulgar.

Sus miradas se encontraron y Brìghde, con la vista aún nublada por las lágrimas, vio el dolor reflejado en la expresión de su amante. Abatido por las emociones, una lágrima silenciosa escapó por su mejilla. Ella la limpió con ternura, y él cerró los párpados ante el toque, como si quisiera grabarlo en lo más profundo de su memoria.

Cuando volvió a abrirlos, ella tenía un gesto agotado, pero en su mirada aún titilaba la esperanza de volver a confiar. Kieran, consciente de cada uno de sus movimientos, bajó la vista a sus labios, y ella los entreabrió en un gesto de aceptación.

Se acercó con lentitud y la besó, saboreando el leve rastro salado que sus penas habían dejado entre sus labios. Brìghde acortó la distancia entre ellos y se aferró a su nuca, dejando que la guiara hasta la cama. La tumbó con suavidad y se colocó sobre ella, apoyando los antebrazos en el colchón para no agobiarla con su peso.

Los besos continuaron, cada vez más intensos, hasta que notó los sutiles movimientos de Brìghde, buscándolo. En ese instante, fue consciente de la posición en la que estaban: ella bajo él, en una entrega completa. Reuniendo toda su fuerza de voluntad, se separó unos milímetros de su boca y le susurró, intentando mantener la calma:

—No tenemos que hacer nada, mi amor. Me basta con tenerte aquí, a mi lado.

Brìghde lo miró con una mezcla de deseo y agradecimiento. Esbozando una leve sonrisa, lo atrajo hacia sí, y sus besos se volvieron más profundos, hambrientos.

Sin palabras, se comunicaron lo que no habían sido capaces de decir en voz alta. Kieran la amó con toda la devoción que ella merecía, sin prisas, deleitándose en cada segundo a su lado. Brìghde, entregada al momento, decidió dejar atrás los temores que la habían perseguido.

Se dejó llevar por la pasión, y juntos alcanzaron un éxtasis que selló su reconciliación, como una promesa susurrada entre caricias.

***

La alcoba estaba sumida en una oscuridad silenciosa, rota apenas por el titilar de la pequeña llama en un rincón y el sonido de la pluma rasgando el papel. La cera de la vela se consumía lentamente, mientras una mano femenina trazaba las últimas palabras sobre el papel envejecido.

Firmó con su nombre y dejó la hoja sobre la mesa.

Suspiró, exhalando el aire contenido, y colocó el anillo justo encima de la carta. Cogió la vela, que reposaba en un pequeño candelabro de mano, y abrió la puerta. Antes de cerrarla, echó una última mirada a la alcoba, grabando cada rincón en su memoria.

Sin hacer ruido, salió, dejando atrás todo aquello con lo que alguna vez había soñado, llevándose solo la tenue luz de la vela como guía en la oscuridad de la noche.

Capítulo 70

Se apresuró hacia las caballerizas, con un pequeño saco al hombro que contenía pan, queso y un botijo de agua que pensaba llenar durante el viaje. Estaba a punto de llegar cuando se detuvo en seco.

A pocos metros, varias siluetas se recortaban contra la luz incierta del amanecer. El corazón le dio un vuelco: ya era tarde para esconderse.

La habían visto.

Con los latidos retumbándole en las sienes, avanzó hasta quedar frente a ellos… y enmudeció al reconocer a Alistair, acompañado de dos de sus hombres, aguardando en la entrada.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas? —preguntó alarmada.

—Lo mismo podría preguntarte yo —replicó Alistair, entrecerrando los ojos—. ¿Qué hace una dama como tú rondando las caballerizas a estas horas?

Mientras buscaba una excusa creíble, reconoció una figura detrás de Alistair, que la miraba con gesto culpable.

—¿Rosemary? —exclamó sorprendida—. ¿Me has traicionado?

—Aquí nadie ha traicionado a nadie —se apresuró a aclarar Alistair —. Rosemary vino a advertirme sobre tu posible huida, y veo que no se equivocaba.

—¿Cómo has podido? —acusó, dirigiéndole una mirada dolida.

—¿Te refieres a cómo he podido preocuparme porque huyeras sola, en medio de la noche, con todos los peligros que hay ahí fuera?

—¿Podemos dejarlo ya? —intervino de nuevo Alistair, levantando las manos en señal de paz.

Brìghde tomó aire y lo encaró con aire decidido.

—Alistair, me voy a ir, y no puedes impedírmelo.

—No tengo intención de hacerlo —aclaró él, para su sorpresa—. Pero antes de que tomes una decisión precipitada, escúchame bien: eres mi familia y lo último que quiero es verte caer en un final que

te haga infeliz. Conozco a Kieran desde siempre, y sé que se arrepiente profundamente de lo que hizo.

Un destello de duda cruzó su rostro, pero rápidamente irguió los hombros.

—Christine me necesita.

—Kieran también.

—Pero Kieran no está solo —replicó, rogando que la conversación terminase—. Con el tiempo, me olvidará.

Alistair suspiró profundamente, negando con la cabeza.

—De acuerdo, pues. Si esa es tu decisión, James y Henry os escoltarán. Si decides no volver, se marcharán de Inglaterra una vez estéis a salvo, sin hacer preguntas.

—¿"Os"?

—Por supuesto —intervino Rosemary—. ¿Pensabas irte sin mí?

Brìghde soltó un suspiro de alivio antes de abrazar a su primo y luego a Rosemary, agradeciéndoles su apoyo.

—Daos prisa, no tardará en darse cuenta de que no estás —las apremió él.

—¿Y qué harás cuando se entere? Vendrá a buscarme.

—Déjalo en mis manos —respondió con un tono enigmático.

Quiso saber más, pero Rosemary la instó a montar. Cerró los ojos, inhalando profundamente para armarse de valor, y al abrirlos, subió decidida a su yegua.

Los cuatro jinetes partieron sin descanso, dejando el castillo atrás… y con él, una vida tejida de promesas rotas y despedidas sin consuelo.

***

—Se ha ido…

Alistair observaba a su amigo con gesto compungido. Kieran permanecía cabizbajo, el rostro hundido entre las manos.

—Kieran…

—Y tú… tú la ayudaste…

—Sí.

—¿Por qué?

Kieran apenas podía hablar, aún en shock por lo que había descubierto hacía apenas media hora. Se había despertado al

amanecer, abriendo los ojos de golpe al notar el vacío a su lado. Un mal presentimiento lo había invadido, y se levantó con brusquedad para buscar a su esposa, hasta que un destello rojo sobre la mesa lo paralizó.

—No… —murmuró en voz baja— no, no, no, no, no…

Reconoció la letra de Brìghde en el papel y lo tomó con manos temblorosas, suplicando en silencio que no se tratara de lo que temía.

Aún podía revivir con claridad el instante en que leyó la nota, cada palabra hundiéndose en su pecho como el filo de una daga:

Kieran,
No se me ocurre ninguna forma delicada de hacer esto, así que optaré por ser directa y sincera.
Ayer me llegó una misiva urgente sobre mi amiga Christine. Me necesita. Perdóname, pues no he sido capaz de decírtelo en persona, no después de todo lo que ha sucedido. Como dije ayer, hay un muro entre nosotros que me ha impedido ser completamente honesta contigo hasta ahora. Me has dado más de lo que jamás soñé tener, pero también he visto lo que las diferencias pueden provocar, incluso entre quienes se aman de verdad.
Ojalá las cosas hubiesen sido distintas, pero no veía otra posibilidad. Te he dicho la verdad sobre mi destino para que no haya más secretos entre nosotros. Por eso quiero pedirte, aunque sea egoísta por mi parte, un último favor: no me busques. Tienes un gran corazón, y estoy segura de que, con el tiempo, encontrarás a la mujer ideal para ti, aquella que te dará lo que tanto ansías: una familia.
Que este adiós lleve consigo todo mi amor,
Brìghde Sinclair

—Kieran… —lo alentó Alistair, sacándolo de su ensimismamiento —. Iba a marcharse de todos modos. Era ayudarla o arriesgarme a que algo terrible le sucediera en el camino.

—Tengo que ir a por ella… —dijo con urgencia, levantándose de la silla.

—¡No!

—No puedes impedírmelo. Sigue siendo mi esposa, por mucho que haya firmado con su apellido de soltera.

—Te ha pedido que no la busques —insistió su amigo—. Por una vez, respeta sus deseos.

—No puedo regresar a mi hogar sin ella —confesó, desesperado —. Si ni siquiera soy capaz de retener a la mujer que amo, ¿cómo puedo esperar que mi clan confíe en mí como su guía?

—Si tu afecto es sincero, lo más sabio será que honres su elección. Estoy convencido de que volverá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque fui el último en verla —respondió con serenidad—, y esa mujer te ama. Deja que resuelva sus asuntos en Inglaterra y, con suerte, te perdonará y regresará contigo.

—No me lo puedo creer… Debería ir detrás de ella y obligarla a volver, como un hombre.

—Atrévete a hacerlo, es capaz de cortarte las pelotas mientras duermes —le aseguró Alistair, con una pizca de humor.

Kieran esbozó una sonrisa amarga. Pensó en ella.

En su voz firme, en su mirada decidida.

Su esposa… aunque le hubiese pedido que encontrara a otra.

No quería una familia cualquiera.

La quería a ella. Solo a ella.

—Antes de que sigas lamentándote, tenemos trabajo.

Alzó la vista. Alistair lo observaba con los brazos cruzados y el gesto imperturbable, esperando que se pusiera en pie.

—¿Cómo?

—Anoche llegó una misiva de la corte. Debemos escoltar a una de las sobrinas del rey hasta Inverness.

Kieran soltó una carcajada hueca, sacudiendo la cabeza.

—¿En serio? ¿Justo ahora?

—¿No crees que ahora es el mejor momento? Necesitas una distracción. Además, por fin saldremos de aquí.

Kieran se dejó caer pesadamente en la silla, derrotado.

—¿Cuándo partimos?

—Cuanto antes.

Capítulo 71

Cabalgaron durante días, haciendo breves paradas para comer y descansar. Durante las noches, los hombres se turnaban para montar guardia, mientras que Brìghde apenas conciliaba el sueño.

Cuanto más se alejaba de Culzean, más inalcanzable le parecía la posibilidad de reconciliarse con Kieran. Había escrito la carta con la esperanza de que él no tomara la última parte en serio. Sabía que era egoísta, pero le partía el alma imaginar que otra mujer pudiera darle la felicidad que ella no había sabido ofrecerle.

Al cuarto día, llegaron a las tierras de los Hawthorne.

Conscientes de sus indumentarias escocesas y de la aversión que Thomas sentía hacia ellos, se alojaron en una posada que recordaba de sus anteriores viajes a Inglaterra.

Deseando no llamar la atención más de lo necesario, le pidió al hijo de una de las trabajadoras que llevara un mensaje urgente a Margaret Hawthorne, a cambio de un generoso pago. El muchacho, un joven delgado con el cabello alborotado, salió a toda prisa, decidido a cumplir su misión.

Regresó al cabo de una hora, jadeante y con el rostro enrojecido por la carrera.

Le entregó una nota a Brìghde, que la leyó con gesto serio, mientras Rosemary observaba expectante a su lado.

—¿Qué dice?

Brìghde levantó la vista, sus ojos reflejando una mezcla de tensión y resolución, y dobló la nota con cuidado antes de guardarla en su bolso.

—Esta noche.

Rosemary asintió, inclinándose ligeramente hacia ella.

—Entonces, descansa un poco antes de que llegue la hora.

Aunque no lo dijo en voz alta, podía notar cómo los días de viaje y las noches en vela habían hecho mella en su amiga.

Brìghde dejó escapar un suspiro y asintió, agradeciendo el consejo, pero su mirada seguía fija en algún punto lejano.

***

Era pasada la medianoche.

La posada estaba sumida en la oscuridad, a excepción de la débil luz de una vela en el alféizar. Las dos damas aguardaban junto a la ventana, con la vista fija en el exterior, siguiendo el plan indicado en la carta. La quietud de la noche se interrumpía solo por sus respiraciones contenidas y pequeños movimientos para aliviar la tensión acumulada tras tantos minutos de espera.

De repente, ambas se pusieron alerta al distinguir el eco lejano de cascos acercándose a paso lento. Cuando el jinete llegó frente a la posada, desmontó con cuidado, manteniendo la cabeza baja y el rostro oculto bajo la capa. Miró a su alrededor con atención, avanzó unos pasos y se detuvo, escrutando cada rincón.

Brìghde se colocó la capucha y le hizo una señal a su compañera para que esperara adentro. Rosemary amagó con protestar, pero acabó obedeciendo, atenta tras los cristales.

Brìghde se acercó a la figura encapuchada, que retrocedió ligeramente, como si estuviera lista para huir en cualquier momento. Se detuvo a pocos pasos y susurró con cautela:

—¿Margaret?

La figura relajó los hombros y asintió, aunque no descubrió el rostro. Se acercó hasta quedar frente a Brìghde y respondió en un tono igualmente bajo:

—Recibisteis mi carta… Gracias a Dios.

—Vine lo más rápido que pude. ¿Qué ha pasado? —preguntó, nerviosa ante la inquietud evidente de su interlocutora.

—No tengo mucho tiempo. No deben notar que me he ausentado —contestó ella, con prisa y el aliento entrecortado.

—¿Quién? ¿Qué está ocurriendo?

Margaret lanzó una mirada rápida a su alrededor antes de continuar:

—Thomas ha prometido a Christine en matrimonio con lord Darkmoor. La boda será en unos días, cuando él regrese de su viaje.

Brìghde sintió que un nudo se le formaba en el estómago. Su voz tembló al hablar:

—Por favor, decidme que no es ese Darkmoor …

Margaret asintió, y un escalofrío recorrió su espalda.

Harry Darkmoor, famoso por su inquietante fascinación por lo macabro, había contraído matrimonio en varias ocasiones, pero en cada una de ellas sus esposas habían muerto en circunstancias extrañas y sospechosas poco después de la boda.

—¿Cómo puede Thomas hacer algo así? —susurró, incrédula.

—Darkmoor tiene mucho poder en la corte. No sé lo que le ha prometido, pero debe de ser algo importante, pues no ha dudado en entregarle a Christine.

—¿Lady Hawthorne no se ha opuesto?

—Desde que falleció el lord, ya no es la misma. Se ha encerrado en su aposento y lleva semanas sin hablar con nadie.

Brìghde tragó saliva, asimilando la gravedad de la situación.

—Dios mío… Lady Margaret, ¿qué esperáis que haga? No veo cómo podría ayudarla.

Margaret le tomó el brazo con fuerza, la desesperación reflejada en su rostro mientras imploraba con voz rota:

—Sacadla de aquí.

—¿Sacar a Christine? —la miró atónita—. ¿Sois consciente de lo que me pedís? ¿Cómo he de llevármela sin que se desate una guerra entre nuestras casas?

Margaret apretó más su brazo y bajó la mirada, visiblemente agitada.

—Todo ha sido demasiado para ella. Tanto, que en cierto momento le faltaron las fuerzas para seguir… y el deseo también.

Las palabras cayeron sobre Brìghde como una losa. Durante unos segundos, no consiguió articular palabra.

—La hallamos en su lecho, sumida en un sueño profundo. Gracias al cielo, conseguimos que vomitase el veneno a tiempo, pero durante horas no supimos si despertaría …

—¿Pero por qué haría algo así? —preguntó, aunque en el fondo ya presentía la respuesta.

—Cuando recobró el sentido, estaba colérica con nosotros. Dijo que debimos respetar su voluntad, que prefería ser ella, y no otros, quien decidiese sobre su vida. Con el tiempo me confesó que la

soledad la devoraba. Supongo que todo lo de Darkmoor fue el golpe final que quebró su ánimo.

Brìghde cerró los ojos con fuerza, sintiendo el peso de la culpa y del remordimiento aplastarla.

—Yo… creí que no deseaba hablar conmigo. Jamás recibí carta alguna.

—Ignoro qué ha ocurrido entre vosotras, pero Christine es una buena persona, y estoy segura de que alguien que fue su amiga durante tantos años también lo es —apretó su brazo con más insistencia—. Os lo ruego: salvadla. No veo otra salida.

Durante unos minutos, que parecieron eternos, ninguna pronunció palabra.

Margaret seguía aferrada a su brazo, mientras Brìghde sopesaba en silencio sus opciones. Tenía claro que ayudaría a Christine, pero la duda residía en el cómo. No podía llevarla a su hogar en Northumberland; allí la encontrarían fácilmente, y dudaba que su familia aceptase ocultarla.

Así pues, solo le quedaba una opción, la que había procurado evitar desde el día en que partiera: volver a Culzean.

Su primo podría darle cobijo, al menos hasta que encontraran un lugar más seguro, y si Thomas llegaba a descubrir su paradero, Alistair tenía el poder suficiente para enfrentarse a él. Odiaba ponerlo en esa tesitura, cuando siempre la había protegido y apoyado, pero no podía abandonar de nuevo a su amiga.

Rompió el silencio con voz trémula:

—Mañana, a esta misma hora.

Margaret asintió y susurró, visiblemente aliviada:

—Gracias.

Brìghde la vio desaparecer de nuevo en la penumbra, con el corazón pesado y una creciente inquietud por lo que el día siguiente depararía.

Capítulo 72

Pasado el atardecer, Brìghde caminaba de un lado para otro en la habitación, moviendo los dedos con gesto nervioso.

Rosemary la observaba desde la cama, con gesto preocupado.

—Todo saldrá bien.

—No sé en qué estaba pensando… —respondió Brìghde, resoplando y cubriéndose el rostro con las manos—. Alistair me va a matar…

—No lo hará. Sabes que es comprensivo y que te adora. Seguro que, cuando le expliques lo sucedido, estará dispuesto a ayudar.

—Tenemos que buscar una alternativa, Rose —continuó, sin realmente escuchar lo que acababa de decirle—. Por si el plan inicial falla.

Rosemary suspiró cansada. Después de varios días de viaje y a punto de embarcarse en el rescate de una dama, lo último que necesitaba era añadir más presión. Cerró los ojos, tratando de serenarse.

—¿Qué propones?

—No lo sé… Llevo todo el día dándole vueltas, y no se me ocurre nada. Podríamos esconderla en casa de algún aldeano, pero nadie querrá tener a una noble inglesa bajo su techo.

—Temerían por su vida, seguramente.

—Exacto.

Después de un breve silencio, su expresión cambió y una sonrisa llena de determinación apareció en su rostro.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó su amiga, cada vez más ansiosa.

—Podemos esconderla en la cabaña del roble viejo —bajó la voz y continuó con tono cómplice—. Es una casa en la que solíamos jugar de pequeños. Lleva años abandonada y está en mal estado, pero no queda lejos del castillo. Podríamos visitarla todos los días y repararla poco a poco.

—¿Y qué haremos con nuestros escoltas? Sospechaban de este viaje desde el principio, y cuando vean que sacamos a Christine, dudo que se queden quietos.

—Ambos me conocen desde hace tiempo; acabarán aceptándolo —respondió confiada.

Su amiga arqueó una ceja, claramente incrédula.

—¡Oh, vamos, Rose, no me mires así! Se lo diremos justo antes de partir, cuando ya no tengan otra opción. Están deseando volver a casa.

Esta suspiró abatida, aunque una pizca de humor asomaba a sus ojos.

—No sé en qué momento me metí en todo esto. Solo pedí un poco de paz, y aquí me tienes, cómplice de una mujer que se dedica a raptar damas en apuros.

Brìghde sonrió antes de darle un sonoro beso en la mejilla.

—¿Y lo mucho que esa mujer te adora?

Rosemary intentó sonreír, pero su gesto se torció en una mueca de incomodidad.

—De acuerdo, pero antes necesito descansar un poco. Llevo rato con un fuerte dolor de cabeza.

Brìghde le dedicó un gesto preocupado, sintiéndose algo culpable por no haberlo notado antes.

—Por supuesto, querida. ¿Te traigo algo?

Rosemary le pidió una infusión, que preparó con todo el cariño, y luego la dejó descansar en silencio.

Salió al jardín trasero de la posada. Se sentó en un banco y cerró los ojos, permitiendo que el aire cálido, cargado de la fragancia estival, envolviera sus sentidos.

—¿Qué estarás haciendo ahora? —murmuró en voz baja, perdida en sus pensamientos.

Lo echaba de menos como nunca antes.

Desde que se había marchado, sentía que una parte de ella seguía allí, en la alcoba conyugal. Los recuerdos la atormentaban: las discusiones, las palabras duras… pero sobre todo los momentos finales, cuando él se disculpó con una sinceridad que la había desarmado.

El dolor y la culpa le quemaban el pecho como una herida abierta.

Lo había engañado de nuevo, haciéndole creer que todo iría bien, cuando en verdad ya había tomado una decisión. No importaba que hubieran hecho las paces; sabía desde un inicio que partiría hacia Inglaterra aquella noche. Y menos mal que lo había hecho… Aun así, una parte de ella maldecía al destino por obligarla a tomar una decisión tan desgarradora.

No había elegido a Christine por encima de Kieran; había elegido la libertad de decidir por encima de todo lo demás. Era lo único que le aportaba una pizca de alivio: saber que, pese a todo el sufrimiento, al menos se había elegido a sí misma.

Pero entonces… ¿Por qué sentía que había cometido un error?

El nudo en la garganta se hizo más intenso, y pronto las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro.

Lloró en silencio, confiando en que cada una aliviara un poco el peso que llevaba dentro.

Cuando ya no pudo derramar ninguna más, respiró hondo y regresó al interior del edificio, en absoluto silencio.

***

—Lady MacGregor, debemos marchar ya; pronto comenzará a llover —dijo James, mirando por la ventana con una mueca de preocupación.

—Esperemos un poco más, por favor —rogó Brìghde, golpeando el suelo con el pie en un gesto nervioso que no pasó desapercibido.

El grupo se hallaba reunido en el comedor, listo para partir, iluminado únicamente por las velas que sostenían Brìghde y James.

—¿Estáis segura de que vuestra amiga vendrá? Quizás haya cambiado de opinión —intervino Henry, removiéndose inquieto en su asiento.

—Vendrá. Estoy segura…

El sonido de unos cascos de caballo acercándose disipó sus dudas, y el grupo no tardó en ponerse en marcha.

Avanzaron con sigilo hasta alcanzar el lugar donde Margaret se había detenido. Tras descender primero, ayudó a Christine a bajar, lo que sorprendió a Brìghde; su amiga siempre había sido una jinete ágil.

Margaret se aproximó con rapidez, y Brìghde fue quien rompió el silencio:

—¿Habéis salido bien? Estábamos preocupados.

—Sí, pero debéis daros prisa —respondió apresurada—. Thomas ordenó vigilar a Christine desde su… —lanzó una mirada fugaz a la joven, aún oculta bajo la capa—. Me costó mucho sacarla sin que se enteraran.

—A partir de ahora, dejadlo en mis manos —afirmó Brìghde, intentando que su voz sonara firme, aunque por dentro el peso del peligro no la abandonaba.

Margaret se inclinó hacia ella y susurró:

— Está muy débil. No sabe a dónde va…

—¿Entonces cómo habéis salido?

—Le dije que iba a ayudarla, pero no sabe que sois vos quien está detrás de esto.

Brìghde asintió preocupada y se acercó a su amiga con un paso dudoso.

—¿Christine? —preguntó en un murmullo, extendiendo la mano hacia su brazo lentamente, dejándole espacio por si deseaba apartarse.

Christine se tensó al reconocer la voz y alzó la cabeza, entrecerrando los ojos para distinguirla en la oscuridad.

—Brìghde, ¿eres tú? —habló con un hilo de voz, como si no pudiera creerlo.

—Sí, amiga. Vengo a sacarte de aquí.

—¿Cómo…? ¿Por qué?

—Porque no iba a dejar que te casaras con un viejo cruel y perverso. Nos vamos ahora; te lo explicaré mejor por el camino, no hay tiempo.

Christine abrió la boca para protestar, pero Margaret la tomó de los hombros, hablándole con voz firme, aunque cargada de afecto:

—Vete, querida. Y no mires atrás.

—¿Y qué pasará contigo? ¿Y con madre? —sollozó Christine.

—Estaremos bien. Ahora vete. Vamos.

Margaret la abrazó con fuerza y, antes de desmoronarse por completo, montó de nuevo en su caballo y lo espoleó de regreso por

donde había venido, no sin antes agradecer al grupo su ayuda.

—Christine, ¿confías en mí? —preguntó Brìghde, viendo la duda en el rostro de su amiga.

—Te fuiste sin decirme nada…

—¿Cómo? Te envié una carta antes de partir; fuiste tú quien nunca respondió.

—Eso no es… oh, no —Christine se interrumpió al caer en la cuenta de algo—. Madre estaba furiosa con lady Sinclair. Puede que… puede que ocultara la carta.

—Chicas, tenemos que irnos —las interrumpió Rosemary, visiblemente nerviosa.

Brìghde asintió y ayudó a Christine a subir a su yegua, antes de montar ella misma.

—Lo aclararemos todo más tarde. Ahora, solo confía en mí.

Christine guardó silencio, oscilando entre la crudeza de la realidad y el dulce espejismo de la ilusión.

Espolearon los caballos y avanzaron con cautela para no levantar sospechas. Una vez estuvieron lo bastante lejos de la aldea, aceleraron el paso, rogando que nadie advirtiera su ausencia hasta que ya fuera demasiado tarde.

Capítulo 73

Cabalgaron durante horas, haciendo pausas breves para que los caballos recuperaran fuerzas. Christine, incómoda, dejaba escapar algún quejido de dolor, mientras Brìghde intentaba animarla a resistir.

Al cruzar la frontera, los guerreros las llevaron a un bosque apartado, lejos del camino principal, donde podrían descansar más tiempo. Asaron varios conejos que consiguieron cazar y, aunque todos estaban nerviosos por la misión, consiguieron relajarse un poco tras comer algo caliente.

—Christine, ¿qué ha sucedido en estos meses? —preguntó Brìghde cuando terminaron de comer.

Al notar la desconfianza de su amiga hacia los demás, añadió con suavidad:

—Estás entre amigos. Ella es Rosemary; me salvó la vida.

Christine abrió los ojos, sorprendida, pero Brìghde le restó importancia con un simple gesto, antes de presentar al resto del grupo.

—Y ellos son James y Henry.

Los hombres la saludaron con una leve inclinación de cabeza, mientras Rosemary —que había permanecido en silencio casi todo el trayecto— hizo una breve reverencia.

—Es un placer conoceros, milady. Espero que lleguemos a ser grandes amigas —dijo con una sonrisa sincera.

Christine asintió, con la mirada perdida, intentando asimilar todo lo que ocurría.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Thomas descubrirá que me he marchado y Margaret… —sollozó—. Oh, Margaret… Espero que esté bien.

Brìghde deseaba saber más sobre aquella preocupación, pues, aunque el encuentro con Margaret había sido breve, la forma en que se arriesgó para salvar a Christine bastaba para haber ganado su gratitud y confianza. No obstante, apartó sus preguntas por el

momento, consciente de que había asuntos más urgentes que atender, y se centró en responder sus dudas.

—Nos dirigimos a Culzean, al hogar de mi familia. Dudo que Thomas se atreva a venir hasta Escocia, pero no está de más ser precavidos.

—¿Saben que voy con vosotros?

—Alistair está al tanto del viaje. Por eso les pidió que me escoltaran, aunque ignora que regreso acompañada.

—¿Y si no están de acuerdo en acogerme? —susurró, lanzando miradas cautelosas a los dos guerreros—. No creo que les agrade la idea de tener a una inglesa fugitiva bajo su techo.

—Para eso está el plan alternativo —Brìghde le guiñó un ojo—. Más vale estar preparadas… por si acaso.

—¿Y cuál es ese plan? —preguntó Christine, arqueando una ceja.

—Lo sabrás si llega el momento. —replicó en voz baja, lanzando una mirada de soslayo hacia los hombres.

Christine suspiró resignada, aunque en el fondo aún le costaba asimilar que la hubiesen rescatado. Tomó las manos de su amiga y habló con voz quebrada:

—Brìghde, no sé cómo agradecerte esto. No sé cuánto tiempo podré eludir mi destino, pero al menos sé que he podido verte una vez más antes de… lo que sea que pase, y eso me llena de paz.

Brìghde frunció el ceño, preocupada por el nuevo carácter pesimista de su amiga.

—No va a pasarte nada, ¿me oyes? Ahora estás bajo mi protección, y pronto serás una invitada del laird. Aunque Thomas averigüe tu paradero, primero tendría que armarse de valor para cruzar a Escocia, y no creo que eso le resulte fácil.

Christine la miró con profunda tristeza.

—Su ambición supera cualquier tipo de aversión; no dudes que sería capaz de enfrentarse a un clan entero con tal de entregarme a Darkmoor.

—Entonces que se prepare —replicó Brìghde tajante. Al ver la expresión asustada de su amiga, continuó en un tono más suave—. Lo siento, Christine. Aunque no lo creas, guardo cierto aprecio por Thomas y me duele verlo convertido en esto, pero debemos ser

realistas. Si se atreve a desafiar a mi primo, no creo que las cosas terminen bien. Alistair no dudaría en protegernos.

—Pero si no me conoce…

—A mí sí, y sabe la clase de hombre que es Thomas. Sabrá qué hacer.

Christine asintió en silencio, aún procesando lo que acababa de oír.

Tras unos instantes, alzó la vista con gesto preocupado.

—Y tú, ¿cómo estás?

Brìghde vaciló. Tardó unos segundos en encontrar las palabras. Al final, respiró hondo y optó por la verdad:

—Creo que va siendo hora de que hablemos, querida…

Así, comenzó a relatarle todo lo que había vivido desde que dejó Northumberland. Con Christine nunca había tenido secretos, y aunque Rosemary se había convertido en una amiga inseparable, no se había dado cuenta hasta ese momento de cuánto echaba de menos poder hablar con ella.

Le abrió su corazón, contándole toda la historia. Los gestos de apoyo de Christine y las miradas cómplices en los momentos felices, junto a las lágrimas compartidas en los más tristes, la hicieron reunir el valor para confesar incluso aquellos detalles íntimos que hasta entonces no había sido capaz de expresar en voz alta. Rosemary se unió a la conversación y, cuando terminó de hablar, las tres formaban un círculo de confianza que ni James ni Henry se atrevieron a interrumpir.

—Oh, Brìghde… —murmuró la joven Hawthorne, abrazándola con fuerza—. Siento tanto que estés pasando por esto. No tenías que haber venido a por mí; tu felicidad es lo que más importa.

—No —respondió esta con sinceridad—. Siempre fuiste mi mayor apoyo. No podría abandonarte, y menos ahora. Además, no me fui solo por ti. El amor no basta si no compartimos los mismos valores; simplemente no funciona. Kieran merece estar con alguien que vea el mundo como él, y yo merezco ser libre.

—Pues siento decirte esto —intervino Rosemary con tono medido, aunque en su voz se percibía una leve reprimenda—, pero después

de toda esta historia, no estoy de acuerdo con que lo hayas dejado así.

Miró a Christine, disculpándose con un gesto de las manos.

—No hablo de que vinieras a rescatarla, eso no lo discuto. Me refiero a que te marcharas sin decírselo a tu esposo.

—¿Y qué podía hacer, Rose? —respondió Brìghde, todavía entre sollozos—. Kieran jamás me habría dejado venir.

—No puedes saberlo. Después de lo que te dijo, parece que realmente quería cambiar para mejorar vuestra relación. Es posible que hubiese enviado a sus hombres, o incluso venido él mismo a rescatarla.

—Tal vez Rosemary tenga razón —añadió Christine con una sonrisa triste antes de volverse hacia Brìghde—. No conozco a Kieran, solo lo que has contado, pero a ti sí que te conozco. De niña eras inquieta y alegre, pero con los años fuiste apagándote. Siempre pensé que esa quietud escondía algo, y al verte ahora, tras varios meses, me doy cuenta de que tenía razón. Sigues siendo igual de rebelde y alocada, pero también temerosa. Tanto, que has sido capaz de dejar a tu esposo con la excusa de rescatarme. ¿Sabes qué pienso, Brìghde? —hizo una pausa, esperando que asimilara sus palabras, y continuó cuando esta asintió—. Creo que tienes tanto miedo de que te vuelvan a hacer daño, que has preferido huir antes que luchar por tu relación.

—Bueno, claro que tengo miedo, después de lo que me dijo…

—No, amiga. Lo que te asusta es que te hieran otra vez, como lo hizo mi hermano.

Viendo que Christine la respaldaba, Rosemary se atrevió a sincerarse del todo:

—Estoy segura de que Kieran no sería capaz de algo así. Él te adora. No te lo conté antes para no hacerte sentir peor, pero creo que ya es momento de que lo sepas. El día que discutisteis, pensé en hablar con Alistair, por si acaso. Cuando llegué al despacho, estaba cerrado, pero oí voces tras la puerta —se detuvo, ruborizada —. Bueno… en realidad, pegué la oreja para escuchar mejor.

—¡Rosemary! —exclamó Brìghde, visiblemente sorprendida—. Eso no es propio de una dama.

—Te recuerdo que no lo soy, querida —replicó con una sonrisa cómplice—. Como decía, oí claramente cómo le aseguraba a Alistair que jamás te haría daño… y luego empezó a llorar.

—¿Kieran, llorando? —preguntó Christine, incrédula—. Por lo que has contado de él, no me lo imagino en esa situación.

—Pues lloraba, os lo aseguro. Lo escuché muy claro. Salí corriendo en cuanto noté pasos cerca, pero por lo más sagrado que estaba llorando.

—Ay, Dios… —se lamentó Brìghde, ocultando el rostro entre las manos.

Christine le acarició la espalda con un gesto tranquilizador.

—Sé que esto no es lo que necesitas oír ahora, pero prefiero ser honesta. Créeme cuando te digo que entiendo tus ansias de libertad, especialmente después de lo que he vivido. Yo misma intenté... —se detuvo unos segundos antes de continuar con voz entrecortada—. No importa. Pero también sé que los valores tradicionales son importantes, y no olvides que estamos hablando del futuro laird de su clan, que además no tiene hermanos varones. Es normal que quiera hijos pronto, necesita asegurar el bienestar de su linaje.

—Visto así… Es posible que tengáis razón —admitió, resignada—. Yo también quiero tener hijos con él, pero no me siento preparada.

—¿Quién ha dicho que sea algo inmediato? —replicó Christine. Brìghde la miró confundida—. No es tan fácil concebir. Madre tardó años en tener a Thomas, y después de mí, ya no pudo tener más hijos.

—Exacto —añadió Rosemary—. Podrías quedar encinta la primera vez o tardar meses, incluso años. Nada es seguro.

—No entiendo nada…

—Es lógico, pero para eso estoy yo aquí —le dijo Rosemary, guiñándole un ojo—. No es posible que estés casada y desconozcas todo esto.

El rubor volvió a subirle al rostro, y se cubrió la cara entre las manos. Cuando por fin habló, su voz se quebraba entre sollozos:

—Ahora ya es tarde. Después de lo que hice, jamás me perdonará.

—No lo sabes —la animó Christine—. Me da la impresión de que os habéis distanciado sin hablarlo. Cuando lleguemos, deberías aclararlo todo con él.

—Seguramente ya se haya ido a su hogar.

—Pues iremos hasta allí —aseguró Rosemary con determinación—. ¿Piensas quedarte en Culzean lamentándote eternamente?

—Supongo que no… —reflexionó. Tras unos segundos, frunció el ceño y afirmó con decisión— ¡Claro que no!

Rosemary y Christine rieron, aliviadas de verla entrar en razón.

—Miladies, debemos marchar ya —anunció Henry al acercarse—. Aprovechemos la oscuridad para avanzar.

Brìghde asintió antes de volverse hacia Christine.

—¿Te parece bien continuar con Rosemary? Así Nuala podrá descansar.

—Por supuesto. Si a ella no le molesta…

Rosemary sonrió y asintió antes de ayudarla a montar.

Cuando todos estuvieron preparados, espolearon los caballos y retomaron el camino.

Brìghde viajó en silencio, atrapada entre los recuerdos de Kieran y las palabras de sus amigas. Quizá había sido demasiado rápida al desconfiar de él, aunque la decisión ya estaba tomada.

Solo esperaba no haberse equivocado de forma irreparable.

Capítulo 74

Cuando el castillo de Culzean apareció en el horizonte, Brìghde y Rosemary intercambiaron una mirada cargada de tensión, conscientes de lo que implicaba aquel regreso.

Christine, que rodeaba la cintura de Rosemary, fue testigo del momento, y no pudo evitar tragar saliva, intentando deshacer el nudo que le oprimía la garganta desde el último tramo del viaje. Había imaginado muchos desenlaces posibles, y ninguno era alentador.

Para su sorpresa, sus temores se disiparon rápidamente cuando alcanzaron la entrada principal y desmontaron de los caballos. Una mujer de mediana edad corría hacia ellas, el rostro iluminado por el alivio.

—¡Menos mal! —exclamó Rowena, abrazando a su sobrina con fuerza.

Poco después llegaron los gemelos, que comenzaron a corretear alrededor del grupo, contagiados por la alegría del reencuentro.

—Hola, tía. Me alegra verte —respondió Brìghde, con voz entrecortada.

—Y a mí me alegra aún más. Cuando Alistair me dijo que te habías marchado a Inglaterra, temí lo peor. Pero reconforta saber que has decidido perdonar a tu esposo. Ya nos habíamos acostumbrado a tenerte en el castillo.

Brìghde agachó la cabeza.

—No sé qué pasará, la verdad. Pero ahora hay algo más importante. Me urge hablar con Alistair.

Rowena siguió la dirección de su mirada y frunció el ceño.

—¿Es esta la joven a la que fuiste a rescatar?

Christine se ruborizó. Aunque su primer impulso fue apartar la vista, se armó de valor y mantuvo la cabeza alta, sintiéndose observada desde todas partes.

Hizo una reverencia formal y, con voz tímida, intentó suavizar su marcado acento inglés.

—Me llamo Christine Hawthorne. Es un placer conoceros, milady.

—Soy Rowena MacLeod, la madre de Alistair, el laird de estas tierras —respondió, correspondiendo con otra reverencia.

Al ver que el rostro de Christine comenzaba a perder color, se acercó a ella y la tomó de las manos. Su expresión se endureció al percibir la frialdad de su piel.

—¿Os encontráis bien?

—Sí, milady…

Rowena se inclinó un poco más hacia ella.

—Disculpad mi curiosidad, pero ¿por qué habláis tan bajo?

—Yo… —Christine echó un rápido vistazo a Brìghde, que la observaba confundida, al igual que Rosemary y los dos hombres que las habían acompañado. Exhaló un suspiro y confesó, apenas elevando la voz—. No quiero que me escuchen hablar.

Rowena tardó unos segundos en comprender. Cuando lo hizo, apretó sus manos con gesto cómplice y susurró:

—Querida, no sois la única con sangre inglesa. No temáis. Ignoro lo que os habrán hecho creer, pero no todos aquí somos bárbaros intolerantes.

Christine se sonrojó aún más y bajó la cabeza.

—No era esa mi intención, milady. Os ruego que me perdonéis.

—Lo haré si entráis en el castillo y coméis algo —dijo, guiándola hacia el interior—. Necesitáis reponeros y descansar.

La observó de arriba abajo y negó suavemente con la cabeza, en señal de desaprobación. Luego se volvió hacia Brìghde y Rosemary, sometiéndolas al mismo escrutinio, lo que hizo que ambas apartaran la mirada, algo incómodas.

—Vosotras dos también; esas no son las pintas que debería tener una dama.

—Yo no soy una da… —murmuró Rosemary, pero Brìghde la interrumpió con un codazo suave, y echó a andar hacia el castillo con una sonrisa enigmática.

***

—¿Se han marchado? —exclamó Brìghde, atragantándose con el trozo de pollo—. ¿A dónde?

—Tranquila, querida —la calmó su tía, mientras cortaba un poco de verdura—. Es solo una misión de escolta. Deberían volver en unos días y, conociendo su forma de actuar, Kieran probablemente haga una parada aquí antes de volver a casa.

—¿Y qué pasará conmigo? —preguntó Christine.

—Os quedaréis con nosotros, como nuestra invitada, hasta que llegue Alistair. Por supuesto.

Christine suspiró aliviada y siguió comiendo, esforzándose por controlar el sutil temblor que hacían los cubiertos entre sus dedos.

Brìghde echó un vistazo a su alrededor. Comprobó que estaban solas en la estancia. Sus abuelos se habían retirado temprano, y los hijos de Rowena también; solo ellas cuatro compartían la cena, en un ambiente lo bastante íntimo como para permitirse sincerarse.

—Siento mucho que hayáis tenido que presenciar nuestras discusiones, tía.

—No sufras por ello —respondió con una sonrisa comprensiva—. Todos creen que el matrimonio es un cuento… hasta que se casan. Si supierais cómo fueron mis primeros meses con Ciarán…

Las tres jóvenes la miraron expectantes, y Rowena esbozó una sonrisa antes de contar lo que esperaban oír.

—Una noche, tras una fuerte discusión, le amenacé con marcharme del castillo. Ciarán estaba tan enfadado que me retó a hacerlo, así que, ofendida, me fui a las caballerizas. Me dolió que no intentara detenerme, pero no pensaba dar marcha atrás. Monté y cabalgué hacia la posada de los Campbell. Por el camino, empezó a llover y tuve que refugiarme en una choza… esa en la que jugabais de pequeñas. A la mañana siguiente, cuando la tormenta hubo amainado, me encontré a Ciarán en la posada. Había pasado la noche buscándome, temiendo lo peor. Desde entonces, no volví a amenazarle, y él se encargó de no darme motivos para hacerlo.

Las tres jóvenes suspiraron, conmovidas por la historia.

—¿Y por qué discutisteis, si puede saberse? —preguntó Brìghde.

—Ya ni lo recuerdo —respondió Rowena, nostálgica—. Probablemente por alguna tontería.

—Me alegra que os reconciliarais. Pero hay cosas que no son tan fáciles de arreglar.

—Tonterías —Rowena le restó importancia con un gesto—. Sea lo que sea, seguro que tiene solución.

Brìghde bajó la voz y confesó en un murmullo:

—Durante un tiempo estuve tomando ruda en secreto para evitar un embarazo.

—¿Estás loca, muchacha? —la reprendió su tía, alarmada—. Espero que ya no la estés tomando. Es muy peligrosa. Hay mujeres que la usan para evitar embarazos y terminan perdiendo al niño… o algo más grave.

Brìghde abrió mucho los ojos.

—¿Cómo que perderlo?

—La ruda puede servir para prevenir embarazos, pero también puede provocar pérdidas. Cuando la tomas, asumes ese riesgo.

Brìghde llevó las manos a su vientre, inquieta. No había considerado esa posibilidad, y la idea de haber perdido un hijo suyo y de Kieran le resultaba insoportable. Una chispa de emoción se encendió en su interior ante la posibilidad de estar encinta, lo que no hizo más que confundirla aún más.

—¿Cuándo fue la última vez que la tomaste?

—Pues… —reflexionó unos segundos—. No lo recuerdo. Creo que fue cuando comenzaron las lluvias, y con las discusiones, se me pasó por completo.

—¿Y la última vez que sangraste?

—Antes de la boda.

Las tres mujeres se quedaron en silencio, mirándola con asombro y creciente preocupación.

—Brìghde… —murmuró Rosemary con suavidad—. ¿Todavía no has sangrado?

—No… —respondió, al principio desconcertada. Tras unos segundos, comprendió la pregunta, y una expresión de asombro se dibujó en su rostro—. ¿Creéis que podría estar encinta?

—Es posible, claro —dijo su tía con tono prudente—. Aunque también podrían ser las preocupaciones.

Brìghde volvió a acariciar su vientre y murmuró:

—Sí… seguramente sea eso.

Pronto la conversación derivó hacia otros temas, pero Brìghde apenas prestaba atención. Su mente seguía anclada en aquellas palabras, repitiéndolas en silencio mientras intentaba asimilarlas.

Después de la cena, se retiraron a sus respectivas alcobas. Tras darse un baño, Brìghde se sentó frente al espejo del tocador y abrió el cajón para coger el cepillo. Su corazón dio un vuelco al ver la carta junto al anillo. No se atrevió a tocarlos, así que cerró el cajón y cambió de sitio el cepillo.

Ya arreglada, se metió en la cama, que ahora le parecía inmensa sin su esposo. Aferrada a una almohada, trató de engañar al vacío imaginando que aún la abrazaba.

Al cabo de un rato, cayó en un sueño ligero, plagado de imágenes confusas que no le permitieron descansar del todo.

Despertó al mediodía y, tras desayunar sola en el comedor, salió a buscar a sus amigas. Las encontró en el jardín, sentadas sobre una manta, conversando alegremente. Se unió a ellas, sintiendo un atisbo de paz al ver que Christine lucía un aspecto más relajado.

Con el paso de los días, Brìghde observó cómo su amiga recuperaba poco a poco la vitalidad, al menos en apariencia. Christine volvió a comer con apetito y se mostraba más animada, proponiendo actividades y compartiendo anécdotas de su infancia con Rosemary. Como Brìghde había imaginado, no tardaron en estrechar lazos, y pronto formaron un trío inseparable.

A la semana de su regreso, la impaciencia comenzó a hacerse presente, y decidió hablar con su abuelo.

—Buenos días —la saludó Fergus con una sonrisa cálida, haciéndole un gesto para que se sentara a su lado en el banco del jardín.

—Hola, abuelo —respondió ella, aceptando la invitación.

—¿Estás preocupada por los muchachos, verdad? —preguntó con perspicacia.

Brìghde asintió, y Fergus exhaló profundamente antes de continuar:

—Puede que algo los haya retenido en el camino —al ver la preocupación en el rostro de su nieta, se apresuró a aclarar—. No tiene que ser nada malo. Quizá un percance del viaje o que el rey

les haya pedido quedarse más tiempo. No temas, niña, seguro que vuelven pronto.

Pero no volvían.

Al décimo día, Brìghde despertó entre sudores fríos, tras soñar que atacaban a Kieran. Se llevó las manos al vientre dolorido, sintiendo los muslos húmedos. Preocupada, encendió una vela, y el pecho se le encogió al ver la sangre.

Durante días había albergado una débil esperanza. Ahora, todo se desmoronaba. Llevaba jornadas temiendo lo peor, imaginando a Kieran y Alistair en peligro. Aunque la idea de ser madre aún la asustaba, había hallado consuelo en la posibilidad de llevar una parte de Kieran dentro de sí. Ahora, ni siquiera eso le quedaba.

Bueno, pensándolo bien, aún quedaba algo.

Abrió el cajón del tocador. Allí seguía el anillo.

Lo apretó contra su pecho, dejando que las lágrimas rodaran con libertad por sus mejillas. Le dolía el vientre, le dolía no saber qué había sido de Kieran. Y le dolía no haber confiado en él cuando aún tenía la oportunidad.

Se volvió hacia la ventana, donde la luna llena brillaba con intensidad. Cerró los ojos, intentando calmar los sollozos que nacían desde lo más profundo de su ser.

—Por favor… —rogó en voz baja—, tráelo de vuelta sano y salvo, aunque eso signifique que no vuelva a estar conmigo.

Se colocó el anillo en el dedo y ocultó el rostro entre las manos, llorando desconsoladamente.

Capítulo 75

—Llevas el anillo —comentó Rosemary con una sonrisa suave cuando Brìghde se sentó con ellas a desayunar.

—¿Ese es *el* anillo? —preguntó Christine, levantándose con entusiasmo para observarlo más de cerca—. Dios mío, Brìghde, es precioso.

Ante el comentario, Brìghde no pudo contenerse más y rompió a llorar. Toda la calma que había intentado reunir antes de salir de su alcoba se desmoronó de golpe.

Christine la observó por unos segundos, paralizada por la sorpresa, hasta que vio a Rosemary acercarse a su amiga para consolarla. Entonces reaccionó y, sin dudarlo, se sumó al abrazo.

Al sentirse resguardada entre ellas, lloró con más fuerza.

—¿Y si están muertos? —exclamó entre sollozos.

—¡Eso, jamás! —oyeron a Rowena, que acababa de entrar para desayunar—. Mi hijo está vivo.

Christine y Rosemary se apartaron de Brìghde y la miraron con gesto triste.

—Claro que lo está —aseguró Christine—. Y Kieran también, ¿me has oído?

Zarandeó con suavidad a su amiga, que seguía sollozando, con la mirada perdida.

—Brìghde, ¿me has oído?

La joven asintió, sin estar del todo convencida. Pero al ver a Rowena, que a duras penas lograba contener las lágrimas, tragó saliva y contuvo el llanto.

—Esperemos que sí… —susurró con voz trémula.

Desayunaron en un silencio pesado, roto apenas por algún sollozo ahogado que escapaba de Brìghde. Cuando Rowena terminó, se levantó y abrazó a su sobrina, que le devolvió el gesto apretándola con fuerza.

Al final, la tensión del momento la venció, y Rowena rompió a llorar. La tristeza invadió al resto de las damas, que pronto se

unieron al llanto.

—Miladies…

Las mujeres alzaron la cabeza en dirección a la voz. Un criado las miraba desde el umbral, su semblante crispado ante la escena.

—Acaba de llegar un jinete al castillo. Es uno de los hombres que partieron con la comitiva.

Brìghde no esperó a que terminase de hablar. Con el corazón acelerado, salió corriendo, y Christine y Rosemary se apresuraron tras ella.

—¿Dónde están? —jadeó, fatigada por la carrera, al llegar junto al mensajero.

—Buenos días, milady —la saludó él con una breve reverencia—. A media hora de aquí. Me adelanté para…

No escuchó el resto. Echó a correr hacia las caballerizas, seguida de cerca por sus amigas.

—¿Dónde vais? —les preguntó, ya montada sobre Nuala.

—Contigo, por supuesto —respondió Rosemary, aún sin aliento tras la carrera.

—De acuerdo, partamos—contestó de vuelta, sin perder un segundo más.

Espoleó a la yegua, y las tres cruzaron las puertas del castillo con el corazón desbocado. Mientras cabalgaba, Brìghde echó un vistazo al anillo, que relucía bajo la luz de la mañana, y susurró con firmeza:

—Allá vamos.

Sin mirar atrás, galopó a toda prisa al encuentro de su amado.

Capítulo 76

Cabalgaban a paso lento, los caballos agotados tras el largo viaje. A lo lejos, comenzaba a vislumbrarse el castillo de Culzean, su hogar.

Pero las sonrisas iniciales se desvanecieron en cuanto divisaron a tres jinetes que se acercaban velozmente desde el otro lado del sendero.

—¿Pero qué demonios…? —murmuró Alistair, entrecerrando los ojos para ver mejor. Al notar la inconfundible melena cobriza, su expresión pasó de la confusión al alivio. Se volvió hacia sus hombres y añadió—: No os preocupéis, voy a adelantarme.

Apremió al semental y se acercó al grupo que se aproximaba sin freno. Al llegar hasta ellos, Brìghde sonrió exultante y desmontó de inmediato. Alistair hizo lo propio y la estrechó con fuerza entre sus brazos, mientras ella rompía a llorar de alivio.

—Estás vivo, menos mal —sollozó en su hombro.

—Claro que sí. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Lleváis días fuera, Alistair. Nos temíamos lo peor.

—Estoy bien, prima.

Se apartó del abrazo y saludó a Rosemary con una sonrisa genuina. Luego dirigió una mirada interrogante hacia la tercera joven. Sus ojos azules, enmarcados en un rostro delicado, captaron de inmediato su atención. Pero no fue eso lo que lo detuvo. Tampoco el cabello, largo y rubio como el trigo maduro, recogido con esmero en un moño bajo. Fue su extrema delgadez, una fragilidad palpable que, más que verse, se intuía en su forma de sostenerse frente a él.

—¿Y vos sois…?

—Lady Christine Hawthorne, milaird —se presentó ella con una reverencia.

Alistair se tensó un instante, pero pronto recuperó el porte sereno. Sabía que la muchacha había notado su reacción. Giró el rostro hacia Brìghde, que lo observaba en silencio, los ojos cargados de preocupación.

—Así que al final te saliste con la tuya, ¿eh?

—Claro que sí —intentó sonar firme, pero su expresión la traicionó —. Sobre eso… hay algo que me gustaría pedirte.

—Lo imagino. De lo contrario, no habrías regresado a Escocia —respondió, cambiando a un tono más socarrón—. ¿O acaso has vuelto por otro motivo?

Brìghde apartó la vista, sintiendo cómo el rubor le subía por las mejillas. Alistair estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo al verla alzar la vista: primero hacia sus espaldas, luego hacia él. Sus ojos estaban enrojecidos, llenos de lágrimas.

—¿Dónde está? —preguntó con voz entrecortada.

La contempló unos segundos, percibiendo su creciente nerviosismo. Reparó en el anillo y, consciente del terreno delicado en el que pisaba, decidió arriesgarse. Retrasó la respuesta a propósito, solo para provocarla.

Después de todo, era su pequeña venganza por haber soportado durante todo el viaje a un hosco Kieran, que apenas emitía monosílabos y gruñidos.

—No ha llegado —dijo al fin, en voz baja.

Escuchó los jadeos entrecortados de las otras dos jóvenes y vio cómo su prima se desplomaba, el rostro descompuesto.

—No puede ser...

Alistair la sujetó por los hombros, haciendo un esfuerzo por mantener la farsa.

—Escúchame.

—¡No! —gritó, zafándose de su agarre—. ¡No puede ser!

Estuvo a punto de confesarle la verdad, pero entonces, por el rabillo del ojo, distinguió a Kieran y a sus hombres acercándose a toda prisa. Habían tenido que detenerse brevemente por un contratiempo con uno de los caballos, y Alistair se había adelantado para asegurarse de que llegaran cuanto antes a casa. Esbozó una leve sonrisa; aquella era la oportunidad perfecta para que Kieran dejara de lamentarse por su "amor no correspondido".

—El viaje ha sido… complicado —dijo, sujetándola por los hombros para impedir que se diera la vuelta.

Lanzó una mirada fugaz a las otras jóvenes, que lo observaban con gesto acusador, aunque ninguna se atrevió a intervenir.

Brìghde lloraba desconsolada contra su pecho. No oyó el galope que se acercaba, ni sintió cuando Kieran desmontó, perplejo ante la escena que se desplegaba frente a él.

Alistair lo observó brevemente antes de centrar su atención en su prima, que seguía aferrada a él, incapaz de separarse.

—No puede ser —repetía ella, sorbiéndose la nariz entre sollozos —. Le pedí justo lo contrario…

—¿Qué pediste? —preguntó Alistair, intrigado.

—Que me lo trajera sano y salvo, pero no ha sido así. Es todo culpa mía… Si no hubiéramos discutido, seguramente todo habría sido distinto.

Kieran dio un paso al frente con intención de hablar, pero Alistair alzó una mano para detenerlo. La expresión del highlander oscilaba entre la sorpresa y la impotencia, mientras intentaba asimilar lo que veía.

—Pero, Brìghde, tú fuiste quien se marchó, ¿recuerdas? —añadió Alistair, buscando provocarla.

Brìghde rompió a llorar con más fuerza, y Alistair la estrechó brevemente antes de apartarse.

—No debería haberme ido… —dijo entre lágrimas—. Tenía que haberle dicho que debía rescatar a Christine. Seguro que me habría acompañado, no se habría ido contigo, y estaría vivo…

—Y lo estoy —habló Kieran, incapaz de seguir guardando silencio.

Su corazón latía con fuerza, desbordado por la emoción y el orgullo de verla luchar por su amor.

Brìghde se quedó inmóvil. Al reconocer su voz, se giró con lentitud, como temiendo que fuera una ilusión. Parpadeó varias veces, intentando enfocar entre la cortina de lágrimas.

Cuando lo vio a pocos pasos, con el rostro afligido, un torrente de emociones la desbordó. Sin pensarlo, corrió hacia él y se lanzó a su pecho, rodeándolo con fuerza.

Kieran, tambaleante, logró mantenerse en pie.

—Estás vivo… —murmuró contra su cuello, mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

—Claro que lo estoy —respondió él, sin dejar de sostenerla.

Alistair hizo un gesto a sus hombres para reanudar la marcha. Los hombres de Kieran, junto con Christine y Rosemary, sonrieron al ver el reencuentro y los siguieron en silencio, dejándoles ese instante solo para ellos.

—Lo siento muchísimo, Kieran —continuó ella con la voz entrecortada—. Creí que no te lo había contado porque temía que no me dejaras ir, pero ahora sé que esa no era la verdadera razón.

Se separó ligeramente, aunque mantuvo sus manos entrelazadas tras su cuello. Lo miró a los ojos y, aunque las lágrimas volvieron a empañarle la vista, alcanzó a distinguir en él una expresión comprensiva.

—Tenía miedo de que me rompieras el corazón —confesó. Al ver que él intentaba intervenir, continuó rápidamente—. No me refiero a hacerme daño físico… Me aterraba que un día me dejaras. Ya me lo habían roto antes, y lo que siento por ti es tan fuerte que no sabía si podría sobrevivirlo.

—¿Pero por qué iba a dejarte, *mo ghràdh*?

Su corazón dio un vuelco al escuchar el apodo cariñoso, y rompió a llorar de nuevo. Kieran le secó las lágrimas con suavidad y acarició su mejilla con la palma. Brìghde cerró los ojos, dejándose envolver por la calidez que solo encontraba a su lado.

—Porque no quería darte un hijo.

—Brìghde, mírame —le pidió en tono firme, pero dulce. Ella alzó la vista y lo vio sonreír—. No quiero una familia llena de hijos, quiero una familia contigo. Incluso si no podemos tenerlos, quiero estar a tu lado, porque tú eres mi hogar.

Brìghde sonrió, aliviada, y acarició su rostro.

—Y tú eres el mío —murmuró, antes de fundirse en un beso profundo, cargado de emociones.

Kieran respondió con la misma intensidad, acercándola más, hasta que Brìghde se vio obligada a separarse para tomar aire. Distinguió una chispa de deseo en su mirada y volvió a besarlo, esta vez con mayor urgencia. Ella entreabrió los labios, y él profundizó el contacto, sus lenguas entrelazándose en un baile ardiente.

Sus manos comenzaron a recorrerla, ansiosas, queriendo abarcarla por completo. Ella jadeó en su boca y deslizó los dedos por su espalda, atrayéndolo más a su cintura, encendiendo el deseo que latía en su vientre.

Kieran se separó apenas un instante para escudriñar los alrededores. Al hallar un rincón apartado, la alzó con facilidad. Brìghde se mordió el labio inferior, anticipando el momento, mientras él la apoyaba contra un árbol y sus manos descubrían poco a poco la delicada curva de su pecho.

Lo acarició con devoción, dejando besos profundos sobre su cuello, sus labios hablando de perdón y promesas. Brìghde echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar suaves suspiros, hasta que él atrapó su pezón entre los labios, haciéndola estremecer.

—Kieran, por favor… —imploró, su voz cargada de deseo.

Él sonrió y continuó acariciándola, mientras su mano libre descendía hasta sus caderas, rozándola con delicadeza a través del vestido. Brìghde jadeó de nuevo, sus caricias llenando el vacío que la había consumido.

La besó otra vez, levantando el vestido poco a poco hasta liberar su feminidad. Con un gesto ágil, desató también su propio deseo, y Brìghde tragó saliva, ansiosa. Kieran la sostuvo con firmeza mientras ella rodeaba su cintura con las piernas. En un susurro, pronunció su nombre antes de unirse a ella, y ambos exhalaron entre gemidos de alivio y placer tras la espera.

Se amaron con intensidad creciente, entregándose por completo hasta alcanzar un clímax abrasador que los unió en cuerpo y alma.

Aún jadeantes, Kieran se apartó con cuidado y la dejó en el suelo con delicadeza. Ella le tendió su pañuelo para limpiarse, pero él, en un gesto tierno, lo usó primero para limpiarla a ella.

—Dejé de tomar la ruda hace semanas —murmuró, buscando en su mirada alguna señal de aprobación.

Kieran la contempló con expresión preocupada, pero su voz se mantuvo cálida y serena:

—Mi amor, no quiero que vuelvas a tomar eso, por tu bien. Hay otras formas de evitarlo.

—Lo sé, y te lo agradezco. Pero ahora que estás aquí, hay algo que necesito decirte.

Brìghde bajó un instante la vista, mientras el rubor le coloreaba las mejillas. Él la miraba atento, expectante.

—Cuando temía por ti, me habría gustado tener algo tuyo… Algo que me recordara que siempre estarías conmigo.

—¿Algo mío? —preguntó, alzando una ceja con una leve sonrisa.

—Sí, algo tuyo… como un hijo.

Kieran sintió cómo aquellas palabras le llenaban el corazón. Conmovido, se inclinó hacia ella y la besó con una dulzura infinita, su mano acariciando su mejilla.

—Eres increíble —susurró contra sus labios.

—Y tú eres el sueño que no sabía que tenía —respondió ella con una sonrisa, mirándolo a los ojos antes de fundirse de nuevo en un beso que prometía sueños cumplidos.

Capítulo 77

Regresaron al castillo caminando junto al caballo, alargando un poco más el momento de reencontrarse con los demás. Al acercarse a los muros, Brìghde se detuvo para escudriñar los alrededores.

—¿Ocurre algo? —preguntó Kieran, curioso.

Ella no respondió. Se alejó unos pasos y, tras encontrar lo que buscaba, se agachó para arrancar una flor. Luego regresó hasta él y se la tendió, mientras Kieran la observaba con atención.

—Una promesa del hogar que nos espera en Ròscreag —aclaró con una sonrisa.

Kieran la besó profundamente, prolongando el instante.

—Te amo, mi bella flor —susurró al separarse.

—Con todo mi corazón, tesoro mío —respondió ella, volviendo a besarlo.

Los interrumpieron silbidos y vítores. Se giraron hacia el grupo, Brìghde aún ruborizada y Kieran luciendo una sonrisa triunfante. Frente a ellos, los rostros radiantes de varios guerreros y sus amigas los recibieron entre risas y aplausos.

—¡Mi esposa me ha regalado una flor! —exclamó con alegría, alzando la ramita de lavanda.

Rodeó su cintura para acercarla más a él. Ella, sonrojada, escondió el rostro en su pecho, y él la estrechó con fuerza, orgulloso no solo del amor que compartían, sino del simbolismo de aquel pequeño gesto: el comienzo de la familia que estaban construyendo juntos.

***

Brìghde tenía intención de hablar con Alistair, pero su esposo tenía otros planes para ella. Después de comer apresuradamente, salió del comedor, escuchando las risas de los guerreros a sus espaldas, divertidos con la situación. Rebosante de alegría, buscó a su esposa, quien en ese momento conversaba en voz baja con Christine. Sin mediar palabra, le tomó la mano con decisión.

—Kieran, ahora no puedo.

—¿Por qué no?

Brìghde la señaló sutilmente con la cabeza. Ella lucía inquieta. Kieran frunció el ceño y se acercó, decidido a resolverlo cuanto antes para continuar con su propósito.

—Lady Hawthorne, ¿qué os preocupa tanto?

—Kieran, por favor… —murmuró Brìghde, avergonzada.

—No es nada, lord MacGregor. Podéis llevaros a Brìghde —dijo Christine, forzando una sonrisa.

—Sé que mi esposa no estará tranquila si os dejo así, y, francamente, yo tampoco. Os ruego que compartáis lo que os inquieta, para encontrar una solución rápida y que todos quedemos satisfechos.

—Em… —Christine miró a Brìghde, que se cubría la cara con las manos, y las palabras brotaron atropelladamente—. Tengo miedo de que me echen de aquí… si mi hermano aparece.

Kieran guardó silencio unos segundos, pensativo.

—Alistair no os echará, milady. En realidad, ya había dado por sentado que vendríais con nosotros a Ròscreag.

Ambas lo miraron boquiabiertas.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Brìghde, emocionada.

—La duda ofende, querida —la tranquilizó él—. Lady Hawthorne es una invitada en nuestras tierras, y no se marchará hasta que ella lo decida. No importa lo que opinen su hermano... o ese tal Darkmoor.

Brìghde lo abrazó, temblando de alivio.

—Muchísimas gracias, milord —dijo Christine con lágrimas en los ojos.

—No hay de qué. Y ya que eres la mejor amiga de mi esposa y residirás con nosotros, deberíamos empezar a tutearnos.

Christine asintió exultante.

—Por supuesto, Kieran.

Le hizo una reverencia cortés y le guiñó un ojo a Brìghde antes de alejarse, visiblemente aliviada.

—Ahora que todo está aclarado, tenemos que darnos prisa —dijo él, apretando suavemente la mano de Brìghde, con un brillo travieso en los ojos.

—Kieran, no te preocupes; tardaré poco en hacer el equipaje —respondió ella, aunque ligeramente desconcertada por su tono.

—No me refiero a eso, mi amor.

—¿Qué ocurre entonces?

—Te lo mostraré cuando lleguemos —dijo él con un aire enigmático que no admitía réplica.

La guio hasta su alcoba y no volvieron a salir hasta la hora de la cena.

***

Al día siguiente, las lluvias torrenciales obligaron a posponer la partida. Brìghde se sorprendió al ver a su esposo tan tranquilo.

—¿No estás enfadado? —preguntó cautelosa, mirando por la ventana junto a él.

—No, *mo ghràdh*—respondió en voz baja, cargada de pesar—. Lamento mucho mi comportamiento; ni tú ni tu familia merecíais ese trato. Nos quedaremos aquí hasta que sea seguro partir.

El rostro de Brìghde se suavizó, y se puso de puntillas para besarle en la mejilla. Kieran sintió una punzada de culpa al notar su ternura. La rodeó con los brazos, contemplando la lluvia mientras le susurraba al oído:

—Es la excusa perfecta para estar contigo. En Ròscreag me inundarán con asuntos, y tú tampoco tendrás tregua. Eres la esposa del futuro laird; tendrás que conocer todos los entresijos del castillo. Además… estarán deseando ver a la dama que ha robado el corazón de su caballero.

Brìghde reprimió una carcajada, pero él respondió con una suave reprimenda en forma de cosquillas. Al cabo de un rato, logró hablar entre risas:

—Kieran… tengo que… hablar… con Alistair.

—De acuerdo —aceptó, posponiendo su "castigo" para otro momento—. ¿Quieres hablar a solas con él?

—Me gustaría que vinieras conmigo, si te parece bien.

—Por supuesto, querida.

Ella se inclinó un poco más hacia él y añadió con una chispa de complicidad en la mirada:

—Tengo un plan.

—¿Ah, sí? —respondió en el mismo tono, con un brillo divertido en los ojos.

—Verás… —se mordió el labio—. Voy a proponerle a Alistair que se case con Christine mediante una unión de manos.

Kieran se quedó en silencio, sorprendido.

—Sé que has sugerido que Christine venga con nosotros, y no hay nada que desee más, pero debemos ser realistas. Si Thomas aparece para reclamarla, no podremos impedirlo sin generar un conflicto. Y no creo que eso nos beneficie ahora. No conozco aún la situación exacta de nuestro clan, pero enfrentar a los ingleses sería imprudente… especialmente si tu padre mantiene tan buenas relaciones con el rey. Si se entera de que hemos provocado una guerra, dudo que nos apoye.

Brìghde jugueteaba con los dedos, evitando su mirada. Al no obtener respuesta, levantó la cabeza. Kieran la observaba en silencio, absorto. Con cierta inseguridad, añadió:

—Puedes decir que es una mala idea. Quiero que seas sincero.

—No es eso…

Le acarició el rostro, embelesado, y continuó con ternura y orgullo:

—Es solo que me maravilla lo increíble que eres. Ni siquiera conoces aún nuestro clan, y ya piensas como una líder.

Brìghde sonrió, ruborizada.

—Quiero que vivamos tranquilos, aunque eso signifique emparejar a nuestros amigos. Además… —añadió con una sonrisa traviesa, inclinándose hacia él—. A Alistair no le vendría mal un poco de cariño.

Kieran rio suavemente y acercó los labios a su oído para susurrar:

—Eres toda una maestra de la persuasión, querida.

—¿Acaso lo dudabas? —replicó ella, alzando las cejas con una chispa de diversión—. Aquí estás, a mi lado.

—Ya veremos quién persuade a quién… —dijo él con picardía, dándole un suave mordisco en el lóbulo de la oreja.

Brìghde soltó una pequeña risa nerviosa.

—Vamos, es hora de ver al laird.

Se separó de ella, divertido, mientras observaba su puchero de protesta.

Capítulo 78

Alistair alternaba la vista entre ambos, los ojos entrecerrados, como si aún no pudiera creer lo que acababan de proponerle. En la habitación reinaba un silencio expectante, interrumpido únicamente por el golpeteo de la lluvia en las ventanas y la respiración acelerada de Brìghde, que aguardaba la respuesta de su primo.

—No sé si he entendido bien... —alcanzó a decir, aún atónito.

—Reconocerás que no es una mala idea —defendió Kieran, mirando orgulloso a su esposa, quien le devolvió una sonrisa agradecida.

—¿Es que acaso el amor te ha frito el cerebro? —exclamó Alistair, fulminándolo con la mirada.

—En absoluto, amigo mío —respondió Kieran con calma—. Al contrario, ahora veo las cosas con más claridad. La situación de la dama no es nada favorable, y está claro que ya estamos metidos hasta el cuello, lo queramos o no.

Brìghde sostuvo su mirada con firmeza, decidida a defender su causa.

—Siento ponerte en esta situación, pero no había otra opción que rescatarla. Si Murray Cochrane mereció ser decapitado, no quiero imaginar cómo juzgaríais a Darkmoor.

Los hombres se quedaron callados, asimilando el peso de la comparación.

—Solo sería un año, Alistair —insistió—. Después, serás libre. Si es que quieres serlo, claro…

Él resopló y rodó los ojos como solía hacer de niño, lo que provocó una sonrisa cómplice entre la pareja.

—Ya tuve suficiente con Morgana. No quiero saber nada más del amor.

—Con más razón para que esto sea algo pasajero —intervino Kieran, firme en su apoyo.

—Además, ya eres un laird —añadió Brìghde con tono persuasivo —. Tu gente espera que te cases, que asegures un heredero. Si algo

te pasara… —hizo una pausa y suspiró con dramatismo, mientras Kieran se mordía la mejilla para no reír—. Tu hermano es muy pequeño, querido primo, y seguro que el hijo del tío abuelo Angus está ansioso por ocupar su lugar. ¿Quién sabe lo que será de todos ellos?

Alistair frunció el ceño y se acercó a la ventana. Permaneció allí unos instantes, en silencio, sopesando cada argumento.

Conocía de sobra las artimañas de su prima para conseguir lo que se proponía, pero debía admitir que tenía razón. Su madre le había insinuado más de una vez la importancia de casarse, y sabía que, para el clan, un laird casado representaba estabilidad, compromiso con el linaje y fortaleza frente a posibles enemigos.

El problema no era el matrimonio en sí, sino que la mujer en cuestión fuese Christine.

Brìghde era conocida y querida en Culzean. Christine, en cambio, inglesa y ajena a las costumbres del clan, podría ser vista como una amenaza por algunos.

El verdadero reto no sería desposarla, sino evitar que el clan se dividiera entre quienes la aceptarían sin reservas y quienes aprovecharían la oportunidad para sembrar desconfianza.

Kieran aprovechó el momento para susurrarle a Brìghde:

—Mira que eres manipuladora.

Ella le guiñó un ojo y se encogió de hombros con gesto inocente.

El laird MacLeod dejó escapar un suspiro y, tras unos segundos, se giró hacia ellos. La tensión seguía dibujada en su rostro.

—¿Está lady Hawthorne al tanto de esto?

***

Al cabo de un rato, Christine Hawthorne los observaba con una mezcla de asombro y desconcierto, reflejando la misma incredulidad que Alistair momentos antes.

—¿Es que os habéis vuelto locos?

—Christine, es lo mejor en esta situación.

—¿Este es tu plan original o el alternativo, Brìghde? Porque hace nada me dijiste que iría con vosotros.

Kieran miró de reojo a su esposa, sin ocultar la diversión en su rostro. No le sorprendía que tuviese un "plan B" hasta para eso. Ella

bajó la vista y respondió, evitando los ojos de su amiga:

—Claro que puedes venir con nosotros, pero siendo realistas… la única forma de asegurarnos de que Thomas no pueda llevarte de vuelta es que estés casada con Alistair. Lo sé, suena extremo, pero es lo único que puede protegerte.

—¿Y qué pasará dentro de un año, cuando la unión termine? ¿Creéis que Thomas se quedará de brazos cruzados?

—Thomas no tiene por qué enterarse —intervino Kieran—. Y si después de un año no renováis los votos, siempre tendrás un lugar con nosotros. Te lo prometo.

Christine miró de reojo a Alistair, ruborizándose ante las implicaciones. Alistair se removió en su asiento, visiblemente incómodo.

—¿Qué pensáis de todo esto? —preguntó ella en un hilo de voz.

—Pienso que es una locura… pero la situación ya lo es de por sí.

Christine bajó la mirada, pensativa.

—¿Y qué pasará con… eso?

—¿Con qué?

—¿Dónde dormiremos?

Él se giró hacia ella. Sus ojos seguían fijos en el suelo, el rubor tiñendo sus mejillas de un rojo suave. Desde el principio había reconocido su belleza, pero no se había permitido pensar más allá. Ahora, algo se removió en su interior. Alarmado, desvió la mirada con brusquedad.

Brìghde y Kieran intercambiaron una sonrisa cómplice.

—En mi alcoba, por supuesto —respondió al fin, con un tono más seco del que pretendía—. No sería creíble que durmiéramos en habitaciones separadas.

—Nos turnaremos para dormir en el suelo —propuso ella con seriedad, provocando las risas contenidas de la pareja.

—¿Disculpad? —replicó Alistair, incrédulo.

—De alguna manera tendremos que arreglárnoslas, ¿no?

—Yo no pienso dormir ahí.

—Chicos, chicos —interrumpió Brìghde, poniéndose en pie con gesto triunfal—. Podéis discutir esos detalles luego… ¡ahora lo importante es actuar rápido!

—De acuerdo —aceptó Christine visiblemente nerviosa, pero decidida. Miró a Alistair a los ojos y tragó saliva antes de continuar —. Acepto desposaros, pero quiero dejar clara una cosa: soy una mujer pura y espero que me tratéis con respeto.

Alistair se quedó boquiabierto. Kieran se llevó una mano al rostro para disimular la risa, mientras Brìghde negaba con la cabeza, divertida.

—Cla… claro que sí, ¿por quién me tomáis? —balbuceó él, intentando mantener la compostura mientras el rubor le subía por el cuello.

—Ah, una cosa más —intervino Brìghde, con los ojos llorosos de la risa contenida—. Debéis empezar a tutearos. No queda creíble que os tratéis como si os acabarais de conocer.

—Pero es que acabamos de conocernos, Brìghde —protestó Christine, entrecerrando los ojos. Luego se giró hacia Alistair y le regaló una sonrisa que lo hizo estremecerse—. ¿Querido, cuándo vamos a casarnos?

Alistair ocultó el rostro entre las manos y dejó escapar un sonoro quejido.

—No entiendo cómo he acabado aceptando esto… —murmuró, frotándose las sienes. Luego levantó la cabeza y los fulminó con la mirada—. ¿Podríais dejarnos a solas un momento, por favor? Con mi "prometida".

Brìghde y Kieran asintieron, intercambiando una última mirada satisfecha antes de salir del despacho.

Una vez a solas, Alistair exhaló un suspiro profundo.

—Christine, antes de seguir con esto, debo advertirte que no todos son como mi familia.

—Lo sé —aseguró con voz suave—. Debo serte sincera, Alistair: agradezco de corazón el trato que me habéis dado, pues soy consciente del esfuerzo que supone, dadas las circunstancias. Aunque tu familia me ha acogido como a una más desde el principio, no soy ajena a las miradas de fuera… y eso solo empeorará una vez nos desposemos.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—Por eso, te prometo que haré todo lo posible por integrarme. A cambio, solo te pido una cosa: que en público me trates como si albergases sentimientos románticos hacia mí. Temo salir perjudicada si alguien sospecha de nuestra farsa.

Alistair la escuchó en silencio, sorprendido por la entereza de sus palabras. Al terminar, vio en su rostro la esperanza y la preocupación.

Con voz grave, respondió:

—Prometo tratarte como te mereces. Serás mi esposa, y es mi deber protegerte ante los demás. Pero no quiero que haya confusiones: no tengo intención de enamorarme.

—¿Quién ha dicho nada de amor? —exclamó, desconcertada—. Solo te estoy pidiendo que actúes como si me quisieras, no que lo sientas de verdad.

Alistair no supo qué responder. Sus palabras deberían haberlo tranquilizado, pero algo en su interior protestó.

—¿De verdad crees que sería tan fácil conquistarme? —añadió Christine, cruzándose de brazos. Aunque le costaba admitirlo, las palabras de Alistair le habían herido el orgullo—. Cuando acabe el año, me marcharé sin que mi familia lo sepa, te lo prometo. Hasta entonces, trátame como me merezco, y yo haré lo mismo.

—Muy bien, pues —respondió Alistair con un toque de indignación —. Si todo ha quedado claro, damos por terminada la reunión.

—Espera, aún falta lo más importante —lo detuvo antes de que abriera la puerta.

Alistair la miró con una ceja arqueada. Christine ladeó la cabeza, pestañeó exageradamente y habló con una voz aterciopelada que no presagiaba nada bueno:

—¿Cuándo será la boda, querido?

Alistair rodó los ojos con desgana, esbozando una mueca que a ella le pareció cómica… y que no pudo evitar disfrutar.

—Mañana al mediodía. Voy a informar a mi familia.

—Oh, muchísimas gracias, tesoro —respondió, haciendo una reverencia teatral.

Mantuvo la sonrisa hasta que la puerta se cerró tras ella. Entonces bufó, indignada.

Al otro lado, Alistair alzó la vista al techo, sintiendo cómo el arrepentimiento ya empezaba a hacerle cosquillas.

Capítulo 79

Christine se paseaba inquieta por la estancia, murmurando improperios que habrían ruborizado a cualquier damisela. Brìghde y Rosemary la observaban en silencio, divertidas.

—¿Cómo se le ocurre hablarme así? —repitió por cuarta vez, sin detenerse en su recorrido mientras seguía farfullando para sí.

Las otras no respondieron; habían desistido al notar que no las escuchaba. Cuando vio que no dejaba de ir de un lado a otro, Brìghde se levantó de la cama y se acercó. Le habló con tono serio, aunque sus ojos delataban un atisbo de diversión:

—Por mucho que te apoye, querida, no puedo permitir que sigas mancillando el nombre de mi familia.

Christine frenó en seco.

—Oh, Dios mío, Brìghde —jadeó, cubriéndose la boca al darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Perdóname, he sido una maleducada.

—No te preocupes, pero me gustaría que dejaras de lanzar improperios y empezaras a actuar como una joven a punto de desposarse con el amor de su vida.

Sus palabras encendieron a Christine, y Brìghde se arrepintió al instante.

—¡Es que no puedo! Me irrita demasiado.

—Sé que mi primo puede ser complicado, pero no deberías tomártelo tan a pecho. Si no, acabaréis lanzándoos los trastos a la cabeza antes de que pase el año. Tienes que controlarte.

Christine resopló, claramente molesta, y Rosemary ahogó una carcajada. Brìghde le lanzó una mirada de advertencia, aunque ella misma estaba al borde de la risa.

—Me dijo que no me enamorara de él —continuó indignada.

—¿Y qué tiene eso de malo? —respondió con gesto inocente, disfrutando de provocarla.

—¡¿Qué tiene de malo?! —exclamó, alzando los brazos con exasperación—. Desde mi debut he tenido que apartar a los

pretendientes con mil y una excusas, ¿y ahora viene él y me dice que no me enamore? ¡A mí! ¡Que no me enamore de él! ¿Quién se ha creído que es?

Las dos amigas no pudieron contenerse y rompieron a reír. Christine las observó con los ojos entrecerrados y las manos en la cintura.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia?

—Hace mucho que no te veo tan apasionada, eso es todo —respondió Brìghde, luchando por contener las carcajadas—. Ojalá pudiera quedarme para ver hacia donde va esto.

—¿Acaso soy motivo de burla para vosotras?

—No, Christine, Dios me libre. Pero tienes que admitir que la situación es bastante cómica.

Esta bufó nuevamente y se dirigió a la ventana, buscando algo de calma en la lluvia.

—Ya se enterará… —murmuró, más para sí misma.

—¿Has dicho algo? —preguntó Rosemary.

Christine se giró hacia ellas con un brillo de malicia en los ojos y una sonrisa dulcemente calculada:

—Chicas… ¿me prestaríais alguno de vuestros mejores vestidos para mañana?

—Esa es la actitud —la animó Rosemary.

Brìghde asintió, aunque con cierta preocupación. Conocía demasiado bien a su amiga para no sospechar que tramaba algo, pero decidió guardar silencio.

***

La mañana siguiente despertó con un cielo despejado y un sol brillante, como si estuviera al tanto de sus planes. Sus rayos cálidos y alegres iluminaban el paisaje, cómplices silenciosos de los eventos por venir.

—¿Cuándo quieres partir hacia Ròscreag? —susurró Kieran contra su oído, provocándole un estremecimiento.

El canto de los pájaros en la ventana los había despertado, pero decidieron permanecer acurrucados un rato más antes de levantarse.

—Pensaba en partir mañana. Hoy me gustaría acompañar a Christine, si no te importa.

— Para nada, *mo ghràdh*. Nos quedaremos el tiempo que desees.

Brìghde se giró para mirarlo y le sonrió agradecida.

—Mañana me parece perfecto. Aunque me apena dejar a Christine, tengo ganas de ver nuestro nuevo hogar y empezar a ejercer mi papel como esposa devota.

Kieran alzó una ceja, sonriendo de lado con picardía.

—Así que esposa devota, ¿eh? Veamos cuán devota eres.

Se inclinó hacia su cuello, cubriéndolo de pequeños mordiscos, y Brìghde comenzó a respirar entrecortadamente, entre risas y quejas suaves. Con esfuerzo, lo apartó y le habló entre pucheros:

—Debo ir a ayudarla, tesoro.

Él imitó su mueca y exhaló con resignación.

Brìghde se incorporó y comenzó a vestirse despacio, sabiendo que su esposo la observaba con atención.

—Vete ya, o te vuelvo a quitar esas prendas —la amenazó con voz ronca.

Ella soltó una risita traviesa y caminó hacia la puerta con un contoneo deliberado. Antes de salir, le guiñó un ojo y cerró tras de sí, sonriendo al escuchar su bufido frustrado.

***

—¡Dios mío, estás preciosa! —exclamó Rosemary, boquiabierta.

Christine se contemplaba en el espejo de cuerpo entero. Vestía uno de los trajes de Brìghde, una delicada seda roja ceñida con un cinturón de perlas que combinaba con el resto de sus adornos. Rosemary había recogido su melena en trenzas finas, unidas en la nuca y adornadas con una corona de pequeñas flores blancas que Brìghde había entrelazado esa misma mañana.

—Sí que lo está —añadió Rowena, observándola con una mezcla de orgullo y preocupación—. ¿Estás segura de esto?

Christine asintió con una sonrisa temblorosa.

—Sí, lo estoy. Aunque no sé si Alistair habrá cambiado de opinión…

—No lo ha hecho, créeme —la tranquilizó Rowena—. Es un hombre de palabra, y tú eres muy importante para Brìghde… y ahora

también para nosotros. Te protegeremos.

—Muchas gracias —respondió Christine, sin poder evitar que las lágrimas comenzaran a resbalar por su rostro.

Abrazó a su futura suegra y dejó escapar el llanto que había contenido hasta entonces.

—No te angusties, niña. Todo saldrá bien.

—Es que… echo de menos a mi madre. Seguro que pondría el grito en el cielo, pero al menos estaría conmigo.

Rowena lanzó un rápido vistazo a Brìghde, quien negó con la cabeza, apenada.

—Lo comprendo. Cuando las cosas se calmen, podrás escribirle para que venga a visitarte, si así lo deseas.

Christine asintió, aunque no del todo convencida. Tras lo vivido en los últimos meses, dudaba que su madre quisiera salir de casa, incluso por algo tan importante como esto.

—¿Tan repulsivo te parezco que te hago llorar? —intervino Alistair desde el umbral, con una sonrisa cargada de ironía.

Su voz la sacó del ensimismamiento y la tensó al instante. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano antes de replicar con tono mordaz:

—Que yo recuerde, no eres el centro del mundo.

Alistair se llevó una mano al pecho, fingiendo indignación, y avanzó hacia ella con aire despreocupado. Tomó su mano con delicadeza y dejó un beso suave en el dorso. Al alzar la vista, encontró los ojos de Christine, que lo observaban con una mezcla de reserva y curiosidad.

—A partir de hoy, tú serás el mío, querida —murmuró en un tono seductor.

Ella entreabrió los labios, asintiendo sin palabras. Alistair, incómodo de pronto con el juego, carraspeó y cambió el tono:

—Así que deja de llorar y vayamos a contraer matrimonio; los demás ya nos esperan.

Christine retiró la mano con un gesto leve y elegante, recuperando la compostura. Le lanzó una mirada que dejaba entrever cierto desafío antes de replicar:

—Muy bien, gracias por avisar.

Sin esperar respuesta, se volvió hacia la ventana, concentrando su atención en el paisaje para recomponerse.

—Nos vemos en la colina —añadió él, con un deje de ironía.

Hizo una reverencia exagerada antes de abandonar la habitación, mientras Christine permanecía de espaldas.

Sus acompañantes se miraron de reojo, en un silencio breve, pero elocuente.

Capítulo 80

Christine tenía claro su propósito: buscar la seguridad que tanto anhelaba. Si para eso debía desposarse con Alistair, lo haría sin dudar.

No le pasaba desapercibido su atractivo, y prefería mil veces más casarse con él que con cualquiera de los pretendientes que su hermano le había sugerido antes de obligarla a aceptar a Darkmoor.

Lo que no iba a tolerar era que se burlaran de ella, mucho menos insinuando que acabaría enamorada, como una jovencita ingenua. Sí, era un hombre que no la dejaba indiferente, pero ella era consciente de su atractivo, y no estaba dispuesta a perder su dignidad. Después del calvario sufrido tras la muerte de su padre, aprendió que ser sumisa y obediente solo le acarreaba problemas.

Si lograba el amparo de los MacLeod, tendría todo un año para planificar sus próximos pasos. No podía acudir a sus parientes, pues informarían a Thomas de su paradero, y tampoco deseaba poner en peligro la tranquilidad de Brìghde, a quien veía pletórica en su matrimonio.

Así pues, decidió dedicarse de lleno a su nueva misión y se preparó para su enlace con esmero. Si con ello conseguía que Alistair se tragase sus palabras, podría partir al cabo de un año sintiéndose satisfecha consigo misma.

O al menos, eso esperaba.

Asintió ante su reflejo en el espejo y salió del brazo de Brìghde, que le sonreía con el cariño de toda una vida de amistad.

Pero al llegar al pie de la colina, una voz antigua, conocida, susurró en su oído, quebrando en silencio la determinación que hasta entonces la sostenía. Apretó el brazo de su amiga, incapaz de despegar los pies del suelo.

Brìghde, viendo el cambio de color en su rostro, se inclinó para susurrarle con dulzura:

—Tranquila, estarás bien.

—No sé lo que me pasa —murmuró con gesto compungido—. Estaba muy segura de esto, pero ahora…

Brìghde la tomó suavemente por los brazos, obligándola a mirarla.

—Es normal tener miedo, pero puedes confiar en Alistair. Es un buen hombre y te cuidará como mereces.

—Pero… yo… ¿qué haré si quiere que intimemos?

Brìghde le sonrió con picardía.

—Eso lo dejo a tu elección, querida.

Viendo que Christine abría aún más los ojos, añadió:

—Alistair jamás te forzará, te lo aseguro. Cuando se enteró de lo que me había dicho Kieran, por poco acaban peleando.

Christine asintió y trató de controlar su respiración. Cuando ya se encontraba mejor, volvió a aferrarse al brazo de su amiga y le indicó con un asentimiento sutil que reanudaran la marcha.

Al llegar, fueron recibidas con sonrisas y miradas que decían más de lo que callaban. Habían decidido llevar a cabo una ceremonia reservada, por lo que solo estaban presentes los MacLeod, Kieran, Rosemary y dos guerreros de confianza de Alistair.

Fergus se encargó de oficiar la ceremonia. Tras pronunciar unas palabras solemnes y acordes a la ocasión, unió sus manos con una cinta, sellando así el enlace.

En ese instante, se convirtió en Christine MacLeod, esposa del laird.

Capítulo 81

Tras la ceremonia, festejaron en el comedor familiar. El día transcurrió entre historias nostálgicas de los más mayores, que compartían sus vivencias amorosas, y algún que otro baile entre los más jóvenes.

Al día siguiente, cuando el sol comenzaba a despuntar por encima de las cordilleras, el grupo se hallaba reunido en la entrada principal del castillo, preparados para despedir al clan MacGregor.

—¿Seguro que estarás bien? —volvió a susurrar Brìghde al oído de su amiga cuando la abrazó.

—Ya te he dicho que sí las otras veinte veces —bromeó ella, en el mismo tono—. Por favor, vete tranquila.

—Ven a verme en cuanto tengas ocasión.

—No lo dudes —respondió con una sonrisa triste.

Después abrazó a Rosemary, cuyas lágrimas brotaban sin contención.

—Ojalá te pudieras quedar. Me habría encantado conocerte más.

—A mí también, pero seguro que nos volveremos a ver pronto —respondió Rosemary, con la voz entrecortada.

Alistair, que había permanecido al lado de su nueva esposa en todo momento, carraspeó, llamando su atención.

—Rosemary, nunca podré agradecerte lo suficiente por haber salvado la vida de mi prima… incluso por segunda vez.

Paró para lanzarle una mirada significativa a Brìghde, que le respondió con un gesto culpable.

—El clan MacLeod te estará siempre en deuda. Pero espero que esto te ayude a comprender lo importante que eres para nuestra familia.

Sacó un pliego doblado del bolsillo y se lo tendió a Rosemary, que lo recibió con cautela. Al distinguir el sello del clan estampado en la cera, sus ojos se entrecerraron con curiosidad.

—¿Qué es? —preguntó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ábrelo y lo averiguarás —respondió Brìghde, rebotando en su sitio de la emoción.

Rosemary desplegó el pergamino con cuidado y comenzó a leer. Conforme descendía por las líneas, sus manos empezaron a temblar. Al terminar, alzó la vista con una expresión entre la incredulidad y la emoción.

—¿Qué es esto?

—Esto… milady —respondió Alistair—, es nuestro agradecimiento.

—¿Me habéis concedido unas tierras?

—Y no cualesquiera —intervino Brìghde, levantando un dedo—. De pequeños solíamos pasar semanas enteras en la mansión Sìorach. No es muy grande, pero suficiente para que puedas residir tranquila con tu familia.

—Pero yo quiero estar contigo —respondió, aferrándose al brazo de su amiga—. Además, aquí pone que me nombráis Dama de Compañía Personal.

—Nadie ha dicho que tenga que ser tu vivienda habitual, querida —le aseguró Brìghde, ilusionada.

—No comprendo…

—Como aún no ostento el título, no puedo concederte nada en este momento —esta vez habló Kieran, satisfecho al ver cuánto quería Rosemary a su esposa—. Alistair te ha otorgado unas tierras modestas, pero cuando llegue mi turno, te cederé las que te correspondan, y estarán cerca de nosotros.

Rosemary se quedó atónita, sobrepasada por las emociones.

—Por favor, di algo —suplicó Brìghde, comenzando a inquietarse.

—Todo esto es… No me lo merezco.

—Si alguien lo merece, eres tú —afirmó Kieran con decisión.

Las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas, y respondió entre sollozos:

—Gracias… de verdad, gracias a todos.

Superada por la emoción, corrió hacia Alistair y se aferró a él con fuerza. Este le dio un par de suaves golpes en la espalda y, al separarse, le guiñó un ojo con una sonrisa divertida:

—Ahora que eres una dama, tendremos que buscarte un pretendiente a la altura.

Rosemary enrojeció, mientras el resto estallaba en carcajadas, compartiendo la alegría del momento.

Tras despedirse de todos, Kieran condujo a las dos mujeres hasta el carruaje, besó a Brìghde con ternura y cerró la portezuela. Ella se acomodó en el asiento y cerró los ojos, exhalando aliviada. Por fin, las aguas parecían calmarse, y pronto podría conocer su nuevo hogar.

Pero en cuanto el carruaje emprendió la marcha, algo la hizo mirar por la ventana... y palideció de golpe.

—No, no, no —comenzó a decir, golpeando con fuerza el techo para que se detuvieran.

El cochero obedeció al instante, y Brìghde salió apresurada, seguida de una Rosemary alarmada.

Entrecerró los ojos, tratando de enfocar la figura que se acercaba a paso firme por el sendero. Kieran, atento a su reacción, desmontó y la siguió, frunciendo el ceño.

Desde la entrada del castillo, el resto de la familia —que aún los despedía entre lágrimas— se detuvo en seco al notar el cambio de rumbo y corrió hacia ellos, preocupados.

—No puede ser —susurró Brìghde, la voz apenas audible.

—¿Quiénes son? —preguntó Kieran, escudriñando el estandarte que ondeaba al viento.

Christine, que acababa de llegar a su lado, respondió con la respiración entrecortada:

—Es mi hermano.

El grupo observó en un tenso silencio cómo la comitiva inglesa se acercaba con paso decidido.

Cuando llegaron, el corazón de Brìghde retumbaba con fuerza. Thomas seguía siendo el mismo hombre que recordaba: elegante, con porte autoritario y una mirada profunda e imponente.

Kieran la vigilaba de reojo, inquieto por los sentimientos que el reencuentro pudiera desatar.

Thomas descendió del caballo con movimientos calculados y examinó al grupo con atención. Se detuvo unos segundos de más en Brìghde, algo que no pasó desapercibido para Kieran, quien la rodeó

por la cintura con firmeza. Thomas frunció el ceño, pero se repuso de inmediato.

Con paso resuelto, se dirigió a Christine, que estaba visiblemente nerviosa. Los hombres de Alistair bloquearon su avance al instante. Los ingleses respondieron desenvainando sus espadas, tensando aún más el ambiente.

—¡Bajad las armas! —ordenó Thomas con voz tajante—. No hemos venido a pelear.

Sus hombres obedecieron con renuencia, enfundando las armas mientras no dejaban de observar a sus contrincantes.

—Soy Thomas Hawthorne —anunció, alzando las manos en señal de paz—. No vengo con intención de luchar. Solo quiero llevarme a mi hermana a casa.

—No voy a volver —replicó Christine con voz temblorosa, pero firme. Aunque el miedo la atenazaba, no pensaba dar un paso atrás.

—Silencio —espetó Thomas, lanzándole una mirada glacial—. Tu imprudencia acabará matándonos a todos.

—Déjala en paz, Thomas —intervino Brìghde con autoridad.

Él se giró hacia ella, sorprendido. Tras un breve silencio, se acercó para tomar su mano y depositar un suave beso en el dorso, con una reverencia que rozaba lo teatral.

—Te veo muy bien, querida Brìghde.

—Lo estoy, gracias —respondió cortante, apartando la mano—. Y te ruego que no me hables así. La última vez que nos vimos dejaste claro lo que pensabas de mí.

Su acusación lo hizo vacilar, y una sombra de culpa cruzó su rostro.

—Me disculpo por ello.

Brìghde, sin intención de suavizar las cosas, dejó salir años de rabia contenida:

—¿También te disculpas por los constantes desprecios que soporté a tu lado?

Thomas respiró hondo, esforzándose por no perder la compostura.

—No he venido a discutir. Reconozco que no fui el hombre que merecías.

—Lo sé —respondió con orgullo, aferrándose al brazo de Kieran—. Ahora tengo a alguien que sí lo es.

El resto del grupo seguía la escena en silencio. Brìghde tenía una cuenta pendiente, y nadie iba a interrumpirla. Kieran y Alistair estudiaban a Thomas con la mirada de quien analiza a un enemigo. Christine, aunque intimidada, no apartaba la vista, decidida a no perderse una palabra. Alistair, notando su incomodidad, le acarició la espalda con gesto protector.

Thomas apretó los puños. Su voz destilaba rencor.

—Ya veo cuánto valoras lo que era nuestro… No perdiste tiempo en entregarte a otro.

La bofetada de Brìghde resonó en el aire.

—No vuelvas a hablarme de ese modo. Yo no soy tuya. Nunca lo fui, y nunca lo seré.

El orgullo herido lo hizo murmurar entre dientes:

—Una salvaje, al final.

Antes de que Brìghde pudiera responder, Kieran lo agarró del cuello, alzándolo apenas del suelo, con la furia contenida brillando en sus ojos.

Se oyó el grito de Christine, que no pudo contener el miedo al ver la escena.

Los ingleses desenvainaron sus espadas de inmediato, pero los escoceses no tardaron en hacer lo mismo. Al verse superados en número, los hombres de Thomas retrocedieron, quedando separados de su señor por una fila de escoceses enfadados.

—Si vuelves a dirigirte a mi esposa de esa forma —le susurró Kieran con voz baja y peligrosa—, desearás no haber nacido.

Brìghde, aún tomada por la sorpresa, apretó su brazo para atraer su atención.

—Kieran, basta, por favor. Lo vas a matar.

—¿Es eso lo que deseas? —preguntó, mirándola de reojo.

Ella asintió y Kieran aflojó el agarre. Thomas se dobló sobre sí mismo, tomando grandes bocanadas de aire.

—Se acabó —declaró con la voz rota, una vez recuperó la respiración—. ¡Christine, nos vamos ya!

—La dama no va a ir a ningún lado —intervino Alistair, con una voz helada y cargada de autoridad.

Avanzó hacia él con paso calculado, como un depredador acechando a su presa.

—¿Y tú quién eres, si se puede saber? —espetó Thomas, dejando a un lado toda formalidad.

—Soy el laird de estas tierras, que has osado mancillar con tus sucias zarpas —Alistair inclinó ligeramente el torso hacia adelante, su sonrisa felina revelando un claro desafío—, y el esposo de Christine MacLeod.

Thomas abrió los ojos con incredulidad, pero su sorpresa se tornó enseguida en una mueca de enfado.

—¿Disculpa? Mi hermana ya está prometida.

—Tu hermana *estaba* prometida —corrigió Alistair, con un deje de diversión en la voz—. Pero ahora está casada. Así que, a menos que hayas venido a felicitarnos por nuestras nupcias, te sugiero que des media vuelta y regreses por donde has venido, *cuñado*.

Thomas alternó su mirada entre Alistair y Christine, la mandíbula tensa, los ojos encendidos de furia. Dio un paso hacia ella, pero Alistair la rodeó con un brazo protector, impidiendo que se acercara más.

—Qué conveniente, hermana. Veo que tus lecciones sobre modestia y virtud no te han pesado demasiado en tus nuevas decisiones.

—Thomas, basta ya —le ordenó ella, con la voz quebrada—. Por tu bien, vuelve por donde has venido y déjanos en paz.

—Como deseéis, milady —murmuró, entrecerrando los ojos.

Alistair percibió el leve temblor que recorrió el cuerpo de Christine y la estrechó contra él con más fuerza.

—Pero ten por seguro —continuó, con una amenaza velada— que esto no quedará así. Tu deshonra afecta a toda nuestra familia.

Alistair se inclinó hacia él una vez más y le susurró, con un tono gélido:

—Vuelve a hablarle así, y no me importará que seas su hermano.

Ambos hombres se midieron con la mirada, en un duelo silencioso. Al final, Thomas desvió la vista y echó un vistazo a su escolta. Al

notar la clara desventaja, respiró hondo y habló por última vez antes de darse la vuelta:

—Volveré.

Se giró hacia sus hombres, que lo siguieron de inmediato. Antes de marcharse, lanzó un último vistazo a Brìghde. Su expresión, una mezcla de lástima y desprecio, fue como un puñal que atravesó su orgullo. Ese gesto, más que cualquier palabra, afianzó su resolución: volvería, y esta vez no se marcharía sin tomar lo que era suyo.

Capítulo 82

Brìghde siguió con la mirada a Thomas y sus hombres hasta que desaparecieron en el horizonte. Solo entonces sintió cómo se desvanecía un peso que llevaba anclado al alma sin saberlo.

—¿Estás bien? —le susurró Kieran al oído.

Ella asintió, con la mirada aún perdida en la lejanía.

—Estoy… —volteó el rostro hacia él con una sonrisa que mezclaba alivio y sorpresa—, no sabía cuánto necesitaba esto.

—Después de la reprimenda que le has dado, no me extraña —intervino Alistair.

Brìghde tomó consciencia de la escena que acababa de protagonizar. Se llevó las manos al rostro, avergonzada, mientras las risas a su alrededor aliviaban la tensión.

Un sollozo ahogado los hizo detenerse. Se giraron hacia su origen, encontrando a una afectada Christine.

—Oh, Christine —exclamó su amiga antes de ir a abrazarla. Pronto, Rosemary se unió, y las tres se fundieron en un abrazo fuerte.

Viendo que las mujeres compartían un momento íntimo, Kieran indicó con un gesto sutil de cabeza a Alistair que lo acompañara. Cuando se hallaban a una distancia en la que no podían ser escuchados, le preguntó serio:

—¿Cómo estás?

—Bien… aunque Christine no tanto —respondió mientras la observaba con el ceño fruncido.

—No me refiero a eso —continuó Kieran—. Ya hemos visto la clase de persona que es tu nuevo cuñado. Lo que pregunto es: ¿cómo estás tú con ella?

Alistair esbozó una sonrisa forzada.

—Eres demasiado curioso, Kieran, pero siento decepcionarte; un caballero nunca revela las intimidades de su dama.

—Sabes que no lo digo por eso—insistió, en el mismo tono serio.

Viendo que no podía esquivarlo más, Alistair exhaló un suspiro, su mirada perdida en un punto lejano.

—Puede que esto me venga bien. No me malinterpretes; me alegra que hayas encontrado el amor, pero creo que una alianza por conveniencia es lo que necesito para centrarme en mis asuntos.

—Christine es una mujer bella y, con ese carácter que tiene, seguro que no te aburrirás—observó Kieran, sin convencerse del todo.

—Lo es… —volvió a mirarla, aún rodeada por la familia, y esbozó una sonrisa triste—, pero ya le dejé claro que no busque en mí una relación romántica.

Su amigo lo estudió en silencio unos instantes. Sabía lo que había ocurrido entre ellos, pero intentó parecer sorprendido cuando Alistair se volteó hacia él, buscando una respuesta.

—Me parece una mala jugada, amigo —dijo al fin. Al ver el gesto de Alistair, añadió—: Si acabas prendándote de ella, te arrepentirás de tus palabras.

—No pasará.

—¿Sigues pensando en Morgana?

—No, eso ya está en el pasado, pero me enseñó a no bajar la guardia. Por eso Christine es una apuesta segura; es imposible que me enamore de ella.

Kieran desvió la mirada para ocultar una sonrisa. Por lo que había presenciado y escuchado, su amigo no tenía idea de lo que le esperaba.

—Claro, como digas.

Giró la cabeza hacia las mujeres, que ya estaban más animadas y conversaban entre risitas nerviosas.

—¿Vamos con las damas?

Alistair asintió y ambos regresaron en silencio.

***

El viaje hasta Ròscreag fue largo, pero ameno. Con el cielo despejado y el sol acariciando el paisaje, Brìghde se volcó de lleno en enseñarle a Rosemary los modales de la corte. Hablaba con entusiasmo, a veces a un ritmo casi atropellado, mientras Rosemary la escuchaba con atención, decidida a no defraudarla.

Al atardecer, las torres del castillo de Ròscreag comenzaron a perfilarse en el horizonte. Cuando el carruaje se detuvo, intercambiaron una mirada curiosa.

—¿Qué tal estáis, miladies? —preguntó Kieran al abrir la puerta.

Rosemary se sonrojó ante su saludo cortés, todavía maravillada por el regalo que había recibido. Kieran le dedicó una sonrisa antes de continuar con tono afectuoso:

—Rosemary, ¿te importaría si robo a mi esposa un momento? No te preocupes, os reencontraréis al llegar al castillo.

—Por supuesto —respondió, empujando con suavidad a Brìghde fuera del carruaje.

Esta le devolvió una mirada divertida y Rosemary le guiñó un ojo.

—Hasta pronto, lady MacGregor.

Con la comitiva alejándose a paso lento, Kieran condujo a su amada hasta el borde de una colina cercana.

Desde allí se desplegaba un valle majestuoso que descendía suavemente, y al fondo, el castillo de Ròscreag se alzaba imponente, su silueta destacando contra el cielo teñido de tonos dorados y lilas. Las flores cubrían la colina como un tapiz, meciéndose con la brisa.

—Es precioso —susurró Brìghde, sintiendo una paz que no recordaba haber conocido.

—Sí que lo es —respondió Kieran, sin apartar los ojos de ella—. Quería que vieras tu nuevo hogar desde aquí antes de que lleguemos y te pierda entre la multitud.

Brìghde sonrió, emocionada, y le acarició el rostro con infinito afecto.

—No hay otro lugar en el que quisiera estar.

Kieran la rodeó por la cintura, envolviéndola en un abrazo firme y cálido. Aspiró su aroma y susurró:

—Hueles a brezo y lavanda… como si llevaras el aroma del hogar contigo a donde quiera que vayas.

Brìghde cerró los ojos, dejando que sus palabras se mezclaran con la brisa. Cuando los abrió, lo miró con una certeza nueva.

—Estoy contigo, Kieran. Este es mi hogar.

Epílogo

—No me lo puedo creer —murmuraba Brìghde una y otra vez, caminando de un lado a otro de la estancia.

Kieran la observaba, preocupado, conteniendo el impulso de levantarse cada vez que resoplaba, agotada por el trajín.

—¡¿Cómo has podido hacerme esto?!

—¿Hacerte? Es mi mujer.

—Es mi mejor amiga, Alistair, y la has perdido.

—Que yo sepa, no es ningún objeto —intervino Rosemary, con un deje de reproche apenas audible.

Kieran estaba de acuerdo, pero evitó hacer algún comentario para no empeorar la situación.

—No la he perdido —respondió Alistair, al borde de un ataque de nervios—. Se ha marchado por su cuenta.

—¿Es esto algún tipo de rito de iniciación para pertenecer a vuestro exclusivo círculo íntimo, querida? —preguntó Kieran con fingida inocencia.

Esta le lanzó una mirada furiosa, aunque en su expresión se atisbaba un deje de culpa, lo que hizo que él se arrepintiera de sus palabras.

—¿Cuándo fue la última vez que hablasteis? —continuó él, cambiando de tema.

—Me llegó una carta esta mañana, ahora que lo recuerdo.

—¿Y has tardado tanto en decírmelo? —exclamó Alistair.

—Perdonadme, alteza. Le diré a mi hijo que deje de provocarme náuseas, si os parece.

Consciente de su falta de consideración, Alistair se dejó caer en la butaca con gesto abatido. Se frotó la nuca con una mano mientras la otra marcaba pequeños golpes en el suelo con la punta del pie.

—Lo siento. Esta situación me supera.

Su prima inspiró hondo un par de veces para recuperar la calma y se acomodó junto a su esposo en el sofá. Kieran, aprobando el

gesto, le depositó un beso sereno en la sien.

Luego, volvió el rostro hacia Alistair, cuyo semblante se tensaba por momentos, antes de girarse hacia uno de los criados que aguardaba en la estancia.

—Lionel, tráeme la correspondencia de esta mañana.

Pasaron varios minutos de tenso silencio, roto solo por algún que otro quejido de Brìghde al intentar acomodarse. Finalmente, el criado regresó con una bandeja de plata que portaba varias misivas.

Kieran las revisó con rapidez hasta dar con la de Christine. Con un gesto seco de la mano, le indicó que se retirara. Luego rompió el sello y desplegó la carta, bajo la mirada expectante de todos.

A medida que Brìghde leía, el color abandonó su rostro y las náuseas no tardaron en hacerse presentes. Rosemary, como ya era costumbre, le acercó el cuenco sin necesidad de palabras.

—Vamos a tu alcoba —susurró con ternura, frotándole la espalda con movimientos reconfortantes al ver que se encontraba algo mejor.

Brìghde asintió y tomó el pañuelo que su amiga le ofrecía. Cuando se sintió con fuerzas, se incorporó lentamente para abandonar la sala.

—No te preocupes, ya me acompaña Rosemary —le dijo a su esposo al ver que intentaba ponerse en pie—. Quédate con él.

Al llegar a la puerta, se volvió hacia Alistair. Su mirada, intensa y cargada de furia contenida, lo obligó a apartar los ojos. Entonces, su voz tembló, no de rabia, sino de angustia:

—Más te vale recuperarla… antes de que sea demasiado tarde.

Glosario

Kilt

Falda tradicional escocesa hecha de tartán, usada generalmente por los hombres en ocasiones formales o ceremoniales. *Continuar leyendo*

Laird/Milaird:

Título que designa al líder de un clan o terrateniente en Escocia. Milaird es una forma de respeto equivalente a "mi señor". *Continuar leyendo*

M’athair gràdhach:

Frase en gaélico que se traduce como "mi querido padre". *Continuar leyendo*

Milady:

Forma de respeto utilizada para dirigirse a una mujer noble, equivalente a "mi señora". *Continuar leyendo*

Mo ghràdh:

Frase en gaélico que se traduce como "mi amor". *Continuar leyendo*

Mo nighean ghràdhach:

Expresión en gaélico que significa "mi querida hija" o "mi niña amada". *Continuar leyendo*

Plaid:

Gran trozo de tela de tartán que se lleva sobre el hombro como parte del atuendo tradicional escocés. *Continuar leyendo*

Sassenach:

Palabra en gaélico escocés que significa "extranjero" o "inglés", a menudo usada de forma despectiva o burlona. *Continuar leyendo*

Tartán:

Diseño de cuadros entrelazados que identifica a un clan escocés. Cada clan tiene su propio patrón y colores. *Continuar leyendo*

Unión de manos:

Ritual celta de matrimonio temporal, también conocido como *handfasting*, que dura un año y un día. *Continuar leyendo*

Apéndice

1. **Rough Wooing**: Serie de conflictos entre Escocia e Inglaterra (1543-1551) provocados por el intento del rey Enrique VIII de forzar el matrimonio entre su hijo Eduardo y María, reina de los escoceses, con el objetivo de unir ambos reinos bajo control inglés. *Continuar leyendo*

2. **Tratado de 1550**: También conocido como el Tratado de Boulogne, puso fin a las hostilidades entre Inglaterra, Francia y Escocia, estableciendo una paz relativa en la frontera anglo-escocesa y marcando el fin del Rough Wooing. *Continuar leyendo*

Próximamente

Hijas de Escocia: la Templanza de Christine

Instalada en una tierra que aún le es extraña, Christine lucha por adaptarse a su nueva vida junto a Alistair. Cuando viejas sombras del pasado regresan para reclamar lo que consideran suyo, ambos se verán obligados a enfrentar sus propias heridas y prejuicios, mientras luchan por no perderse en el camino.

Disponible en 2025

A ti, lectora

Gracias por llegar hasta aquí.

Si este viaje tocó alguna fibra de tu alma, me encantaría conocer tu opinión. Tu reseña, por breve que sea, puede ayudar a otras personas a descubrir este mundo… y a mí, a seguir compartiendo nuevas emociones contigo.

Estaré encantada de leerte en Amazon o de saludarte en Instagram: **@dianaariswood.**

Que el calor de esta historia te acompañe… hasta que nos encontremos en la próxima página.